MARIO ESCOBAR

EL REINO DEL CIELO

LA NOVELA HISTÓRICA SOBRE
EL MADRID MEDIEVAL

EL REINO DEL CIELO

LA NOVELA HISTÓRICA SOBRE EL MADRID MEDIEVAL

Mario Escobar

Para Elí, Andrea y Alejandro, habitantes del cielo

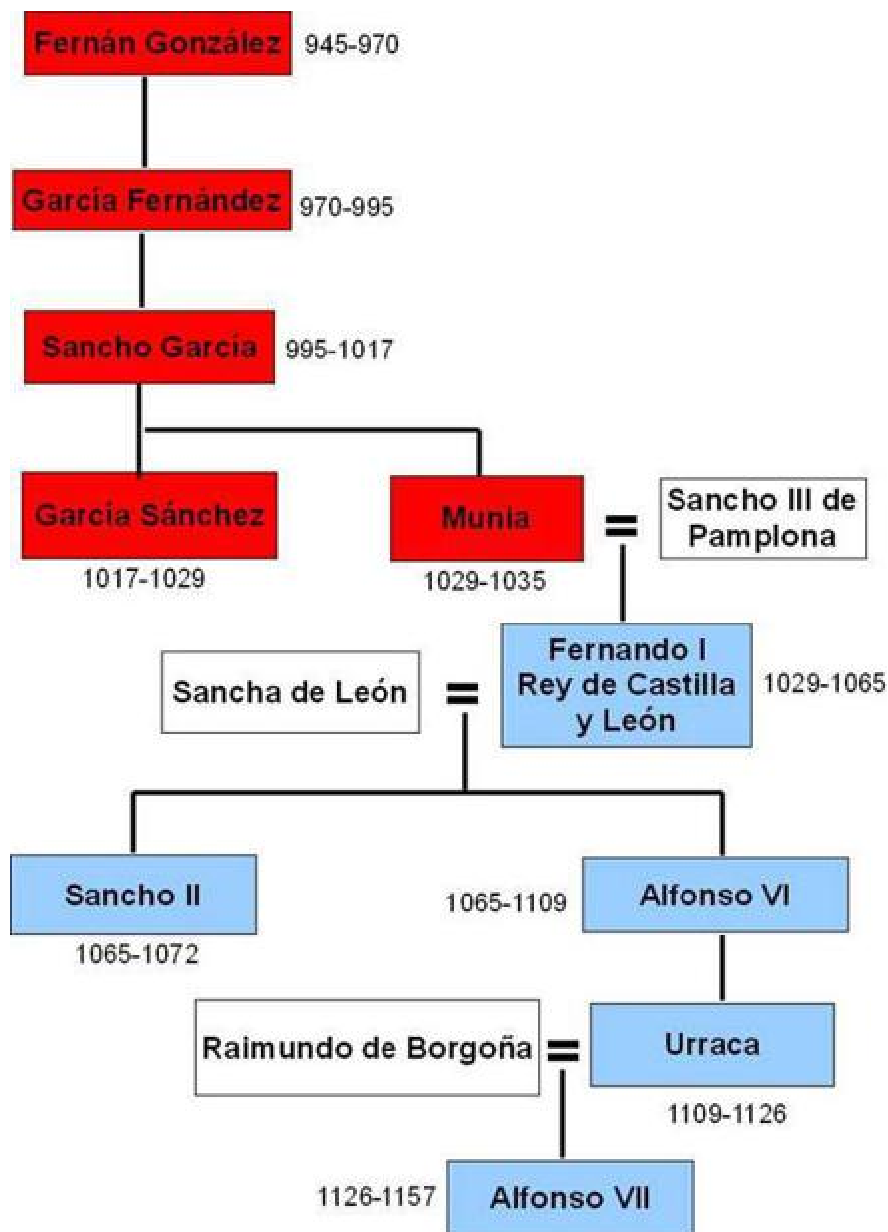
Personajes Principales

Alfonso VI de León. Rey que fomentó la repoblación de Magerit con nuevos colonos.
Alfonso VII de León. Rey que otorgó a Magerit la Carta de Población del *Vicus Sancti Martini*
Doña Urraca. Hija de Alfonso VI que tuvo que soportar varios enfrentamientos con su esposo Alfonso I de Aragón para que éste no quitara su herencia a su hijo Alfonso VII
Don Fermín. Noble señor de las tierras que cultiva Santiago
Santiago Buendía (Andrés). Campesino leonés que decide marchar como colono a Magerit para recibir tierras.
Ana. Esposa de Santiago y madre de Marcos
Marcos (Alfredo). Hijo de Santiago y Ana.
María. Hermana de Ana.
Fernando Alegría. Guía de los colonos por las montañas de Magerit.
Conde Astorga. Gobernador de Magerit y señor del alcázar de la villa
Juan. Capitán de la guardia del alcázar.
Serafín. Cristiano mozárabe de Magerit.
Pablo. Hijo de Serafín.
Abu al Qasim Maslama al Mayriti. Estudioso y astrónomo musulmán.
Zaira. Hija de Abu y astrónoma como él.
Isabel. Hija de Zaira.
Inés. Dama de compañía de Isabel.
Daniel. Hijo del conde de Pedraza y esposo de Isabel.
Daniel. Hijo de Isabel y Daniel.

Árbol Genealógico



Cronología reyes de León



CONTENIDO

Prólogo

Reino de León, año del Señor, 30 Octubre de 1089

Aquella mañana, cuando el señor se aproximó por el majuelo para llevarse la mayor parte de su cosecha de uvas, Santiago le esperó firme, con los ojos alzados y la mirada clavada en la cara carcomida por la viruela de su amo. Aquel gesto no le pasó desapercibido a su señor. A pesar de estar escoltado por dos soldados de su castillo, don Fermín no pudo evitar sentir como sus labios se resecaban y un escalofrío le recorría el cuerpo. Un hombre libre era peligroso, pero aún peor era un siervo que fuera consciente de su libertad.

Santiago apretó los puños. La azada se clavó en sus manos callosas hasta emblanquecer sus nudillos, esas mismas manos que hasta aquel día habían servido para arrancar el fruto de aquella estéril tierra del Reino de León, ahora parecían dispuestas a todo para obtener su libertad. Su amo se acercó cabalgando sobre su caballo delgado y medio cojo, se inclinó hacia delante en un gesto desafiante, pero su siervo ni siquiera pestañeó.

El rostro moreno de Santiago, con el ceño fruncido y los ojos atentos, se topó con la pálida cara de su señor. Apenas les separaba un palmo, pero la distancia entre ambos era inmensa.

El noble se irguió en su cabalgadura y miró a la puerta de la choza. No había ni rastro de la mujer del siervo ni de su hijo, pero lo que más le enfureció es que no estaba la cosecha. Unas semanas antes había cabalgado por aquellas tierras distantes de su feudo y había observado que las uvas estaban maduras. Ahora los graneros estaban vacíos, pensó el noble mientras se rascaba su cabeza calva, debajo del casco oxidado con el que había lucido bajo el mando del rey Alfonso VI contra Sancho II de Castilla. Ahora era viejo, sus músculos cargaban con dificultad aquella pesada armadura, pero se sentía con fuerzas para doblegar a un siervo rebelde.

— ¿Dónde está mi cosecha? –preguntó el noble con el ceño fruncido.

— No hay cosecha –contestó escueto el campesino. Su rostro era tan expresivo que no necesitó añadir más palabras.

La respuesta fue tan corta y clara, que el noble se quedó mudo por unos instantes. Después hizo un gesto a sus hombres y estos descabalgaron. Cuando estaban a unos pasos del campesino, este levantó un pergamino, como si un simple pedazo de papel pudiera detener a aquellas malas bestias. El noble afinó la mirada y vio que un

sello de cera roja colgaba del documento.

— ¡Maldita sea! ¿Qué es ese escrito?

— Es la orden del rey Alfonso VI para que me dejéis partir. En él, según me han leído, el rey me concede la cosecha para que pueda comprar las semillas, para poder cultivar las tierras que hay al otro lado de las montañas centrales –dijo Santiago casi sin respirar. A su lado los soldados ya tenían las espadas desenvainadas y esperaban órdenes. Santiago sabía leer, aunque prefería que nadie lo supiera. Un siervo tenía que estar siempre por debajo de su amo.

Se hizo un largo silencio. Santiago rezó para sí. Sabía que aquella maldita rata no le dejaría irse tan fácilmente, por eso su mujer Ana y su hijo Marcos estaban en casa de su hermana, a un día de camino de su choza.

El noble se aproximó al documento, pero no pudo ver nada más que garabatos, no sabía leer, pero aquel era el escudo del rey, de eso no había duda. Le pasó por la cabeza rasgar el escrito, empalar al maldito campesino y quemar la choza para escarmiento del resto, pero sabía que un mandato del rey era algo demasiado serio como para contravenir una orden. Respiró hondo, echó para atrás la cabalgadura. Después, hizo una seña a sus hombres levantando el brazo y se giró sin más. Apenas había cabalgado unos pasos, cuando se dio la vuelta y con gesto amenazante le dijo a su siervo:

— Tenéis un día para salir de mis dominios. Si uno de mis hombres os captura, vos y vuestra familia pagaréis por ello. Os trataré como a ladrones y ni el rey podrá salvaros.

Cuando el grupo de hombres se encontró lo suficientemente lejos, Santiago entró apresuradamente en la choza, tomó el ato que había preparado aquella misma mañana y corrió hasta la parte trasera, donde solían retozar los cerdos y comenzó a caminar a toda prisa. Antes de anochecer tenía que estar fuera de la comarca, de otra manera era hombre muerto.

Primera Parte:
Lejos del Paraíso.

"A Muhammad y al tiempo de su reinado se le deben hermosas obras, muchas gestas, grandes triunfos y total cuidado por el bienestar de los musulmanes, preocupándose por sus fronteras, guardando sus brechas, consolidando sus lugares extremos y atendiendo a sus necesidades. Él fue quien ordenó construir el castillo de Esteras, para guardar las cosechas de Medinaceli, encontrándose en su lado noroeste. Y él fue quien, para las gentes de la frontera de Toledo, construyó el castillo de Talamanca, y el castillo de Madrid y el castillo de Peñahora. Con frecuencia recababa noticias de las marcas y atendía a lo que en ellas ocurría, enviando a personas de su confianza para comprobar que se hallaban bien".

Cronista cordobés Ibn Hayyan (987-1075)

Capítulo 1

Año del Señor, 1 Noviembre de 1089

La hermana de Ana estaba fuera de la casa con el delantal blanco lleno de sangre, cuando el viento del norte empezó a soplar con fuerza. Era tiempo de matanza y el cuñado de Santiago ya había destripado a los dos cerdos que les ayudarían a pasar el duro invierno sin necesidad de comprar carne en el mercado del pueblo. Habían pertenecido a su cuñado, pero ahora que éste marchaba al sur, lo único que necesitaba era dinero para comenzar su nueva vida.

Cuando María vio a Santiago de lejos, pegó un grito y su hermana Ana apareció por el quicio de la puerta. Llevaba a su hijo Marcos agarrado del costado. El niño había cumplido seis años, pero no se despegaba ni a sol ni a sombra de su madre. Era un niño sano, regordete, de pelo muy rubio y los mismos y bellos ojos verdes de su madre. Santiago aún recordaba como aquellos enormes ojos verdes le habían cautivado desde el mismo día que los vio. Ana era la hija menor de un matrimonio de hortelanos que poseían sus propias tierras. Eran los campesinos más ricos de Ribota y él, el hijo de un aparcero que recorría el Valle del Sajambre para recolectar los pocos frutos que daba aquella tierra alta y boscosa. Santiago acompañaba a su padre de un lugar para otro, únicamente se tenían el uno al otro. Su madre había fallecido de un mal parto cuando él tenía cinco años y sus otros hermanos habían muerto. No era fácil convivir con aquel hombre tosco e insensible, que apenas le daba comida y no le mostraba ningún afecto, pero al menos le había enseñado su oficio y algún que otro secreto, que muchos hombre no aprendían nunca.

Al llegar a Ribota, por bien o mal del cielo, el padre de Santiago murió al despeñarse por un precipicio. Él tenía apenas diez años, el frío estaba próximo a llegar y los padres de Ana se apiadaron de él. Fermín, el padre, le empleó como ayudante en su huerto, para atender a los animales y podar los manzanos y las vides. El joven Santiago trabajaba de sol a sol, pero al menos comía todos los días, dormía abrigado entre los animales del cobertizo y jugaba con las dos hijas de sus amos, cuando estos no le observaban.

Ana fue siempre una niña hermosa. Su cara de ángel y su gracia la convertían en la chica más guapa de la comarca y sus padres tenían la esperanza de casarla con un buen partido. Su hija María, la mayor, estaba destinada a un amigo de la familia, el hijo de Pedro, el herrero. La profesión de herrero era muy prospera y sin duda sería también un

buen casamiento. Vecinos de toda la comarca venían para herrar a sus animales, comprar cuchillos o afilar espadas. Aunque sus mejores clientes eran los nobles, a pesar de que muchos no pagaban los trabajos del maestro herrero.

María también era muy bella, tenía la misma edad que Santiago cuando se conocieron y cuando llegaron a la adolescencia, se pasaban las horas muertas junto al río o corriendo por los bosques cercanos. Para Santiago Ana era una niña a sus catorce años, pero María ya era toda una mujer a los dieciséis.

Una de aquellas tardes de primavera, María y él se besaron. Ana les observó desde una roca, donde se ponía para espiarles. Durante meses la joven no habló a su viejo amigo, su corazón estaba herido. Su hermana estaba destinada al hijo del herrero, era la primogénita, pero también le había robado a Santiago.

Ana y María nunca habían superado esa hostilidad, a pesar de estar casadas y haberse convertido en buenas esposas. Ahora era María la que envidiaba la felicidad de Ana, que a pesar de ser muy pobre, era feliz junto a Santiago.

— Hola María, hola Ana –dijo Santiago al acercarse a la casa.

María se limpió las manos manchadas de sangre y se soltó el pelo. Ana frunció el ceño ante el gesto de coquetería de su hermana. Después se separó del niño y este corrió hasta los brazos de su padre, pero en el camino, Marcos se tropezó y se puso a llorar. Su padre le tomó en brazos y el niño sonrió de nuevo.

— ¿Todo salió bien? –preguntó Ana, esperando que su esposo la besara.

— Mejor de lo que pensaba, ese maldito avaro al manos teme al rey –dijo Santiago mientras se acercaba con el niño en brazos.

— Tengo todo preparado, partiremos cuando quieras –comentó Ana, rodeando con los brazos a su esposo.

— Deja a Santiago que descanse un poco, ya partiréis mañana –dijo María, mientras saludaba a su cuñado.

— Hermana te agradezco tu hospitalidad, pero nos iremos cuando nosotros tomemos la decisión –dijo Ana en un tono impertinente.

El joven sonrió al ver a las dos hermanas discutiendo una vez más.

— Nos marcharemos ahora mismo, llevo todo el día caminando, pero no quiero que ese viejo nos cace como a conejos. Además, está siendo un otoño muy templado, pero la nieve no tardará en llegar y no quiero que nos detenga por el camino –dijo Santiago, tomando las pocas cosas que aún no estaban cargadas en la carreta.

Ana preparó algunas viandas, sus ropas y las del niño y cargó en el viejo carro lo poco que tenían. Su vida juntos no les había concedido

muchos parabienes, pero la esperanza y la felicidad eran sus mejores posesiones.
María y Ana se abrazaron, lo dos cuñados se dieron la mano y se despidieron con una sonrisa.
Cuando se alejaron de la casa de su hermana, la joven respiró aliviada. Se dirigían hacia su destino, las cosas no les podían ir peor de lo que habían ido hasta ese momento, a partir de ese instante eran libres. Sin sufrir las amenazas y los abusos de su señor, aunque a veces la libertad es una fruta más amarga que la esclavitud.

Capítulo 2

Año del Señor, 10 Noviembre de 1089

Medina del Campo era la última gran ciudad en su camino hacia el sur. A partir de allí el control del rey sobre los caminos era muy escaso y las amenazas se cernían sobre ellos como buitres en busca de carroña. Muchos de los colonos se unían en grupos en ese punto para viajar a las salvajes tierras de frontera. Tenían además que atravesar un gran macizo montañoso, que en esa época del año ya estaba en parte cubierto de nieve.

En una fonda, cerca de la calle real, los colonos se reunían para decidir el itinerario, comprar las últimas provisiones en común y ayudarse mutuamente. Cuando Santiago entró en el mesón observó a media docena de hombres, la mayoría vestidos con ropas sencillas como la suyas, con ropas grises de lana tosca, pero con la misma mirada esperanzada de todos los hombres libres.

Santiago se sentó en la mesa en silencio. Prefería escuchar y aprender, algunos de aquellos hombres eran más mayores y curtidos que él. Tras un rato escuchando, uno de los más ancianos comentó:

— Debemos salir mañana mismo, el cielo amenaza nieve, si no llegamos al paso en cuatro días, puede que quede cerrado dos o tres semanas. Además es peligroso permanecer en las cumbres sin cobijo.

El resto de los hombres asintió con la cabeza. El cielo llevaba todo el día de tono blanco grisáceo, lo que presagiaba una gran nevada. Otro de los hombres se puso en pie, por su gesto no parecía muy de acuerdo con su compañero.

— La tormenta nos alcanzará antes de cruzar el paso, es mejor permanecer aquí hasta marzo o abril.

Un murmullo de desaprobación recorrió la mesa. Ninguno de aquellos hombres podía permitirse estar cuatro meses viviendo en la ciudad y las posibilidades de encontrar trabajo en ese periodo del año eran escasas.

— Podemos sortear el temporal si subimos por la cara más al oeste. Nos desviará un poco del camino, pero cerca de la cumbre hay una pequeña población, que nos podría dar cobijo si las cosas se ponen feas –dijo Santiago, intentando disimular su vergüenza. No estaba acostumbrado a hablar en público y ser el centro de atención.

Todos le miraron sorprendidos. Santiago sintió las miradas de

reproche y agachó la cabeza.

— ¿Quién sois vos? –preguntó el hombre más anciano.

— Mi nombre es Santiago Buendía, vengo de un pueblo al norte de León. El rey me ha concedido unas tierras cerca de la villa de Magerit –contestó el joven con voz temblorosa.

El resto del grupo comenzó a reírse. Santiago frunció el ceño, pero el hombre más mayor le puso la mano en el hombro y con un gesto amable le dijo:

— Mi nombre es Fernando Alegría. Nos os enfadéis, mis compañeros se ríen de vuestra inocencia. Las tierras que ha dado el rey no son en propiedad, simplemente cambiamos de amo. En lugar de nuestros señores, las tierras pertenecen a las villas. Aunque el trato y las condiciones son mucho mejores –dijo el hombre sonriente.

— Pero, me aseguraron... –contestó Santiago confundido.

— Tenéis que aprender a leer, de otra forma siempre os fiareis de lo que otros dicen –comentó Fernando.

Santiago no reveló su secreto, el sí sabía leer y por eso, conocía perfectamente el contenido de la carta del rey, pero el joven siguió con la cabeza gacha. En la carta no decía nada de que las villas poseyeran las tierras. No era normal que los campesinos supieran leer, pero su padre había sido monje antes de tenerle a él. Había abandonado los hábitos y se había llevado consigo un valioso libro, de pequeño él lo ojeaba en secreto. Un día su padre le sorprendió, por primera vez no fue el hombre arisco y amargado que él conocía. Le enseñó a leer y escribir, aunque le advirtió que no se lo dijera a nadie. Sabía de su ignorancia, pero en los primeros días como hombre libre, se había olvidado en parte de sus limitaciones.

— Sigo pensando que es una locura –dijo el otro hombre mayor.

— Este gruñón es Lucas Seguro, pero nos ayuda a escoger la ruta más fácil. ¿Verdad Lucas? – bromeó Fernando.

— El paso que decís existe, pero son dos días más de viaje. Además nadie nos asegura que los aldeanos de la cumbre nos acojan en caso de necesidad –dijo Lucas, mesándose la barba negra.

— Es de buenos cristianos dar hospitalidad a sus hermanos –dijo Santiago, lo que provocó la risotada de todos los colonos.

— Al otro lado de las montañas no solo hay cristianos, todavía quedan muchos moros y judíos –le explicó otro de los hombres.

La cara regordeta y grandes ojos negros del tercer hombre parecía más amable que la de los otros dos. No llevaba barba ni bigote, lo que le daba aspecto femenino.

— Me llamo Mateo Correa, viajo solo, pero me he unido a este

peculiar grupo para sobrevivir en los duros caminos de estas tierras de frontera.

— Nuestro monje, aunque lleva siempre un sayo que le tapa el hábito franciscano –dijo Fernando, burlándose del monje.

— El hábito no hace al monje –contestó risueño el religioso.

Los otros hombres permanecieron en silencio.

— ¿Puedo unirme a ustedes? –preguntó Santiago. Sus ojos se clavaron en los del resto de colonos. Se produjo un breve silencio y al final varios asintieron con la cabeza.

— Cuantas más manos y armas mejor para todos –dijo Fernando.

— Mi única arma es este cuchillo, no sé usar ni el arco ni la espada –comentó Santiago.

— Pues tendréis que aprender a luchar –dijo Lucas, mientras dejaba una espada sobre la mesa.

— ¿Tenéis suficientes provisiones? –preguntó Mateo, al joven.

— Sí, aproximadamente para dos semanas de viaje –contestó Santiago.

— Al final partimos mañana antes de que salga el sol – dijo Fernando a todos los colonos.

— Sed puntual, antes de la salida del sol en el camino real. No podemos perder más tiempo –gruñó Lucas, tomando la espada de encima de la mesa.

— Seré puntual – contestó Santiago. Después se puso en pie y se despidió de sus nuevos compañeros de viaje.

Ana le esperaba en el carruaje. Su hijo estaba dormido y ella parecía calmada y sonriente.

— ¿Cuándo partimos? –preguntó a su marido.

— Mañana mismo, en dos semanas estaremos en nuestro nuevo hogar –dijo Santiago con una sonrisa.

— Estoy impaciente por verlo –dijo Ana invitando a su esposo a que subiera.

Santiago trepó al carromato y la abrazó. Se sentía un poco decepcionado al saber que las tierras nos serían de su propiedad, pero sin duda la situación en las nuevas tierras reconquistadas era mucho mejor que en su alejado valle de León. Aunque el no terminaba de creer las palabras de aquellos colonos. Al parecer no era suficiente con saber algunas letras, también había que entender lo que se leía. Pero las sombras de su mente se disiparon enseguida, un corazón joven es siempre capaz de superar cualquier cosa.

Capítulo 3

Año del Señor, 11 Noviembre de 1089

Viajar parecía algo muy emocionante o eso pensaba el pequeño Marcos. A sus seis años era un niño avispado, con su sucia cara siempre sonriente. No era bello, pero sus rasgos dulcificados por dos sonrosadas mejillas, le hacían parecer angelical. Siempre llevaba el pelo desordenado bajo un pequeño gorro marrón, que su madre se empeñaba en colocarle en cada ocasión.

Lo que más feliz hacía al pequeño Marcos era pasar las horas muertas junto a su padre, mientras este sostenía las riendas del carromato. Se imaginaba en ocasiones llevando él solo al caballo que se habían llevado de la casa de su tía.

Ana, su madre, parecía asustada. Sus dos grandes ojos verdes miraban siempre a los lados del camino, como si asaltadores fueran a atacarles en cualquier momento. La sucesión de bosques era interminable y los únicos claros del camino eran los campos cultivados de escasos y pequeños pueblos de la Meseta. Aquella había sido tierra de moros hasta hacía relativamente poco tiempo y la vida continuaba siendo dura y salvaje en la zona de frontera.

Santiago miró de reojo a su hijo y esbozó una leve sonrisa, le gustaba rozarse con él mientras su carro se zarandeaba por los baches del camino. Aquella antigua calzada romana estaba tan parcheada, que hubiera preferido ir campo a través si no hubiera sido por el lodazal en el que se había convertido el suelo tras dos meses de lluvia y nieve. Le habían dicho que los inviernos en el sur eran menos crudos y que en las ciudades moras prácticamente nunca nevaba, como si fuera primavera perpetuamente.

El joven campesino estiró los brazos mientras contemplaba las montañas en el horizonte. Parecían al alcance de la mano, pero sabía que tardarían aún dos días en serpentear sus faldas blancas. Respiró hondo e intentó disfrutar de la sensación de libertad que sentía desde que había abandonado el feudo de su señor. ¡Libre! Se repetía una y otra vez, como si necesitara oírlo continuamente, para que su dura mollera fuera capaz de hacerse a la idea.

El ronroneo de los carromatos que rodaban delante y detrás de él era el único murmullo que arrancaba al camino su silencioso sigilo. Apenas había transeúntes en el camino real. La gente no se arriesgaba a viajar hacia las montañas después de que cayeran las primeras nieves, pero la soledad era uno de los placeres que más disfrutaba

Santiago. Se había imaginado muchas veces el camino repleto de peligros, en las aldeas se hablaba de razias de moros, que violaban y mataban por doquier; también de los bandidos que acechaban en los caminos y algunos soldados que se nutrían de los alimentos de los viajeros, pero lo cierto es que hasta ese momento Dios y todos los santos les habían protegido de mal alguno.

Fernando paró su carromato que dirigía la caravana y el resto de carruajes se detuvieron lentamente. Santiago se puso en pie sobre el pescante e intentó ver lo que sucedía, después llamó a su esposa para que tomara las riendas y se bajó a toda prisa. Marcos comenzó a gritar el nombre de su padre a medida que éste se alejaba, al final el hombre se dio la vuelta y bajó a su hijo del carro. Cuando llegaron al principio de la caravana, todos los hombres del grupo estaban mirando algo en el camino. Santiago se abrió paso y se puso al lado de Fernando.

— ¿Qué sucede? ¿Por qué no detenemos? No quedan muchas horas de luz y el próximo poblado está todavía a bastantes leguas de aquí –dijo Santiago impaciente.

Fernando le miró por unos instantes, pero enseguida volvió a fijar sus ojos en el horizonte. El joven campesino se dio la vuelta y contempló la calzada. A unos veinte codos, las piedras estaban totalmente partidas. Las últimas lluvias se habían llevado algo más de doce codos de piedra y un gran charco les impedía seguir.

— No podemos rodearlo –dijo el monje, señalando los árboles que llegaban hasta la misma calzada.

— La única solución es cortar dos árboles altos y utilizarlos como pasadera, pero eso nos llevará todo el día –comentó Fernando.

Santiago se quitó el capuchón de lana y se frotó su pelo castaño y largo.

— Aunque cortemos dos troncos, no sabemos si resistirán y es muy complicado que pasen por los dos troncos sin moverlos –comentó Santiago.

— No nos queda más remedio –dijo Fernando, zanjado la conversación.

— Podríamos volver al anterior desvío y pasar la montaña por Segovia –dijo Santiago, al que no le convencía la solución del guía.

Fernando frunció el ceño y se acercó al joven campesino.

— ¿Cuántos viajes habéis realizado, maese campesino? –preguntó jocoso el hombre.

— Ninguno –contestó tímidamente Santiago.

— El camino de Segovia es mucho más frío. Allí la nieve permanece durante todo el invierno. Nuestra oportunidad es cruzar por este lado, de otra forma, tendríamos que esperar a que llegara la primavera –dijo Fernando, golpeando con el

dedo en el pecho de Santiago.

— Esta ruta también es peligrosa por los acantilados –dijo el monje.

— Ahora todos tienen algo que decir, pero el sol está comenzando a bajar y no podemos quedarnos en mitad del camino. Mateo y Lucas irán conmigo para buscar dos buenos troncos y cortarlos. Santiago se queda al mando –dijo Fernando.

La media docena de hombres que componían el resto del grupo, comenzó a quejarse al guía. Santiago se había añadido a ellos unos días antes y algunos le consideraban demasiado joven para ejercer esa responsabilidad.

— Por los clavos de Cristo, será como yo digo. Ahora todos a sus puestos –dijo Fernando, mientras tomaba su hacha y se internaba en el bosque.

Santiago se encaminó hasta su carro a toda prisa. Su hijo Marcos corría tras de él, pero no lograba darle alcance. El niño miró hacia los árboles y creyó ver algo entre la espesura. Una especie de resplandor. Se detuvo en seco y se salió de la calzada.

El joven campesino le explicó a su esposa la causa del contratiempo y tomó su cuchillo. Era la única arma que poseía, pero la manejaba con destreza.

Ana miró detrás de su esposo, pero no vio al niño.

— ¿Dónde está Marcos? –preguntó con la voz angustiada.

Santiago se giró bruscamente y después comenzó a correr hacia el primer carromato, pero no vio al niño por ningún lado. Cuando regresó hasta donde estaba su esposa, vio como Ana corría hacia los árboles.

— ¡Ana, no te internes sola en el bosque! –gritó Santiago, mientras la seguía a toda velocidad.

Su mujer miró hacia atrás y después comenzó a caminar entre los árboles, pero al escuchar la voz de su esposo, se giró y le dijo a su marido:

— ¿A qué esperas? Nuestro hijo está en peligro, a saber lo que hay entre estos árboles.

El hombre dudó unos instantes, Fernando la había dejado al cargo de la caravana. Al final, dejó el camino empedrado y caminó por el barro detrás de su mujer. El bosque era un lugar muy peligroso para un niño. Si no lo encontraban antes de una hora, sería imposible volver a verlo con vida.

Fernando eligió uno de los árboles más rectos y altos y animó a sus hombres a que comenzaran a golpear en el mismo lado. Las hachas comenzaron a cortar el tronco y las astillas salpicaron el suelo verdoso del bosque. El sonido rítmico de los tres hombres comenzó a invadir el

bosque y por un momento, los tres campesinos se olvidaron de la urgencia de cortar el tronco, de las horas que les quedaban por delante y la incertidumbre de un destino desconocido, para disfrutar del placer de golpear aquel inmenso tronco.
Tras unos minutos de intenso trabajo sonó un chasquido y Fernando les indicó a sus hombres que se apartaran. El tronco cayó en medio de un estruendo, aplastando a los árboles que tenía alrededor. Los tres campesinos se subieron al tronco y comenzaron a cortar las ramas.
Tras unos veinte minutos de trabajo intenso, los tres hombres pararon para descansar. Fernando observó los árboles de alrededor, eligió uno con la mirada y después lo señaló con su mano.

— Ese estará bien.
— Es más alto –se quejó Mateo, que no paraba de resoplar.
— Es igual que este –dijo Lucas tocando el tronco sobre el que estaban sentados.

Mientras los tres hombres se dirigían hacia el árbol elegido, escucharon unos gritos de auxilio. Fernando se quedó quieto, intentando aguzar el oído.

— Provienen de la caravana –dijo Lucas, mientras tomaba el hacha clavada en el tronco
— Calla, maldita sea –dijo ásperamente Fernando, intentando afinar su oído.

Se escuchó de nuevo una voz femenina y los tres corrieron en dirección a los gritos. Mientras se acercaban, Fernando no dejaba de pensar qué había sucedido en el transcurso de apenas media hora. Santiago no estaba preparado para quedarse al cargo, se dijo mientras notaba como sus piernas comenzaban a flaquear. A sus casi cuarenta y cinco años, las penalidades y dificultades de su vida se sentían en cada hueso de su cuerpo: los años luchando al lado del rey de León, por una paga mísera y algunos latigazos, su intento de convertirse en campesino y plantar vides, pero lo que era peor, el ataque de los moros que arrasaron su aldea y se llevaron como esclavos a su mujer y su hija, después de dejarle a él a las puertas de la muerte.
Cuando llegaron hasta donde se escuchaban las voces, vieron a Santiago y Ana con la cara desencajada. No hizo falta que le dijeran que el pequeño Marcos se había perdido. Se unieron a la búsqueda, dividiéndose en dos grupos.
Fernando y Lucas se internaron algo más en la espesura, mientras Santiago, Ana y Mateo seguían por un sendero medio abandonado.
Los árboles ocultaron enseguida el camino hasta la caravana, pero Fernando sabia orientarse muy bien en medio del bosque. En alguna de las campañas en las que había luchado, como la liberación de Toledo cuatro años antes, bajo el reinado de Alfonso VI de León, siempre había servido como guía.

Aquella tierra seguía siendo fronteriza y corrían rumores de que los moros querían recuperarla, pero esos bulos circulaban sin parar al uno y el otro lado de las montañas. Ahora lo más importante era encontrar al niño y evitar pasar la noche en el bosque.

Mientras Fernando y Lucas corrían se escuchó un grito a pocos pasos. Los dos hombres se volvieron e intentaron orientarse en mitad de la espesura. Las ramas les golpeaban los brazos, pero ellos continuaban corriendo con todas sus fuerzas. Cuando llegaron hasta un pequeño claro, Fernando sacó su espada y observó con atención unas ramas que parecían ocultar algo. Un destello de sol atravesó el follaje y los dos hombres se aproximaron un poco más.

De mitad de la nada salió algo parecido a un oso, se acercó por su espalda, pero cuando escucharon las pisadas sobre el suelo alfombrado aún de hojas muertas, se giraron de repente. Entonces, del otro lado, surgió una figura más pequeña que también les gruñía.

Lucas intentó empuñar su cuchillo, pero la mano le temblaba y se le cayó al suelo.

— Por Santiago –gritó Fernando mientras se dirigía al oso más grande.

En ese momento, el oso se lanzó para atrás y comenzó a suplicar. La piel cayó al suelo y delante de Fernando apareció un hombre moreno, de piel oscura y vestido con unas mayas de colores y un jubón verde.

— Señor, os suplico que no nos matéis –dijo el individuo hincando su rodilla en tierra.

El otro oso también se descubrió y debajo de la piel áspera del monstruo surgió un niño de doce años, de miembros alargados y con los rasgos muy parecidos al hombre adulto.

— ¿Quiénes sois? Me parecéis hijos de Belcebú –dijo Fernando, todavía medio asustado.

— Somos Nicolás y Leandro, estamos de paso por estas tierras, nos dirigimos a los pueblos para alegrar la vida de los hombres –dijo el titiritero.

Lucas miró al muchacho y guardando su cuchillo dijo:

— Maese Fernando, no son demonios, os aseguro que yo le he visto en persona y no se parece a estos hombres.

— ¿Dónde está el niño? –preguntó con urgencia Fernando.

— Mi mujer e hija vieron a un niño perdido en el bosque y lo recogieron en nuestro carromato. Está bien, os lo aseguro –dijo el titiritero.

De en medio de las ramas surgieron dos mujeres, una muy joven con el pelo negro, largo y rizado, junto a ella había otra mujer con el mismo aspecto, pero canosa. El niño estaba junto a ellas, y nos les prestó atención, mientras se afanaba en morder un torrezno.

— Marcos ven aquí –dijo Fernando.

El niño levantó la vista y al ver a uno de los amigos de su padre saltó del carromato y se pegó a sus piernas.

— ¿Te han hecho algún daño? –preguntó Fernando.

— No señor, me perdí y unos lobos comenzaron a rondarme, pero llegaron estos hombres vestidos de osos y los lobos escaparon con el rabo entre las piernas –dijo el niño.

En ese momento aparecieron Santiago y Ana. La mujer jadeaba y tenía el rostro ennegrecido por las lágrimas y el barro.

— ¡Hijo! –gritó la mujer y el niño corrió hasta sus brazos.

Santiago no pudo disimular un par de lágrimas que se le escapaban de los ojos, después abrazó a su mujer e hijo.

— ¿Qué hacemos con estos? –dijo Lucas, señalando a los titiriteros.

— Que se marchen –contestó Fernando.

La mujer bajó del carromato y se acercó hasta el grupo de hombres. Se puso de rodillas delante de Fernando y comenzó a llorar.

— En la última aldea que actuamos nos apedrearon y robaron casi todo. No podemos seguir aquí, la nieve no tardará en llegar y moriremos de hambre -dijo la mujer.

— Ese no es nuestro problema, no llevaremos con nosotros a gente saltimbanqui. Todo el mundo sabe que sois ladrones y mentirosos por naturaleza –dijo Fernando.

— Nosotros salvamos al niño de los lobos –dijo la joven del pelo rizado.

Ana la miró sorprendida, hasta ese momento había pensado que aquellos desconocidos se habían llevado a su hijo. Entonces miró a Santiago y le suplicó con la mirada que ayudara a los titiriteros.

— Dejad que vengan con nosotros –dijo Santiago a Fernando.

— Yo soy el que toma las decisiones –contestó Fernando, frunciendo el ceño. Aquella gente lo único que podía ocasionarles eran problemas.

— Únicamente hasta la siguiente aldea –dijo Ana.

— No –insistió Fernando que empezó a caminar hacia el camino.

— No es de buenos cristianos dejarlos aquí en mitad del bosque –dijo Mateo.

— Maldito monje renegado, os creéis con autoridad para hablar a los cristianos, vos que ya no servís a Dios –dijo Fernando furioso.

Los intrusos solían traer problemas y si no eran ellos, era la gente que iba detrás de ellos. A la súplica de Ana, Mateo y Santiago se unió la del propio Lucas y al final Fernando terminó por ceder.

— Únicamente por un día, en la próxima aldea tendrán que separarse de nosotros –dijo de forma tajante Fernando.

Los desconocidos quitaron rápidamente las ramas del carromato e

invitaron al resto a que se subiera con ellos hasta el camino.
Cuando todos se encontraron en la vía principal, recordaron que aún tenían el problema del socavón en el camino.

— Ya es demasiado tarde para pasar, preparemos el otro árbol y mañana a primera hora los colocamos. Regresaremos al claro donde estaba el carromato de los titiriteros, allí estaremos más seguros. Que alguien encienda una gran hoguera, después colocad los carros en círculo y poned dos centinelas, nosotros llegaremos enseguida –ordenó Fernando.

Una hora más tarde, Fernando estaba de regreso con el resto de los hombres. Las caravanas estaban colocadas en círculo y una gran hoguera brillaba en su centro.
La oscuridad y el frío lo envolvían todo. Fernando se aproximó a la hoguera y se calentó las manos. Santiago estaba allí, mirando el tintinear de las llamas e intentado entrar en calor

— ¿No es peligroso tener una hoguera encendida? –preguntó Santiago, mientras salía de sus pensamientos.
— Sí, puede que algunos ladrones puedan vernos, pero si no encendemos la hoguera, los que se acercarán serán los lobos o los osos –contestó Fernando.
— Gracias por la aclaración –dijo Santiago, cambiando de conversación.
— La próxima vez que el niño se pierda o vos dejéis vuestra responsabilidad os dejaré en el camino. Tiene que cuidar de su hijo, no podemos permitirnos perder más tiempo. Dentro de unos días el paso puede estar cerrado –dijo Fernando.
— Comprendo, no se volverá a repetir –contestó Santiago cabizbajo.
— Ahora, esos titiriteros nos retrasarán aún más y nos harán gastar más provisiones de las previstas. Espero que mañana, cuando los dejemos en la próxima aldea, no se ponga de nuevo de su lado –le advirtió Fernando.

Santiago frunció el ceño, su rostro quedó iluminado por la hoguera y Fernando se alejó y se dirigió hasta su carromato. Ana aprovechó para acercarse hasta su esposo y abrazarle por la espalda.

— No le hagas caso, es un gruñón. Hemos hecho lo correcto, si no hubiera sido por esa gente, Marcos estaría muerto.

La mirada de los dos esposos se perdió en la luz brillante de la hoguera. Tenían miedo, un miedo profundo que les penetraba los huesos. Ya no tenían nada, todas sus posesiones iban dentro de un destartalado carro y su vieja yegua y el otro jamelgo no tenían mucho valor, pero al menos permanecían juntos y a salvo.

— ¿Y el niño? –preguntó Santiago.
— Está dormido, creo que hoy ha vivido muchas emociones –dijo

Ana.

La pareja se dirigió hacia su carromato y una vez dentro, debajo del calor de las mantas, hicieron el amor por primera vez como personas libres. Aquella noche fue muy especial para ellos, nunca antes se habían sentido tan unidos. Magerit les esperaba para hacer realidad todos sus sueños.

Capítulo 4

Magerit, año del Señor, 12 Noviembre de 1089

La muralla estaba derruida en varios puntos, los constantes cambios de mano habían convertido, durante muchos años, a la pequeña villa en tierra de nadie entre las fronteras de moros y cristianos. Aquel conjunto de piedras traídas de las montañas era lo único que les separaba de la barbarie de las tierras colindantes y las razias de los musulmanes. Los vecinos eran los que más sufrían estos desmanes, por ello reconstruir la muralla era una tarea de todos, aunque a veces las autoridades encargaban el trabajo a albañiles. Desde que la emérita ciudad de Toledo había caído en manos cristianas, las fronteras estaban más seguras, pero se rumoreaba que pasado el invierno un nuevo golpe de los moros, podía revertir en una nueva huida de los cristianos hacia el norte.

Pablo ajustó bien la piedra y después se secó el sudor con la manga. Era increíble lo que se sudaba en el trabajo a pesar de estar metidos casi en el invierno. Serafín, su padre, le miraba desde otro de los puntos de la muralla que dominaba el río y buena parte de la vega. Él le había enseñado todo lo que sabía, los dos provenían de algunas de las familias cristianas más antiguas de la ciudad. De aquellos que a pesar de la conquista musulmana se habían quedado en su tierra y no habían renunciado a su fe.

Cada día llegaban más forasteros a la ciudad, pero en su mayoría debían conformarse con dormir extramuros, cerca del arrabal que ocupaban los musulmanes que se resistían a volver con sus señores moros. Serafín conocía a muchos de ellos, algunos habían sido sus amigos cuando eran niños, pero la última guerra había separado más a las dos comunidades, sobre todo desde que el señor Don Wilfredo, el conde de Astorga, se había encargado de la protección de la villa.

Don Wilfredo era hombre duro y cruel, algunos le acusaban de tener sangre judía y alma mora, pero lo cierto era que no tenía alma y su sangre era negra como el hollín.

Cada vez que Serafín se cruzaba con el conde, intentaba bajar la vista y pasar desapercibido. El conde, desoyendo las cartas del rey, se repartía las tierras de los colonos que llegaban con la esperanza de ser libre y ahora intentaba robar las tierras del municipio, aunque algunos buenos hombres de la ciudad lo impedían con todas sus fuerzas. Por eso la muralla era tan importante.

Serafín se acercó a su hijo y le hizo un gesto para que bajara del

andamiaje. En unos segundos Pablo llegó al suelo y compartió con su padre la comida que su madre les había preparado la noche anterior.
Desde que la ciudad fue recuperada para la cristiandad, el trabajo había aumentado mucho. Primero se había restaurado la ciudadela y el alcázar, después algunas de las plazas internas y ahora le tocaba a la muralla. Tras seis años de dominio cristiano se había transformado la mezquita principal en iglesia y otras dos iglesias comenzaban a construirse con ahínco, mientras algunas órdenes religiosas que venían con el afán de convertir a los moros, que seguían siendo mayoritarios en la villa, también construían sus cenobios.
Pablo tenía dieciocho años y casi no recordaba como era la ciudad antes de la conquista, pero echaba de menos las fragancias de su niñez. Los musulmanes eran muy dados a perfumarse, cocinar con especias y usar los baños públicos; los cristianos del norte veían en aquellas prácticas costumbres afeminadas y heréticas. Habían clausurado los baños públicos y un olor a tocino rancio y ajo lo había invadido todo.
A pesar de todo, la villa estaba más poblada y era una ruta segura para comerciantes de Castilla y León que bajaban hasta Córdoba para comprar especias, sedas y otros productos de lujo para sus señores.
Todas las ciudades habían cambiado su nombre tras la llegada de los cristianos y esto era un verdadero trabalenguas para los moros y mozárabes. De hecho, la comunidad de Mayrit había pasado a llamarse Magerit, pero las ciudades cercanas, en las que los moros tenían torres de defensa también habían cambiado su nombre. De esa forma, Ṭalamanka se llamaba ahora Talamanca, Qal'-at'-Abd-Al-Salam había pasado a llamarse Alcalá de Henares y el de Qal'-at-Jalifa tenía el nombre de Villaviciosa de Odón.
Los problemas no eran meramente lingüísticos. Los cristianos que venían del norte veían a los mozárabes como cristianos arabizados. Durante siglos esta comunidad había estado plenamente integrada con sus vecinos musulmanes. Era cierto que a los cristianos se les imponían muchas restricciones y en algunos casos se les perseguía, pero las dos comunidades habían convivido con una relativa paz. Los mozárabes y los judíos tenían en la sociedad árabe el estatus legal de dimmíes, pero la llegada de almorávides había desatado la persecución de los cristianos y que la tolerancia cesara y se produjeran matanzas indiscriminadas de cristianos y judíos.
Serafín seguía asistiendo a la única iglesia de la ciudad que continuaba con el rito mozárabe, pero muchos monjes intentaban que cambiaran de parroquia y se unieran a la de los cristianos del norte.

— Padre, ¿cree que terminaremos la muralla antes de que llegue la primavera? –preguntó Pablo después de comer las gachas.
— Hijo, eso nunca se sabe. Somos muy pocos trabajando y la villa

no se puede permitir contratar a más hombres. Algunos representantes han propuesto que se obligue a los moros a trabajar en ella ciertas horas al día, pero no se ha hecho nada.

— Sería injusto, ellos están fuera de la muralla –comentó Pablo.

— Pero son sus hermanos los que nos atacarán, aunque para que estemos realmente en peligro, primero tiene que caer Toledo y al parecer la ciudad está muy bien armada –dijo Serafín.

— No sé, a veces creo que con los moros vivíamos mejor –dijo el joven.

Su padre miró a un lado y al otro con cara de preocupación. Su hijo era demasiado sincero, pero había ocasiones en las que era más seguro mantener la boca cerrada.

— No digáis eso nunca más. Primero por nuestra santa patrona la Virgen de la Almudena, pero sobre todo si no quieres que nos lleven a la mazmorra o nos ahorquen –dijo Serafín en voz baja.

— Lo lamento padre, al principio la llegada de las fuerzas del rey Alfonso me animaron, pero ese conde nos tiene con el pie en el cuello –dijo Pablo.

— El conde es muy peligroso, tiene muchas cosas que ocultar y como perro herido se revuelve contra todo aquel que le contradice –dijo Serafín.

— Lo sé, por eso siempre le evito.

— Gracias al crecimiento de la villa nuestra bolsa ha engordado, si las cosa se ponen feas nos iremos a Toledo, si los moros avanzan, podemos huir a Segovia o Ávila –dijo Serafín, intentando tranquilizar a su hijo.

— Esperemos que el consejo logre controlar su ambición –comentó Pablo.

— El conde tiene casa en la villa, el antiguo palacio del emir, por eso tiene voz y voto, también ha comprado algunas voluntades, pero la mayoría sigue apoyando los derechos que el rey otorgó a la villa –dijo Serafín.

— Que nuestro santo patrón Santiago os oiga, padre –dijo Pablo.

— Volvamos a la faena, parece que viene nieve y la noche no tardará en llegar –dijo Serafín

Los hombres se subieron a sus respectivos puestos y comenzaron a colocar las grandes piedras de granito. Medio centenar de jornaleros se extendían por toda esa parte de la muralla próxima al Alcázar. Era algo curioso que los musulmanes de la villa fueran los que construían la muralla para proteger de sus hermanos a los cristianos, aunque fuera cobrando.

Serafín echó un último vistazo a su hijo, había crecido rápidamente, ya tenía edad de luchar y si la guerra regresaba a aquellas tierras, los

hombres del rey no tardarían en reclutarlo. Dio un profundo suspiro y se santiguó, intentando que aquellos pensamientos no se convirtieran en realidad. Hasta ese momento Dios le había librado de todos los males que el Diablo llevaba al hombre: el pecado, la enfermedad y la muerte.

Al otro lado de las montañas, la nieve comenzaba a caer tímidamente, como si la pereza del largo verano y el otoño le impidiera depositar su blanco mensaje sobre los árboles pelados y las agrestes montañas que rodeaban aquellos lugares fronterizos.

Capítulo 5

Año del Señor, 12 Noviembre de 1089

Cuando despertaron un gran manto blanco lo cubría todo. Santiago miró por la rendija del carromato y sintió un escalofrió al percibir el fresco que había llegado sin avisar. Ana tiró de la manga de su marido para que regresara de nuevo debajo de las mantas, pero éste se abrigó y salió al centro de la explanada. La luz era todavía débil, pero el reflejo de la nieve parecía haber adelantado al sol aquella mañana. Alrededor del fuego ya estaba Fernando, su expresión era ausente, totalmente absorto en sus pensamientos. Cuando escuchó las pisadas de Santiago sobre la nieve se volvió.

— ¿Sois vos? –dijo Fernando después de relajar su mano que había ido instintivamente a la espada.
— Sí, no podía dormir más –comentó Santiago.
— La nieve ha llegado pronto este año, yo pensaba que nos daría una semana más de tregua, pero por desgracia sólo Dios sabe cuándo caerá la lluvia del cielo –dijo Fernando.
— No hay tanta nieve –dijo Santiago, agachándose y tomando un poco del suelo.
— Aquí no, pero arriba puede que haya hasta medio metro, con tanta nieve los carros no pueden rodar –dijo Fernando. Él había recorrido ese mismo camino en varias ocasiones. Desde que los moros habían sido expulsados de las tierras de Toledo, el transporte de colonos era uno de los negocios más rentables. No le gustaba contar esto a sus clientes, prefería que pensaran que simplemente era un colono más.
— ¿Piensas que es mejor esperar aquí? –preguntó Santiago. Sabía que estaba en las inmediaciones de una hermosa ciudad llamada Segovia, pero no creía que pudieran pasar el resto del invierno en esa zona, sin casi alimentos ni un trabajo para ganarse el sostén.

Fernando miró el rostro aniñado de Santiago, parecía un chiquillo en el cuerpo de un hombre, pero sus finos rasgos le daban un porte poco usual en un campesino. Sin duda descendía de aquellos nobles godos que habían reinado en la Península antes de la llegada de los moros.

— Intentaremos ir por el camino más sencillo. No es el más corto, pero puede que de esa manera lleguemos a Magerit sanos y salvos - dijo Fernando.

Los dos hombres comenzaron a colocar los caballos en los carromatos

y enseguida se les unió el resto del grupo. El frío había conseguido atrasar la partida, pero tenían que aprovechar las pocas horas del sol, antes de que la nieve se congelara.

Colocaron los dos grandes troncos y lograron pasar todas las carrozas sobre ellos sin ningún contratiempo. Después retomaron el camino, intentando ir más rápido que en las anteriores jornadas.

A las pocas horas, el camino comenzaba a empinarse, pero los animales estaban frescos y mantenían un buen ritmo. Después de un largo día de esfuerzos y sacrificios, los colonos se detuvieron en un pequeño claro del bosque. Estaban demasiado lejos de ninguna villa, para guarecerse de asaltantes y animales salvajes, pero aquel parecía un lugar seguro. Los osos de la sierra eran muy peligrosos, corrían todo tipo de leyendas acerca de su ferocidad y fuerza, pero los colonos sabían que en invierno era raro verlos merodear por los caminos y que el fuego les causaba temor.

Fernando reunió a todos alrededor del fuego tras la cena. Los hombres comenzaban a dejarse la barba y las mujeres ya no se preocupaban tanto por su aspecto. La montaña transformaba a todos en seres salvajes y desconfiados. El hombre miró directamente a los ojos de todos y después tomó algo de vino caliente.

— Estamos subiendo y como veréis, la nieve aumenta por momentos. En el camino hay una pequeña aldea. No son gente muy hospitalaria ni les gustan los forestaros, pero podremos comprar comida y permanecer cerca de ellos hasta que el temporal amaine. La jornada de mañana será muy dura. El camino se encrespa y atravesaremos una zona de acantilados. Vuestros animales no están acostumbrados a este terreno, pero no os preocupéis, lo superarán.

Santiago confiaba en su guía, aunque cierta inquietud había ido apoderándose de él. Los titiriteros no llevaban muchas provisiones y dentro de poco comenzarían a pedirles que repartieran las suyas, pero lo peor de todo era que aquel tipo de gente no era bien recibida en las aldeas, muchos los consideraban ladrones, blasfemos y gente peligrosa. El grupo de titiriteros no se reunieron con ellos en la hoguera, solían permanecer fuera del círculo de carromatos y viajaban a un ritmo lento, llegando a alcanzarles varias horas después.

— Me parece bien lo que decís, pero ¿aceptarán titiriteros en la aldea? –preguntó Santiago. Ana le miró unos instantes, ellos dos habían animado al grupo a acogerlos, pero ahora parecían desear quitárselos de encima.

— Ya no podemos volvernos atrás. No sobrevivirían solos en la montaña –dijo Fernando, con cara de resignación

— Será mejor que los tengamos vigilados –añadió Lucas. Su rostro mal encarado y sus dientes podridos, que apenas

ocultaban su barba negra, le daban un aspecto fiero cuando sonreía.

Todos se fueron a la cama con inquietud. Santiago y Ana rezaron un Padre nuestro y se encomendaron a la protección de todos los santos, aquella noche. Dios les había permitido llegar hasta allí y nos les desampararía ahora.

A la mañana siguiente, la nieve había aumentado su espesor y les costó mover los carromatos. Algunos de los colonos tuvieron que abandonar algunas pertenencias para aligerar el peso. Ana les observó con pena, era muy difícil dejar atrás las pocas pertenencias que habías conseguido obtener en toda una vida de sacrificios, pero caminaban hacía una nueva vida y tenían que aligerar el peso. Al otro lado de las montañas, serían dueños de sus propias tierras, el sudor de su frente vería por fin la recompensa de su esfuerzo. Ana miró a Marcos, cada día estaba más grande, él crecería y viviría en total libertad, sin un amo que le dijera lo que tenía que hacer. El buen rey Alfonso VI quería que sus siervos colonizaran las tierras arrebatadas a los moros y esa oportunidad podía no volver a presentarse nunca más.

El sol brilló aquella mañana con toda su fuerza. Al menos los cansados colonos pudieron sentir su calor atravesando la lana de sus toscos vestidos y caldeando sus castigados huesos. La belleza de las montañas apareció en todo su esplendor, los terrones de nieve caían de los árboles y el grosor de la nieve disminuía, lo que permitía que los caballos y bueyes caminaran sin resbalones.

Cuando la caravana entró en el estrecho desfiladero, Fernando ordenó a los carromatos que se detuvieran.

— El desfiladero es estrecho, pero lo peor está más adelante, cuando lleguemos a los barrancos. Mateo será el que abrirá la marcha, quiero que tú, Santiago seas el segundo, después Lucas…

Los carromatos comenzaron a internarse en el desfiladero poco a poco. Allí la nieve se había acumulado de forma especial y las sombras de las paredes habían convertido en algunos tramos la suave nieve en temible hielo. Mateo comenzó el camino con decisión, era un hombre resuelto y conocía aquel pasaje como la palma de mano. Ascendieron poco a poco, entretenidos con las aguas del riachuelo que había horadado aquellos montes hasta convertirlos en escarpadas paredes de piedra. Junto al agua crecían árboles frondosos y se veía el centelleó de los ojos de los ciervos que se acercaban furtivamente al agua, pero que al escuchar el tintineo de los carromatos y la campanilla que los titiriteros llevaban en su carro, se escondían entre los arbustos. En un par de días, si el camino se hacía más largo, los colonos tendrían que comenzar a pensar en cazar alguno de aquellos ejemplares. Los

animales del campo pertenecían al rey, pero en aquella serranía tan apartada, nadie vendría a pedirles cuentas.

A medida que la inclinación aumentaba, los caballos y bueyes comenzaban a mostrar su cansancio. Las piedras saltaban aplastadas por las grandes ruedas de madera reforzadas de hierro y algunos pedruscos se precipitaban al vacío y tardaban un rato en llegar a las frías aguas del río, que se había convertido en un pequeño hilo de agua, cuando los colonos lo observaban desde la altura del camino.

— No mires para abajo –dijo Ana a su hijo, que intentaba asomarse al barranco. Marcos no parecía tener miedo, los niños conservan ese sentido de invulnerabilidad que los adultos pierden con los años.

Santiago observaba a Mateo a través de la cubierta de tela de su carromato. Viajaba solo, aquel religioso era un tipo extraño, no era normal que un monje dejara los hábitos y se mezclara con seglares, la iglesia podía llamarle a cuentas y castigarle por su indisciplina, aunque la tierra a la que se dirigían era todavía un lugar de frontera, en el que las leyes no se aplicaban con la misma rigidez que en Castilla o León.

El camino se curvaba justo en uno de los puntos más altos de aquel acantilado, la estrechez del sendero ponía a la rueda al límite mismo del precipicio. Un bamboleo fuerte del carromato o un leve desprendimiento y el carro con toda su carga se precipitaría hacia el abismo.

Santiago observó como el carromato de Mateo pasaba con dificultad la curva. Sus dos fuertes bueyes caminaban con seguridad, pero durante unos segundos una de las ruedas estuvo en el vacío, lo que tambaleó el carromato. Mateo reaccionó con rapidez, azuzó a los animales y estos tiraron con todas sus fuerzas, mientras que varias piedras caían al abismo. Cuando le tocó el turno a Santiago, le pidió a su mujer que se fueran a la parte trasera y que sentaran en el lado contrario del acantilado. Después apuró a los animales que tiraron con fuerza del carromato. Sus caballos eran viejos y uno de ellos, Trueno, estaba medio ciego, pero una vez más el viejo fue el que llevó al joven por el camino adecuado y no dejó que este se acercara al precipicio. La rueda del carromato pisó una piedra, que tras partirse en dos, acercó al abismo a la rueda derecha. Santiago tiró fuertemente de las riendas y después utilizó el látigo para que los animales se esforzaran en caminar pegados a la pared de roca.

Tras superar la curva, Santiago respiró tranquilo. Marcos asomó la cabeza entre la tela y le ofreció una de sus amplias sonrisas.

— Padre lo habéis conseguido –dijo el niño.

— Todavía es pronto para celebrarlo, queda mucho camino por delante –dijo Santiago muy serio. No era del tipo de hombre

que se alegra por una victoria a medias, ni se entristece por una derrota pasajera.

Lucas comenzó a entrar en la curva. Su carromato era algo más grande que el del resto. Tenía cuatro hijos y su hija mayor esperaba un bebé. Aquella había sido una de las razones de su viaje. Al parecer un señor del lugar la había violado un domingo, mientras la chica lavaba ropa en el río, saltándose la prohibición de descansar en el Día del Señor. Lucas no había podido denunciar al agresor, la justicia nunca condenaría a un noble, por violar a la hija de un plebeyo, además la joven había incumplido uno de los mandamientos más importantes, santificar las fiestas. Por eso Lucas decidió vender sus pocas posesiones y su pequeña bodega en Burgos, para buscar un nuevo comienzo en las zonas recién reconquistadas a los moros.

El carromato se inclinó levemente hacia el desnivel y uno de los caballos relinchó con fuerza. Cuando Santiago se giró para observar como el carromato de Lucas traspasaba la curva, notó como si algo tirase del carromato que le seguía, al principio no se dio cuenta que lo que estaba sucediendo era que la rueda en el vacío del carromato, atraía a éste hacia el precipicio. Lucas azotó a los caballos y estos relincharon. Los animales tenían los ojos desorbitados por el esfuerzo y por sus ollares se escapaba el aliento de su esfuerzo extremo. La familia de Lucas comenzó a agitarse nerviosa dentro del carromato.

— ¡Saltad! –gritó el hombre mientras sentía como el carro comenzaba a torcerse. Los caballos intentaron aferrase con sus cascos a la tierra pedregosa cubierta de nieve, pero sus patas se escurrían a pesar del esfuerzo.

Santiago paró su carromato y dejando los correajes a su esposa, corrió hacia el otro carro. Tomó de las riendas a los animales, que con sus ojos de miedo intentaban vencer el peso, pero sus esfuerzos eran en vano. Santiago clavó su mirada en la de Lucas, notó como el sudor que corría por su frente se mezclaba con las lágrimas que salían de sus ojos pequeños. El hombre le hizo un gesto, pidiéndole sin palabras que desalojara a su familia del carro antes de que fuera tarde. Santiago dejó los caballos y se aproximó a la parte trasera del carromato. Miró en el interior, las cabezas rubicundas de los niños aparecieron de repente. La esposa de Lucas agarró a una de sus criaturas. Todos lloraban y Santiago tuvo que secarse las lágrimas con la manga, para poder ver bien qué le entregaba la mujer. Apenas la había atrapado con sus dedos, cuando el carro cedió y se volcó hacia un lado. Santiago logró retener a la niña entre sus brazos, mientras que los gritos de su madre y sus hermanos se confundía con el estruendo de las piedras que se precipitaban por el barranco y el relincho de los animales, que comenzaban a caer arrastrados por el carromato.

La niña se giró para ver lo que pasaba y Santiago le tapó los ojos con

su mano hosca y encallecida por el duro trabajo en el campo. Él mismo cerró sus grandes ojos verdes, pero en su mente se había fijado la terrible escena de aquella familia precipitándose a la muerte en mitad de ninguna parte.

Varios de los colonos corrieron hasta ellos. Santiago estaba sentado en el suelo, doblado hacia delante, protegiendo a la niña con su cuerpo, mientras la pobre criatura lloraba desconsolada.

Fernando se inclinó hacia él y le puso una mano en el hombro. Después de dar un profundo suspiro le dijo:

— Al menos salvaste a la pequeña.

Santiago levantó la cabeza y le miró con el ceño fruncido, una familia entera se había despeñado por aquel barranco y junto a ellos, la esperanza del resto de la caravana. ¿Merecía la pena vivir en un mundo tan lleno de desgracias? Se preguntó mientras se ponía en pie y con la niña apretada contra su pecho se dirigió a su carromato. Después la dejó con delicadeza dentro y sin mirar a la cara a su hijo, se dirigió a la parte delantera.

Continuaron el resto del camino en silencio. Los colonos temblaban al acercarse a cada recodo del camino, pero Santiago había perdido el miedo. La vida era demasiado corta para seguir teniendo temor. Intentó pensar en otra cosa, disfrutar de aquella clara mañana convertida en tarde y de los paisajes salvajes, en los que el hombre apenas había dejado su marca. Cuando llegaron cerca de la aldea estaba a punto de anochecer. Se sentían agotados y tristes. Aquel día había destruido en parte sus sueños, la misma tierra que les devoraba en el Reino de León o en el Reino de Castilla, componía aquel suelo rojizo de la montaña y de la tierra reconquistada a los moros. El hombre era polvo y en polvo estaba llamado a convertirse.

Capítulo 6

Año del Señor, 12 Noviembre de 1089

La aldea era poco más que un puñado de casas de piedra con tejados de paja. Algunas tenían pequeños graneros y corrales a los lados, para guardar a los animales y la cosecha, otras eran simples rectángulos mal trazados. Cuando la caravana se detuvo, media docena de lugareños salieron armados con algunas azadas y palos, se acercaron a los colonos y Fernando se apresuró a bajar de su carromato para hablar con ellos.

— No nos gustan los forasteros –dijo uno de los campesinos. Aquel no era el camino habitual por el que transitaban los comerciantes y colonos, pero Fernando sabía que era el más sencillo cuando nevaba y que los otros se quedaban bloqueados durante semanas.

— Somos colonos de su majestad el rey Alfonso VI, nos dirigimos hacia Magerit, allí nos esperan nuevas tierras que roturar.

El cabecilla de la aldea le miró con desprecio y después bromeó con el resto de los vecinos de la aldea.

— Otros bobos que creen que el rey y los nobles les van a dar tierra en el valle.

Todos se echaron a reír, pero Fernando no mostró ningún disgusto por las palabras del lugareño. Sabía que de ellos dependía que sobrevivieran en la montaña.

— Únicamente os pedimos que nos dejéis montar el campamento aquí. Os compraremos algún animal para comer y pan –dijo Fernando.

— ¿Para qué nos sirve a nosotros vuestro dinero? –preguntó el lugareño-. Nosotros tenemos todo lo que necesitamos y no nos sobra comida para pasar el invierno, si la nieve se prolonga, podemos pasar hambre.

— Tenéis razón, pero algunas monedas os ayudarán a acudir al mercado de Segovia, para comprar algún animal o haceros con grano –dijo Fernando.

El jefe dio un paso atrás y pidió al resto de lugareños que se le unieran. Discutieron unos segundos y después, con la vara en la mano, ordenó a todos los hombres que se acercaran.

— No vamos a dejaros que os marchéis en mitad de la noche y con toda la sierra nevada, somos cristianos y no podemos pagaros con esa moneda. Podréis quedaros dos días, en ese

tiempo la nieve comenzará a derretirse, esta es la primera nevada. Os cobraremos el pan y la comida que os demos, pero hay un problema –dijo el jefe de los aldeanos.

— ¿Qué problema? –preguntó Fernando.

— No se pueden quedar los titiriteros. Esa gente no es de fiar, roban y fornican todo el tiempo.

Santiago y Fernando se miraron. No podían oponerse a los deseos de los aldeanos, de otra manera, todos morirían. Santiago y Fernando le pidieron al jefe de la aldea que les dejara hablar con los titiriteros y le aseguraron que no tardarían mucho en solucionar el asunto.

Cuando los dos hombres se aproximaron al grupo de titiriteros, estos ya sabían lo que les iban a decir. Llevaban años de un lado para el otro y conocían a la perfección cuál era la forma de pensar de aquellos brutos.

— Lo sentimos, pero nuestros caminos se separan en este punto –dijo Fernando.

El patriarca de la familia los miró con una mezcla de odio y súplica, no podrían atravesar las montañas con la nieve, además, vivir lejos de la aldea era condenarles a muerte.

— Señores, no pueden hacernos esto. Los niños y las mujeres no aguantarán la marcha –dijo el patriarca.

— No podemos hacer otra cosa, los aldeanos no quieren que estéis aquí –dijo Fernando.

— Moriremos –dijo la mujer de los titiriteros.

Santiago se sentía angustiado. No quería abandonar a su suerte a aquella numerosa familia, pero estaba intentando salvar a la suya.

— Rezaremos por ustedes, esperamos que la Santísima Virgen y todos los santos os acompañen –dijo Santiago.

Los titiriteros subieron a sus carromatos y emprendieron el camino. Era de noche y no podrían ir muy lejos antes de acampar. Si los lugareños les veían en sus tierras, no dudarían en atacarles.

Cuando el carromato de los titiriteros se puso en marcha, el resto del grupo observó como se alejaba con cierto alivio. Él único que parecía angustiado era el pequeño Marcos. Esa gente le había salvado y en los pocos días que habían estado juntos se había hecho amigo de uno de los niños, Julio Cesar.

Los llamativos colores del carromato de los titiriteros fueron apagándose a medida que la luz y la distancia lo difuminaban en el horizonte. Santiago tuvo la sensación de que lo que habían hecho no estaba bien, pero a veces la supervivencia consiste en traicionarte muchas veces, para no tener que abandonar a los tuyos.

El jefe de los aldeanos les indicó donde podían dejar los carromatos y después les invitó a cenar. Aquella cena era una manera de darles la bienvenida y mostrarles su hospitalidad, pero el resto de las cosas que

comieran, se las cobrarían muy caras.
Cenaron en silencio alrededor de una hoguera. Santiago y Fernando estaban sentados al lado del jefe, mientras que Ana cuidaba de Marcos y la hija de Lucas, Clara, que había comenzado a formar parte de su familia aquella misma mañana.
El jefe de la aldea comenzó a hablar mientras los chorretones de grasa le caían por las mejillas barbudas y enmarañadas.

— Mi nombre es Leovigildo, somos de una antigua familia visigoda. Algunos de nosotros hemos vivido aquí durante generaciones. Los moros nunca se han atrevido a subir esta montaña o, simplemente, no les interesábamos. Mi familia era de Toletum, teníamos ricas tierras y ganado, pero cuando llegaron los moros lo perdimos todo. Muchas familias se convirtieron al Islam, para conservar sus haciendas, pero mi familia se negó. A los que no consentíamos en hacernos mahometanos, nos ahogaban con impuestos, a veces se llevaban a nuestras hijas o simplemente nos escupían al pasar por la calle. Cuando escuchamos que un hombre en el norte se había rebelado nos dirigimos hacia el Reino Astur, pero al final mis tatarabuelos decidieron quedarse aquí. Cerca de su hogar, pero lejos de sus enemigos.

La historia de Leovigildo era como la de otros muchos hispanos que no habían aceptado la ocupación. Aunque la mayoría se había adaptado a la nueva religión y, con el tiempo, los musulmanes habían tolerado una minoría cristiana que se había arabizado en gran parte. Santiago había escuchado todas esas historias muchas veces, los moros habían llegado hasta el mismo mar cantábrico y únicamente la resistencia de un noble godo llamado Pelayo, había logrado parar la conquista musulmana.

— La vida es dura en estas tierras. Los inviernos son muy largos y muchos de los niños mueren, la comida comienza escasear y los últimos días del invierno los pasamos intentando cazar algún animal o sacrificando una de nuestras vacas –dijo Leovigildo.
— ¿Por qué no bajan al valle? Los cristianos gobiernan todo el antiguo reino taifa de Toledo –dijo Fernando.
— Magerit es una villa fronteriza. Allí siguen viviendo muchos moros y judíos. Los ciudadanos estaban reforzando la muralla este otoño, no durará mucho en manos cristianas. Además, aquí no tenemos señores ni amos, somos libres, allí abajo deberíamos pagar impuestos, obedecer al rey y a aquel que el rey nombre para salvaguardar sus intereses –dijo Leovigildo.

Santiago sabía qué era vivir sometido a un amo, pero aquel hombre se equivocaba, las nuevas zonas conquistadas estaban gobernadas por el

propio rey y él protegería a sus vasallos de la tiranía de los nobles.

— Las cosa están cambiando, nuestro amado rey Alfonso VI tiene un ejército poderoso, el propio papa de Roma le ha nombrado emperador de las dos religiones, nuevos monasterios y villas nacen por todas partes. La cristiandad se está imponiendo, nosotros formamos parte de esos hijos de Dios que van a colonizar lo que nos quitaron hace siglos los infieles –dijo Santiago.

Fernando le miró intrigado. Aquel palurdo se expresaba muy bien, como si supiera algunas letras, pero sobre todo era un verdadero ingenuo. Ni los moros eran tan terribles ni los cristianos tan buenos. Las leyes de los reyes muchas veces se acataban, pero no se cumplían, los señores seguirían mandando, aunque era cierto que las ciudades lograban imponer en parte sus fueros y escapar al control de los señores.

Mientas los adultos hablaban sobre sus sueños y pesadillas. Los niños de la aldea y de los colonos jugaban cerca de los carromatos. No sentían frío, correteaban de un lado para el otro, se escondían detrás de las ruedas y se tiraban piedras uno a otros. Marcos estaba disfrutando con sus nuevos amigos, hasta que se dio cuenta de que Clara se encontraba sola, sentada en una piedra. Los dos habían viajado durante todo el día en el mismo carromato, pero él no se había atrevido a dirigirle la palabra, lo cierto era que no sabía qué decirle. Ahora, al verla sentada y cabizbaja, con el reflejo del fuego sobre su pelo color trigo, sintió la necesidad de quedarse junto a ella. Se sentó a su lado y cuando la niña levantó la vista, Marcos le dedicó la mejor de sus sonrisas.

— Clara, no estés tan triste. Tu familia está ahora en el cielo –dijo Marcos.

La niña no contestó. Sentía un fuerte dolor en el pecho y no había dejado de llorar desde el accidente. Tenía ganas de morirse y no entendía por qué el padre de Marcos la había sacado del carro en el último momento.

— Piensa que ellos te están viendo, tienes que ser fuerte –dijo de nuevo Marcos, tratando de animarla.

Clara levantó la vista y con un gesto áspero le indicó que la dejara en paz, pero no sabía hasta qué punto su nuevo hermano adoptivo era capar de llegar. Marcos se levantó y desapareció por unos minutos. Después regresó con algo de carne y un pedazo de pan.

— Tienes que comer –dijo mientras le ofrecía la carne.

El olor a cordero lo impregnaba todo y Clara tuvo que hacer un gran esfuerzo para rechazar aquel manjar. Marcos volvió a insistir.

En ese momento el resto de niños de grupo se acercó a ellos. La mayoría no sabía qué le sucedía a aquella niña, pero intentaron

animarla igualmente. Al final Clara tomó algo de la comida y los niños se miraron con satisfacción.

Cuando todos se retiraron a dormir, Clara apenas pudo conciliar el sueño. A su mente le venía la terrible escena que había visto aquella misma mañana. La niña comenzó a llorar de nuevo. Ana escuchó sus gemidos y dejó el regazo de Marcos y su esposo, para abrazar a la niña.

— Cálmate, Clara. Tu familia descansa en paz, únicamente han comenzado un viaje que todos tendremos que recorrer algún día.

Aquellas palabras no parecieron consolar a la niña, que siguió llorando. Ana la estrechó entre sus brazos y comenzó a cantar una nana. Sabía que las canciones eran capaces de espantar todos nuestros temores y dolores. Aquella misma nana se la había cantado su madre muchas veces, cuando los lobos aullaban en la lejanía, al atravesar un camino en tiniebla o escuchar los gritos de su padre borracho.

Clara fue tranquilizándose y se quedó profundamente dormida. Ana la recostó sobre un jergón y después la tapó con una manta. Hacía mucho frío, pero no se resistió a asomarse por la pequeña abertura de la tela. El fuego estaba apagado casi por completo, el silencio acunaba a la noche, mientras las estrellas tiritaban de frío en el firmamento. Una estrella fugaz cruzó el manto negro y Ana cerró los ojos para pedir un deseo. Cuando los volvió a abrir, el cielo estaba de nuevo quieto, vibrante y pensó que si las estrellas eran las mismas en todas partes, la oscura capa que cubría el corazón de los hombres, no sería muy distinto donde se dirigían. Amor, odio, pasión, venganza, misericordia, miedo y bondad eran las mismas a uno y otro lado de las montañas.

Capítulo 7

Año del Señor, 13 Noviembre de 1089

La nieve llegó a la villa con retraso. Serafín y su hijo Pablo ya la habían visto desde lo alto de la muralla un par de días antes, pero no siempre llegaba hasta el valle en aquellas fechas. Magerit tenía un clima muy agradable la mayor parte del tiempo. Veranos templados, inviernos crudos pero no tanto como al otro lado de las montañas, primaveras cortas y lluviosas y vistosos otoños en los que los bosques se vestían de rojos y marrones. Los dos provenían de una larga estirpe de cristianos mozárabes, que vivía en las inmediaciones del río antes de que los musulmanes construyeran su torre, después su alcázar y más tarde su medina. Su apellido era Magro, lo que les aseguraba su naturaleza de cristiano viejo y excluía la sangre judía o de cualquier otra raza que hubiera llegado a la Península en los últimos siglos. Serafín era un hombre devoto, casi algo fanático, pero no sentía ninguna antipatía por los musulmanes. Reconocía que ahora vivía con más libertad, pero que los castellanos intentaban imponer sus costumbres y reglas, precisamente a ellos que habían soportado la invasión y habían sobrevivido al intento.

Pablo se dispuso a subir de nuevo a la muralla, cuando vio aparecer al conde de Astorga, Don Wilfredo. Serafín se giró al ver la cara de sorpresa de su hijo, cuando se encontró de frente con el noble, apenas tuvo tiempo de inclinar la cabeza y descubrirse.

— Serafín, las obras avanzan muy lentamente. Se echa encima el invierno y tus hombres no podrán seguir trabajando. En la primavera puede que los moros intenten una de sus incursiones –dijo el conde.

— Vamos lo más rápido que podemos, pero el concejo nos ha dado muy poco dinero. Por eso no he podido contratar a más ayudantes –dijo Serafín.

— Como se nota que corre sangre judía en tus venas. ¿Antepones tu interés al de la villa? –preguntó el conde.

Serafín sabía que el conde era el delegado del rey, pero a él le había contratado el concejo de la ciudad. El conde intentaba someter a los concejales, los jueces y el alcalde, pero lo vecinos de la villa se resistían a su poder.

— Mis intereses son los de la villa, con lo que cobro apenas tengo dinero para pagar los sueldos de los albañiles y carpinteros, el resto es para mi familia. Si vos encontráis a alguien que lo

haga más económico, contratadle –dijo Serafín intentando disimular su enfado.

— Miserable campesino. ¿Cómo osáis hablarme en ese tono? Daré cuentas al concejo y espero que os despidan. Los sucios mozárabes sois más moros que cristianos - dijo el conde, mientras se alejaba de Serafín.

Pablo se acercó a su padre. El hombre estaba muy alterado, sentía un fuerte dolor en el pecho y la sensación de que aquel maldito noble terminaría encontrando su punto débil y echándole de la villa. Desde que había llegado a la ciudad la había tomado con él. Sabía la razón, Serafín poseía unas hermosas tierras junto al río, las más fértiles de la comarca y el conde quería hacerse con ellas. Aunque lo cierto era que el maldito noble quería hacerse con las tierras comunales, la de algunos ciudadanos y si se lo permitían, con las del mismo rey Alfonso VI.

— ¿Estáis bien? –preguntó Pablo.

— Sí, hijo. Eso hombre es capaz de alterarme.

— Será mejor que os vayáis a casa, yo llevaré la cuadrilla –dijo Pablo.

— Ni hablar. Ves la nieve que está cayendo, ahora es una caricia, como la de un guante blanco que repasa nuestras mejillas, pero dentro de poco se convertirá en hielo y frió, entonces la mezcla se helará, el agua también y no podremos trabajar –dijo Serafín.

Subieron por la muralla y comenzaron a reparar las paredes de piedra. Pablo lo hizo a buen ritmo, era la única manera de entrar en calor y descargar toda su furia contra aquellas piedras. Los vecinos de su rango podían portar espada y salir a la guerra, por eso pidió a Dios una batalla en la que pudiera ajustar cuentas con su enemigo. Entonces se vería quién era un caballero de verdad y quién un maldito cobarde.

Capítulo 8

Año del Señor, 13 Noviembre de 1089

Levantarse aquella mañana y no tener que ordenar el carromato para emprender viaje, fue uno de los pocos placeres que le deparó el día a Ana. Todo el campamento estaba tranquilo. La mayoría de la gente de la caravana seguía durmiendo plácidamente en los carromatos, cuando ella observó algo extraño. Algunos hombres de la aldea se acercaban a ellos armados con puñales, guadañas y arcos. Ana se giró de inmediato y despertó a los dos niños y a Santiago. Susurró algo al oído del esposo y se puso con agilidad la falda y las alpargatas. Santiago tomó su cuchillo e intentó pensar por unos instantes qué hacer. No podía preparar los caballos sin que les vieran, lo único que podían hacer era cabalgarlos y dar la alarma al resto de los colonos.

Santiago saltó del carromato y subió a uno de los corceles a Clara. Ana se lanzó desde la plataforma alta y tomó con fuerza las riendas del otro caballo. No era la primera vez que cabalgaba, pero llevaba mucho tiempo sin hacerlo. Santiago tomó el caballo más joven y tras colocar a su hijo Marcos, saltó a su lomo y el animal comenzó a galopar. En cuanto los aldeanos les vieron, se dirigieron corriendo a ellos. Entonces, Santiago comenzó a gritar a vivo pulmón.

— ¡Despertad, nos atacan!

De las carrozas salieron los somnolientos colonos a medio vestir. Apenas los pobres habían asomado las cabezas por las telas, cuando los aldeanos les atacaron. La escena se repitió varias veces, con el mismo resultado, pero Santiago y su familia ya no estaban allí para ser testigos de aquella masacre. Cabalgaron a toda velocidad por la nieve, poco les importaba haber dejado todas las posesiones en el camino, aunque sí la vida de aquellos que en tampoco tiempo se habían convertido en sus amigos. Las dos únicas cosas que tomó Santiago, gracias a que siempre dormía con ellas, fue su bolsa con unas pocas monedas y el pergamino en el que el rey le daba derecho a nuevas tierras al otro lado de las grandes montañas.

Cabalgaron hasta que los caballos comenzaron a flaquear. Apenas notaron el frío, habían dejado sus mejores abrigos en el carromato, ni el hambre ni el miedo. Lo único que deseaban era poner la mayor distancia de tierra entre ellos y sus perseguidores.

Tras seguir subiendo durante horas, parecía que el camino se hacía llano de nuevo. Cuando el sol comenzó a descender, Santiago se alejó un poco del sendero y buscó alguna peña que les sirviera de refugio.

Se refugiaron bajo un saliente y encendieron un fuego. De noche nadie podría ver el humo. Cuando Clara y Marcos se durmieron, la pareja comenzó a hablar.

— Dios mío, ¿qué vamos a hacer? –preguntó Ana desesperada.

— Continuar viaje, no podemos retroceder y no creo que ninguno de nuestros amigos haya sobrevivido –comentó Santiago apenado.

Su mujer estaba con la mirada perdida en el fuego, como si necesitara alejar sus miedos de alguna manera. Se encontraban en medio de un inmenso bosque completamente solos, sin guías ni provisiones, mal abrigados, con unos aldeanos detrás suyo y en plena nevada, no tenían muchas esperanzas de llegar al valle sanos y salvos. Por la noche bajó mucho la temperatura y nevó con mucha fuerza. La situación parecía desesperada.

— Acuérdate mujer, cuando estamos angustiados podemos pedir ayuda a nuestro Salvador, él nos ayudará en el día malo. Si Dios quiere que sobrevivamos llegaremos a Magerit sanos y salvos, pero si él no quiere, no tenemos nada que hacer.

— Dios no se preocupa de gente harapienta como nosotros. Él únicamente atiende a los reyes y los obispos –dijo Ana, muy enfadada.

— Al contrario, una vez leí en una tosca Biblia en latín, que aprecia a los humildes y desecha a los soberbios –le contestó Santiago.

— Tu padre era un loco. ¿Cómo se atrevió a enseñarte a leer y escribir?

— Ya sabes, que no puedes contárselo a nadie. A la gente no le gusta que los campesinos sepamos tanto –le dijo Santiago.

— Me dan igual tus secretos, ¿cómo saldremos de esta? ¿Qué será de nuestro hijo Marcos y la niña?

Ana se encontraba fuera de sí, sabía que Santiago no tenía la culpa, pero ¿no fue acaso él quien les convenció para dejarlo todo y dirigirse hacia Toledo?

— Mañana seguiremos hacia el sur, al menos sé encontrar el destino. Quedan unos tres días de camino a pie, pero con los caballos puede que lleguemos en dos al otro lado de la montaña. Allí debe haber aldeas o granjas. La falda sur de la montaña está más habitada, porque el clima es más suave –dijo Santiago, intentando tranquilizar a su esposa.

— ¿Qué comeremos? Seguro que esos monstruos nos siguen. No querrán que queden testigos de lo que han hecho –dijo Ana, sin lograr recuperar la calma.

— Nuestros caballos son rápidos y tenemos a nuestro favor, que ya no nos queda nada que perder, ellos no querrán alejarse

demasiado de su aldea. Algún día te prometo que regresaré y daré su merecido a esa gente –dijo Santiago.

Cuando Ana se quedó dormida, él siguió despierto. Necesitaba vigilar, pero sobre todo se sentía responsable de la muerte de toda aquella gente inocente. ¿Cómo no se había dado cuenta de que todo era una trampa? Intentó apartar de su mente aquellas ideas, pero no pudo. Los rostros de Fernando y los otros colonos, golpeaban su mente como un látigo.

Al llegar la aurora, respiró aliviado. El día siempre traía esperanza a la amarga noche. Recordó los salmos de David, a veces los cantaban los monjes, pero él los había leído en la vieja Biblia que su padre guardaba tan cuidadosamente que únicamente él la había visto. Un gran libro que había tomado prestado de un monasterio cántabro muy famoso, mientras hacia unas reparaciones.

Santiago se levantó temprano para buscar algo de comer. Los niños tendrían hambre y pensó que podría conseguir algunas moras tardías. Mientras las buscaba se encontró con unos pajarillos que picoteaban unas semillas en el suelo. Se abalanzó sobre ellos y capturó a uno. Podían cocinarlo con las brasas del fuego, pensó mientras se dirigía hasta su familia.

En cuanto se acercó sintió que algo iba mal. Los caballos parecían inquietos y cuando miró al lugar en el que habían dormido, únicamente vio la hoguera y un par de mantas. Miró a un lado y al otro, quería pensar que Ana se había levantado y había buscado algún lugar para limpiar a los niños, pero él sabía que la nieve era todo lo que necesitaba para calmar la sed y lavarse la cara.

Entonces notó como dos manos se aferraban a su cuello y otras dos le quitaban el cuchillo que había sacado al llegar hasta el saliente de roca. Intentó resistirse, pero fue en vano. Le derrumbaron al suelo y uno de los atacantes le puso la rodilla sobre la espalda, mientras le sujetaban con fuerzas los dos brazos. Sentía un dolor tremendo, pero aquello era lo que menos le preocupaba, lo que no podía dejar de pensar era en Ana y los niños. ¿Qué habían hecho con ellos?

Los hombres se comunicaron en un idioma desconocido, le pareció árabe, pero no pudo entender nada. Lo único que veía eran una especie babuchas y unas calzas amarillas raídas. Los dos hombres le ataron las manos y le pusieron en pie. En ese momento salieron de entre los árboles otros dos moros. Su aspecto era muy parecido al del propio Santiago, de no ser por el turbante y la forma de la ropa, hubieran pasado por cristianos. Tenían sujeta a Ana y los niños. Otro tomó a los caballos y se dijeron algo que Santiago no logró entender.

Tomaron sus caballos. A los niños les montaron en uno de los suyos, mientras el moro llevaba las riendas, a Ana la dejaron el otro, pero Santiago tuvo que hacer el camino a pie, atado a la silla del que

parecía el jefe. Volvieron al camino y se dirigieron a la misma dirección que ellos. Santiago notaba la nieve húmeda hundiéndose hasta más arriba del tobillo. Le costaba caminar, pero no podía flaquear en ese momento, debía sobrevivir y estar junto a su familia.

Los moros no hablaron mucho durante el trayecto. Santiago imaginó que se trataba de ladrones, soldados rezagados de las últimas batallas, que habían hecho del secuestro y el robo su medio de vida. Nadie les iba a comprar a unos esclavos cristianos en Toledo, pero más al este, en el reino de taifas de Zaragoza, aún se compraban y vendían esclavos cristianos.

Cuando llegó la hora de comer, los moros sacaron algunos mulos de conejo, algo de pan y vino. Comieron con tranquilidad y después les dieron a ellos las sobras: algunos huesos y pan rancio.

Reanudaron el camino y cabalgaron otras cuatro horas. Santiago estaba agotado, sin fuerzas. Un par de veces cayó exhausto y los moros le arrastraron entre risotadas por las piedras. Le sangraba la cabeza, las rodillas y los hombros, únicamente pararon ante la suplica de Ana y los lloros de los niños.

Cuando comenzó a anochecer, buscaron un lugar en el que descansar. Encendieron una hoguera y extendieron sus mantas. Antes de que se pusiera el sol realizaron sus rezos. Santiago atado a un árbol, vio como se inclinaban y volvían a levantarse repitiendo una letanía que él no entendió. Después calentaron algo en la lumbre y comieron frugalmente. Cuando los niños se hubieron dormido, los cuatros hombres bebieron más vino, hasta que el jefe dijo algo que Santiago no llegó a entender. Se acercó hasta Ana, que tenía las manos atadas y empezó a sobar sus pechos sobre el vestido y esta se apartó con cara de desprecio y le escupió. El moro le golpeó en la cara y su nariz comenzó a sangrar, ella se resistió y alzó la voz. Entonces el hombre indicó a los niños que dormían e hizo un gesto pasando su dedo por el cuello.

Ana entendió el mensaje, se tumbó sobre el frío suelo y cerró los ojos. Sus lloros se confundían con los jadeos del hombre, mientras Santiago observaba con impotencia la escena. Cerró los ojos e intentó rogar a Dios que todo aquello terminase, pero no sirvió de nada. Tras el jefe, otro de los hombres se abalanzó sobre ella y la violó, mientras ella lloraba y suplicaba en susurros, el hombre la envestía con más fuerza y crueldad. Después del tercer hombre Ana ya estaba sin fuerzas y apenas se resistió al último.

A la mañana siguiente, el rostro de la mujer parecía inexpresivo y ausente. Había estado vomitando toda la noche y tenía los ojos hinchados por las lágrimas, con el cuerpo lleno de moratones y mordiscos. Aquella mañana, Ana se desentendió de los niños, como si ya nada le importara.

Continuaron camino, Santiago corriendo tras los caballos y los otros cabalgando montaña abajo. Entonces llegaron a un camino más amplio, debía ser el camino especial que Fernando había evitado por temor a la nieve. El jefe de los moros se dirigió a la izquierda, justo en la dirección contraria a Magerit. A Santiago eso ya no le importaba. Su vida se había roto en mil pedazos, como una vasija de barro, que ya no mereciera ser rehecha nunca más.

Capítulo 9

Año del Señor, 14 Noviembre de 1089

Santiago sabía que no soportaría otra noche más como la anterior. No podía ver sufrir a su mujer y no hacer nada para remediarlo. Prefería morir, abandonarse, que seguir sufriendo de esa manera, pero antes tenía que conseguir que ella también dejara de sufrir. Él no era un hombre que se rindiera fácilmente, pero todo aquello era imposible de soportar. Esperó al mediodía, cuando los moros pararon a comer. Le vieron tan débil que no se molestaron en atarle en un árbol, simplemente le dejaron en el suelo, entre las heces de los caballos. Santiago miró de refilón a Ana y los niños que intentaba sacar algo de carne a los huesos e intentó poner en marcha su plan. Tomó una piedra y comenzó a cortar las cuerdas. No fue sencillo. Aquella cuerda era gruesa y la piedra no estaba muy afilada, pero al final lo consiguió. Se puso en pie y saltó sobre uno de los caballos, lo desató y salió a toda velocidad en dirección al camino. Dos moros salieron en su búsqueda, mientras los otros guardaban al resto de prisioneros.

Santiago cabalgó con todas sus fuerzas, después se bajó del caballo y le golpeó en el lomo. Ató la cuerda a un extremo y luego al otro del camino y esperó. Un par de minutos después, los dos moros surgieron al fondo del camino, no vieron la cuerda y sus caballos se desplomaron, lanzándolos contra unas zarzas. Se levantaron a toda prisa y desenvainaron sus espadas. Santiago salió de su escondite y aprovechando la sorpresa se arrojó sobre uno de ellos. El moro se intentó zafar, pero Santiago le agarraba con fuerza por el cuello y le usaba de escudo frente a su compañero. Tras unos minutos de forcejeos, Santiago tropezó en el suelo y uno de los moros se puso encima de él, blandiendo su espada, a punto de darle un golpe mortal.

Una flecha surgió de la nada y atravesó el ojo del musulmán, que se quedó paralizado por unos segundos, para derrumbarse después. El otro comenzó a correr, pero otras dos flechas le abatieron.

Cuando Santiago intentó incorporarse, las piernas le fallaron y cayó al suelo. Dos hombre le levantaron brevemente y un tercero se puso enfrente suyo. Santiago vio sus sandalias impolutas en medio del manto blanco, después miró su túnica de seda bajo una gran capa de lana fina y al observar su rostro, distinguió las facciones redondas de un abad.

— Hermano, ¿qué os hacían estos infieles? –preguntó el abad.

Santiago intentó hablar, pero se atragantaba con las flemas y la sangre

que le manaba de la boca.

— Traed agua. ¡Rápido! –ordenó el abad.

Cuando Santiago bebió un poco recuperó las fuerzas y apenas pudo pronunciar las palabras que salvarían a su esposa y sus hijos:

— Otros moros tienen a mi esposa Ana y mis hijos en un lateral del camino. ¡Salvadles! –dijo suplicando.

El abad ordenó a dos de sus hombres que fueran a por la mujer, mientras tres monjes levantaban a Santiago y le metían en la carroza del abad. Le apoyaron en un asiento y le pusieron una almohada de plumas en su cabeza. El hermano botánico curó sus heridas, mientras otro de los monjes buscaba entre las ropas del abad algo que poner al pobre hombre.

— Tranquilizaos, mis hombres traerán a su mujer y los niños –dijo el abad para calmarle.

— Gracias, padre –dijo Santiago con lágrimas en los ojos. Aquel era el ángel por el que había suplicado a Dios la noche anterior.

— Dadle algo de vino y pan –pidió el abad mientras le cubría con una manta.

Santiago temblaba, débil y enfermo, lleno de magulladuras y con la cara totalmente hinchada.

— Jesús, María y José. Parece al Cristo crucificado –dijo el hermano botánico.

— Hermano Pedro, no sea blasfemo –dijo el abad.

Pasados unos minutos, los dos hombres del abad regresaron con los caballos, Ana y los niños. También llevaban en dos bolsas las cabezas de los moros. Se acercaron a la carroza.

— Subid a la mujer y a los niños al carro, yo haré le resto del camino en mi caballo –dijo el abad.

— Pero, Reverendísimo Señor, ¿cómo vais a cabalgar con este frío? Esta gente puede ir en el carro de las provisiones –dijo el secretario del abad, más preocupado en tener que cabalgar él el día y medio que les quedaba, que en los cuidados del abad.

— Un poco de aire fresco nos sentará bien. En Francia, los miembros de Cluny, huyen de todo privilegio y derecho de los príncipes de la iglesia. Estamos aquí para servir a los demás –dijo el abad.

Un par de siervos ayudaron al hombre a subir a su caballo. Un bellísimo corcel blanco, con una hermosa silla de piel italiana. El abad miró el cielo que comenzaba a despejarse de nuevo. El sol brilló con fuerza y las manchas de sangre sobre la nieve, mostraron todo su esplendor. El abad se dirigió a su escolta y señalándoles con el dedo les dijo:

— No quiero que lleven esas cabezas encima, ese comportamiento

es de salvajes y nosotros somos buenos cristianos.

La comitiva siguió su camino a buen ritmo. La calzada se conservaba en buen estado. Los musulmanes se habían encargado durante siglos de mantener los antiguos caminos romanos y en apenas una jornada el grupo llegó a su primer destino. El monasterio del Convento de San Antonio de la Cabrera era poco más que un cenobio, pero el rey Alfonso VI había ordenado ampliarlo y enriquecerlo, para conseguir que la población de la zona tuviera un centro espiritual y económico en el que apoyarse. El rey había favorecido a la orden de Cluny, de origen francés, para modernizar a la curia inculta, supersticiosa y atrasada de sus reinos, en especial de los recientemente conquistados. Alfonso era emperador de las dos religiones y había extendido su protección también a los judíos, pero no se le escapaba la necesidad de unificar los ritos y las iglesias que habían actuado de un modo independiente en la Península. El abad Benito era el encargado de extender los ritos romanos en el territorio hasta la ciudad de Toledo. Era un hombre compasivo y de profunda devoción, aunque amante del lujo y el placer de la mesa, dos pecados veniales que humanizaban su gran rigidez espiritual. Aquel inesperado benefactor de Santiago iba a cambiar su vida por completo.

Capítulo 10

Año del Señor, 16 Noviembre de 1089

Serafín y su hijo Pablo bajaron del andamio y se dirigieron a su casa. Vivían muy cerca de la muralla, en una casa de dos plantas que habían comprado cuatro años antes, cuando los moros fueron expulsados de intramuros y los cristianos por primera vez vivieron en la seguridad de aquellas recias paredes. La casa familiar se encontraba en los arrabales y ahora vivían en ella moros, pero Serafín estaba contento con la nueva casa. Era mucho más grande que la anterior, más cálida y se encontraba próxima al alcázar y a la mezquita que a toda prisa los castellanos estaban convirtiendo en iglesia.

Cuando llegaron a casa, el aroma de la comida inundó su olfato. Su nueva criada Sara, una joven judía a la que habían contratado hacía un par de meses, era muy buena cocinera.

— ¿Qué hay para comer? –preguntó Serafín al entrar en la casa.

Sara surgió de la parte trasera de la casa con una hoya de barro y la colocó con cuidado sobre la mesa. Cuando quitó la tapa, los dos hombres vieron el sabroso manjar que les había preparado.

— ¿Albóndigas? –preguntó Serafín.

— Sí, mi señor –contestó la joven agachando la cabeza.

— ¿No tenías la pierna de cerdo para asar? –preguntó Serafín.

— Esa comida no es buena, es kosher –dijo la joven.

— Nosotros no somos judíos, podemos comer cerdo –contestó Serafín.

— Padre, no se meta con Sara. Su comida es deliciosa, desde que está con nosotros ya no pasamos hambre.

Serafín sabía que su hijo tenía razón. El invierno anterior había fallecido su apreciada mujer Poncia y, a pesar de haberlo intentado, ni él ni su hijo habían logrado preparar algo realmente comestible.

— Voy a descansar un poco –dijo Serafín después de la comida. Necesitaba reparar fuerzas, ya no era el hombre joven y fuerte de antes. Le dolían todos los huesos y últimamente sentía fuertes dolores en el pecho y en el brazo izquierdo.

Cuando su padre se hubo retirado, Pablo llamó a la joven. Sara entró de nuevo en el salón con la cabeza gacha. Era una mujer muy bella. Su pelo negro y rizado permanecía oculto bajo un pañuelo de colores, pero algunos mechones cubrían su amplia frente. Unos ojos negros y muy grandes, junto a unos labios rojos y carnosos, completaban un bello rostro del que Pablo se había prendado hacía tiempo.

— ¿Cómo esta vuestra madre? –preguntó Pablo.

— Sigue igual –contestó la joven.

— ¿No le han servido para nada los remedios del médico? –preguntó Pablo.

— No, señor.

— No me llames señor, mi nombre es Pablo.

La joven se ruborizó. No estaba acostumbrada a tratar con hombres. Su familia había sido rica hasta la conquista de la ciudad de Toledo. Ella apenas había salido de casa, pero tras la caída del último reyezuelo, su anciano padre lo había perdido todo. Ahora ella tenía que cuidar de los dos.

— Espero que se mejore –comentó Pablo terminando su plato.

— En Toledo hay médicos mucho mejores, pero es muy caro para nosotros –dijo Sara.

Pablo extrajo una moneda de plata y la depositó sobre a mesa. La joven abrió los ojos y contempló su destello.

— Es demasiado, señor.

— Por favor, toma la moneda. Contrata al mejor médico de la villa y procura que se mejore tu madre.

Un año antes Pablo había perdido a su madre. Sabía lo duro y difícil que era estar sin ella y no quería que le sucediera lo mismo a Sara.

Su padre bajó en ese momento de la habitación y tomando su capa indicó con un gesto a su hijo que se preparara.

Caminaron en silencio. El cielo estaba despejado, pero un viento frío llegaba de las cercanas montañas. Por la tarde era más difícil trabajar, se te helaban los dedos y llegaba un momento en que el cuerpo ya no te respondía. Cuando llegaron al pie de la muralla, los jornaleros seguían trabajando, en un par de horas tendrían su suelo y debían terminar su parte de muralla para cobrar lo convenido.

Cuando Serafín subió al andamio se fijo en el escaso número de colonos que llegaban aquella tarde. Después alzó la vista y observó las montañas totalmente blancas.

— Los pasos están cerrados –dijo a su hijo. La montaña se convertía en una barrera que detenía el interminable flujo de colonos.

— Ya no llegarán más colonos hasta la primavera –dijo Pablo.

Serafín contempló por unos instantes a sus jornaleros, todos ellos eran moros. No era sencillo encontrar a trabajadores cristianos, la mayoría eran campesinos y no conocían el oficio.

— Es mejor que no sigan llegando, la iglesia de San Juan ya no puede refugiar a más colonos –dijo Pablo.

La mayoría de aquellos hombres, mujeres y niños no conseguían ver sus sueños hechos realidad. Algunos morían el primer invierno sin haber encontrado trabajo ni recibido las tierras prometidas, otros se

convertían en aparceros o siervos y los menos, lograban roturar unas tierras y malvivir de las cosechas.
Serafín se giró y observó la villa de Magerit, ya no era la aldea amurallada, con una pequeña mezquita, un alcázar y una medina. Ahora era una pequeña villa en continuo crecimiento. Se estaban construyendo varios conventos, iglesias, algunos modestos palacios y muchas casas de comerciantes. Junto a los colonos llegaban francos, que se dedicaban al comercio y algunos mozárabes que escapaban de la persecución religiosa que se estaba desatando en Al-Ándalus. Serafín pensaba que a veces aquella mezcla de culturas tan dispares podía ser un problema: castellanos, mozárabes, mudéjares, judíos y francos, se hacinaban en una pequeña villa. Aunque normalmente la convivencia era pacífica. Por las noches cada uno residía en sus barrios, pero a la villa llegaban noticias de la persecución a los moros en Toledo y la difícil convivencia entre los cristianos romanos y mozárabes.
Pablo colocó la última piedra y miró orgulloso la muralla.

— ¿Creéis que será necesaria? –preguntó a su padre mientras miraba las piedras recién colocadas.
— Espero que no, pero somos gente de frontera, las tornas pueden cambiar y vernos de nuevo fuera de la muralla, así que Dios nos proteja.

Padre e hijo se quedaron por unos instantes observando a la gente que entraba por la Puerta de la Vega. El sol comenzaba a ponerse y un hermoso atardecer no presagiaba los grandes cambios que estaban a punto de vivir. El destino comenzaba a tejer su tela de araña, sin que sus protagonistas lo supieran.

Capítulo 11

Año del Señor, 17 Noviembre de 1089

La muerte estuvo rondando a Santiago durante tres largas jornadas. Lo único que le mantuvo con vida fueron los cuidados del hermano boticario, las voces lejanas de su hijo Marcos, que pasaba la mayor parte del día junto a su lecho y que todavía no estaba escrita su muerte en el libro del destino. Cuando despertó al tercer día, como un resucitado, le pareció que seguía soñando. Estaba en una cama limpia, con sábanas de lino. Frente a él había una amplia ventana desde la que se contemplaba la montaña nevada. Cuando miró a la silla que estaba junto a la cama vio a Marcos dormido, tendido sobre las mantas. Tenía su pelo rubio alborotado y una dulce expresión en el rostro.

— Marcos –dijo Santiago al niño.

Marcos abrió sus grandes ojos verdes y sonrió. Después saludo a su padre y estuvieron un buen rato fundidos en un abrazo, antes de que Santiago se incorporara e intentara ponerse en pie.

El hermano boticario entró en la celda y cuando le vio en pie, se acercó para recostarlo y colocarle los almohadones.

— Todavía no podéis levantaros. Vuestras heridas son más delicadas de lo que pensamos al principio –dijo el hermano boticario.

— ¿Quiénes sois? ¿Qué hago aquí? –preguntó Santiago confundido.

Su mente había borrado por completo los últimos días de su vida. A veces la memoria es más benévola que la gente que nos rodea.

— ¿No os acordáis de nada? –preguntó el monje, luego dudó unos instantes antes de narrarle toda la historia.

Cuando el monje hubo terminado, Santiago estaba muy abatido. La alegría de volver a ver a su hijo y de sentirse vivo, se tornó de repente en la amargura de imaginar por lo que estaba pasando Ana.

— ¿Dónde está mi esposa Ana? –preguntó Santiago.

— Está en el convento de las monjas, ya sabe que nosotros no podemos acoger a mujeres, su hija está con ella –dijo el monje.

— ¿Mi hija? –preguntó extrañado.

— Clara, padre. La hija de Lucas, uno de los hombres que venían con nosotros.

Santiago comenzó a recodar todo el viaje y notó que su corazón se doblegaba ante el dolor. La sensación era terrible, un fuerte dolor en

el pecho le invadió y tuvo ganas de llorar, pero se contuvo.

— ¿Cuándo podré ver a mi esposa? –preguntó Santiago.

— Tal vez mañana, pero ahora descanse. Avisaré al abad que se encuentra mejor. Gracias a él es que está vivo. Sin su ayuda, su familia habría muerto o sido vendida como esclava –dijo el monje, mientras se ponía en pie y dejaba a solas al niño con su padre.

Marcos se acercó hasta la cabecera y pasó su mano diminuta por la frente de su padre. Estaba sudando, tenía la mirada perdida y su rostro reflejaba todo el dolor de los últimos días.

— Padre, no os preocupéis, ahora todo ira bien. Tendremos nuestras propias tierras y viviremos felices.

— Querido niño. No debí sacaros de vuestra casa, si no hubiéramos recorrido estos malditos caminos peligrosos, vuestra madre estaría bien y todos seríamos felices –contestó Santiago.

— Vos no erais feliz en nuestro hogar –dijo el niño.

— Quería algo mejor para todos, pero a veces la ambición es el peor consejero que podemos tener. Soy un campesino pobre y eso es lo que seré el resto de mi vida –dijo Santiago.

El niño se puso de puntillas y se asomó a la ventana. Al otro lado del jardín se veía la tapia del convento de las monjas. En mitad del otro patio estaba Clara. La niña miraba a Ana, que sentada en un banco parecía ausente.

— ¿Qué miras? –preguntó Santiago.

— Nada padre –mintió Marcos.

En los tres últimos días su madre no había proferido palabra, apenas había comido y tenía la mirada perdida, como si su cuerpo permaneciera fijo a este mundo, pero su mente vagara sin remedio. Marcos había estado tan preocupado por su padre, que apenas había podido estar tiempo con ella. Su madre había sido todo para él, ya que su padre pasaba la mayor parte del día trabajando, pero ahora que crecía y comenzaba a convertirse en un hombre, necesitaba más el contacto de su padre. Marcos sintió como se le hacía un nudo en la garganta, intentó aguantar las lágrimas, pero al final lloró. Necesitaba expulsar de su alma el temor de los últimos días, el olor a muerte de aquellos hombres que les habían secuestrado y maltratado a su familia. Juró para sí, que cuando fuera mayor mataría a todos los moros que se cruzaran en su camino, pero a veces las promesas se convierten en la peor carga de un corazón dolorido.

Lo primero que hizo Santiago cuando pudo andar fue ir a ver a su esposa Ana. Mientras se dirigía al convento de monjas apoyado en una muleta y en su hijo Marcos, su cabeza no dejaba de dar vueltas. ¿Qué

le diría? ¿Cómo reaccionaría ella al verle? Cuando atravesó la puerta y entró en el huerto, miró a lo lejos. Ana estaba sentada sobre un banco de piedra. Vestía un hermoso vestido, en parte tapado por una espesa capa invernal. Estaba peinada y arreglada, debido seguramente a la buena voluntad de las monjas que la cuidaban en todo momento. Santiago se acercó a ella lentamente, pero su esposa no hizo el menor gesto, como si se hubiera convertido en estatua de sal. El hombre se sentó a su lado y tomó sus manos frías e inertes.

— Esposa mía –dijo besándole las manos.

Ana no le miró, tampoco hizo ningún gesto de aprobación o disgusto, se mantuvo impasible, estática y distante. Él la miró a los ojos, pero únicamente vio dentro de ellos dos abismos inescrutables. Tuvo temor de que Ana ya nunca volviera a ser ella misma. Aquella joven alegre y sonriente de la que él se había enamorado. Respiró hondo e intentó devolverla a la realidad, aunque en un mundo como aquel, muchos prefirieran vivir en la locura o el fanatismo de la religión.

— Ana, tu no eres culpable de lo sucedido. Dios lo ha permitido por algo, es terrible, pero al menos estamos vivos. Marcos, Clara, tú y yo, todos estamos bien y podemos empezar de nuevo.

La mujer no reaccionó. Marcos intentó hacerla sonreír, pero no consiguió ninguna reacción. Santiago hizo un gesto a su hijo para que les dejara solos y éste se fue a jugar con Clara, que estaba haciendo dibujos en la nieve con un palo.

Santiago apretó las manos de Ana. Después intentó que la mujer le mirara, pero no lo consiguió.

— Ana, intenta olvidar lo sucedido…

Su mujer le miró fijamente. Después se puso en pie y comenzó a desnudarse ante el asombro de su marido. Él intentó taparla, pero ella se zafó y se quitó toda la ropa. Su piel blanca resplandeció en mitad del brillo del sol, pequeñas cicatrices le recorrían el cuerpo y una marca en forma de media luna sobre la ingle.

— ¿No lo ves? Ya no soy tu esposa. Soy una prostituta, una ramera y una esclava. Ya nunca podré ser tuya, no supiste protegerme. Ni siquiera morir por mí, simplemente te quedaste quieto, impasible, mientras esos hombres me sacaban el alma y pisaban mi honra. Te maldigo Santiago Buendía, espero que te pudras en el infierno. ¡Maldito seas para siempre! –gritó la mujer, mientras su rostro se transformaba y sus ojos chispeaban.

En ese momento llegaron dos monjas que tomaron las ropas y la taparon. Ella se resistió, pero las monjas la tomaron por los brazos y se la llevaron al interior del convento, mientras ella no dejaba de gritar y maldecir.

Santiago se volvió a sentar en el banco, con la cabeza gacha y la mente a punto de estallar, no entendía nada. Sabía que él podía haber hecho más, pero en ese caso todos estarían muertos o se convertirían en esclavos de por vida.

Unos pies se acercaron hasta él. Santiago observó aquellas sandalias, le recordaron algo, pero no supo qué, hasta que alzó la vista y contempló al abad. El hombre estaba quieto frente a él, con las manos entrelazadas y un gesto de lástima que no se le escapó al campesino.

— Hermano Santiago, lamento que vuestra esposa todavía sufra por lo ocurrido, pero se curará. Volverá en sí, ahora la locura es la única manera de aceptar lo que le ha sucedido –dijo el abad.

Santiago se puso de rodillas y le besó la mano. El hombre le pidió que se levantase.

— Santiago, somos hermanos, simplemente eso. Sois mi prójimo y he hecho por vos lo que cualquier buen cristiano hubiese hecho.

— No lo creáis, en estos tiempos es muy difícil encontrar buenos cristianos –dijo Santiago.

— Siempre lo ha sido, "en el mundo tendréis aflicción, pero no temáis yo he vencido al mundo". Las palabras de nuestro amado maestro siguen vigentes –dijo el abad.

— ¿Cómo puedo pagaros lo que habéis hecho por mí? Trabajaré para vos de por vida –dijo Santiago.

— No os he salvado de una esclavitud para llevaros a otra. Únicamente os pido que me sirváis por un buen salario. ¿Os parece bien? –dijo el abad.

— Si, excelencia –contestó Santiago.

El abad se sentó a su lado. Después le pasó una mano por la espalda y le dijo:

— Mi misión no es sencilla. En estas tierras recién reconquistadas aún hay muchos infieles, los cristianos han vivido tanto entre ellos, que apenas se pueden distinguir. Los nobles buscan medrar a costa de los bienes del rey y lo monjes,… de los monjes mejor no hablar. Los que no tienen sus mancebas, viven en glotonerías o son unos holgazanes.

— ¿No sé en qué puedo ayudaros, un simple campesino? –preguntó Santiago.

— Me gustaría que os convirtierais en uno de mis mayordomos. Muchos hombres caen envenenados por no saber en quién confiar. Creo que si de algo estoy seguro es de que protegeréis mi vida con la de vos –dijo el abad.

— Sin duda –contestó Santiago.

El secretario se acercó a su señor y le dio un pergamino para que lo

leyese. El abad comenzó a leerlo con desgana y Santiago no pudo evitar echar una mirada al documento. El abad se percató del gesto y cuando lo hubo firmado y ambos se quedaron solos, no pudo evitar saciar su curiosidad.

— ¿Sabéis leer? –preguntó el abad.

Santiago meditó su respuesta antes de abrir la boca. Podía ser contraproducente mentir al abad, pero la verdad no era fácil de contar tampoco.

— Sí, excelencia. Mi padre me enseñó –contestó Santiago.

— Prefiero no saber cómo aprendió él, pero ¿cómo lo hicisteis vos?

El joven campesino sabía que la sinceridad era una de las cualidades que más apreciaba aquel hombre, por lo que después de respirar hondo le dijo:

— Mi padre tenía una Biblia en latín, me enseñó a leer con ella.

— Pero eso está prohibido, únicamente los doctores puede leer las Sagradas Escrituras –dijo el abad.

— Lo sé, pero cuando aprendí a leer no podía discernir que lo que hacía mi padre estaba mal –comentó Santiago.

— Hagamos de aquel pecado una virtud. Me sois más útil culto que ignorante. Os ayudaré a perfeccionar vuestro latín y os daré además, tinta y una pluma. Nadie sospechará de un vulgar campesino, pero yo podré usaros como mensajero secreto –dijo el abad.

— Gracias excelencia, esta semana he nacido dos veces. Una a la vida y la otra a vuestro servicio –dijo Santiago.

El abad se puso en pie y se alejó un par de pasos, antes de volverse a girar y con una sonrisa despedirse de aquel hombre. Mientras caminaba hacia sus habitaciones, el abad no dejaba de pensar en las ventajas de tener a su servicio a alguien como Santiago. Un hombre fiel hasta la muerte, inteligente, letrado y capaz de mantener la boca cerrada. En aquellos tiempos, los hombres de ese tipo escaseaban, la nueva generación era indolente, poco honrada y ambiciosa, tres defectos que convertían a los hombres en algo peor que bestias. Animales feroces capaces de devorarse unos a otros. El abad a veces pensaba que aquella misión era más un castigo divino que un ascenso en su orden, por eso al cruzar el umbral de la tapia dijo en alta voz: *A fronte praecipitium, a tergo lupi*[i].

Capítulo 12

Año del Señor, 10 abril de 1090

La primavera trajo consigo dos de los dones más deseados por los hombres: la esperanza, agazapada entre los fríos del invierno, y la cordura, única arma útil frente a lo temores de la vida. Los campos se vestían de flores, mientras los hombres rasgaban la tierra para introducir en su vientre hambriento las semillas de la próxima cosecha. El trabajo y la actividad se desataban por todas partes, la nieve retrocedía y el sol ganaba una vez más la batalla cósmica contra la oscuridad.

Santiago había aprendido mucho aquel invierno. El abad le había introducido en el mundo misterioso y desconocido de los libros. El monje poseía una envidiable colección de casi cien volúmenes. Santiago leyó a Julio Cesar, Cicerón, Séneca, Petronio, Platón, Aristóteles, San Agustín y varios padres de la iglesia. Disfrutó con cada página apergaminada y vieja de aquellos códices, la piel de cientos de animales sacrificados ante el altar de la razón, pero el libro que más le fascinó fue la Biblia. Las Sagradas Escrituras estaban vedadas para la mayoría de los mortales, reyes incluidos.

Ana mejoró su estado de ánimo. Él la veía dos veces por día. Al principio permanecían en silencio la mayor parte del tiempo, pero la alegría de Marcos y Clara comenzó a sanar su herido corazón. Cuando las primeras flores asomaron en el jardín, la mujer comenzó a hablar. Al principio tímidamente, como si hubiera perdido la facultad de hacerlo, después con denuedo y más tarde con ansiedad. Su corazón cerró la herida y por sus hermosos labios surgió la vida que le había negado aquel horroroso acontecimiento del invierno.

Marcos creció y se hizo inseparable de Clara. Todavía estaban en la edad en la que hombres y mujeres no han creado las barreras que les separarán más tarde. Cuando la amistad está por encima del deseo. Sus travesuras desesperaban a los monjes y a las monjas, aunque su frescura alegraba las largas noches del invierno.

Una de aquellas mañanas brillantes, el abad pidió a Santiago que fuera a verle a la sala capitular. No era normal que el abad le convocase allí, durante sus largas lecciones y lecturas, Santiago se había acostumbrado a visitar la biblioteca o el despacho del abad, pero nunca esa sala de reuniones.

La sala capitular era pequeña y austera. Nada que ver con los espectaculares monasterios de Cluny en el reino de los francos. Una

sala cuadrada, con un banco seguido de piedra, cuatro columnas de una sola pieza, con unos capiteles florales y una ventana decorada sobriamente, era toda la ornamentación del lugar.

Cuando Santiago entró en la sala, el abad estaba sentado en la silla del abad, que terminaba en madera y tenía un cojín para soportar las reuniones de la comunidad.

— Santiago, por favor entra.

— Excelencia –dijo Santiago besándole la mano.

— No hace falta que seas tan protocolario. Creo que durante estos meses hemos creado un vínculo muy fuerte. Yo fui hijo único, estaba destinado a convertirme en caballero, pero siempre odié las armas y la violencia. Cuando le dije a mi padre que me metería a monje, casi me muele a palos, pero el destino nos elige a nosotros, no nosotros al destino.

El abad se incorporó un poco en el asiento y bajando el tono de voz dijo a su criado:

— Ahora que llega la primavera, tendré que mover ficha en este complejo ajedrez de la política. El rey quiere que se nombre arzobispo de Toledo a un hermano de mi orden llamado Bernardino de Sédirac, que espero que llegue en breve a este monasterio. El abad Bernardino traer una carta del papa Urbano II, el rey apoya su nombramiento, pero los toledanos son gente tozuda y supersticiosa. Necesito a alguien de confianza que le acompañe, proteja y prepare el camino.

— No sé cómo puedo ayudaros –dijo Santiago.

— Llevaréis cartas secretas para nuestros aliados en la ciudad. Sisnando Davides es el gobernador mozárabe nombrado por Alfonso VI y se opone fuertemente a la cristianización de los musulmanes, pero el Reino de León nunca será grande si en él hay infieles. La reina, doña Constanza de Borgoña está en duda, no sabe por qué partido inclinarse. Tenemos que conseguir que apoye nuestra causa –dijo el abad.

Santiago pensó que todo aquel servicio era demasiado para su humilde condición, pero no puso ninguna objeción al abad.

Al día siguiente llegó al monasterio Bernardino de Sédirac. Era un hombre enjuto, de nariz aguileña y pequeños ojos azules. Hablaba mal el castellano, pero su prefecto latín le convertían en un gran conversador. El abad le recibió con todo lujo y pompa. Aquel hombre iba a convertirse al llegar a Toledo en el primado de toda Hispania, algo que no sucedía desde hacía más de trescientos años.

En una de las cenas de gala, el abad pidió a Santiago que se acercara a la mesa, para presentarle al futuro arzobispo de Toledo.

— Excelentísimo Señor Arzobispo, permitidme que os presente a un fiel vasallo y adherido a nuestra causa, Santiago Buendía.

— Encantado –dijo el arzobispo ofreciendo el anillo a Santiago.

— Entiende perfectamente el latín, por si no queréis hablar en castellano –dijo el abad.

— Debo aprender el idioma de mis súbditos –dijo el arzobispo.

— Eso es cierto, en Toledo encontrará muchos problemas. Allí se hablan al menos tres idiomas: el castellano, el árabe y el hebreo –dijo el abad.

— Idiomas del diablo, me refiero al árabe y al hebreo, claro –se explicó el arzobispo.

— Bueno, nuestro maestro Jesucristo hablaba hebreo –dijo el abad en tono de mofa.

El arzobispo frunció el ceño, pero luego siguió la broma del abad.

— Como sabéis, el idioma franco del siglo I era el arameo y el griego, nuestro Señor, apenas hablaba en hebreo.

— Cierto, veo que en Cluny sigue existiendo la excelente educación de mis tiempos más juveniles –dijo el abad.

— *A fructibus cognoscitur arbor*[ii] -contestó el arzobispo.

A pesar de pertenecer a la orden de Cluny, el abad aborrecía la arrogancia franca.

Tras la cena, Santiago fue llamado a las habitaciones del Abad. Este entregó dos cartas lacradas a su mensajero, una de ellas era para la reina, la otra era para un importante miembro de la comunidad hebrea de la ciudad.

— Tienes que entregar las cartas en cuanto llegues, después espérame en Magerit, yo estaré allí antes de que regreses de Toledo –dijo el abad.

— Sí, excelencia –contestó Santiago.

Aquella era la última noche que Santiago pasaba en el monasterio. Buscó a Ana y le comunicó su pronta partida, ella pareció aceptar con resignación el viaje y prometió reunirse con él en Magerit.

— Doy gracias al cielo por ti, esposa mía –dijo Santiago acercando el rostro de su mujer para besarlo, pero ella se apartó de él temblando.

El hombre se disculpó. Ella seguía rechazando cualquier tipo de caricia o beso desde el fatídico encuentro con sus violadores.

— Despídeme de Marcos y Clara –le pidió Santiago.

— Lo haré.

— Dentro de poco nos veremos en Magerit, por fin habremos cumplido nuestro sueño –dijo Santiago antes de despedirse.

A la mañana siguiente, el séquito del arzobispo abandonó el monasterio, antes de que amaneciera. Estaban a dos días de camino de Magerit y a cuatro de la ciudad de Toledo. Santiago recibió un caballo y las ropas de paje del arzobispo. Aquel honor terminó de convencerle, de que a veces debemos sufrir un poco para conseguir

mayor gloria.

Capítulo 13

Año del Señor, 13 abril de 1090

La comitiva comenzó a subir por la empinada cuesta cuando Serafín y Pablo tiraban de un carro repleto de piedras, para reparar el Alcázar. Aquella era la residencia oficial del rey, pero el gobernador podía disfrutar también de ella, el conde de Astorga llevaba sus mejores galas cuando los dos albañiles cruzaron el portalón y se le quedaron mirando fijamente.

— Os habéis retrasado y ahora está ese maldito carro en medio del camino. El arzobispo está a punto de entrar en la ciudad y no quiero que vea este desastre –dijo el conde mientras señalaba el montón de arena, los cantos y los peones moros que estaban subiendo las piedras hasta la almena.

— El concejo ordenó la reparación de la almena –dijo Serafín.

El conde montó en cólera, aquel maldito hereje era capaz de contradecirle delante de sus ayudantes. Sacó la espada y la puso en el cuello del hombre. Este se quedó quieto, estaba seguro que no le pasaría nada, aunque los hombres como el conde eran imprevisibles.

— Alguacil, meted a este hombre en el calabozo –dijo el conde.

— Pero señor –contestó el alguacil.

— ¿Es que nadie va a obedecer una orden? ¡Prendedle! –gritó el conde.

Pablo hizo un amago de lanzarse a por el conde, pero el alguacil tomó del brazo a Serafín y el conde envainó la espada. En ese momento la comitiva entró en la ciudad y se escuchó a la multitud.

— ¡Quitad ese maldito carro de en medio! –bramó el conde.

Cuatro de los moros corrieron escaleras abajo y movieron el carro, mientras Pablo no dejaba de mirar de manera desafiante al conde. Uno de los miembros del concejo tomó del brazo al joven y lo sacó del alcázar.

— ¿Estás loco? Ya es suficiente con que tu padre esté en el calabozo, ahora tendremos que negociar con el conde su liberación y él cobra muy caros sus favores –dijo el concejal.

— Pero, mi padre no ha hecho nada –dijo Pablo.

— En este mundo no es suficiente con ser inocente, tienes que ser también poderoso. El conde quiere ese maldito huerto y tendréis que dárselo –dijo el concejal.

— Era nuestro antes de que los castellanos llegaran aquí –dijo Pablo.

— Todos los mozárabes estamos bajo sospecha, enfrentarnos a los castellanos lo único que nos conduce es a darles excusas para que nos marginen y persigan –dijo el concejal.

Santiago entró en el alcázar con la misma sensación que si estuviera entrando en la misma Jerusalén. Había soñado muchas veces con aquel día, pero no había imaginado entrar como paje del arzobispo de Toledo y con una comitiva principesca.

La ciudad se inclinaba ante su paso, la multitud miraban su traje de fina seda, sus calzas de púrpura, su jubón negro y su hermoso sombrero a juego. Dentro del alcázar les esperaba el conde de Astorga. El noble vestía sus mejores galas y estaba rodeado del concejo en pleno y los dos alcaldes.

Santiago abrió la puerta de la carroza tras bajar de su caballo. El arzobispo salió vestido con sus mejores galas. Una mitra blanca sobre su soberana cabeza, un palio arzobispal del mismo color, su dalmática bordada en oro, mostraba la inmensa riqueza y poder de la Iglesia.

— Excelentísimo Señor Arzobispo –dijo el conde besando el anillo.

— Conde, autoridades –saludó el arzobispo.

— Sed bienvenido a la humilde ciudad de Magerit –dijo el conde.

— Estoy agotado por el viaje, podéis llevarme a mis aposentos –dijo el arzobispo en su mal castellano, despreciando la fiesta de bienvenida que la ciudad había organizado.

El conde le introdujo en el alcázar. Santiago les siguió, acompañado por dos mayordomos. Cuando el arzobispo estuvo solo en sus habitaciones, comenzó a maldecir su suerte en franco y después en latín.

— ¿Por qué el Papa me ha mandado hasta este maldito infierno? Esto es tierra de infieles y bárbaros, hubiera preferido morir como mártir en Egipto. Dios mío, ¿qué clase de estercolero es este?

Santiago no entendía la alterada reacción del arzobispo, para él todo aquello era un verdadero lujo.

— En Toledo será mucho mejor –dijo Santiago.

— Toledo, una ciudad pagana y llena de conspiradores –contestó el arzobispo.

Santiago no quiso soliviantar más al arzobispo, se retiró discretamente y después se dirigió al patio del alcázar. Miró la puerta entreabierta y decidió echar un vistazo a la ciudad.

Lo primero que llamó la atención de Santiago fue que la villa estaba completamente en obras. Dentro de la muralla la actividad era frenética. Iglesias, monasterios y casas de vecinos se construían por doquier. Seguramente la posición privilegiada de la ciudad, a un par de días de Toledo y en el camino al norte de la Península, la

convertían en un lugar importante para el comercio.
El alcázar se estaba remodelando y ampliando una de sus alas y extramuros, en la parte occidental crecían uno de los arrabales junto a un gran monasterio. En la parte oriental, hacia la puerta de la Almudena, cuyo nombre provenía del hallazgo de una virgen oculta en la muralla y que se había convertido en patrona de la villa, donde había estado el arrabal mozárabe, ahora se concentraba la población musulmana, rodeando a la pequeña iglesia de San Alfredo.
El joven campesino se perdió entre las calles estrechas, frescas y resguardadas, tal y como les gustaba construirlas a los musulmanes. Santiago contó diez iglesias en total y siete monasterios, sin duda como le había contado el abad, Magerit se estaba convirtiendo en el centro desde el cual se pretendía volver a evangelizar a la población mozárabe y musulmana de la zona.
Otra de las cosas que le chocó a Santiago fue el gran número de pobres, vagabundos y huérfanos que caminaban por las calles de la villa. Muchos vivían de la mendicidad o de realizar pequeños trabajos para subsistir. Aunque también había un gran número de campesinos, artesanos. Algunas calles estaban íntegramente dedicadas a trabajar el cuero, otras los metales y las más numerosas la de alfareros.
También vio Santiago a muchos nobles, algunos de ellos caballeros que buscan aventura o ganar algo de dinero en las razias que se hacían en la zona musulmana.
Por último, el número de monjes, monjas y sacerdotes, era muy elevado. Muchos de ellos parecían vagabundos disfrazados de religiosos, estafadores de la fe que vivían de la inocencia de las beatas y los crédulos.
Tuvo que esquivar a varias prostitutas y algunos niños que le intentaron robar la bolsa en un descuido. En aquella villa tenía que estar con mil ojos para que no te desplumaran. Le costó encontrar el camino de vuelta, hasta que un bondadoso vecino natural de la ciudad de León le acercó hasta el imponente alcázar. Aquella era otra de las curiosidades de la villa, nadie parecía haber nacido allí, todos provenían de alguna parte.
Cuando Santiago regresó al alcázar había aprendido dos cosas: la primera era que Magerit no era el paraíso del que le habían hablado. Las tierras fronterizas siempre reúnen por igual a aventureros, prostitutas, soldados, estafadores y soñadores. La segunda era que aquella villa simbolizaba el futuro, un mundo en el que todo estaba a punto de cambiar. En el que el campesino podía convertirse en señor, el judío en noble y el morisco en sacerdote. Eran todos, forjadores de frontera. Hombres y mujeres capaces de llevar a las líneas imaginarias de aquel reino, hasta el extremo más al sur de la Península.
Cuando Santiago se tumbó en la cama de su pequeño cuarto pensó en

Ana, Marcos y Clara. Cuando el abad llegara a la ciudad, le pediría un último favor, que intercediera ante el concejo para que le concedieran unas tierras. No hacía falta que fueran muy amplias ni próximas a la villa, simplemente que él pudiera llamar suyas. Santiago estaba dispuesto a crear su propio Jardín del Edén en aquella tierra fértil, llena de fuentes de agua y frondosos árboles que era Magerit.

Segunda Parte:
Pasado sin futuro

"El Rey don Alonso VI TODAS SUS conuocó gentes párrafo Ganar un Madrid, de como Lugar de importance; Llegaron a demanda-la (...) El Concejo de Segouia Más Tarde Que los demas, Por El Tiempo inuernizo servicios, y las ESTAR nieues Altas Muy (...). Traian Los de Segouia Por Su Gente cabezas de dos valientes Capitanes (...), don Díaz Sánchez de Quessada , y don Fernán García de la Torre:.. Llegaron unos amigos de Los Reales, pidieron Alojamiento El Rey indignado dellos, respondio, COMO estimándolo en POCO, SE alojassen en Madrid Entraron los de Segouia en Consejo, y acordaron de alojarse Donde el Rey les ordenaua (...) otro dia Como Llegaron, Antes del amanecer escalaron la muralla, la Puerta ganaron (...) El enemigo sintio Albega El Dano, acudió a la Defensa De Su posesión de Muros y,.. mas la Cosa Con passo Tanto Esfuerzo, Que Resistiendo los de los Moros Segouia uno, abrieron la Puerta, Dando Entrada a las Vanderas amigas, Que las plantaron una guisa de Vencedores Con júbilos de alegría en omenajes y Torres ".

Año 932, Durante El Reinado de Ramiro II.

Capítulo 14

Año del Señor, 19 abril de 1090

Aquel día se celebraba el juicio de su padre. A pesar de llevar casi una semana en la cárcel, Serafín no había cedido a las presiones del conde y se había negado a vender su huerto junto al río por un precio irrisorio. Pablo le había suplicado a su padre que cediera, era muy difícil enfrentarse a un juez del rey, pero su progenitor era un hombre tozudo, que prefería pudrirse en la cárcel, antes de dar su brazo a torcer.

La mañana del juicio, Pablo se había puesto sus ropas dominicales y había acudido a la casa del concejo con el deseo de que todo se solucionara cuanto antes. El concejo estaba reunido en pleno. Los dos alcaldes, el alguacil, el mayordomo y el fiador. El conde como representante del rey no tenía parte del concejo; aunque era juez o almocadén, las cuestiones locales correspondían a los miembros del concejo.

El juicio se abrió con una breve exposición del fiscal, un caballero de Astorga, intimo amigo del conde.

— Excelentísimo consistorio de Magerit, el caso que hoy nos asiste es muy sencillo, casi es una temeridad presentarlo ante vuesas señorías. El acusado, Serafín Magro, vecino de la ciudad, de oficio albañil, insultó y vejó al conde de Astorga, Don Wilfredo Martínez, almocadén del rey en esta hermosa villa. Según las leyes del reino, el que se mofa o insulta a una autoridad real, de facto es como si lo hiciera contra el mismo rey y la condena es la muerte.

El público asistente se quedó estupefacto ante las palabras del fiscal, muchos habían visto lo sucedido y lo cierto era que Serafín no había ofendido en nada al conde, pero ninguno de ellos estaba dispuesto a afrentar a alguien tan poderoso.

— El conde es muy benevolente y sabe del carácter imprudente de Don Serafín, por eso se conforma con una modesta compensación de 60.000 maravedíes…

Los vecinos se revolotearon al escuchar la desorbitada cantidad. Ni vendiendo todos sus bienes, tierras y herramientas, Serafín podría hacer frente al pago de la multa.

— Espero que vuesas mercedes se hagan cargo de la gravedad del asunto y resarzan a mi defendido que en este caso es el propio rey Alfonso VI –dijo el fiscal.

Con aquella magnífica trampa, el pobre Serafín estaba condenado. Si el concejo no apoyaba al conde, sería acusado de deslealtad a su majestad.

El abogado defensor, Isaac Mateo, un judeoconverso, conocido por su magnífica oratoria, lo tenía muy difícil a la hora de defender a su cliente.

— Señores miembros del concejo, lo que aquí nos ocupa no es el desacato de un vecino de esta ilustre villa contra un representante de nuestro amado rey Alfonso VI, lo que nos ocupa es la ambición personal de alguien que ha convertido su oficio en la fuente de su enriquecimiento y que pretende atar los fueros concedidos por el rey a esta villa. Somos libres, amados vecinos, por eso dejamos nuestras tierras doblegadas por la ambición de una nobleza mezquina y llegamos a esta tierra de frontera. Somos libres, pero esas libertades otorgadas, solo serán reales si tenemos el valor de ponerlas en práctica. Si esto hubiera ocurrido en cualquier otra ciudad de este reino, donde los poderes vecinales se han pervertido y los buenos ciudadanos viven sometidos a los dictados del noble de turno, el juicio ya estaría decidido, pero si hoy se condena a Don Serafín, se nos condena a todos nosotros, se cercenan las libertades reales y se menoscaba a este concejo. Ese hombre, el conde de Astorga, es el culpable. El mismo que sube nuestros impuestos, para enriquecerse, el que nos pide nuestros hijos para formar un ejército con el que amedrentarnos. Él debería estar sentado en esta silla. No lo olvidemos. Por eso pido la absolución para mi defendido.

Tras el discurso del abogado se produjo un largo silencio en la sala. El concejo parecía dividido. Algunos eran hombres de Magerit, mozárabes que habían vivido sometidos a los musulmanes y que ahora no querían someterse a los nobles castellanos o leoneses, el otro era el de alguno de los amigos del conde, al que le debían algunos favores. Al final los dos alcaldes se pusieron en pie, la decisión dependía de ellos.

— Vecinos de Magerit, hemos escuchado las dos partes. El rey Alfonso VI nos ha otorgado la autoridad para decidir esta causa, si alguien defiende en esta villa su nombre y honor somos nosotros. Al no presentarse testigos ni a favor ni en contra del acusado y, dado que la acusación es ambigua en la forma, resolvemos: la absolución de don Serafín Magro, vecino de esta villa y su exención a pagar indemnización alguna al conde de Astorga.

Todo el pueblo estalló en júbilo, mientras el conde abandonaba la sala airado y ofendido, mientras hubiera paz en aquella tierra la máxima

autoridad era el concejo, pero cuando regresara la guerra y, por los rumores que se escuchaban, no tardaría en hacerlo, él sería la máxima autoridad y ajustaría cuentas con el concejo y con ese maldito moro disfrazado de cristiano.

Pablo corrió hasta su padre y le dio un gran abrazo. El abogado felicitó a ambos y salió de la sala con una amplia sonrisa. La justicia había triunfado en aquel apartado territorio del reino, pero las cosas eran muy diferentes en la imperial ciudad de Toledo, donde se iba a desatar una persecución a los musulmanes contraviniendo las disposiciones reales del rey, tras la ocupación de la ciudad.

Capítulo 15

Año del Señor, 20 abril de 1090

El arzobispo se sentó en el trono y el resto de los vasallos se situaron en sus respectivos asientos. La nobleza cristiana, musulmana y algunos miembros de la comunidad judía estaban reunidos junto al arzobispo. La reina Constanza de Borgoña, francesa como el arzobispo, había decido ausentarse de aquella reunión. La reina no quería que el rey se enterara de su participación en la conspiración. La orden de Cluny era consciente de que una monarquía cristiana no podía apoyarse en vasallos de distintos credos y mucho menos de distintas religiones.

— Estimados caballeros, prohombres de la imperial y bellísima ciudad de Toledo, el papa Urbano II y el rey Alfonso me han nombrado primado de España, porque la iglesia es la columna vertebral de nuestra fe cristiana. Aquí estamos reunidos en esta noche, alumbrados por la tenue luz de las lámparas de aceite, las personas más influyentes de la ciudad. Algunos practican la religión de Mahoma, otros la de Moisés y los cristianos la de Jesucristo. Mientras yo sea el enviado de Dios para esta ciudad, permitiré que cada cual practique su fe, pero con limitaciones. Ahora el rey de estas tierras no es un moro, el rey es un cristiano, por eso mi primer mandato es la conversión de la gran mezquita en catedral.

Un murmullo recorrió toda la sala. Rodeando la mesa, los criados y mayordomos estaban armados con dagas, tenían la orden de actuar en el caso de que los representantes de la ciudad se opusieran violentamente.

Santiago observó las caras de musulmanes y judíos, parecían confundidos y enfadados.

— El rey nos ha prometido proteger nuestra religión, por eso nos rendimos. Queríamos un gobierno fuerte, los últimos reyes de Toledo habían dividido a nuestro pueblo y los fanáticos almorávides, amenazaban con tomar el poder y pervertir nuestras costumbres. Nosotros hemos permitido la fe de nuestros hermanos cristianos durante cientos de años y el rey incumple su palabra a los pocos meses –dijo uno de los musulmanes principales.

— Serviremos antes a Yusuf ibn Tašufin, el profeta y líder de los almorávides que a un mentiroso –gritó un musulmán desde el fondo de la sala.

— Cuidad vuestra lengua –les advirtió el arzobispo.
— Es indignante –contestó otro musulmán.
— No estoy pidiendo vuestra opinión o aprobación, simplemente os advierto de la nueva situación, los que no estén de acuerdo, deben abandonar el reino dejando todas sus pertenencias –dijo el arzobispo.
— ¿Sabe esto el rey? –gritó otro de los musulmanes.

La mayoría de los comensales se pusieron en pie y abandonaron el salón indignados. En unos minutos el arzobispo estaba solo en mitad de la sala. Ni los cristianos mozárabes aprobaban sus cambios. El arzobispo terminó de cenar con total tranquilidad y después se puso en pie.

— Santiago, llévame a ver a la reina –dijo el arzobispo.
— Excelencia, lamento que las cosas no hayan salido como las teníais prevista –dijo Santiago.
— No os preocupéis, precisamente han salido tal y como esperábamos. Es más fácil someter a un pueblo que se rebela, que a un pueblo que se pliega a regañadientes a tu voluntad. Ahora podremos demostrar nuestra fuerza –dijo el arzobispo.

La cámara de la reina tenía la puerta cerrada, pero cuando Santiago anunció que el arzobispo quería verla, las criadas les abrieron y acomodaron en una hermosa terraza que daba al jardín interior. La reina Constanza apareció a los pocos minutos vestida con sus mejores galas.

— Excelencia –dijo la reina al ver al arzobispo.
— Majestad –respondió el arzobispo.

El resto de la conversación fue en francés, aunque Santiago comenzaba a entender algunos términos, se le escapó buena parte del diálogo.

— ¿Cómo fue la cena? –preguntó la reina.
— Tal y como esperábamos. Imagino que Sisnando Davides ya estará informado, mañana pedirá reunirse conmigo e intentará poner de su lado al rey. Ese es el punto que vos debéis intervenir –dijo el arzobispo.
— No os preocupéis, Alfonso sabe que únicamente tendrá la autorización del papa si hace lo que le pedimos. Está acusado de mantener una relación incestuosa con su hermana Urraca y de haber ordenado envenenar a su hermano Sancho, tiene que ganarse el perdón papal –dijo la reina.

El arzobispo sonrió. Sabía que los hombres poderosos eran más débiles, cuanta más potestad lograban concentrar.

— Que el pecado sea el medio para la salvación, siempre ha sido una ironía. ¿No creéis? –preguntó el arzobispo con una sonrisa.

— Sin duda, Excelencia. A veces el mal es el camino más recto hacia el bien –contestó cínicamente la reina.

Tomaron algo más de vino y unos pocos dátiles mientras les envolvía aquel hermoso jardín morisco. El sonido delicado del agua, susurrando en la fuente de piedra, mientras que varios exóticos pájaros cantaban a su alrededor, les hizo sentirse en los mismos límites del paraíso, sin saber que detrás de la pared del Jardín del Edén, siempre se esconde el más terrible Hades.

Sisnando Davides maldijo en árabe, pero enseguida pasó a su idioma natal, el portugués. Los secretarios intentaron apaciguarle, un esfuerzo inútil, ya que el arzobispo no le había invitado a la cena y había tomado una decisión que era de su competencia.

— ¿Qué se ha creído ese maldito franco? En este reino no manda el papa ni la ambiciosa orden de Cluny, este territorio es del rey Alfonso –bramó el gobernador de Toledo.

— El arzobispo dejó bien claro que el rey le apoyaba en todo –dijo uno de los secretarios.

— Está mintiendo, el rey no me ha informado sobre la consagración de la mezquita principal como templo cristiano. Ese franco no comprende que si les quitamos su religión a los musulmanes de Toledo, las demás taifas se pondrán en contra nuestra y los almorávides cruzarán el mar y se aliarán a esos reyezuelos que están a punto de sucumbir. La fruta madura está lista pare recogerse, pero si nos precipitamos puede que no volvamos a tener una oportunidad como esta en siglos –dijo el gobernador.

— Tenéis que informar al rey de todo esto –dijo otro de los secretarios.

— El rey está de camino a Toledo, pasará un par de noches en el alcázar de Magerit antes de llegar aquí. Ya sabéis su afición por la caza y cerca de la villa hay unas increíbles piezas de caza. Mandaremos un mensajero y le informaremos de lo ocurrido. Me temo que la reina y el arzobispo, tengan en mente, el actuar antes de que llegue el rey –dijo el gobernador.

— Enviaremos un mensajero esta misma noche –dijo el secretario.

Desde una ventana, uno de los espías del arzobispo observaba la escena. En cuanto el gobernador terminó la reunión, el espía informó a su amo de las intenciones de Sisnando Davides de enviar un mensajero al rey.

El arzobispo ordenó que llamaran a Santiago a su presencia.

— Estimado Santiago, el gobernador enviará un mensajero para informar al rey de nuestras intenciones. Tienes que impedirlo.

Después reúnete con el abad, que está viajando con el rey hacia Magerit, debes pedirle que demore el regreso de su majestad a Toledo lo máximo posible. ¿Has comprendido? –preguntó el arzobispo.

— Sí, Excelencia –contestó Santiago.

— Por mi parte, con este último trabajo quedas exento de tus obligaciones. Entrega esta misiva al gobernador de la ciudad de Magerit, en ella pido al concejo que te conceda las tierras que mereces por tu servicio al reino –dijo el arzobispo, entregándole la carta.

— Gracias, Excelencia.

Aquella misma noche el mensajero del gobernador de Toledo y Santiago partieron para la villa de Magerit. El camino era largo y peligroso y el arzobispo sabía que nadie se extrañaría que uno de los mensajeros hubiera sido asaltado y asesinado.

El joven siguió al mensajero hasta las afueras de la ciudad y después se mantuvo caminando detrás de él a una cierta distancia. Antes de que llegara la aurora, Santiago se aproximó al mensajero y se puso a su paso.

— ¿A dónde os dirigís? –preguntó Santiago, como si se tratara de un viajero que prefería caminar en compañía algún tramo del camino.

— A Magerit –contestó el mensajero escuetamente.

— Yo también. Si no os importa, podemos hacer juntos el camino. Hay demasiados peligros en el camino –comentó Santiago.

Cuando los dos viajeros pararon para que sus cabalgaduras abrevaran en un riachuelo cercano, Santiago sacó algo de queso de cabra y un poco de pan.

— ¿Queréis comer?

— Sois muy gentil, caballero –dijo el mensajero. Después tomó algo de pan y queso.

— Tengo que estirar las piernas –dijo Santiago poniéndose en pie. Caminó unos pasos y observó por unos segundos si había algún caminante cerca.

Por la mente de Santiago circularon todo tipo de pensamientos en aquellos segundos angustiosos. Nunca había matado a un hombre. Él era un sencillo campesino, un hombre humilde dedicado a alimentar a su familia. Pensó en no terminar con la vida del mensajero, simplemente robarle la carta y advertirle que si no desaparecía, le buscaría hasta darle muerte, pero las órdenes eran claras. Hacerse con la carta y matar al mensajero. El arzobispo le había prometido tierras y un futuro para su familia. ¿Qué importaba la vida de un desconocido, que además era enemigo del hombre que le había salvado la existencia?

Santiago sacó su cuchillo y se inclinó sobre el mensajero. Este seguía comiendo plácidamente, ignorante de lo que estaba a punto de suceder.

— Está exquisito el queso –comentó el mensajero dándose la vuelta. Al ver en cuchillo en la mano de extraño, se tiró al suelo y desenvaino la espada.

— Rendiros –gritó Santiago.

— A ver si sois tan valiente atacando de frente a vuestros enemigos –dijo el mensajero.

Santiago tuvo temor. Aquel era un soldado con experiencia y blandía una espada, él era un campesino con un simple puñal. Tomó su capa y la envolvió en el brazo izquierdo. Nunca se había enfrentado a otro hombre, pero sí a osos y lobos.

— Luchad cobarde –dijo el mensajero, pero Santiago esperó a que atacara su contrincante.

El mensajero se abalanzó sobre él y logró alcanzarle en el brazo, pero la tela protegió en parte el enviste. Santiago aprovechó el costado descubierto de su enemigo, para hincarle el puñal hasta la empuñadura.

— ¡Morid! –gritó mientras removía el puñal dentro del cuerpo de su enemigo.

El mensajero le miró con los ojos desorbitados, soltó la espada y se llevó las manos al costado. Una sangre espesa y roja manaba en abundancia de su jubón. Cuando Santiago extrajo el puñal, el hombre cayó al suelo muerto.

Mientras registraba al mensajero, su conciencia no dejaba de acusarle. Él se excusaba, diciéndose a si mismo que cumplía las órdenes del arzobispo, que aquella muerte era para bien de la cristiandad, pero sentía como si las sienes fueran a estallarle. Se puso a un lado del cadáver y comenzó a vomitar. Después cayó de rodillas y comenzó a llorar como un niño, suplicando perdón a Dios por el crimen que acababa de cometer. Pero la culpa no se disipa con el arrepentimiento, sino con la restitución del mal causado. Santiago pagaría su pecado con creces, con la hiel que mana del alma putrefacta de los poderosos.

Capítulo 16

Año del Señor, 22 abril de 1090

Nunca antes un rey había entrado por las puertas de Magerit. Cientos de vecinos habían salido a las calles para recibirlo o se habían subido a balcones y murallas, para poder verle mejor. El rey Alfonso, que era reconocido además como el bravo, entró en la ciudad vestido con sus armas. Su figura era imponente a pesar de su edad. Había vivido exiliado muchos años en Toledo entre moros, por la persecución de su hermano Sancho, pero al final había superado todas las pruebas de su vida y había sido el primer monarca en unificar a los reinos de Castilla, Galicia y León, tras la muerte de su padre. Después de su victoria en Toledo y su protección a los reinos taifas de Valencia y Zaragoza, Alfonso había sido investido por el papa como emperador y se había convertido en el rey más poderoso de la Península. Únicamente un hombre se atrevía a enfrentarse a él y cuestionarle, Rodrigo Díaz de Vivar, al que todos conocían con el sobrenombre del Cid. El Cid había obligado al rey a jurar que no tenía nada que ver con la muerte de su hermano Sancho, lo que había enfurecido al monarca hasta el punto de mandarle al exilio. Ahora, ambos hombres se habían reconciliado y el Cid era el vasallo más leal del rey.

El abad saludó a la multitud desde su carroza descubierta. El rey le precedía a caballo, quería que sus vasallos siguieran viéndole como el guerrero fiero e invencible que era, a pesar de sus cuarenta y tres años. Alfonso era un hombre ambicioso, lujurioso y cruel. No había dudado en traicionar a su familia, mantener relaciones incestuosas con su hermana, asesinar a su hermano o compartir su vida con una concubina musulmana llamada Zaida. El pueblo conocía todos los pecados de su rey, pero un monarca no tenía que dar cuentas a nadie, únicamente ante Dios.

Cuando la comitiva llegó al alcázar, el conde les esperaba a los pies de la escalinata del castillo. En pocas semanas había recibido a los dos hombres más poderosos del reino. Sin dunda aquello suponía un giro de suerte inesperada en su carrera. Cuando la comitiva entró por la puerta, el conde observó a las autoridades y a la guarnición formada frente a él. Hacia unos días su poder se había puesto en entredicho por el concejo de la ciudad, pero ahora el mismo rey defendería su causa. Estaba ansioso por cenar junto a Alfonso y contarle de viva voz el ultraje que a su autoridad se había hecho en la villa de Magerit.

Dos pajes ayudaron a descabalgar al rey, mientras que el abad bajaba

de su carroza. Ambos hombres caminaron hasta llegar a la altura de las autoridades. El concejo en pleno se inclinó ante ambos y el conde dio la bienvenida al rey Alfonso.

— Majestad, es un honor para esta humilde villa de Magerit recibiros. Gracias a su gran bondad y la protección de Dios, esta villa ha pasado de manos infieles a la cristiandad, permitidme que os entreguemos varios presentes –dijo el conde.

Tras dar los regalos al rey, este se giró y mirando al pueblo que se reunía en tropel en el patio les dijo:

— Amados vasallos de Magerit, he llegado hasta vuestra villa con el deseo de honrarla con mi presencia, pero sobre todo de felicitaros por la reconstrucción de esta villa que se convertirá en el ejemplo para otros. Los colonos que vienen de todas las partes de mis reinos para colaborar en la reconquista de los territorios robados por los moros a nuestros antepasados los godos, recibirán sus tierras y crearemos un reino de justicia y de paz.

Un grupo de lacayos arrojó varias bolsas de monedas al público y la gente se lanzó al suelo para al menos conseguir una de ellas. Entre la multitud estaban Serafín y su hijo Pablo, que observaban a sus conciudadanos peleándose como perros por un hueso podrido. La mirada de Serafín se cruzó con la del conde. El albañil había procurado no encontrarse con su enemigo. De hecho, ni él ni su hijo habían aparecido en el alcázar y habían contratado a un oficial para que terminara el trabajo encargado por el concejo. El conde le miró directamente a los ojos, su odio podía palparse en el ambiente. Un corazón carcomido por la rabia y la venganza nunca saciada del mal ajeno; el conde de Astorga no cejaría en su empeño hasta ver la ruina de Serafín y toda su familia.

Entre los carruajes se encontraban Ana y sus hijos. La mujer había acompañado al abad y por fin había llegado a Magerit. Aquella villa se había convertido en la obsesión de su esposo y la principal causa de su desgracia. A pesar del rencor que guardaba hacia Santiago, Ana le echaba de menos. Su sonrisa, las palabras amables que siempre le dirigía. Había sido un excelente esposo, pero ahora no podía evitar que su corazón hubiera apagado el amor que sentía por él. Marcos intentó ir a por algunas monedas, pero su madre le detuvo. Aún eran orgullosos campesinos, que habían dejado todo para comenzar una nueva vida, no simples mendigos en busca de limosna.

El conde se giró unos momentos y contempló a la joven que agarraba la mano de dos niños. La había observado con detenimiento, cuando se había colocado a un lado. Era una mujer extremadamente bella, una joya más para pulir, una campesina que sin duda sabría darle

muchas noches de placer. El conde se acercó a uno de los soldados de su guardia y le pidió que vigilara a la mujer, quería saber todo sobre ella antes de que llegara la noche.
El rey y su séquito entraron en el alcázar. El conde le enseñó las obras de ampliación del viejo alcázar musulmán.

— Será un buen castillo –comentó el rey mientras recorrían las nuevas salas y el refuerzo de la muralla.
— Espero que sea una de las residencias reales mejores del reino –dijo el conde.
— Os aseguro que vendré mucho por esta villa, aprecio la caza de estos valles y hermosos bosques –dijo el rey.
— Mañana podremos dar buena cuenta de ello –dijo el abad.
— Sin duda –dijo el rey y después comenzó a reírse en alto. Todo el séquito le imitó.
— Si deseáis descansar hasta la cena, vuestras habitaciones están dispuestas –dijo el conde.
— Sí, necesito dormir un poco, el camino ha sido muy largo y mañana será una jornada cansada.

Cuando el rey se retiró a sus aposentos, el abad aprovechó para charlar con el conde. Los monjes de Cluny intentaban poner de su parte al mayor número de nobles y religiosos. Algunos desconfiaban de la orden por su origen franco. Desde hacía años, los francos habían intentado dominar el comercio de los reinos peninsulares y muchos veían en ellos a competidores comerciales, más que a siervos de la iglesia.

— Estimado conde, me complace estar en vuestra ciudad. Pasé el invierno en un monasterio cercano preparando este viaje real, pero os aseguro que os visitará con asiduidad.
— Será un honor –dijo el conde.

Los criados les sirvieron una copa de vino y los dos hombres contemplaron la sala de recepciones, mientras sofocaban un poco su sed.

— Estamos creando un mundo nuevo. Las viejas reglas ya no sirven, únicamente los hombres ambiciosos y poco escrupulosos, conseguirán sobrevivir –dijo el Abad.
— Yo únicamente sirvo a Dios y al rey –contestó el conde.
— Todos nos sometemos ante un señor más poderoso –dijo el abad.

El conde le miró extrañado, no sabía donde quería llegar el religioso con aquella conversación.

— No entiendo a lo que os referís.

El abad dejó sobre la mesa una abultada bolsa de dinero. El conde la miró con avidez, pero no hizo ningún amago de cogerla.

— Podemos servir al rey y al mismo tiempo salir beneficiados,

¿no creéis? –preguntó el abad.

— Naturalmente, el rey siempre premia a sus súbditos leales –dijo el conde.

— Tomad pues este presente, como recompensa a vuestro buen servicio al rey. Muy pronto seréis duque o marqués y vivir noblemente en los tiempos que corren es muy caro.

El conde tomó la pesada bolsa y la abrió. Las monedas de oro brillaron ante sus ojos. Aquello era una verdadera fortuna.

— Cuanto honor depositáis en mis manos –dijo el conde.

— Honor y reconocimiento a vuestra labor, únicamente os pido una pequeña cosa –dijo el abad.

— Pedidme lo que queráis, si está en mi mano lo haré con diligencia, si no lo está, buscaré como conseguirlo para vos.

El abad se aproximó al conde y en un tono bajo le dijo:

— Cuando os necesite podré contar con vuestra fidelidad, pero si osáis burlar el pacto que hoy hemos contraído, os juro por Dios y todos los diablos del infierno, que daré con vos y nadie podrá salvar vuestro cuerpo en esta vida ni vuestra alma en la venidera.

Las palabras del abad espantaron al conde a pesar de no ser un hombre fácilmente impresionable. Por el tono y la expresión, supo sin duda, que aquel hombre cumpliría su palabra o la haría cumplir.

La cena fue la más suntuosa que se había celebrado nunca dentro de los muros de aquel antiguo alcázar musulmán. Las mesas se habían dispuesto en forma de una gigantesca "u". El rey presidía la mesa central, a un lado tenía al conde, que aquella noche vestía de terciopelo negro, con bordados de oro; al otro, el abad, con la mejor de sus túnicas sagradas. El resto de comensales formaban parte de la nobleza local, el concejo y algunos miembros destacados del comercio de la ciudad. Ana había acudido a la fiesta por petición expresa del conde al abad y vestía un fabuloso traje, que el conde le había enviado a su habitación.

Ana se había pensado mucho el asistir a la fiesta. Lo primero, por ser una mujer casada, que no deseaba ser vista sin su esposo presente, lo segundo porque no era correcto que otro hombre te regalara un traje para que lo lucieras en su castillo, pero la insistencia del abad, al que debían tanto, le había decidido a participar.

Marcos y Clara se habían escapado de las habitaciones del servicio, donde les había dejado Ana y desde un lugar apartado observaban aquella cena de gala.

Cuando Ana entró en el salón todo el mundo ya estaba sentado. Sus dudas le habían hecho llegar tarde a la cita, pero cuando entró, todos se quedaron atónitos por su belleza.

Ana pasó detrás de las mesas, pero todo el mundo se giró para admirar su fino vestido de color azul. Su pelo rubio caía en una gran trenza hasta la mitad de la espalda, su rostro, ligeramente maquillado, brillaba bajo la luz de las velas.
El conde había guardado un lugar a su lado. Él era viudo y llevaba años disfrutando de su libertad, sin decidirse a casarse de nuevo, pero anhelaba tener un heredero varón.
Cuando Ana llegó al lado del conde, hasta el mismo rey alabó su belleza.

— Es un placer que los frutos de mi reino den mujeres tan bellas –dijo el rey comiéndose a la mujer con los ojos.

El amplio escote de Ana y la espalda totalmente descubierta, mostraban partes de su cuerpo que nunca había expuesto ante ningún hombre, a excepción de su esposo.
Ana se sentó junto al conde y éste la saludó con una leve inclinación de cabeza.

— Os agradezco que hayáis aceptado la invitación. Sois la mujer más bella de la villa y con vuestra hermosura ilumináis todo este salón.
— Gracias –dijo Ana ruborizándose.

La cena continuó y el conde apenas le dirigió la palabra a Ana en toda la comida, más ocupado charlando con el rey, que intentando conquistar su corazón.
Marcos y Clara se acercaron a algunas mesas y lograron robar algunos de los manjares que había en estas sin ser descubiertos. Después se retiraron a un rincón para devorarlos rápidamente.

— Es una gran fiesta –dijo Clara.
— Nunca había asistido a ninguna igual –comentó Marcos.

Tras la comida, comenzó el baile. Las parejas danzaban al son de la música, mientras el rey y el abad seguían charlando. El conde se disculpó ante ellos y se ofreciendo su brazo a Ana la sacó a bailar.

— No sé si debería, soy una mujer casada.
— ¿Debe pedir permiso el sol a la noche, para iluminar el día? –preguntó el conde.

El abad hizo un gesto a la mujer, para que complaciera al noble y ésta accedió.
Mientras bailaban, el vestido empezó a moverse, como si aquella mujer aleteara entre los vecinos más importantes de la villa. Todos la miraban, muchos la codiciaban, pero el conde era el único que disfrutó de ella, hasta que el agotamiento de los comensales hizo que la fiesta terminara a altas horas de la madrugada.
Cuando Ana regresó a su habitación se sentía confundida. Por un lado, le halagaba que un noble la cortejase, nunca se había sentido tan especial, pero por otro lado, su conciencia le decía que estaba

traicionando sus votos matrimoniales. Aquella noche se acostó con el alma dividida, pero reconociendo que era la primera vez que había disfrutado, desde aquel fatídico día en el que se cruzó en el camino aquellos malditos canallas, que la deshonraron. Intentó recordar algunas escenas de la fiesta mientras se desvestía en su cámara, grabar en su mente la única fiesta en toda su vida, en la que ella había sido una de las mujeres más deseadas.

Mientras ella seguía imaginando y recordando la fiesta, Santiago acababa de llegar a las puertas de la villa. En su bolsillo llevaba la carta que había robado a un muerto, pero en su corazón, el vacío más profundo se había adueñado de su alma.

Capítulo 17

Año del Señor, 23 abril de 1090

Santiago llegó frente a las puertas de la ciudad cuando la fiesta del alcázar había terminado. La guardia le dejó pasar tras informarles que llevaba una carta del arzobispo de Toledo para el abad Benito. Caminó con dos soldados por las calles de Magerit y le chocó que a aquellas horas de la madrugada hubiese tanta gente despierta. Cuando entraron en el patio de armas del alcázar, uno de los criados del abad sustituyó a su escolta.

El abad estaba sentado junto a la chimenea. A pesar de la llegada de la primavera el tiempo estaba revuelto y los viejos huesos del abad se resentían. Cuando Santiago entró en el salón, el hombre le hizo un gesto para que se acercase.

— Veo que has cumplido bien tu misión. Todos tenemos un propósito en la vida, siempre te he dicho que en el difícil tablero de la existencia, tanto los peones como los alfiles son necesarios para ganar la partida.

— Excelencia –dijo Santiago entregándole la carta que había robado.

— Buen trabajo –comentó el abad mientras abría la carta y comenzaba a leerla con avidez.

— También el arzobispo me dio está para que se la entregase a vos, es sobre las tierras que me prometió –dijo Santiago entregando la misiva de puño y letra del arzobispo.

El abad abrió la segunda carta y leyó lentamente. Puso un gesto de consternación, pero intentó disimular su disgusto. Después cerró la carta calentando de nuevo el lacre y utilizando su propio sello.

— Debéis entregad esta carta al conde, él es el encargado de dar las tierras a los colonos –dijo el abad.

— Muchas gracias, excelencia –contestó Santiago.

— Es la justa paga que merece todo el que sirve a la Iglesia –dijo el abad.

— ¿Dónde están mi mujer y mis hijos? –preguntó Santiago.

— Tu familia vino conmigo, como te prometí, pero no les molestes ahora, están durmiendo. Será mejor que los veas mañana por la mañana. Lleva la carta al conde ahora mismo, todavía está despierto, hace apenas un instante que se ha ido de este salón –dijo el abad.

— Puede que sea demasiado tarde –comentó Santiago.

— Decidle que vais de mi parte –comentó el abad.
Santiago se apresuró en encontrar al conde, los buscó por los pasillos hasta dar con él muy cerca de sus habitaciones. El conde le miró con desagrado, entonces él extendió el brazo con la carta y se la entregó al noble.

— El abad me ha pedido que os dé la carta –dijo Santiago con voz temblorosa.

El conde no sabía leer, por lo que tomó la carta y sin decir palabra se metió en sus aposentos.
Santiago se sintió un poco decepcionado. Podía haber dormido dentro del alcázar, pero prefirió buscar una bodega, para calmar algo su sed y su conciencia. No tardó mucho en ver una, la villa estaba repleta de ellas. Cuando entró le sorprendió ver a tantos vecinos bebiendo a esas horas. Se sentó en una mesa solitaria y comenzó a tomar vino, hasta que tras dos o tres jarras, el efecto del alcohol comenzó a relajarle.
Un hombre cercano a su mesa le miró de arriaba a abajo y después le dijo:

— ¿Tenéis trabajo?

— Sí, bueno, mañana lo tendré –contestó Santiago.

— ¿Mañana? Ya queda poco para que amanezca –dijo el hombre.

— Pues hoy lo tendré –dijo Santiago.

— Una pena, necesito hombres fuertes. Mañana tenemos que colocar una puerta nueva en la muralla y me faltan brazos –dijo el hombre.

— ¿Cuánto pagáis? –preguntó Santiago que nunca perdía una oportunidad de ganar algo de dinero. Si aquella mañana le daban unas tierras, aun así necesitaría comprar semillas para plantar, alquilar una casa y vivir hasta que llegara la próxima cosecha.

— Diez maravedíes por una mañana de trabajo –dijo el hombre.

— Contad conmigo, mi nombre es Santiago Buendía –dijo presentándose al hombre.

— Serafín Magro, dentro de dos horas os espero en la puerta de la Almudena –dijo el hombre, después se levantó y se marcho de la bodega. Aun debía buscar más hombres antes de que amaneciera.

Esta ciudad me da suerte pensó Santiago mientras bebía el último trago. Después se dirigió al alcázar y durmió en un pajar un par de horas antes de ir a ayudar con la puerta de la muralla.
Cuando se levantó del pajar fue un par de horas más tarde, la cabeza le daba vueltas. Se lavó la cara en una fuente cercana y se dirigió hacia la puerta de la Almudena. Cuando llegó, una docena de hombres ya esperaban a que trajeran la puerta. Unos minutos más tarde, un carromato cargaba el gran portalón que sobresalía a ambos lados de

los tableros laterales. Frente a los bueyes estaba el hombre que le había contratado aquella madrugada y otro hombre joven.

— Ayudadme a bajar la puerta –dijo Serafín.

Los ocho hombres apoyaron el portalón en la muralla. Serafín colocó las bisagras y revisó el hueco de la puerta antes de colocar la nueva.

— Necesito tres hombres en cada lado –dijo Serafín.

Tras unas horas de duro trabajo, la puerta estaba colocada y Serafín estaba pagando a sus peones. Cuando llegó el turno de Santiago, el hombre le dio un poco más que a los demás.

— ¿Por qué me dais más que al resto?

— Me gustó el trabajo que hiciste, espero darte más muy pronto. ¿Dónde vives?

— Lo cierto es que no tengo casa en la villa, hoy mismo me darán un campo para roturar, tengo que ir al alcázar para hablar con el secretario del conde –dijo Santiago.

Serafín le entregó el sueldo y le dijo:

— Mi casa es la tercera junto a la Puerta de la Vega, cerca de la plaza de Santa María. Pásate por allí en cuento te hayas acomodado y hablaremos de trabajo, necesitarás dinero hasta que esa tierra dé su fruto, además me temo que el conde no te dará una parcela muy grande, él siempre se queda con una parte de la tierra.

— Eso es injusto –dijo Santiago.

— La tierra de frontera es tan injusta como de la que procedes, cuanto antes entiendas eso, será mejor para ti –dijo Serafín.

Santiago dejó a los albañiles y con una mezcla de sensaciones se dirigió al alcázar. Por un lado estaba muy contento, en unas horas sería propietario de su propia tierra. Por el otro, sabía que el comienzo no iba ser sencillo.

Aceleró el paso, estaba deseoso de ver a Ana y los niños.

Cuando llegó al alcázar se dirigió directamente al despacho del conde. El secretario estaba sentado frente a una gran mesa de madera. Cuando Santiago se quedó parado frente a él, éste levantó la vista y le preguntó con desgana:

— ¿En qué puedo serviros?

— Ayer entregué una carta al señor conde en la que el arzobispo de Toledo le hacía una petición a favor mío –dijo Santiago.

— Debéis tener muy buenos contactos, para que el hombre más importante de la iglesia os recomiende –dijo con desdén el secretario.

— Bueno, no puedo quejarme. Soy un forastero, pero Dios me ha encaminado en estos últimos meses –dijo Santiago.

— El mismo conde desea veros en persona. Podéis pasar a su despacho –dijo el secretario señalando la puerta que tenía a su

espalda.

Santiago llamó antes de entrar y después abrió la puerta. El despacho era amplio, tenia varios muebles en los que el conde guardaba las escrituras de tierras y todos los papeles reales.

— Pasad, ya he leído la carta. El señor arzobispo os recomienda en persona, no sé que servicio habéis hecho por él, pero su generosidad en los tiempos que corren es muy grande –dijo el conde.

— Gracias, Señor conde –dijo Santiago.

— Os he concedido una tierra muy buena, cercana al río y a la villa. Os aseguro que muchos matarían por ella. Además os alquilaré una de mis casas, pero con una condición –dijo el conde.

— ¿Qué condición? –preguntó Santiago.

El conde se mesó la barba y se puso en pie, después en un acto de amabilidad extraño en él, le colocó la mano en el hombro y le dijo:

— Estoy escaso de doncellas en mi casa. Dentro de poco quiero casarme, un hombre de mi estado tiene que tener descendencia, pero no puedo presentar mi hogar a los padres de ninguna gentil doncella sin una buena ama que cuide los detalles. Ayer conocí a vuestra esposa Ana, me pareció una mujer limpia, responsable y cuidadosa. Me preguntaba, si le permitiríais que fuera mi ama, yo le pagaría un buen sueldo y mi casa está pegada a la que os quiero alquilar –dijo el conde.

Santiago se quedó pensativo. Un hombre viudo, una mujer casada. No sabía lo que las malas lenguas podían decir. Él confiaba en Ana y sabía que nunca le traicionaría, pero no conocía al conde. A pesar de todo, su generosa oferta le tentaba, era una forma muy cómoda de comenzar en una nueva vida.

— Confío en vos, Señor conde. Mi esposa es una mujer virtuosa que puede ayudaros a ordenar vuestra casa, hasta que encontréis esposa. La única condición que puedo poner como esposo es que esté siempre en mi hogar antes de que se ponga el sol.

— Muy gentil por su parte, muchas veces duermo en el alcázar, pero como mi puesto es momentáneo, mi casa personal está muy cerca de aquí. Mi secretario os entregará la llave de vuestro nuevo hogar y mañana os acompañará a sus nuevas tierras. Este es el documento de propiedad y tiene que firmar al pie. Si os parece bien, vuestra esposa puede empezar mañana. Me imagino que tendrá muchos deseos de contarle todo y pasar el día en familia –dijo el conde sonriendo.

— Gracias, Señor conde.

Cuando Santiago salió del despacho se sentía eufórico. Era un hombre

libre, poseía sus propias tierras, tenía una casa en la villa, su esposa ganaría un buen sueldo y en unos años comprarían más tierras y se convertirían en unos miembros respetados de la villa.

Buscó a Ana por todo el alcázar, al final la vio junto a la almena. Los niños remoloneaban a su alrededor, pero ella tenía la mirada fija en el horizonte. Santiago llevaba en la mano la llave y el documento de propiedad. Al verla, agitó la mano y corrió a su encuentro. En cuanto Marcos y Clara le vieron, corrieron también hacia él. Santiago se puso de rodillas y abrazó a los niños. Ana se acercó lentamente, Santiago la miró a los ojos. Después se puso en pie y se abrazaron. No hizo falta que se cruzaran palabra alguna. Su pesadilla había terminado, ahora vivirían en paz, en aquel maravilloso sitio que les había recibido con los brazos abiertos.

Capítulo 18

Año del Señor, 24 de abril de 1090

La jauría recorrió los frondosos bosques mientras los caballos les seguían de cerca. Habían visto un jabalí que al escuchar los ladridos corría temeroso cerca de la parte alta del río. A aquella hora temprana los animales salvajes se acercaban para abrevar, antes de comenzar su jornada. El rey apuntó la ballesta y disparó al animal, erró el tiro, pero no cejó en el empeño de abatir a su presa. El conde disparó su arma y el animal gruño y se retorció de dolor, pero continuó su carrera frenética hacia lo más espeso del bosque.

El criado le pasó al rey una ballesta cargada y el rey volvió a disparar, esta vez acertando al animal en plena cabeza. El animal dio un gruñido antes de caer muerto junto al sendero. Todos descabalgaron y se acercaron al gran ejemplar.

— Lo habéis cazado –dijo el abad. Que había acompañado al rey a regañadientes.

— Sois un gran cazador –dijo el adulador del conde.

El rey sonrió y con un gesto de la mano pidió a uno de los criados que le acercara una copa de vino. El grupo se sentó en unas rocas y saboreó algo de la comida que habían llevado para media mañana.

— Quiero dar un paseo –dijo el rey.

— Disculpadme majestad, pero estoy agotado. Ya no tengo edad para salir de caza. Les esperaré aquí –dijo el abad.

El rey y el conde comenzaron a caminar junto al río. La niebla de primera hora se había disipado y en ese momento hacía una mañana increíble.

— Que bello es este lugar, no he visto otro tan hermoso en todo mi reino –comentó el rey.

— Ciertamente Dios concedió dones excepcionales a la villa de Magerit –comentó el conde.

— Los moros andan revueltos, por eso no quiero soliviantarlos mucho. Podríamos perder todo esto, por ser tan impacientes –comentó el rey.

— Comprendo lo que decís, pero los cristianos se desesperan al ver como los judíos y los moros viven mejor que ellos –comentó el conde.

— Los moros son como nosotros, he vivido mucho tiempo junto a ellos, lo único que nos diferencia es la religión –dijo el rey con el ceño fruncido.

— Pero esa es una diferencia muy importante, majestad.

El rey prefirió disfrutar del paseo y no hablar más de política. En un par de días estaría en Toledo, allí sería inevitable enfrentarse a todos aquellos problemas.

— Majestad, quería referiros algo que sucedió recientemente en la villa y que me tiene preocupado –dijo el conde.

— Soy todo oídos –dijo el rey.

El conde le relató el enfrentamiento con Serafín, como los concejales le habían absuelto contraviniendo su autoridad y hasta que punto eso afectaba a la autoridad real en el condado. El rey escuchó atento sin mediar palabra. No le gustaba meterse en conflictos locales, pero el conde era su hombre de confianza en la zona.

— Mañana, antes de partir para Toledo, escribiré una resolución a este respecto. Se resarcirá vuestra causa, sobre todo con ese mozárabe. Sin duda los cristianos arabizados pueden darnos muchos problemas, aunque otros son fieles servidores –comentó el rey.

— Muchas gracias, majestad –dijo el conde besando la mano del rey.

Cuando se reunieron con el resto del grupo, el rey ya había recuperado todas sus fuerzas.

— Todavía podemos hacer una última batida antes de volver a la villa –propuso el rey.

Todos respondieron entusiasmados, menos el abad, que resopló mientras se ponía en pie y unos soldados le ayudaban a subir a su caballo.

Aquella mañana Serafín había pedido de nuevo ayuda a Santiago. Tenían que arreglar un tejado de una casa cercana al Alcázar y su hijo Pablo estaba realizando otro trabajo en el arrabal. Aquel día estaban los dos solos, lo que les permitió conocerse un poco mejor mientras cambiaban las tejas rotas.

— Me decís que el conde os ha alquilado una casa a precio tan bajo y que os ha pedido que vuestra esposa le ayude como ama –dijo Serafín.

— Si, una casa formidable a un precio bajísimo –comentó Santiago.

Serafín conocía el corazón mezquino del conde y que nunca hacía nada sin buscar un beneficio propio, pero no quería, sin pruebas, malmeter a Santiago contra él.

— Únicamente os digo que desconfiéis. Nadie es generoso si no tiene una intención oculta –comentó Serafín.

— En ocasiones, los hombres somos demasiado desconfiados –dijo Santiago.

— Dejadme que os diga una cosa. Las ciudades de frontera como esta, están fundadas sobre una única base, la ambición. Perdonad que lo diga de esta manera, sé que vos llegasteis aquí escapando de señores crueles, pero muchos lo único que buscan es hacerse ricos lo antes posible, sin importarles como conseguirlo. El conde es de ese tipo de hombre –dijo Serafín.

— ¿Por qué? Él ya lo tiene todo –dijo Santiago.

— El hombre nunca se sacia de las riquezas ni nunca cree que tenga suficiente, si no, los diez mandamientos no existirían –dijo Serafín.

Cuando terminaron de arreglar el tejado, Santiago regresó a casa con el semblante preocupado. El hombre que le había descrito Serafín nada tenía que ver con el que él había conocido. Santiago pensó que las quejas de su nuevo amigo nacían de viejos pleitos entre vecinos, por eso intentó quitarse la conversación de la cabeza e intentar disfrutar de la comida.

Marcos y Clara ya estaban sentados a la mesa cuando el entró en la casa. Ana le recibió con un beso, tomó su sombrero y cuando ya estuvo sentado le sirvió la comida. Cuando todos estuvieron servidos, ella se sentó a la mesa.

— ¿Qué tal te trata el conde? –preguntó Santiago.

— Decentemente, muy pocas veces se dirige a mí directamente, siempre hablamos con otra sirvienta delante. Es todo un caballero –dijo Ana.

— Me complace –contestó Santiago con la boca llena.

Ana no había sido totalmente sincera con su marido. Si bien era cierto, que el conde no se había sobrepasado con ella, Ana notaba su mirada. A veces los hombres dicen más con una mirada que con mil palabras. Aquello la inquietaba y halagaba a la vez.

Marcos y Clara terminaron rápido de comer y se dirigieron a la parte trasera de la casa. El niño estaba deseoso de seguir trabajando en su gran obra, llevaba días tallando una pequeña figura de madera. Clara le miraba con admiración, no sabía como podía sacar de un pedazo de madera tanta belleza.

— ¿Está quedando bien? –preguntó el niño.

— Preciosa, parece una de esas tallas de las iglesias –comentó la niña.

— Se la quiero regalar a madre, seguro que le gustará mucho. Es igual que la talla de la virgen que había en la iglesia de nuestro pueblo. Las iglesias en Magerit apenas tienen imágenes –comentó Marcos.

Ana salió al pequeño patio con ropa para tender, había ido al río aquella mañana, pero todavía estaba la ropa algo húmeda. Observó a los dos niños y pensó que Marcos necesitaba un buen corte de pelo y

que tenía que pedir al conde que les ayudara, para que le metieran al niño a estudiar con los monjes. La vida cada vez era más difícil, cuanto más supiera, más oportunidades tendría de prosperar.
Cuando Ana se quiso dar cuenta, ya era la hora de regresar a la casa del conde. Se quitó el mandil, se colocó el cabello y salió a la calle. Caminó unos minutos y llegó a la casa del conde. Abrió con la llave y comenzó a dar órdenes a las criadas. Aquella vida de lujo y poder la atraía, a veces se imaginaba convertida en condesa, pero en seguida desechaba la idea. Pensaba en los niños y en Santiago; la necesitaban y ella a ellos, pero cuando la tentación anida en el corazón humano, al final logra lo que se propone, desbaratar la vida de su víctima.

Capítulo 19

Año del Señor, 1 de mayo de 1090

El conde de Astorga aguantó pacientemente a que el abad y el rey partieran para Toledo antes de poner en marcha su plan. Aquella mañana se levantó pronto, citó al alguacil en su despacho y le entregó cinco cartas de arresto. Las dos primeras eran para los alcaldes de la villa, habían sido acusados de alta traición y condenados por el mismo rey Alfonso VI. La tercera orden de arresto era para Serafín Magro, con la confiscación de todos sus bienes que pasaban directamente a la hacienda real. La cuarta carta estaba dirigida al abogado judío converso Isaac Mateo, al que se le acusaba de criptojudaísmo y se le entregaba a los tribunales eclesiásticos oportunos. Por último, la quinta carta estaba dirigida a Santiago Buendía, por asesinato de un mensajero real. Cuando el alguacil recibió las cinco cartas, apenas podía salir de su asombro. Todos los condenados, a excepción del forastero, eran amigos personales suyos y algunas de las personas más relevantes de la villa.

Cuando el alguacil salió del despacho con su escolta, se paró frente a uno de los hombres de la guardia del alcázar y le dijo:

— Avisad a Serafín Magro, que escape de su casa y se oculte.

El soldado corrió calle abajo y se dirigió a la casa del albañil, pero no estaba allí. La criada judía le informó que el albañil estaba aquella mañana haciendo unos arreglos en la mezquita del arrabal mozárabe, que ahora estaba ocupado por los moros.

El soldado salió de la villa por la puerta de Almudena y corrió hasta la mezquita. Se descalzó para entrar y corrió hasta la gran sala cuadrada. Los moros le miraron con temor, no era normal ver a un soldado cristiano corriendo por la mezquita.

— Señor Serafín –dijo el soldado sin aliento.

— ¿Qué sucede? ¿Le ha pasado algo a mí hijo? –preguntó Serafín bajando de una escalera con el corazón en un puño.

— No, Don Serafín. Me ha enviado el alguacil, tiene cinco cartas de detención esta mañana. Una es contra usted –dijo el soldado.

— ¿Quiénes son los otros cuatro? –preguntó Serafín temiendo que también quisieran detener a su hijo.

— Los dos alcaldes, su abogado y un tal Santiago Buendía –dijo el soldado.

Santiago le miró desde el tejado bajo de la sala. No podía creer lo que

decía el soldado. ¿De qué podían acusarle a él? Serafín se dio la vuelta y miró a su amigo.

— Será mejor que nos escondamos –dijo el hombre.

— Pero, mi familia…

— No te preocupes Santiago, de ellos ya nos ocuparemos. Afortunadamente en las últimas semanas he vendido algunas propiedades, me temía que el conde no se conformara con el veredicto del concejo. Hay un importante musulmán que nos esconderá en sus casas, el conde no se atreverá a entrar aquí con sus soldados, sería una declaración de guerra contra toda la comunidad. Vámonos, deja todo como está.

Los dos hombres salieron apresuradamente de la mezquita y se dirigieron directamente a la casa de Abu al Qasim Maslama al Mayriti. Abu era un íntimo amigo de Serafín y uno de los eruditos más importantes del antiguo reino de Toledo. Había decidido dejar la capital y regresar a su antigua casa, cuando la orden de Cluny había comenzado a amenazar la libertad de los musulmanes y judíos de la ciudad.

Uno de los criados salió a abrir la puerta después de escuchar la campanilla. Serafín se anunció y a los cinco minutos, los criados les habían pasado a una amplia y fresca sala repleta de cojines y alfombras.

— Sus casas son muy peculiares –comentó Santiago.

— Son más cómodas y agradables que las nuestras –dijo Serafín.

Cuando Abu entró en la sala, abrió los brazos y dio un abrazo a su amigo.

— ¿Qué os trae por aquí? –preguntó el musulmán.

— Este es mi amigo Santiago. El conde nos persigue injustamente y hoy mismo nos quería echar a la cárcel, por eso hemos querido venir a veros, para pediros protección hasta que podamos salir de la villa –explicó Serafín.

— Mi casa es vuestra casa, podéis quedaros el tiempo que necesitéis –dijo Abu a los dos hombres.

— Gracias –dijo Santiago.

— Pero sentaros y tomad alguna cosa, estaréis sedientos. Está haciendo mucho calor para encontrarnos en mayo –dijo Abu.

Santiago no podía dejar de pensar en Ana. Aquel malvado conde había hecho todo esto para deshacerse de él, pero estaba seguro de que su mujer no cedería al chantaje del hombre.

— Las cosas se están poniendo muy difíciles. Los cristianos y nosotros nos estamos radicalizando. Desde Roma se llama a la cruzada, pero los almorávides, tampoco quieren consentir a cristianos en sus territorios, muchos reyezuelos les están pidiendo ayuda, pero no saben lo que hacen. Cuando manden

a sus ejércitos destruirán por igual a cristianos y a los nuestros –dijo Abu.

— ¿Cuál es la solución? –preguntó Serafín.

— Que mozárabes, judíos y nosotros hablemos con el rey y le hagamos ver la situación. Su esposa, el arzobispo de Toledo y otros miembros de la nobleza, quieren destruir el equilibrio que hemos tenido durante siglos, pero al final los almorávides lo arrasarán todo –dijo Abu mientras servía agua con limón a sus amigos.

— Esperemos que gente como el conde de Astorga pague sus culpas y nos dejen vivir en paz, como lo hemos hecho durante siglos –dijo Serafín.

Santiago se incorporó para decir algo, pero dudó en el último instante.

— ¿Deseáis algo Santiago? –preguntó Abu.

— ¿Podrían enviar un mensaje a mi mujer comunicándole que estoy bien?

— Sí, claro. Déme la dirección y enviaré un mensajero, aunque es mejor que no desvele su paradero –comentó Abu.

El mensajero salió una hora más tarde y entró en la muralla. Los musulmanes tenían prohibido permanecer dentro de la villa al ponerse el sol. El mensajero llamó a la puerta y Ana le abrió, pero al verle se asustó e intento cerrar de nuevo.

— Traigo un mensaje de su marido Santiago, quiere que sepa que se encuentra bien, que volverá a por usted y los niños. Que no tema nada.

Ana se echó a llorar, cuando se enteró a primera hora de la mañana que el alguacil había estado en su casa buscando a Santiago. Se le cayó el alma a los pies. Le acusaban de asesinato, él que era incapaz de hacer daño a nadie. Después de la noticia había decido volver a casa y estar con Marcos y Clara, que estaban muy asustados.

— Gracias. Decidle que le esperaré –dijo Ana, con los ojos llenos de lágrimas.

Marcos asomó la cabeza por un lado de la puerta y mirando al moro con sus grandes ojos verdes le dijo:

— Decid a mi padre que le quiero.

Cuando el mensajero salió de la casa, Ana se sentó en el salón y comenzó a llorar de nuevo. Aquel día la ciudad estaba revuelta, varias familias habían corrido la misma suerte que la suya. Aunque el peor parado era Isaac Mateo, cuyo ajusticiamiento se había anunciado para dentro de tres días.

Marcos abrió la puerta con sigilo y corrió tras el mensajero, quería saber donde se encontraba su padre. No le costó mucho encontrar al moro. Aquella tarde muchos no se habían atrevido a entrar en la ciudad, después de las noticias que corrían por la villa. Salió detrás de

él por la puerta de la Almudena, aunque su madre le había prohibido expresamente que lo hiciese, después se había introducido en el arrabal. Allí él era el extraño, ya que apenas se veían cristianos por aquella zona de la villa. El mensajero se había detenido en una gran casa encalada de blanco junto a la mezquita y se había introducido en ella.

Marcos comenzó a caminar hacia su casa, pero al llegar a la muralla, uno de los guardas le detuvo.

— ¿De dónde vienes? –preguntó mientras le apartaba a un lado.

— De la laguna de Puerta Cerrada –dijo el niño. Nunca había estado allí, pero había escuchado a otros chicos hablar de ella.

— Mientes, vienes del arrabal. ¿Qué hace un niño cristiano entre moros? ¿No serás un espía?

— No, señor –dijo el niño temeroso.

— Llevadlo al alcázar y que lo interroguen –dijo el soldado.

Pablo se interpuso en el camino del soldado.

— Yo conozco al niño, le llevaré con su madre. No es la primera vez que se escapa.

El soldado miró fijamente al joven. Todos le conocían, pero no quería buscarse problemas y desobedecer una orden.

— Toma unas monedas y olvidemos todo el asunto –dijo Pablo, entregando una pequeña bolsa al soldado.

El joven tomó de la ropa al niño y le dijo muy serio:

— Que sea la última vez que te escapas. Cuando llegues a casa te espera una buena paliza.

Los dos desaparecieron por las calles de la villa, cuando Pablo se sintió a salvo, paró al niño, se puso de rodillas y le dijo:

— ¿Estás loco? Si llegan a llevarte ante el conde nos hubieras buscado un problema, nadie debe saber donde está tu padre hasta que todo esto se aclare. Vamos para tu casa.

Pablo acompañó al niño hasta su casa y después le advirtió a Ana:

— Que no vuelva acercarse a la casa donde está su esposo, los espías del conde están por todas partes y si localizan a mi padre o su marido, los matarán.

— Gracias, señor Pablo –dijo Ana.

Cuando el joven se hubo marchado, la mujer estiró de las orejas a su hijo hasta la planta de arriba y lo castigo sin salir el resto del día. Entendía que quisiera saber dónde estaba su padre, pero podía haberlo estropeado todo. En los próximos días debería ser astuta con el conde. Tal vez si le daba lo que él deseaba, perdonaría la vida de su esposo, pensó mientras comenzaba a hacer la cena. Aunque lo que ella desconocía era que el conde ya tenía sus propios planes trazados desde hacía tiempo.

Capítulo 20

Año del Señor, 3 de mayo de 1090

La ciudad estaba revuelta aquella mañana. Los carpinteros habían trabajado a destajo para terminar el patíbulo en el que sería ahorcado el abogado Isaac Mateo, ubicándolo enfrente de Santa María, nombre con el que habían rebautizado a la antigua mezquita de intramuros. Gente de toda la comarca se había acercado a la ciudad para celebrar el acontecimiento, para muchos era la oportunidad perfecta de mostrar sus productos a una gran multitud, otros se aprovechaban de los forasteros, ya fuera engañándoles o robándoles la bolsa. De una u otra manera, muchos sacaban provecho de aquel cruel espectáculo, que servía para solaz y disfrute del pueblo. El hecho de que el ajusticiado fuera judío, añadía más interés al ajusticiamiento, ya que los cristianos viejos odiaban a los judíos, pero en especial a los que se convertían al cristianismo, para escapar de las persecuciones o pagar menos impuestos.

Aquella fatídica mañana se concentraron tres hechos que afectaron a Ana, cambiando para siempre su vida. El primero fue la llegada de su hermana María a la ciudad, al parecer la mano vengativa de Don Fermín, el noble al que estaba sujeto Santiago y su hermana Ana, les había seguido días después. No había logrado encontrarles, para desgracia de María. Por eso una noche, de manera furtiva, había entrado en su casa y tras matar a su marido Pedro, la había violado delante de sus soldados. María había quedado medio muerta y su casa arrasada, pero una vecina la había sacado del edificio en llamas y se había ocupado de ella hasta su recuperación. María solo tenía a Ana y desde el mismo día de su desgracia había querido ir tras ella, peo el invierno se lo había impedido. En el mes de marzo, al enterarse que un grupo de monjas iban a un monasterio cerca de Magerit, María les había pedido que la llevaran con ellas. A esas alturas, ya sabía que estaba embarazada y que en su seno llevaba el hijo de aquel bastardo, pero no tuvo fuerzas para quitarse la vida, ni la del inocente bebé.

El segundo hecho que perturbó para siempre la vida de Ana fue que el conde le había anunciado que se casaría con ella antes de la llegada del otoño. Su marido había sido dado por desaparecido, era reo de muerte y al conde no le había costado mucho conseguir una anulación matrimonial del arzobispo, que las cobraba a muy buen precio y no era muy pudoroso en concederlas. Por tanto, aquel mismo día Ana se enteró que ya no era esposa de Santiago Buendía.

El tercer hecho que le hizo recordar aquella fecha hasta su muerte, fue un triste accidente. Ana se había visto obligada a ir a la ejecución a pesar de su desgana, el conde le había obligado a asistir en el palco de autoridades, ya que ahora era oficialmente su prometida. Clara y Marcos la habían acompañado y mientras comenzaba la ceremonia, los niños habían bajado debajo del andamiaje del palco oficial. Llevaban un rato corriendo y mirando entre las rendijas de los tablones, cuando el niño escuchó un chasquido, al principio no le dio mucha importancia, pero uno segundos más tarde, parte de los asientos cedieron por una madera podrida, que terminó de partirse por el exceso de peso, aplastando a Clara, que murió en el acto y dejando una ligera cojera a su hijo.
A pesar de las víctimas de aquel desafortunado accidente, la ejecución no se suspendió, aunque muchos lo tomaron como un mal presagio, una especie de castigo a la ambición del conde.
Ana suplicó a su futuro marido que la dejara estar con su hijo, al que habían trasladado a la casa con una pierna entablillada, pero el conde se había negado. Su responsabilidad era estar junto a él en una fecha tan señalada. Por eso Ana estaba con el rostro angustiado, deseando que aquel monstruoso ritual se terminara, para correr hacia el lecho de su hijo y velar el cuerpo de su ahijada.
Cuando María entró en la plaza y vio el alborotó, comenzó a sentir sofocos. Aquel día era caluroso, pero sobre todo la multitud la apretaba y apenas la dejaba respirar. Tras muchos empujones, María logró acercarse hasta la valla de madera con la que habían rodeado el patíbulo, cuando alzando las vista observo a una dama noble sentada en el palco de autoridades. Aquella hermosa mujer no era otra que su hermana Ana. María se quedó con la boca abierta, sorprendida de ver a su hermana pequeña en aquella condición privilegiada y en tan pocos meses. Sin duda aquella ciudad era la villa de las maravillas y su cuñado tenía razón cuando describía las riquezas que podías obtener en poco tiempo.
Entre la multitud, dos hombres vestidos como moros observaban el ajusticiamiento. Uno de ellos era Santiago y el otro Serafín, que convencido por el joven campesino había acudido a aquel ajusticiamiento, con más temor que esperanza de ver a su hijo Pablo.
Santiago buscó entra la multitud a su esposa, pero no la vio hasta el fatídico accidente de Marcos y Clara. Nunca se había sentido tan impotente, tan cerca de ella y los niños, pero sin poder desvelar su identidad. Cuando supo que el niño estaba bien, respiró aliviado. Aunque le sorprendió que Ana se quedara el resto del ajusticiamiento y no se fuera a cuidar al niño ni a velar el cuerpo de Clara.
Mientras la observaba a lo lejos, vestida con un elegante traje verde escotado, se queda sorprendido de su belleza, una belleza oculta

durante mucho tiempo en los miserables trajes que él podía comprarla y las telas con las que ella los transformaba o los hacía nuevos. Por unos instantes creyó que lo mejor que le podía pasar a su esposa era que él desapareciera para siempre, pero se resistía a renunciar a su vida y su familia.

— Será mejor que nos marchemos –dijo Serafín, cuando vio como los soldados comenzaban a pasear entre la multitud.

— Un poco más, os lo suplico –dijo Santiago mientras con lágrimas en los ojos observaba a Ana.

María se cruzó con Santiago, tropezando con él, sin reconocerlo al principio.

— Disculpad –dijo la mujer volviéndose.

Santiago se retiró agachando la cabeza.

— Sois vos, Santiago –dijo la mujer.

Los dos hombres comenzaron a retroceder abriéndose paso a empujones. Entonces uno de los hombres que les rodeaba les reconoció y comenzó a gritar:

— A mí la guardia, aquí están dos fugitivos.

El conde ofrecía una recompensa a todo el que facilitara pista o el lugar exacto en el que se escondían los fugitivos. Por eso la multitud comenzó a apretarlos, pero lograron zafarse y correr por una de la calles hacia la puerta de la muralla. Cuando miraron atrás, cuatro soldados les seguían.

— ¿Qué hacemos? –preguntó Santiago.

— Corramos hacia el arroyo de San Pedro, allí nos podremos esconder entre las cañas.

Atravesaron la puerta antes de que lograran detenerles y corrieron por una callejuela hasta el terraplén. Se lanzaron rodando hasta llegar a los árboles. Allí la espesura les protegía de los soldados. Entraron en el riachuelo y lo cruzaron, bajaron durante un rato y después se escondieron en una de las zonas pantanosas.

Los soldados pasaron de largo, Serafín intentó recuperar el aliento, ya no estaba acostumbrado a correr de aquella manera.

— ¿Dónde vamos ahora? –preguntó Santiago.

— Es mejor que nos marchemos a Toledo, allí pasaremos más desapercibidos. El rey todavía esta en la ciudad y podríamos pedirle clemencia y que nos concediera la libertad –dijo Serafín.

— No estoy seguro de que el rey quiera hacer eso por nosotros, pero puede que el arzobispo sí lo haga. Él fue el que me mando matar al mensajero…

Santiago se arrepintió de haber confesado su crimen, hasta ese momento, Serafín había creído que el joven era tan inocente como él, pero en ese instante fue consciente de que protegía a un culpable.

— ¿Matasteis al mensajero? –preguntó Serafín.

— No me quedó más remedio, me lo ordenó el arzobispo. ¿Cómo podía negarme? –se excusó Santiago.

— Ni aunque te lo hubieses pedido el mismo papa, uno debe ser fiel a sus creencias –dijo Serafín.

— Los pobres no tenemos creencias, lo único que poseemos es una vida, no podemos permitirnos el lujo de hacer siempre el bien –dijo Santiago muy serio.

— El bien nunca es un lujo, simplemente debemos saber si nos compensa más el ser justos y terminar perseguidos y angustiados; la otra alternativa es obedecer a los poderosos y hacer el trabajo que ellos se niegan a hacer.

Santiago agachó la cabeza, no se sentía orgulloso de lo que había hecho, pero ya era tarde para arrepentirse, nadie podía volver atrás y cambiar su pasado.

— Será mejor que tomemos el camino ahora mismo, antes de que los soldados lo vigilen –dijo Serafín.

Los dos hombres caminaron en silencio durante horas. En el camino compraron algo de comida y vino, también dos espadas cortas y ropa de cristianos. Entrarían como musulmanes en la ciudad, pero una vez allí, comprobarían la situación de los moros y si podían refugiarse en el arrabal de los musulmanes.

Santiago se giro y miró por última vez Magerit. Aquella ciudad le había ensalzado, para poco después destruir su vida por completo. Se dijo a si mismo que regresaría revestido de gloria y poder, para vengarse de sus enemigos y recuperar a su familia.

Capítulo 21

Año del Señor, 3 de mayo de 1090

Las noticias que llegaban de Sevilla eran preocupantes. El rey tiró el pergamino al suelo y comenzó a proferir todo tipo de juramentos, hasta que su hombre de confianza, Sisnando Davides, se le acercó y le pidió que se tranquilizase.

— Majestad, atacar ahora y atraeros a los reyes que son moderados –dijo Sisnando Davides.

— Todos los moros están en nuestra contra –comentó el arzobispo de Toledo.

— Sobre todo desde que vos llegasteis –dijo Sisnando Davides, frunciendo el ceño.

— ¿Cómo osáis hablar de esa forma al primado de España? –preguntó la reina, que hasta ese momento no se había inmiscuido en la conversación.

— Callad, estoy cansado de vuestras discusiones. Los almorávides se están acercando. Primero fue Granada, después Córdoba y ahora Sevilla. Dentro de un año estarán a las puertas de Toledo y dentro de dos a las de León. No estamos hablando razias de verano ni de un monarca lunático que ha decido pasar a la historia, estos almorávides son monjes soldado, no les importa morir por el Islam y matan por igual a reyes cristianos que moros –dijo el rey, mientras su puño golpeaba en la mesa. Su rostro enrojecido era la mejor muestra de su rabia.

— Por eso tenemos que llegar a un acuerdo cuanto antes con los reinos que aún no han sucumbido a su poder –dijo Sisnando Davides.

— Es absurdo perder el tiempo con esos cobardes, serán la excusa perfecta para los almorávides. Debemos enviar a una embajada para que pacte directamente con ellos –dijo el rey.

Todos le miraron sorprendidos. Muy pocos cristianos estarían dispuestos a llegar hasta el jefe de esos fanáticos para negociar. Para ellos no había leyes en la guerra y mucho menos las de unos infieles.

— ¿Quién puede hacer algo así? –preguntó el arzobispo.

— Hay un hombre de mi entera confianza, es musulmán pero lo conocí durante mi cautiverio en esta ciudad, su nombre es Abu al Qasim Maslama al Mayriti. Le propuse la misión hace unos días y aceptó, está en Toledo dispuesto a partir cuanto antes –

dijo el rey.

— Pero, tienen que ir cristianos con él, de otra manera no sabremos si nos traiciona –dijo la reina. No se fiaba de ningún súbdito musulmán.

— Ya lo sé mujer, Abu ha elegido a varios cristianos para que le acompañen –dijo el rey.

— ¿Son nobles? –preguntó el arzobispo.

— No he encontrado a ningún noble que se atreva a presentarse delante de su jefe Yusuf ibn Tasufin. Dicen que ese fanático ha matado a todos los cristianos que ha encontrado a su paso –dijo Sisnando Davides.

— Hoy mismo saldrá la embajada, espero que recibamos noticias al menos para antes del otoño –dijo el rey.

El arzobispo estaba contrariado, su orden no había contado con aquella eventualidad, pensaban que la reconquista se había consolidado y era cuestión de unos pocos años, pero esos malditos fanáticos lo estaban complicando todo. Necesitaba meter algunos de sus hombres de confianza para asegurarse de que los acuerdos no ponían en peligro su política de imposición del modelo romano y el fin de la tolerancia hacia musulmanes y judíos.

Cuando el arzobispo se retiró a su palacio, seguía dándole vueltas a la misma idea. Entonces pensó que el mejor candidato era el propio abad. ¿No era el abad el hombre que más conocía sobre los reinos taifas y las políticas musulmanes? Además el abad conocía algo de árabe y las costumbres musulmanas. Mando llamar al abad, que en las últimas semanas se había dedicado a registrar las bibliotecas de las mezquitas y a traducir algunos clásicos griegos y romanos que se encontraban en ellas. Cuando el abad llegó a su presencia, notó que no estaba de muy buen humor.

— Excelentísimo Señor Arzobispo, ¿en qué puede ayudarle este humilde siervo? –preguntó el abad, que aunque humilde en la letra, seguía siendo altivo en la música.

— Os necesito, no he encontrado hombre de más confianza que usted para una misión vital para la iglesia. Desde el papa León I, que paró a Atila a las mismas puertas de Roma... –dijo el arzobispo.

— Más bien a orillas del Po –puntualizó el abad.

El arzobispo frunció el ceño, odiaba la pedantería de aquel hombre y su falta de obediencia a sus superiores.

— Sin más rodeos, debéis acompañar a la embajada que enviará el rey Alfonso para parlamentar con Yusuf ibn Tasufin –dijo el arzobispo.

— Ese Yusuf es un asesino, nos degollará a todos –dijo el abad asustado.

— Os convertiréis en un mártir –ironizó el arzobispo.

— No puedo ir, soy demasiado mayor para realizar un viaje tan largo y repleto de peligros –se disculpó el abad.

— No se hable más, preparad todo, partiréis mañana por la mañana con Abu al Qasim Maslama al Mayriti –dijo el arzobispo.

Cuando el abad abandonó el palacio arzobispal su cabeza no dejaba de dar vueltas al asunto. Aquella era una misión suicida, cuyo único valor consistía en dilatar el ataque de los almorávides sobre el reino, pero que no frenaría la guerra. Las condiciones de esos salvajes serían la completa restauración del culto musulmán, la devolución de bienes y templos, algo que gente como el arzobispo, no estaba dispuesta a admitir. Por otro lado, los almorávides buscaban la recuperación de todos los territorios perdidos del Islam y el enfrentamiento era inevitable.

A la mañana siguiente la embajada salió de la ciudad de Toledo en dirección a Córdoba, desde allí debían llegar hasta Granada, donde Yusuf ibn Tasufin tenía instalado su cuartel general. Los caminos eran peligrosos y en cuanto pasaran las grandes montañas del sur, ya no encontrarían ejércitos cristianos.

El abad estaba angustiado, él era el único cristiano del medio centenar de personas que viajaban hacia el sur, si se exceptuaba a la veintena de soldados de la escolta, incluido su capitán, un inexperto joven llamado Alejandro. Aunque el abad desconocía, que entre los hombres de Abu había dos cristianos ocultos, uno de ellos un viejo conocido suyo, Santiago Buendía.

Abu había llamado a sus dos amigos, Serafín y Santiago, en cuanto el rey le había pedido que realizara la misión de negociación con los almorávides, sabía que si su misión era exitosa, el rey podría perdonar sus culpas y restaurar su honor. Al principio, Santiago se resistió un poco. No quería alejarse más de su familia, pero hacer un servicio al rey era la única manera de conseguir su libertad.

El abad viajaba en su amplia carroza, asediado por los mosquitos y el asfixiante calor que se había instalado en la Península al entrar el mes de junio. Cada día parecía más insoportable, pero cuando llegaron a Jaén, la temperatura era aún más calurosa. Santiago se había mantenido oculto de la mirada del abad, hasta que salieran de territorio cristiano, pero cuando llegaron a las sierras, un día se presentó en su tienda.

— Excelencia –dijo Santiago besando la mano del abad.

— Me parece que veo a un fantasma –dijo el abad muy serio. No esperaba volver a ver a aquel hombre

— En cierto modo lo veis –contestó el joven.

— ¿Cómo lograsteis escapar del conde? –preguntó el abad.

— Es una larga historia –dijo Santiago.

El abad se volvió a sentar en una silla y se echó un poco más de vino. Necesitaba algo que le calmara los nervios.

— Cuando me trajisteis aquella carta la noche en la que regresabais de Toledo, no se trataba de la concesión de unas tierras por vuestros servicios, realmente llevabais vuestra propia sentencia de muerte. El astuto conde no quiso hacer uso de ella en ese momento, prefería primero ganaros, para que vuestra esposa le sirviera. La primera noche que la vio quedo prendado de ella, incluso la invitó a la cena de gala en el alcázar.

— Comprendo –dijo Santiago.

El abad sudaba copiosamente y no dejaba de pasar por su frente un pañuelo blanco con sus iniciales grabadas.

— Al día siguiente, intenté hablar con el rey de vuestro caso, pero me di cuenta de que si lo hacía traicionaría al arzobispo y la causa de mi orden. No podía hacer nada por vos.

Santiago se sirvió algo de vino y se sentó junto al abad.

— Lo que no entiendo es porqué deseaba el arzobispo mi muerte.

— Para él erais únicamente un peón en el ajedrez de su guerra particular. Sabíais demasiado y podíais haberle confesado todo al rey, lo que pondría en peligro su posición. Por eso aquella noche os dije que todo era como una partida de ajedrez –dijo el abad.

— ¿Por qué no me advertisteis? Confiaba en vos –dijo Santiago, reprochándole su actitud al anciano.

— He de confesaros que no me atreví, el arzobispo es un hombre muy poderoso. Yo no puedo enfrentarme a él, pensé que usaría vuestros servicios, pero no que os desecharía después –dijo el abad.

— Yo me mantuve fiel a vos, al arzobispo y a la iglesia, pero los tres me traicionaron –dijo Santiago.

— En mi caso, yo os lo agradezco y os aseguro que Dios también –contestó el abad.

— ¿Creéis que el rey me perdonará si hago este servicio para él? –preguntó Santiago.

El abad se quedó pensativo. ¿Quién podía conocer las intenciones de un rey? Pero no quería contrariar más al joven y decidió no decirle la verdad.

— No lo sé, a veces los reyes son injustos, otras se muestran magnánimos. Lo que si puedo prometeros es que intercederé por vos si no contáis al rey lo que el arzobispo y yo hicimos a sus espaldas.

— Si me ayudáis, nunca le hablaré a nadie sobre ello.

Santiago se puso en pie. Aquel hombre era el mismo que había salvado la vida a su familia, para después permitir que le arruinaran la suya. Le hubiera podido matar allí mismo, no tenía nada que perder, pero eso no hubiera cambiando nada y hubiera cargado un cadáver más sobre su conciencia. Salió de la tienda sin decir palabra, con el convencimiento de que las cosas se solucionarían, pero el destino tenía marcado un camino distinto para él.

Capítulo 22

Año del Señor, 10 de julio de 1090

A pesar de las dificultades del viaje, Santiago se encontraba fascinado por las ciudades y gentes que conoció en aquel lejano Al-Ándalus, que muchos temían. En contra de lo que había escuchado en su niñez y juventud, los habitantes de aquellas tierras eran pacíficos, laboriosos y amistosos. Tras la llegada de la comitiva a Córdoba, los musulmanes les proporcionaron una escolta que les acompañó hasta Granada. En cierto modo era una manera de protegerles y controlarles al mismo tiempo. Santiago quedó prendado de la hermosura de algunas de las ciudades que visitaron, especialmente de Córdoba. Una de las mañanas visitó junto a Serafín la gran mezquita. Gracias a que los dos vestían a la manera morisca, no tuvieron ningún problema para entrar en el increíble edificio. El gran patio estaba repleto de naranjos, la multitud se movía con lentitud, asediada por un calor sofocante. Cuando Santiago y su amigo entraron en el edificio, percibieron un aroma a perfume, después una penumbra a la que tardaron un momento en acostumbrarse, para disfrutar por último de un frescor que no hubieran imaginado nunca dentro de un edificio. Caminaron descalzos por encima de las alfombras, mirando los arcos, las bellas ornamentaciones de letras árabes y el increíble espectáculo de miles de personas rezando al mismo tiempo.

Cuando salieron de nuevo al bochornoso ambiente de la calle, los dos tardaron un tiempo en reaccionar. El resto de la ciudad era igual de bella, con sus calles estrechas y frescas, repleta de fuentes y flores, perfumada con los aromas a jazmín y rosas, de los jardines interiores.

— Qué bella ciudad –dijo Santiago a su amigo.

— Una de las joyas de Al-Ándalus –dijo Serafín orgulloso. En el fondo seguía sintiéndose parte de esa cultura oriental, más que la cristiana traída del norte de la Península.

— Me ha sorprendido ver a tantos cristianos y judíos por la ciudad –dijo Santiago, que imaginaba que la persecución a las comunidades minoritarias era mucho más feroz en ese momento.

— Durante siglos las tres religiones han convivido con cierta tranquilidad, aunque todo eso está cambiando, los almorávides son muy radicales y no permitirán que esto continúe mucho tiempo –dijo Serafín.

Los dos hombres se aproximaron al río y vieron las norias que

utilizaban el agua para moler el trigo. Aquellas máquinas eran formidables, también el sistema de riego de las tierras y otras ideas que los musulmanes aplicaban a los campos.

— Será mejor que regresemos con la comitiva, mañana partiremos temprano para Granada –dijo Serafín.

Santiago estaba deseoso de conocer Granada, decían que era ciudad más hermosa de la Península.

La ciudad había provisto un pequeño palacio para alojar a la embajada de Alfonso VI. Durante los tres días que habían pasado en la ciudad, les habían agasajado con una exquisita comida, un servicio excelente y todo tipo de cuidados. El abad había recibido a algunos obispos, que no dejaban de expresar su preocupación por la persecución religiosa que se estaba desatando sobre los mozárabes, pero que también temían que la conquista cristiana terminara con sus tradiciones centenarias. El abad intentó tranquilizarles, aunque era consciente de que su cultura estaba abocada a desaparecer.

Abu al Qasim Maslama al Mayriti, por su parte, se reunía con las autoridades religiosas musulmanas y los gobernadores de los diferentes territorios. Quería averiguar hasta que punto estaban a favor de los almorávides o simplemente temían enfrentarse a ellos. Santiago y Serafín le acompañaban a la mayoría de las reuniones. Durante los primeros días, Santiago no entendía casi nada de lo que hablaban en árabe, pero gracias a la ayuda de su amigo, comenzó a estudiar el idioma y comprender la mayor parte de lo que dialogaban.

La última noche en Córdoba fueron recibidos por el gobernador de la ciudad. La taifa de Córdoba llevaba algunos años dominada por la de Sevilla, pero tras el ataque de Alfonso VI a la ciudad de Sevilla, por la negativa de ésta a pagar el dinero que le exigía el rey, los sevillanos habían pedido ayuda a los almorávides y ahora estaban bajo su dominio.

— Hoy es la última noche que estáis con nosotros, ha sido un honor recibir esta embajada de paz. Los embajadores de paz siempre son bien recibidos en esta ciudad –dijo el gobernador.

— Que Alá, el misericordioso sea contigo –dijo Abu.

— El buen rey Alfonso desea que nuestros pueblos vivan como lo han hecho durante siglos, en paz y armonía –dijo el abad en un correcto árabe.

— Ese es nuestro deseo también, aunque algunas cosas están cambiando. Para nosotros los cristianos son la gente del Libro, por eso siempre los hemos respetado. Aquí, en Al-Ándalus, todos somos hispanos, algunos seguimos a Alá y otros a Cristo, pero en Toledo y otros reinos no se respetan nuestras costumbres ni nuestros templos –comentó el gobernador.

Abu sonrió al gobernador, aquella era la vieja fórmula de cortesía para

hablar de las relaciones de los musulmanes con los cristianos, pero él era musulmán y sabía perfectamente que la cordialidad podía terminarse muy pronto, en cuanto los cristianos o los judíos pidieran más libertad o algún musulmán se convirtiera a una de las otras dos religiones.

— Nuestro deseo es parlamentar con Yusuf ibn Tašufin. ¿Le conocéis? –preguntó Abu.

— No ha estado en Córdoba, prefiere vivir en Granada. Imagino que no quiere separarse mucho de las costa, en ocasiones tiene que regresar a Marrakech, la capital del su imperio, para resolver algún asunto urgente –dijo el gobernador.

— Los hombres del otro lado del mar a veces no entienden la relación que tenemos los musulmanes con los cristianos en este lado. En los dos bandos está creciendo el fanatismo y eso no es bueno –dijo Abu.

— Creo que el problema es aún más sencillo –comentó el gobernador. Después siguió con su discurso-. Hasta hace años había un equilibrio, las fronteras estaban fijas y vivíamos en paz, pero los cristianos necesitan más dinero y ambicionan más tierras, por otro lado, nuestros gobiernos son cada vez más débiles y desde que desapareció el califato todo se ha complicado.

Santiago miraba al grupo con los ojos muy abiertos. Allí se estaba debatiendo el futuro de toda la Península. Ninguno de aquellos hombres tenía poder para cambiar las cosas, pero sí para influir en sus reyes y emires.

— La única manera para que Yusuf ibn Tašufin firme un acuerdo con el rey, es que se devuelva Toledo a los musulmanes y no se cobren más impuestos a los reinos de Al-Ándalus –dijo el gobernador.

— Eso es demasiado –dijo el abad.

— La paz debe ser el bien más preciado, todo lo demás no tiene tanta importancia. Hace diez años el rey Alfonso no poseía Toledo y su reino era próspero y feliz –dijo el gobernador.

— No podemos cambiar el destino –contestó el abad.

El gobernador sonrió al religioso e hizo un gesto para que les sirvieran el mejor vino de la zona, después mandó a unas bailarinas que les deleitasen con un sensual espectáculo, de esa manera el gobernador daba por zanjada la discusión. No dependían de él las decisiones del emir y quería que sus invitados se fueran con un buen sabor de boca.

Capítulo 23

Año del Señor, 12 de julio de 1090

Aquella mañana la villa entera había salido a la calle para ver pasar a la novia. Los rumores circulaban por todas partes, aquella joven casada que hacía unos meses había aparecido vestida como una campesina, cargada con dos hijos y un marido, estaba a punto de convertirse en la condesa de Astorga. Su marido había desaparecido tras ser acusado de asesinato y condenado a muerte, pero todo eso importaba muy poco al conde, que estaba deseando que se consumara el matrimonio. Aquellos meses de espera se le habían hecho interminables al conde, pero habían dado esperanzas a Ana de que en algún momento aparecería Santiago para llevarla con él. Marcos estaba muy nervioso con la boda. El conde había intentado ponerlos de su lado con todo tipo de regalos. Por eso, a Marcos le había comprado un caballo y le había hecho una armadura a su medida, prometiéndole que algún día sería un gran caballero. El niño no había logrado recuperar la movilidad total en la pierna, pero soñaba con convertirse en un gran guerrero.

La llegada de María, en avanzado estado de gestación, y el retraso en llegar la anulación matrimonial del arzobispo, habían postergado la boda, pero aquel era el día en el que Ana pasaría a ser la condesa de Astorga.

Mientras la mujer se observaba en un pequeño espejo que el conde le había regalado, María intentaba calmar a su bebé, mientras dos de las sirvientas del conde terminaban de vestir a la novia.

— ¿No piensas que es muy llorón? –preguntó María.

— Los recién nacidos siempre están llorando, puede que no tengas suficiente leche –le dijo Ana.

María miró al niño, sus rasgos le recordaban demasiado al hombre que la había violado, pero intentaba quitar esos pensamientos de su cabeza. El niño no tenía la culpa de que su padre fuera un maldito bastardo y un asesino.

— Deja de pensar en ello –le dijo Ana, al ver la mirada perdida de su hermana.

— Tienes razón, hoy es un día para celebrar no para lamentarse del pasado –dijo María, sonriente y terminando de acicalar a su hermana.

Ana frunció los labios y contuvo las lágrimas. Después pidió a las criadas que salieran del aposento y se sentó en su lecho.

— No puedo dejar de pensar en Santiago. Nos conocíamos desde niños, es el padre de mi hijo y continua siendo mi esposo, aunque un arzobispo diga lo contrario.

— Santiago es un fugitivo, cuando lo encuentren lo ahorcarán y tu serás la viuda de un asesino. Entonces, ¿qué sucederá con Marcos? Debes sacrificarte por él. Mira mi niño, su padre es peor que un diablo, pero debo quererle a pesar de todo –dijo María, tomando el bebé de la cuna.

— Lo cierto es que el conde hasta ahora se ha comportado como un caballero. Atento y respetuoso, ha consentido en esperar a que la ceremonia concluya antes de poseerme, pero no puedo dejar de pensar en Santiago –comentó Ana.

— Con el tiempo te olvidarás. Sabes que nuestros padre me casaron con un hombre mayor que yo al que no amaba, encima no era precisamente un noble, pero llegué a tenerle cariño y lamento mucho su muerte –dijo María.

Ana se puso en pie, se estiró el vestido y pensó que al fin y al cabo, el destino le brindaba una vida mejor que la que había tenido hasta ese momento. Su pelo rubio recogido en un moño, adornado con una redecilla, jalonada con perlas, el vestido color plata, arreglado con piedras preciosas y los zapatos de piel, le daban el aspecto de una princesa. Ahora vivía en el lujo y no tenía que preocuparse del futuro, su hijo sería el heredero de un conde y su hermana criaría a su bebé sin problemas.

— Será mejor que disfrutemos del día –dijo Ana. Miró por la ventana del palacio y contempló a la multitud que se agolpaba en la calles. Todos estaban allí para verla desfilar con aquel hermoso vestido traído de Milán.

Cuando la novia y su hermana descendieron por la escalera del alcázar, Marcos frunció el ceño. Había mantenido la esperanza de que su madre en el último momento se echara atrás.

— ¿Estoy guapa? hijo mío – preguntó Ana levantando los brazos.

— Siempre estáis muy bella –dijo Marcos sin esconder su mal humor.

— Vos seréis mi padrino y me llevaréis hasta el altar, ya estáis hecho todo un hombre –dijo Ana.

La mujer se agarró del brazo de su hijo y salió a la calle. En la puerta les esperaba un hermoso carruaje descubierto. Uno de los soldados le abrió la puerta y María le ayudó a acomodar el vestido.

Cuando la carroza, con sus dos hermosos caballos blancos, se puso en marcha, el pueblo comenzó a ovacionar a la futura condesa. A pesar de ser una plebeya, en cierto sentido representaba a todos aquellos campesinos pobres, que no podían ni soñar con una vida como la suya.

Cuando la carroza se paró frente a la iglesia de Santa María, los soldados abrieron un pasillo para que entrara la novia. Mientras Ana caminaba del brazo de su hijo, dos de las criadas sujetaban la cola del vestido. Dos niñas les precedían, lanzando flores a su paso, hasta llegar a la puerta de la iglesia. Cuando entraron en el templo, las miradas de todos los invitados se volvieron hacia ella. Los nobles y comerciantes de la villa no estaban tan conformes con que el conde su fuera a casar con una campesina, pero ella ya se encargaría de seducirles con sus encantos.
El conde la esperaba junto al altar. El arzobispo estaba a su lado, pero cuando la novia entró, subió un par de escalones, justo enfrente del pasillo, preparado para oficiar la ceremonia. Cuando Ana caminó los últimos pasos antes de llegar al altar, notó como las piernas le temblaban. Sentía como si estuviera traicionando la memoria de Santiago, los dos se habían amado profundamente y habían luchado por su familia. Ahora ella estaba a punto de unirse para siempre con el hombre que había acusado a su esposo de asesinato.
Cuando Ana llegó hasta el altar, Marcos la dejó al lado del conde y se retiró a uno de los bancos. El arzobispo pidió a todo el mundo que se sentara y comenzó con la ceremonia.

— Es un honor que esta villa de Magerit y esta Iglesia de Santa María sean testigos del enlace del conde de Astorga, representante del rey en estas tierras conquistadas a los infieles. Este templo fue hasta hace poco tiempo, mezquita musulmana, pero hoy estamos aquí para casar cristianamente al conde de Astorga y a Ana de Ribota.

Mientras el arzobispo continuaba con la ceremonia, la mente de Marcos no dejaba de dar vueltas. No comprendía porque su madre había aceptado casarse con aquel hombre. Podía ser rico y poderoso, pero nunca se convertiría en su padre. Marcos tenía ganas de huir de allí, pero de nada le serviría, el conde podía encontrarle y traerle de nuevo de vuelta. El joven había ido en varias ocasiones al arrabal en el que se hacinaban los moros, pero no había vuelto a ver a su padre. En uno de aquellos viajes fuera de la muralla se había encontrado con Pablo, el hijo de Serafín y había comenzado una amistad entre ellos. Pablo le había confesado que su padre estaba a salvo y no tardaría en regresar, pero los meses habían pasado y su padre no había aparecido.
Cuando el arzobispo terminó la ceremonia. Los novios se dirigieron al alcázar, allí se había preparado un fabuloso banquete, aun más exquisito que el preparado para el rey meses antes. El conde no había escatimado nada. Al fin y al cabo, el dinero provenía de sus robos, hurtos y extorsiones.
Los doscientos invitados se sentaron en las cuatro largas mesas y recibieron el agasajo del conde, que además de ofrecerles una comida

exquisita y el mejor vino de la región, les deleitó con diferentes espectáculos. Para la fiesta se habían sacrificado sesenta corderos, dos vacas, varias docenas de faisanes y gansos, se habían horneado más de cien panes de trigo y se había escogido al mejor panadero de la villa para que hiciera unos exquisitos dulces.

Marcos estaba sentado junto a su madre. María, al lado de su cuñado el conde y junto a ellos las autoridades de la ciudad, los nobles y religiosos. Todos admiraban la belleza de Ana, su porte noble y su piel blanca, que le hacían parecer una verdadera princesa. Al poco rato, la conversación se centró en la situación del reino y la amenaza árabe.

— Los almorávides no se contentarán con un acuerdo –dijo el arzobispo.

— Eso es cierto, pero al menos ganaremos un poco de tiempo –dijo el conde.

— ¿Tiempo para qué? No creo que el rey esté preparando un ataque. Ahora es el momento de luchar contra esos infieles y lanzarlos al mar, para que nunca más regresen –dijo el arzobispo.

— Eso no es tan sencillo –dijo un noble caballero llamado José, capitán de la guardia del alcázar.

— Ya imagino que no es fácil reunir el dinero y los hombres para derrotar a guerreros tan fieros, pero ¿qué mensaje entendió el emir de Sevilla? ¿No fue la fuerza de las armas cristianas? –preguntó el arzobispo.

— Aquello también produjo la llamada de socorro a los almorávides –dijo el capitán.

El arzobispo frunció el ceño, aquel impetuoso joven opinaba como si se tratara de un gran duque, pero era poco más que un plebeyo.

— El rey tiene un plan. Lo que sucede es que su mejor general el Cid, está intentando controlar una rebelión en Valencia, pero en cuento sus fuerzas regresen, atacará de nuevo Sevilla y ya no parará hasta llegar a Granada –dijo el conde.

— Caballeros, porque no hablan de algo más alegre en un día como éste –dijo Ana.

— Tenéis razón –comentó el arzobispo-. los hombre solamente pensamos en guerras y luchas, pero la vida es mucho más que eso.

— Gracias Excelencia –dijo Ana, después de dedicar una sonrisa al franco.

— Lo cierto es que esta villa está cada día más hermosa y no solo por las flores silvestres que nacen entre estos muros, muchos nobles y conventos se están instalando en la villa, dentro de poco tendremos que trasladar el arzobispado a Magerit –dijo el arzobispo.

— El rey ama esta villa y quiere convertirla en residencia real, en la primavera y el otoño la caza abunda y el clima es muy benigno –dijo el conde complacido.

— Eso es cierto, hoy hace un día extremadamente caluroso –dijo el arzobispo.

María miró el rostro aburrido de su sobrino y le animó a que bailase con ella. La comida había terminado, pero ahora muchos invitados bailaban en la zona central de la sala. El conde se giró hacia su esposa y le dijo:

— ¿Deseáis que bailemos?

— No, estoy algo cansada. Preferiría retirarme pronto a nuestras habitaciones.

Aquella invitación animó al conde a dejar en ese mismo momento la fiesta, pero debía atender a sus invitados un poco más.

— Será mejor que aguantemos un poco más, algunos invitados han estado varios días de viaje para llegar a tiempo.

Ana asintió con la cabeza y decidió beber algo más de vino, prefería perder en parte el conocimiento, aquella noche podría llegar a ser muy larga y tenía que estar preparada.

Cuando los invitados comenzaron a irse, el conde se disculpó ante sus invitados y fue con su esposa a sus aposentos. Ardía en deseos, llevaba meses anhelando ese momento. Nunca había cometido tantas locuras por una mujer. Cuando llegaron a las habitaciones, el conde se refrescó un poco en su cuarto y se puso ropa de cama. Cuando abrió la puerta que comunicaba las dos estancias entró con sigilo y se sentó al borde de la cama. Después esperó con impaciencia. Ana apareció de un lado oscuro del cuarto vestida con una vaporosa camisa de lino blanco. La luz de las velas insinuaba sus magníficas formas. El conde la miraba extasiado, mientras ella se acercaba lentamente. Cuando se detuvo ante él, el conde la miró a los ojos y se levantó de la cama.

— Cuanto he anhelado este momento –dijo el conde. Después la puso violentamente sobre la cama, la colocó a cuatro patas y la penetró impetuosamente. Ana no sabía que su vida estaba a punto de convertirse en un infierno para siempre.

Capítulo 24

Año del Señor, 13 de julio de 1090

María había heredado todas las tierras de su hermana y su casa. Era uno de los regalos que Ana había querido hacerle, pero necesitaba casarse para administrar su herencia. Las mujeres no podían comprar, vender o negociar, tenían prohibido contratar a hombres o disponer libremente de su patrimonio. El conde no quería perder el control sobre aquellas tierras tan valiosas ni el control de la casa que había regalado a su esposa, por eso concertó una boda al día siguiente con un viejo amigo suyo, el conde de Somosierra, un hombre mayor, que había enviudado recientemente. El conde de Somosierra no tenía muchas propiedades y llevaba años cuidando las tierras del señorío de Astorga, pero el conde ahora le necesitaba más cerca. Aquellas nuevas tierras conquistadas eran una verdadera mina de oro para él.

Cuando María conoció en la boda de su hermana al que iba a convertirse en su esposo, sintió verdadera repulsión, pero sabía que no le quedaba más remedio. Aquella mañana, cuando María vio a su hermana llegar a su casa, advirtió enseguida que algo había pasado en la noche de bodas.

— ¿Qué te sucede, hermana?

— Mejor será que hablemos de otra cosa –respondió Ana, mientras ayudaba a su hermana a vestirse.

— No fue bien en la noche de bodas con el conde –dijo María.

Ana comenzó a llorar y su hermana la abrazó. María no quería pensar en la noche que le esperaba a ella, pero ese era el precio que tenían que pagar por salir de la pobreza.

— No había pasado una noche más terrible desde lo que me sucedió con aquellos moros. Yo aparecí con una camisa medio transparente y el conde se limitó a darme la vuelta y penetrarme violentamente, como si fuera un animal rabioso. Por si eso fuera poco, lo hizo tres veces por la noche –dijo Ana.

— Lo siento, hermana. Imagino que cuando la novedad cese, comenzará a sosegarse.

— Después me azotó con una fusta hasta dejarme la piel en carne viva. Ese hombre está loco o es un salvaje –dijo Ana.

— Cálmate. Tienes que ganarte su confianza y demostrarle que puede disfrutar de otra forma, ya sabes –dijo María.

— ¿Pensáis que se calmará de esa forma?

— Los hombres son como niños, únicamente buscan su placer. Vos debéis dárselo antes de que se encuentre encabritado y busque la excitación por esos caminos equivocados –dijo María.

Ana dejó de llorar y se puso en pie.

— Será mejor que nos olvidemos de eso. Dentro de una hora serás condesa, como yo. No creo que tu jamelgo viejo, te dé tantos disgustos como el mío –bromeó Ana.

La boda de María fue mucho más somera. Una celebración rápida, una comida frugal entre medio centenar de personas y después un paseo en carroza por la villa, antes de llegar a la casa de María.

En cuanto María se quedó a solas con su nuevo esposo. Le desvistió con rapidez, le lavó, pues desprendía un desagradable olor a sudor. Después le tumbó en la cama y se subió a horcajadas sobre él, agotando en un momento al hombre, que se quedó dormido unos minutos más tarde. María escuchó el llanto de su bebé y se levantó para que ver qué le sucedía. Una de las criadas se ocupaba ahora de su cuidado, pero ella seguía manteniendo el fino oído de una madre. Cuando abrazó al niño y se sentó en una de las sillas, intentó imaginar su vida en León, pero lo único que logró recordar fue el horrible episodio de su violación. No debía volver a mirar nunca hacia atrás. Ahora Ana y ella debían ser fuertes y pensar en el futuro, nada importaba que tuvieran que darse en sacrificio por sus hijos, algún día la vida les compensaría tales sacrificios.

Capítulo 25

Año del Señor, 15 de julio de 1090

La ciudad estaba situada sobre dos colinas, era hermosa, pero no tanto como Córdoba, parecía la capital de un pequeño reino más preocupado en la belleza que en la grandiosidad. El alcázar de una de las colinas era la residencia de Yusuf ibn Tašufin. La comitiva comenzó a ascender por los hermosos bosques que rodeaban al castillo. El sonido de los pájaros y el frescor del pequeño bosquecillo, contrastaba con el calor que les había acompañado durante la mayor parte de su viaje. La fortaleza estaba fuertemente custodiada y lo que más le sorprendió a Santiago al atravesar las puertas fue el rostro fiero de los almorávides. Sus rasgos fuertes, la piel oscura, los ojos negros y las barbas largas y enmarañadas, les daban un aspecto feroz.

El patio del alcázar estaba custodiado por guardias, parecía más una emboscada que el recibimiento a un ejército extranjero. Ninguno de los generales de Yusuf ibn Tašufin salió a recibirles, como si les quisieran demostrar que a ellos no les importaban los deseos de paz del rey Alfonso, ya le habían vencido una vez cuatro años antes y, de no haber muerto inoportunamente el hijo de Yusuf ibn Tašufin, habrían arrasado a los cristianos y los habrían devuelto a las salvajes montañas de las que procedían.

El abad, Abu, Serafín y Santiago entraron en el edificio principal escoltados, mientras que sus hombres se quedaban afuera. Santiago notaba como su estómago se revolvía por momentos. Por un segundo se le pasó la posibilidad de no salir con vida del alcázar. Aquellos guerreros no creían en las reglas de la guerra, lo único que deseaban era exterminarlos por completo.

Cuando los soldados les hicieron entrar en una hermosa sala ricamente ornamentada con textos del Corán, el grupo comenzó a tranquilizarse un poco. Les invitaron a sentarse en unos cojines, tomar unos dátiles y olivas, con un poco de agua fresca.

Cuando Yusuf ibn Tašufin entró en la sala, todos se pusieron en pie, hasta el viejo abad. Yusuf les saludó levemente con una inclinación de cabeza y se sentó junto a dos de sus generales. Tomó algunas viandas y tras unos minutos de silencio, comentó algo al oído de uno de sus hombres.

— Yusuf ibn Tašufin os da la bienvenida a Granada, a pesar de estar en guerra, los buenos musulmanes tienen que agasajar a sus invitados.

— Decid a Yusuf ibn Tašufin, que le estamos muy agradecidos por recibirnos –dijo Abu.

El general se inclinó hacia delante y sonriendo les dijo:

— Mi señor conoce perfectamente vuestro idioma, pero nunca habla directamente con cristianos –les explicó el general.

— Entiendo –dijo el abad frunciendo el ceño.

La rigurosa secta de los almorávides quería mantenerse pura frente a los musulmanes que se habían convertido en amigos de los cristianos, dando en matrimonio a sus hijas con reyes infieles y mezclando su sangre.

— Que Alá sea contigo y te conceda la paz –dijo Abu.

— Estimado maestro, conozco vuestro trabajo y os admiro –dijo Yusuf en árabe.

— Gracias emir de los creyentes –dijo Abu.

— Algunos piensan que somos salvajes, porque queremos la pureza del Islam, pero no lo somos. Lo que no deseamos es que las costumbres y creencias cristianas nos contaminen. Cuando llegué a esta tierra por la petición de muchos reyes musulmanes, no imaginaba la corrupción en la que vivían. Musulmanes borrachos, con esposas cristianas, que permitían el culto a las imágenes. Todo eso es aborrecido a los ojos de Alá –dijo Yusuf.

Abu miró a Yusuf por primera vez a los ojos. Le sorprendió el color verde intenso de su mirada, pero sobre todo la inteligencia que desprendían sus pupilas. Aquel no era el hombre salvaje que había imaginado, podría ser fanático, pero no era ignorante.

— Emir Yusuf, entiendo vuestra ira. El Islam es un bella flor que si no se cuida se convierte en una planta salvaje, pero os aseguro que todavía quedan fieles creyentes en esta bella tierra. Aquí hemos convivido con los cristianos durante siglos. ¿Cómo se puede arrancar un árbol de su sitio sin llevar sus raíces? El Islam tienes raíces profundas, unidas al tronco de la historia, pero entre esas raíces esta la vida de muchos cristianos, que son hermanos nuestros y forman parte de ese tronco común –dijo Abu, con un tono de voz suave y amistosa.

— Conozco el Corán, sé que los cristianos son las gentes del Libro, amamos a su profeta Jesús, pero eso no significa que debamos contaminarnos con sus falsas doctrinas y su conducta perversa. Si el mismo tronco alberga a cristianos y musulmanes, arrancaremos el árbol, lo quemaremos y pondremos otro en su lugar –dijo Yusuf, mientras fruncía el ceño. Aquel hombre no estaba acostumbrado a que le llevaran la contraria.

— En la tierra de la que venís, ¿no hay costumbres que vienen de

vuestros antepasados? –preguntó Abu.

— No, yo mismo me he encargado de eliminar las antiguas supersticiones y volver a la pureza del Profeta –dijo Yusuf.

Santiago sentía como el corazón se le aceleraba. El emir parecía más furioso cada vez y ni la sabiduría de Abu podría persuadirle de sus errores.

— Debemos amar, amar al prójimo –dijo Abu.

— ¿Amar al prójimo? ¿En qué parte del Corán dice eso? –preguntó Yusuf.

— Lo dijo el profeta Jesús –comentó Abu.

— Mi profeta Mahoma dice que amemos a lo creyentes, pero que odiemos a los que no creen. Esos infieles no merecen la vida, al menos como hombre libres. Hemos llegado a estas tierras para que se vuelva a cumplir la ley de Alá y no cejaremos en nuestro empeño hasta conseguirlo –dijo Yusuf.

Un silencio invadió toda la estancia. Nadie se atrevía a continuar la conversación, pero el abad sabía que debían ganar tiempo, por eso con voz temblorosa comenzó a decir:

— Mi señor el rey Alfonso, quiere ser vuestro hermano. Se compromete a respetar la fe de los musulmanes que vivan en su reino, no convertirá sus lugares sagrados en iglesias no grabará con impuestos excesivos a los musulmanes –dijo el abad.

Yusuf habló furioso al oído de su general.

— ¿Cómo osáis hablarme directamente? El rey Alfonso es un mentiroso. En Toledo se han cerrado muchas mezquitas y los musulmanes están siendo obligados a convertirse o emigrar hacia Al-Ándalus –dijo el general.

— Pero eso va a cambiar, si firmáis el acuerdo… -dijo el abad sacando un documento.

Yusuf se puso en pie, tomó el acuerdo y lo rompió en las narices del abad.

— Decid a Alfonso, que se prepare para la guerra. Dentro de poco estaré durmiendo en su palacio de León y convertiré sus iglesias en mezquitas.

Yusuf se fue de la sala y todos se quedaron petrificados. Pensaban que en ese mismo momento les asesinarían, sin dejarles regresar a casa, pero los guardas les sacaron del alcázar y les acompañaron hasta un pequeño palacio cercano, para que descansaran. Al día siguiente debían volver a Toledo, si no estaban fuera de sus territorios antes de un mes. No dudarían en matarlos a todos.

Capítulo 26

Año del Señor, 15 de julio de 1090

La comitiva no durmió aquella noche. El único que descansó fue Abu, él sabía que no tenía nada que temer, pero el resto presagiaba que el emir cumpliera sus amenazas. Cuando Santiago y Serafín vieron despuntar el sol desde la azotea del palacete, no pudieron por menos que admirar la hermosa vista de bosques entrelazados con casas blancas y caminos empedrados de aquella villa. Granada era una ciudad limpia, cuidada y hermosa, como una gema recién pulida. Serafín miró hacia abajo y vio alguna figuras que se movían rápidamente entre las sombras de la calle.

— Es el abad, nos deja –comentó Serafín mientras señalaba con el dedo la carroza y la escolta de soldados cristianos.

— Maldito cobarde –dijo Santiago, pero antes de que pudieran ira a avisar a Abu, un grupo de soldados del emir salieron de entre los árboles y comenzaron a atacar al abad y sus hombres.

Santiago tomó su espada y comenzó a correr escaleras abajo, Serafín se fue detrás de él gritando, pero el joven no le hacía caso.

— ¡Santiago, te matarán, el abad ya es hombre muerto, además pensaba traicionarnos!

Justo cuando el joven estaba acercándose a la puerta del palacete, salió a su encuentro Abu. Le detuvo con la mano y cerró la puerta con un portazo.

— No lo hagáis, el abad ha elegido su destino, nosotros debemos elegir el nuestro. El emir no me matará, puede que me tome por prisionero, para él soy un apóstata, pero no se atreverá a matarme. Los hombres de Yusuf no saben que Serafín y tú sois cristianos. Les diré que sois mis esclavos y os dejarán vivir. Cuando Yusuf vaya a luchar al norte, nosotros podremos escapar –dijo Abu.

Santiago se quedó pensativo, llevaba la espada en la mano, pero bajó el brazo y comenzó a llorar como un niño. Convertirse en prisionero del más cruel de los emires no era el problema, lo que no podía soportar era no volver a ver a Marcos y su esposa Ana.

Serafín llegó hasta ellos totalmente agotado por la carrera, se dobló hacia delante e intentó tomar algo de aire.

— Casi matas a este pobre viejo –se quejó Serafín.

— Será mejor que nos encerremos en nuestros aposentos y

esperemos noticias del emir –dijo Abu.

Estuvieron todo el día encerrados, los criados del palacio les llevaron comida y bebida, pero la espera se les hacía insoportable. Por la tarde, cuando el calor comenzó a bajar, el emir mandó llamar a Abu.

— Será mejor que vengáis conmigo. No habléis, no levantéis la vista, convertiros en invisibles, para que el emir no se fije en vosotros –les advirtió el musulmán.

Un carruaje fue a recogerles una hora más tarde. Una escolta de una veintena de hombres les vigilaba y cuando llegaron al alcázar, al menos diez de ellos les acompañaron hasta la sala de recepciones. Los guardianes los desarmaron y les pidieron que se sentasen a esperar.

Cuando apareció el emir con sus dos generales, Serafín y Santiago echaron a temblar, aunque en esta ocasión Yusuf parecía de mejor humor.

— Saludos maestro Abu, que Alá te guarde –dijo Yusuf.

— Lo mismo os digo, emir de los creyentes –contestó Abu.

— El cristiano que os acompañaba murió esta mañana en una refriega, intentó huir sin informarnos de su partida y lo tomamos como un acto de rebeldía, nos alegramos que no le acompañara en su desvarío –dijo el emir.

— Yo estoy sometido a vos, no puedo actuar fuera de los preceptos del Corán –dijo Abu muy serio.

— Siempre me han interesado sus estudios de matemáticas y astronomía –le replicó el emir.

— Me siento halagado por sus palabras –dijo Abu.

— Hace unos meses, cuando mis hombres fueron a Córdoba capturaron a una hermosa dama que creo que conocéis, esa fue la verdadera razón por la que aceptasteis la misión del rey Alfonso. ¿No es cierto?

Abu no contestó, sabía que la pregunta era una trampa y fuera cual fuera su respuesta, el emir la utilizaría para humillarle.

— Fátima esta aquí, en mi palacio. Es una de las mujeres más brillantes que he conocido, nunca pensé que una mujer fuera tan bella e inteligente al mismo tiempo –dijo el emir.

— Os agradezco que la hayáis cuidado –dijo Abu, con la vista baja.

— Conocía vuestro descontento con la política de la reina y el arzobispo de Toledo, sabía que os habíais refugiado en Magerit, por eso la única explicación que encontré a vuestro apoyo a los cristianos fue la esperanza de hallar a vuestra hija con vida. Si deseáis volver a verla, tendréis que poneros a nuestro servicio. Necesitamos planos detallados del reino de Toledo, la capital y Magerit y que hagáis los dibujos de

algunas máquinas de guerra. ¿Me imagino que su ciencia podrá ponerse al servicio de Alá?

— Mi ciencia siempre ha estado al servicio de Alá –dijo Abu, frunciendo el ceño.

— Hacerla pasar –dijo Yusuf.

Una hermosa mujer de unos veinticinco años entró en la sala custodiada por dos soldados. Tenía un velo cubriendo su pelo y rostro, pero sus hermosas facciones, su rostro ovalado y sus grades ojos negros deslumbraron a todos los presentes.

— Padre –dijo Fátima lanzándose a los brazos de Abu.

Los dos se fundieron en un abrazo y comenzaron a llorar. Yusuf sonrió, sabía encontrar el punto débil de cada hombre y eso le hacía inmensamente poderoso.

— Puede irse con vos, toda la ciudad es su cárcel. Si intentan escapar, correrán la misma suerte que el abad –dijo Yusuf amenazante.

El emir salió de la sala y ellos se pusieron en pie. Mientras caminaban hacia fuera del alcázar, suspiraban de alivio. Al menos pasarían un día más con vida. Abu parecía totalmente embriagado de alegría, mientras que sus amigos Santiago y Serafín caminaban con resignación detrás de él. Cuando llegaron al palacio, pidieron a los criados que les hicieran la cena, mientras se retiraban durante un momento a descansar a sus habitaciones.

Una hora más tarde, todos estaban reunidos alrededor de una mesa. Abu y su hija charlaban animadamente, cuando se incorporaron Santiago y Serafín. Mientras los criados servían la cena, Abu no dejó de hacerle preguntas a su hija.

— ¿Por qué te tomaron prisionera? –preguntó Abu.

— Estaba en Córdoba dando clases en la academia, cuando esos salvajes entraron y comenzaron a destruir todos los libros. Cuando me opuse a ellos me dijeron que una mujer no podía enseñar a hombres. Uno de los soldados sacó una espada para matarme, pero uno de mis alumnos les advirtió que era hija tuya y que todo Al- Ándalus se rebelaría ante crimen tan vil. Por eso me tomaron prisionera y aquí llevo encerrada más de un año –dijo Fátima, mientras no dejaba de tocar las manos de su padre.

— Estos son mis amigos Serafín y Santiago –dijo Abu presentando a los dos cristianos.

— Que Alá os de paz –dijo Fátima.

— Gracias –dijo Serafín.

— Todos somos prisioneros del emir, pero Alá es el que tiene la última palabra, si es su voluntad liberarnos, Él nos ayudará a hacerlo.

La velada fue muy agradable, antes de media noche, cuando el fresco se dejaba notar en el patio, Abu se fue a sus habitaciones. Serafín también se fue a la cama, pero Santiago prefirió subir a la azotea para disfrutar del cielo estrellado. Unos minutos más tarde, Fátima apareció en la azotea y Santiago no supo qué hacer, no sabía cual era el tratamiento habitual con una dama musulmana.

— Os dejo a solas –comentó Santiago acercándose a la escalera.

— No, por favor, prefiero estar acompañada. He pasado muchos meses encerrada en el alcázar sin ver ni hablar con nadie –dijo Fátima.

— Al menos os encontráis bien –comentó Santiago.

— El emir se portó como un buen musulmán, aunque a veces venía a mis habitaciones para intentar convencerme de que una mujer no debe enseñar a hombres, porque según él somos una creación inferior –dijo Fátima.

— Me temo que en la zona cristiana, la opinión sobre las mujeres no es mucho mejor –dijo Santiago.

— ¿Qué pensáis vos?

Santiago se quedó pensativo. Nunca se había hecho esa pregunta. Amaba a Ana, pero no solía hablar con ella de ciertos temas, tal vez dando por hecho que a ella no le interesaban.

— No lo sé. Hasta hace poco yo era un pobre ignorante. Ahora se leer en latín y hablar algo de árabe, no es que sea mucho, pero al menos puedo aprender más –dijo Santiago.

— Muchos hombres no saben ninguna de esas dos cosas. Os felicito. Lo cierto es que soy una afortunada, por haber tenido un padre como el mío. Él me enseñó como si fuera un hombre, nunca me trató como una niña tonta. Aunque sé que la mayoría de los hombres no estarían de acuerdo con su forma de pensar.

— Tampoco estarían muy contentos con que un simple campesino sepa leer y escribir –dijo Santiago.

Los dos se rieron y los blancos dientes de la joven brillaron a la luz de la luna. Era tan bella, que en algunos momentos Santiago pensó que se trataba de un sueño.

— ¿Cómo es que no estáis casada? –preguntó Santiago.

— No hay muchos hombres que quieran casarse con una mujer que enseña matemáticas a otros hombres. Uno de los grandes defectos de los varones son sus celos absurdos –dijo la joven.

— Es cierto, no es fácil para un hombre soportar eso, sobre todo por el qué dirán los demás –comentó Santiago.

Los dos jóvenes hablaron sin parar, hasta que Fátima observó a lo lejos la claridad que anunciaba la aurora.

— Esta amaneciendo –dijo la joven.

— No es posible –comentó Santiago dándose la vuelta.

— Creo que nos hemos pasado toda la noche hablando.

Santiago miró el bello rostro de la joven iluminado por los primeros rayos del sol y la besó. Ella no se apartó, simplemente se dejó llevar. Cuando se separaron después de un largo beso, simplemente le miró a los ojos y dijo:

— ¿Por qué me habéis besado?

— He besado a un ángel, no sé si dentro de unas horas seréis real o no, pero ¿cómo podía no besaros? ¿Acaso no besa el cielo al mar y le tinta de su azul brillante?, ¿puede el viento soplar sin que las hojas se batan? Tampoco un hombre puede ver tanta belleza sin anhelar robar un poco de jugo de esos labios ardientes.

Fátima se giró de nuevo y fue ella la que le besó entonces. Los dos se fundieron durante un rato, hasta que el sol brilló con fuerza. Cuando se separaron, el corazón les latía con fuerza. Santiago se sentía culpable por traicionar a Ana, pero nunca había sentido eso antes por una mujer. Fátima temía que su padre se enojara, sobre todo en una situación tan peligrosa como aquella, pero cuando el amor prende en dos almas gemelas, no hay nada que pueda apartarlas.

Mientras descendían por las escaleras agarrados de las manos, les parecía flotar sobre las baldosas de barro, como si no tocaran el suelo. Eran libres a pesar de estar en una cárcel de barrotes de oro, rodeados de cadenas.

Capítulo 27

Año del Señor, 25 de julio de 1090

Cada mañana, Santiago salía del palacio y paseaba con Fátima charlando sobre cualquier tema. Desde las diferencias entre cristianos y musulmanes, hasta el origen del mundo o la historia de Hispania. El paseo siempre terminaba de la misma manera, sentados frente a un pequeño estanque cerca de el alcázar, con las manos entrelazadas y besándose apasionadamente.

El resto del día lo dedicaban al estudio, en ocasiones Santiago salía al mercado y compraba algunos caprichos para Abu. Apenas se relacionaba con cristianos, no quería poner en peligro su situación en Granada. Los días corrían veloces y aquella dorada cárcel, en cierto sentido, comenzaba a convertirse en un paraíso. Naturalmente, en la ciudad también había pobreza y conflictos entre comunidades. Los cristianos recibían amenazas y presiones para su conversión, pero la mayoría estaba acostumbrada a resistir, sus comunidades lo habían hecho durante cientos de años.

Serafín no disfrutaba de su estancia a en la ciudad. Él no tenía un alma gemela con la que compartir su tiempo y tampoco estaba especialmente interesado en el estudio. Se dedicó a reparar el palacio y cuando ya no hubo nada que arreglar, comenzó a fabricar pequeñas figuras o a hacer maquetas para las máquinas que inventaba Abu.

En las comidas, los cuatro se reunían y compartían lo que habían hecho en el día o charlaban sobre problemas de la ciudad.

Los almorávides no parecían tener mucha prisa en atacar a los cristianos y ese era uno de los temas más recurrentes en sus conversaciones.

- — Este año no atacarán Castilla, están muy entretenidos luchando con el Cid en Valencia y tienen problema en Badajoz –dijo Abu.
- — Yusuf es un hombre paciente, no quiere atacar al rey Alfonso en sus dominios mejor controlados. La toma de Toledo es simbólica, pero el emir sabe que necesitaría un ejército que en este momento no puede reunir, para derrotar a los castellanos –dijo Fátima.
- — Lo cierto es que no podemos permanecer aquí más tiempo. Nuestra cabeza tiene precio y en cualquier momento, ese fanático nos la puede cortar –se quejó Serafín.
- — Es imposible escapar –comentó Abu-. Aunque parezca que no

estamos vigilados, lo estamos muy estrechamente.

Yusuf mantenía a varios espías entre los sirvientes del palacio y conocía perfectamente los movimientos de cada uno de sus prisioneros. Cualquier paso en falso hubiera sido mortal.

— Pues me marcharé yo solo –dijo Serafín.

— Eso nos pondría a todos en peligro –dijo Santiago frunciendo el ceño. Mientras estuviera en Granada no tendría que acordarse de su pasado en Magerit.

— Entiendo que ahora no quieras volver, pero mi hijo está solo en Magerit. No sé cómo le estará tratando el conde y no puedo quedarme de brazos cruzados aquí. Yo soy viejo y prefiero morir en mi tierra –comentó Serafín.

Todos sabían que el hombre tenía razón, para ellos era más sencillo permanecer en aquel cautiverio, pero Serafín se sentía solo.

— Si escapas, sin duda el emir nos asesinará. Tenemos que permanecer unidos –dijo Santiago.

El hombre se puso en pie furioso. Su vida estaba ligada a la de sus amigos, pero no podía evitar sus deseos de partir. Se subió a la azotea y contempló la hermosa y calurosa tarde granadina. Santiago le siguió y se sentó a la sombra junto a él.

— Lamento lo que está pasando –dijo Santiago.

— Entiendo vuestra posición, pero yo soy viejo y no me queda mucho tiempo. Me gustaría ver a mi hijo antes de morir.

— Lo sé –dijo Santiago.

— Únicamente te pido una cosa. Si no le veo, si muero en esta ciudad, quiero que le des un mensaje, pero también esta llave –dijo el hombre entregando una pequeña llave dorada a Santiago.

— Lo haré.

— Di a Pablo, que esa llave abre un pequeño cofre oculto en la muralla. Cuando comencé a ver las intenciones del conde, oculté parte de nuestra fortuna en un lugar cerca de la muralla. Es suyo, puede usarlo como le plazca.

— Pero será mejor que os quedéis vos con la llave. Todavía quedan muchos años para que muráis –dijo Santiago.

— No, amigo. Noto que la muerte se aproxima –dijo el anciano.

— No os entiendo –dijo Santiago.

Serafín le miró con sus pequeños ojos azules. Se conocían muy bien y habían aprendido a apreciarse.

— Los viejos intuimos esas cosas. No pasaré de este otoño.

Santiago y Serafín se abrazaron. Para el joven, su amigo había sido casi un padre. La ciudad comenzaba a despertarse del calor vespertino y el bullicio invadía las calles de la ciudad. Llegaron los aromas de los jardines, el frescor del agua que corría por la cercana ladera y los

bosques que rodeaban la ciudad. Santiago miró a su alrededor, aquel paraíso era un espejismo, el hombre siempre es esclavo de su destino. Entonces rezó, lo hizo por su alma, pero sobre todo por su familia, por Serafín y por miedo a su propia muerte. Hasta ese momento únicamente le había preocupado la vida, pero aquella tarde descubrió que era mortal y que algún día tendría que cruzar un umbral sin retorno.

Tercera Parte:
El límite imposible

“Él (Alfonso VI) ha venido pidiéndonos púlpitos, minaretes, mihrabs y mezquitas para levantar en ellas cruces y que sean regidos por sus monjes [...] Dios os ha concedido un reino en premio a vuestra Guerra Santa y a la defensa de Sus derechos, por vuestra labor [...] y ahora contáis con muchos soldados de Dios que, luchando, ganarán en vida el paraíso”.

Citado por al-Tud, Banu Abbad, de Ibn al-Jakib, al-Hulal

Capítulo 28

Año del Señor, 14 de mayo de 1109

Era noche cerrada cuando la familia se aventuró a bajar por la muralla oriental. Primero bajó la doncella, que con sus dieciocho años era una de las mujeres más bellas de la ciudad, después su padre, que estaba próximo a cumplir los cincuenta, tras ellos dos de sus esclavos y una doncella de la hija de origen cristiano. A unos metros de la muralla les esperaban otros dos hombres con caballos, agua y todo lo necesario para el viaje. El hombre miró a su espalda antes de montar su caballo, había vivido en aquella hermosa ciudad casi diecinueve años, pero ahora era tiempo de partir.

Durante más de seis horas cabalgaron sin parar, los espías de Yusuf no tardarían en darse cuenta de su huida y saldrían en su búsqueda. No estarían seguros hasta atravesar las montañas que separaban el reino de Toledo de los territorios musulmanes.

El hombre observó con orgullo a su hija, que cabalgaba junto a él sin quejarse. Ella había nacido y se había criado en Granada, pero amaba más la tierra de la que su padre le había hablado durante niña, que aquella hermosa ciudad del sur.

Tras dos días sin apenas descanso e intentando evitar las ciudades, el grupo llegó hasta las puertas de Jaén. Cuando Abdel Haqq al Mayriti bajó del caballo, todos lo hicieron. Su hija Fahima se puso a su lado. Estaban agotados, pero aquel día decidieron dormir bajo techo y comer una comida caliente.

Cuando se sentaron a la mesa estaban hambrientos. Les sirvieron cordero y otras viandas. Abdel no pidió vino para no llamar la atención. Una de las cosas que más echaba de menos era beber un buen trago de vino.

— Querida Fahima, cuando lleguemos a Toledo vestiremos ropa cristiana y tendrás que cambiar tu nombre por el de Isabel –dijo Abdel.

— No os preocupéis padre –dijo la joven sonriente.

Aquella sonrisa le recordaba a su madre. Fátima había sido una hermosa mujer, además de una de las más inteligentes de su tiempo, ahora descasaba con el resto de los justos. Abdel se había acostumbrado a vivir sin ella, pero sin duda la alegría y vitalidad de su hija le habían ayudado.

— En cuanto pasemos las montañas te bautizarás, no quiero que en Toledo puedan acusarte de infiel –dijo Abdel.

— Sí, padre –contestó la joven.

Fátima se había preocupado en educar a su hija. Fahima sabía leer y escribir en latín, griego y árabe. Conocía la práctica y creencias de judíos, musulmanes y cristianos, aunque siempre había tenido una inclinación ante el cristianismo.

— Tenemos que llegar cuanto antes, el rey Alfonso debe conocer los planes del hijo de Yusuf –dijo Abdel.

Tras la muerte de Yusuf, su hijo Alí ibn Yúsuf, había tomado el mando, convirtiéndose en un emir más intolerante y cruel que su padre. La situación para los cristianos de la ciudad se hizo insostenible. Abdel decidió escapar y descubrir al rey Alfonso los planes del emir. Naturalmente ante el rey se presentaría con un nombre falso; Santiago Buendía seguía siendo un prófugo de la justicia, por eso se haría llamar Alfredo de Córdoba, esperaba que el rey le diera algún título nobiliario por su importante información, aunque lo que más deseaba era ver a su hijo Marcos y su esposa Ana.

Capítulo 29

Año del Señor, 1 de mayo de 1109

El rey Alfonso intentó hacer el amor a su joven esposa, Beatriz de Este, pero le fue imposible. A sus sesenta y dos años de edad, con la pierna muy dañada y todas las heridas de guerra molestándole cada vez más, era muy difícil hacer algunos esfuerzos. Hasta el año anterior había mantenido su ritmo amatorio, era un hombre viril, casado cinco veces y con muchas amantes, sin contar criadas, siervas y esclavas, aunque el único amor de su vida había sido una de sus concubinas, Zaira. Ella le había dado su único hijo varón, Sancho, el heredero muerto en la batalla de Uclés un año antes. Ahora se esforzaba por tener un último hijo, pero la naturaleza parecía darle la espalda.

Alfonso se retiró del hermoso y joven cuerpo de su esposa y esta respiró aliviada. Era su obligación yacer con su esposo, pero para Beatriz era algo parecido a hacerlo con un cadáver. El atractivo y musculoso rey era ahora un amasijo de pellejo y huesos, un anciano sin fuerza, mal humorado y obsesionado con tener un hijo varón, cuando la vida ya le había retirado el vigor de engendrarlo.

El rey se vistió y caminó apoyado en un bastón hasta la ventana. Observó el patio de armas. Una comitiva de media docena de personas descendía de sus caballos y entraba en el edificio. Un par de minutos más tarde, uno de los criados del rey anunciaba la visita inesperada.

El rey no era muy amigo de recibir a nadie sin una audiencia, pero el criado le informó que aquel hombre traía información de primera mano del nuevo emir y sus planes.

Alfonso se puso la corona y bajó la escalinata con la ayuda de dos siervos. Después caminó con lentitud hasta la sala del trono y se sentó. El secretario se acercó hasta él y le explicó la razón de aquella audiencia urgente.

— Que pase ese caballero. ¿Cómo habéis dicho que se llama? –preguntó el rey.

— Andrés de Córdoba. Al parecer es un cristiano mozárabe que pertenece a una vieja estirpe de hidalgos visigodos, pero ha estado preso en Granada casi una década –dijo el secretario.

Andrés de Córdoba entró en la sala acompañado de su hija Isabel. Por unos segundos temió que el rey le reconociera, pero habían pasado casi veinte años y la última vez que se vieron él iba vestido a la manera musulmana. Su pelo rubio había dejado paso a un cabello blanco, la barba tenía tintes pelirrojos, lo único que quedaba intacto

eran sus rasgos infantiles y sus expresivos ojos.

— Majestad, le agradecemos la rapidez a la hora de recibirnos. Esta es mi hija Isabel, los dos llevamos cabalgando varios días para avisaos cuanto antes de un nuevo ataque de los almorávides, esta vez comandados por Alí ibn Yúsuf –dijo Andrés.

— Cada año esos malditos moros atacan mis territorios. Valencia está sufriendo razias casi dos veces por año. ¿Para eso habéis cabalgado hasta aquí? –preguntó el rey frunciendo el ceño. Era demasiado viejo para que le hicieran perder el tiempo de esa manera.

— Tenéis razón, pero los planes del Alí son mucho más audaces en esta ocasión. El ejército que ha reunido esta vez es formidable y pretende atacar el corazón mismo de vuestro imperio, Toledo –dijo Andrés.

— ¿Toledo? Eso es imposible. Mis informadores no nos han comunicado nada –dijo el rey.

Andrés se aproximó unos pasos al rey y extendió el pergamino que llevaba en su mano. Alfonso hizo un gesto al secretario para que lo recogiera y se lo entregara. Después lo leyó atentamente.

— Está en árabe –dijo el rey.

— Es una copia de la carta que Alí ha enviado a todos sus generales, sus ejércitos ya se desplazan hacia Jaén –dijo Andrés.

— ¿Están llegando a Jaén? Eso nos da poco más de una semana para organizarnos. La mayoría de mis tropas están en Valencia y en la taifa de Zaragoza –dijo el rey subiendo el tono de voz.

— No hay informes, debe de tratarse de un error.

El rey se puso en pie y se acercó hasta Andrés. Le puso el brazo en la espalda y muy amablemente le dijo:

— Paseemos por el jardín, todavía el tiempo es bueno y yo necesito mover esta pierna.

Los dos hombres salieron a los hermosos jardines de palacio. Las flores crecían por todas partes, aquella era una de las herencias de los antiguos palacios musulmanes.

Alfonso se detuvo ante una rosa y la olió. Después miró al cielo azul, que empezaba a encapotarse.

— Sentémonos –dijo el rey señalando un banco de piedra.

— Majestad, prefiero mantenerme de pie –dijo Andrés.

— Sentaos, cuando uno se hace viejo, ya no le importa el protocolo –dijo el rey.

Andrés se sentó junto al rey. Al verlo tan de cerca le impresionó lo avejentado que se encontraba. Sus ojos apagados y velados por una especie de redecilla transparente, el cuerpo enjuto en una túnica que

le quedaba demasiado grande, las piernas envueltas en vendas, para disimular las yagas y heridas que se le abrían constantemente.

— Alí ha reunido al ejército más formidable desde la primera invasión de su padre. Su plan es conquistar Toledo, hacerse con la taifa de Zaragoza y después con toda Castilla, León y Valencia –dijo Andrés.

— Si mi hijo estuviera vivo,… no tengo heredero ni a nadie que enviar a la batalla. Mi hijo murió el año pasado en la batalla de Uclés –dijo el rey. Entonces su semblante se ensombreció.

— Lo entiendo, pero Castilla debe enfrentarse a los moros y salvar la cristiandad –dijo Andrés. Aquellas palabras le sonaron huecas. Él había vivido casi veinte años con musulmanes, su esposa e hija eran musulmanas, al igual que su difunto suegro Abu, aquella guerra la perderían todos en cierto sentido.

— Reuniré un ejército y nos enfrentaremos a Alí, pero con una mujer como heredera, el reino se perderá –se lamentó el rey.

— Eso está en las manos de Dios –dijo Andrés.

— Es cierto, confiemos en Él –dijo el rey. Después se puso en pie y ambos caminaron en silencio hasta el edificio.

Cuando estaban llegando a la puerta el rey se volvió y con un gesto amable le dijo:

— ¿Qué deseáis que os dé por vuestros servicios?

Andrés se quedó pensativo y después contestó:

— Lo único que deseo es ayudar al reino. Me gustaría supervisar la defensa de la ciudad y construir varias máquinas de guerra que aprendí a hacer durante mi cautiverio.

— No solo os concedo ese deseo, desde ahora seréis nombrado conde de Córdoba, algún día, cuando esas tierras sean recuperadas, tendréis derechos sobre parte de ellas, pero desde hoy recibiréis dicho título, acompañado de una pensión vitalicia –dijo el rey.

— No lo merezco, Majestad –dijo Andrés.

— Se hará como yo digo. Pondré a vuestra disposición las defensas de la ciudad, vestiréis nuestros colores y lucharéis en nombre del rey Alfonso –dijo el rey.

Cuando Andrés y su hija Isabel salieron del castillo no podían ocultar su alegría. Andrés se sentía un hombre libre, ya nunca podría utilizar su viejo nombre, pero ahora era un noble y podía acudir a Magerit a recoger a su esposa. Aunque su primera misión era salvar Toledo.

Caminaron hasta una de las casas destinadas a las embajadas y visitas importante de la ciudad, sería su residencia permanente en Toledo. Isabel y Andrés entraron en el hermoso palacio y los criados les ofrecieron agua fresca y fruta.

— ¿Tenéis vino? –preguntó Andrés.

— Sí, señor conde –dijo uno de los criados.

— Traedme una copa de inmediato –dijo Andrés, que llevaba esperando aquel momento muchos años.

El criado trajo una jarra de vino y sirvió un poco a Andrés.

— Servidle a ella también –dijo el hombre señalando a su hija.

Los dos levantaron sus copas y después apuraron el vino. Andrés sintió como aquel elixir de los dioses le envolvía el paladar y después del trago dio un gran suspiro. Ahora sí se sentía otra vez de nuevo en casa.

Capítulo 30

Año del Señor, 1 de julio de 1109

El calor de aquella mañana no hacía presagiar nada bueno. El rey llevaba varios días sin poder levantarse del lecho y el ejército de Alí estaba a menos de un día de camino. Andrés entró en la habitación. Al pie de la cama de Alfonso se encontraba su esposa Beatriz, su hija Urraca, Álvar Fáñez y el arzobispo de Toledo. Andrés intentó no acercase al arzobispo, aquel era el único hombre que podía identificarle. Cuando el rey le vio, le pidió que les dejaran solos. En aquellos meses habían logrado crear una gran amistad. Urraca y el resto de los acompañantes salieron de la habitación enfadados, aquel mozárabe parecía más importante para el rey que su familia y las personas más nobles del reino.

— Ese montón de necios lo único que espera es mi muerte –dijo el rey.

— No habléis así de vuestra familia –le reprendió Andrés.

— Urraca es una mala hija, Álvar dejó morir a mi hijo Sancho en la batalla y ese maldito arzobispo únicamente me ha traído problemas desde que llegó desde el reino franco –dijo el rey.

— Álvar es un buen guerrero y dispondrá bien las defensas, los enemigos están a la puerta, pero no pasarán las murallas de la ciudad –dijo Andrés.

— Preferiría que fuerais vos, pero nunca aceptarán a un mozárabe como jefe de mis ejércitos, lo que no entiendes es que yo soy casi un mozárabe, pasé gran parte de mi vida en esta ciudad cuando aún era musulmana. Tenemos mucho que aprender de los musulmanes –dijo el rey.

Andrés se enderezó, sus riñones ya no aguantaban aquella inclinación sobre la cama por más tiempo.

— Procurad que las defensas resistan, espero que vuestras máquinas nos ayuden. En cuanto la batalla termine será mejor que os marchéis a Magerit, ya tenéis las cartas para sustituir al conde de Astorga, aquel truhán me ha robado miles de maravedíes, pero ya no lo hará más –dijo el rey.

Andrés había conseguido que el rey le diera el gobierno de la ciudad y la hora de su venganza se acercaba. No había podido viajar hasta la villa, pero le habían informado de que el conde se había casado con su mujer al poco tiempo de su huida, ahora le pagaría por todo el daño causado.

Se escuchó una señal de alarma, Andrés se asomó a la ventana y pudo ver a los ejércitos almorávides llegando hasta el pie de las murallas.

— Adelante, no dejéis que esta hermosa ciudad caiga en las manos de estos salvajes –dijo el rey.

Andrés le agarró la mano y salió corriendo hacia su puesto, junto a él estaba Álvar, que era el jefe militar de la ciudad, con el título de *Toletule Dux*.

— Son más de los que pensábamos –dijo –Alvar, cuando los dos hombres se parapetaron en la muralla.

— Resistiremos –dijo Andrés.

Los almorávides se acercaron de forma desordenada, con las escaleras y a pecho descubierto. Eran un ejército fiero, pero poco organizado. Conseguían vencer aterrorizando a sus enemigos, más que por su disciplina.

— Van a atacar por el flanco sur, será mejor que lo reforcemos –dijo Andrés.

— ¡Que los arqueros disparen! –ordenó Álvar. Cientos de flechas inundaron el caluroso cielo de Toledo y cayeron sobre los moros. Muchos fueron alcanzados, pero continuaron corriendo hacia la muralla y colocando sus escalas.

Un mar de hombres cubría la explanada, sus turbantes negros y sus lanzas les hacían parecer una verdadera plaga de langostas. Unos días antes habían invadido Talavera, destruyendo todo a su paso. Ahora que la taifa de Zaragoza estaba sometida a su voluntad, se creían capaces de dominar el resto de la Península.

Centenares de almorávides yacían en el suelo, pero otros muchos se unían al ataque y algunos lograban escalar hasta el muro y luchar cuerpo a cuerpo con los soldados cristianos.

— Tenemos que utilizar mis armas –se quejó Andrés que esperaba las instrucciones de Álvar.

El general se había opuesto a las armas de Andrés, no las veía útiles. Las catapultas se utilizaban contra murallas, no contra ejércitos en movimiento. Tampoco le convencía que esas máquinas del diablo lanzaran bolas ardientes de brea, pero los enemigos seguían llegando y cualquier solución parecía útil en un momento crítico como ese.

— ¡Que disparen! -ordenó Álvar.

Andrés se asomó al patio y bajó el brazo, esa era la señal convenida. Los soldados prendieron las grandes bolas de piedra recubiertas de brea y las lanzaron contra el enemigo.

Los almorávides se vieron sorprendidos por las bolas de fuego que caían sobre sus cabezas. Los que no morían aplastados, veían como sus vestidos ardían. Los soldados lograron rechazar a los moros de la muralla, ya que la marea de hombres comenzó a detenerse, al mismo tiempo que los arqueros volvían a lanzar sus nubes de flechas a los

moros que huían despavoridos.
Tras cuatro horas de duros enfrentamientos, los almorávides escapaban bajo el fuego de la catapultas. Los cristianos habían salvado la ciudad.
Cuando Álvar y Andrés fueron a dar las buenas nuevas al rey, su hija Urraca salió del cuarto, Alfonso había muerto unos instantes antes de que la victoria llegara a manos cristianas.

Capítulo 31

Año del Señor, 2 de julio de 1109

Nada le detenía en la corte. El rey estaba muerto, su hija doña Urraca ocupaba ahora su puesto y él tenía que volver a la ciudad que siempre había ambicionado habitar, la hermosa villa de Magerit.
Aquella mañana el trabajo de recogida de cadáveres fue una de las tareas más arduas después de la batalla. Afortunadamente, algunos soldados habían despejado el camino, pero el número de cuerpos era muy grande y los muertos se amontonaban a ambos lados, como montones de leña. El calor del mes de julio les había llevado a descomponerse rápidamente y el hedor era insoportable.
Andrés y su hija viajaban en una cómoda carroza tapizada por dentro de terciopelo, pero tuvieron que taparse el rostro con pañuelos impregnados con perfume para soportar el tremendo olor. La primera hora de viaje fue un infierno, pero afortunadamente cuando perdieron de vista la ciudad, el camino mejoró. Lo único realmente incómodo era el calor y el polvo que se levantaba de la sequedad del camino.
El viaje no era muy largo, algo más de dos días de camino, por eso Andrés había planificado descansar en Valdemoro antes de llegar a Magerit, por la mañana saldrían frescos y llegarían a la ciudad al mediodía.
Durmieron en una venta, no era muy lujosa, pero suficiente para cenar algo y descansar en una cama con sábanas limpias. Isabel no se quejaba de nada, llevaba unos meses entre cristianos, pero ya se había amoldado a sus costumbres bárbaras. A los cristianos no les gustaba bañarse, usaban las mismas calzas durante semanas y ni siquiera eran muy amigos de ungüentos o perfumes.
Por la mañana su carroza salió con la escolta, les acompañaban medio centenar de hombres, así lo había dispuesto el rey antes de morir, tal vez por temor a que el conde de Astorga intentará algún tipo de motín al verse depuesto.
Los bosques continuos y los riachuelos embellecían un paisaje, que poco a poco comenzaba a cambiar por la roturación de nuevos campos. Los colonos seguían llegando a la zona, a pesar de la amenaza de los almorávides. Por el camino vieron a familias enteras con carromatos dirigiéndose más hacia el sur. Aquella conquista parecía imparable, en poco tiempo, las grandes llanuras vacías de las largas guerras entre moros y cristianos serían ocupadas, después, cuando los reinos moros terminaran de caer, esa marea se extendería hasta el

mismo mar Mediterráneo y el sur de la Península. En el fondo, Andrés sentía que aquel mundo que el conocía estaba a punto de desaparecer. Los bosques serían cortados y poco a poco los hombres ocuparían todo el territorio.

Después de una frugal comida en la carroza, continuaron viaje. Los caminos mejoraban y había algunos tramos muy arreglados. También aumentaba la afluencia de gente, hasta convertirse en una marea humana en el último tramo. En las puertas de la ciudad se concentraba una multitud que quería entrar en la ciudad.

— ¿Qué sucede? –preguntó Santiago al cochero.

— No podemos pasar señor conde, la multitud nos lo impide.

— Utiliza la fusta, debemos llegar antes de que cierre la muralla –dijo Andrés.

El cochero comenzó a dar latigazos a los caminantes y enseguida se abrió un pasillo hasta la entrada de la Puerta de la Vega. Cuando llegaron, unos guardas les impidieron la entrada.

— No puede pasar más gente, únicamente los vecinos de la villa –dijo el soldado.

Andrés salió del carruaje y exigió hablar con el hombre al mando. Unos minutos más tarde llegó un hombre bajo, con un bigote negro y cara de muy pocos amigos.

— ¿Qué sucede caballero?

— Mi nombre es Andrés de Córdoba, conde de Córdoba, soy el nuevo gobernador de la ciudad –dijo enseñando el documento firmado y sellado por el rey.

— Disculpad, señor. No sabíamos que veníais. Hoy estamos sufriendo la llegada de miles de personas, al parecer los almorávides fueron rechazados en Toledo, pero se han puesto a saquear todos los alrededores. Algunos de los refugiados dicen que parte de ese ejército viene hacia aquí. No podemos acoger a más gente, si lo hacemos y la ciudad es asediada, a los pocos días no podremos alimentar a los vecinos –dijo el soldado.

Andrés se quedó pensativo unos instantes, si era cierto que los almorávides se acercaban a la ciudad, todos los que no entraran en la ciudad eran hombres muertos, pero en un asedio prolongado, la ciudad no podría alimentar a tantas bocas.

— Dejad pasar a mujeres, niños y ancianos. A los jóvenes instruidlos para el manejo de armas. ¿Tenéis algún arsenal? –preguntó Andrés.

— Sí, claro, pero con la milicia de vecinos podremos defender la muralla sin la ayuda de estos campesinos –dijo el soldado.

— Vengo de Toledo y ayudé a la victoria de la ciudad, los almorávides son guerreros feroces y mermarán a la milicia

rápidamente. Ya sabéis mis órdenes –dijo Andrés.

Entraron con la carroza hasta el Alcázar, desde hacía muchos años el conde lo utilizaba como su residencia. El rey no había tenido mucho tiempo de recreo en los últimos años debido a las continuas guerras, lo que había aprovechado el conde para hacerse amo y señor de todo. El concejo no se atrevía a contravenirlo y los vecinos veían mermar sus dineros por los altos impuestos de aquel pequeño tirano.

Cuando la carroza se detuvo en el patio, Andrés comprobó que el alcázar había sido ampliado. El conde había despejado la zona anterior al castillo y las murallas se habían extendido aún más, recogiendo algunos de los arrabales, que antes estaban extramuros. Le habían informado también, que la ciudad estaba llena de francos, que controlaban gran parte del comercio y que la población morisca había descendido mucho, hasta casi desaparecer.

Cuando el conde de Astorga salió a recibirle, su cara reflejaba una mezcla de estupor y odio. El oficial le había informado del contenido de la carta del rey, incluso se le había pasado por la cabeza asesinar al conde de Córdoba y aducir que habían sido los moros, pero al final había entrado en razón, sobre todo cuando le dijeron que el nuevo gobernador traía una escolta de cincuenta hombres.

— Estimado señor conde de Córdoba –dijo el conde. Su rostro parecía el de una momia. Sus ojos hundidos, la piel muy arrugada, un cuerpo delgado, pero con una prominente barriga y la barba medio despellejada.

— Estimado gobernador, siento molestaros en un momento crítico como este, pero fue última voluntad del rey que tomase esta plaza. Os relevo de un duro trabajo, sobre todo en vísperas de un ataque. Esta es mi hija Isabel, espero que no os importe que nos acomodemos en el alcázar, mi secretario se hará cargo hoy mismos de las rentas, los impuestos y las cuentas. Mis hombres de confianza cuidarán del alcázar, pero deseo que permanezcáis en la ciudad hasta que pueda firmar que todo está correcto –dijo Andrés sin dejar de sonreír.

Lo cierto es que pretendía juzgarlo por todos los abusos de aquellos años y el asesinato de los antiguos miembros del concejo. Permitiría que los concejales recuperaran su poder y que todo volviera a la normalidad.

— Será un placer serviros. Mi esposa os atenderá, por desgracia mi hijo se encuentra en el reino de Valencia y no regresará hasta dentro de unos meses –dijo el conde.

Andrés notó que su corazón daba un vuelco, al final vería a su mujer Ana, aunque ella le hubiera traicionado, todavía sentía algo dentro de él, sabía que no se trataba de amor, posiblemente fuera nostalgia.

Cuando entraron por la puerta del edificio principal, todos los

recuerdos se agolparon en su mente. La primera vez que vio la hermosa ciudad de Magerit y como ésta le había cambiado la vida. Lo cierto era que nadie que viniera a esa hermosa villa, salía de ella igual que había entrado.

Capítulo 32

Año del Señor, 2 de julio de 1109

Aquella noche fue muy larga, más de lo que Andrés nunca hubiera imaginado. El conde les preparó una cena de bienvenida, aunque él se preocupó de que uno de sus cocineros supervisara la preparación de la comida, no se fiaba del conde.

Después de un breve descanso, Andrés bajó al salón con unas ropas nuevas. No soportaba el olor a sudor, después de vivir tanto tiempo en Al-Ándalus, muchas de sus costumbres se le habían pegado. Su hija se unió a él poco después.

Andrés apenas podía disimular su impaciencia, estaba convencido de que su mujer le reconocería al verle, a pesar de los años. Sentía una extraña sensación en el estómago y en un par de ocasiones estuvo a punto de excusarse y subir a su habitación.

Cuando el conde de Astorga entró en la sala con su esposa, la decepción de Andrés no pudo ser mayor. La mujer que acompañaba a aquel miserable no era su esposa Ana, era una joven de menos de dieciocho años con la que se había casado unos meses antes al enviudar de Ana.

Isabel apretó el brazo de su padre, al ver su rostro desencajado y éste se mostró cortés con la dama e intentó pasar una velada agradable.

— La ciudad está patas arriba. ¿Creéis vos que esos moros atacarán? –preguntó el conde.

Andrés le miró por encima del hombro. El conde era una muestra clara de que la necedad no se pasaba con los años. En ese momento supo, que si él no hubiera llegado aquel día a la villa, nadie hubiera preparado su defensa y aquella multitud habría sido masacrada y la ciudad tomada por la fuerza.

— Sí, atacarán. Los almorávides son un pueblo orgulloso y la derrota de Toledo les ha dejado totalmente desolados, buscarán cómo devolvernos el golpe, puede que Magerit no sea una pieza tan jugosa para ellos, pero sin duda podrán llevarse un buen botín de regreso a casa –dijo Andrés.

— Esos salvajes musulmanes son terribles –dijo la condesa.

Isabel frunció el ceño, su acento delataba su procedencia del sur, pero su castellano era perfecto.

— Los musulmanes están más avanzados que nosotros en muchas cosas. Nosotros hemos vivido muchos años junto a ellos y lo sabemos bien –dijo Isabel molesta.

— Pues dicen, que los que conviven con ellos, al final se hacen unos infieles –dijo la joven.

— Los ignorantes dicen muchas cosas, pero es preferible no escucharles –comentó Isabel.

— Lo importante es que se han reforzado las defensas, aunque mis hombres me han informado que la muralla tiene algunos puntos vulnerables, al parecer su mantenimiento deja mucho que desear –dijo Andrés.

— Estos villanos ocultan su dinero, para no pagar los impuestos. Ya los conocerá con el tiempo, yo me marcho más pobre de lo que llegue a este puesto de servicio al rey –dijo el conde.

Ya lo veremos pensó Andrés, que pretendía que aquel maldito ladrón devolviera hasta la última moneda de la que se había apropiado indebidamente.

Entonces se escuchó un fuerte golpe y el bramido de cientos de voces. Andrés se puso en pie y tomó la espada que descansaba en una silla próxima. La joven esposa del conde comenzó a gritar e Isabel se la llevó a la habitación. El conde y Andrés subieron a una de las torres más altas. Todavía era de día cuando salieron a la almena, el cielo comenzaba a enrojecer, pero el calor era todavía sofocante. Las puertas de la ciudad estaban cerradas, pero los últimos peregrinos intentaban abrirla a golpes, detrás se veía una inmensa nube de polvo, todo un ejército en marcha.

— Era cierto que vendrían –dijo el conde impasible. Confiaba mucho en las fortalezas y la muralla, pero la ciudad de Magerit nunca se había enfrentado a un ejército tan poderoso.

Las milicias urbanas eran poco más que campesinos y comerciantes disfrazados de soldados, los únicos hombres con los que realmente podía contar Andrés era con el medio centenar de soldados de su escolta personal y la treintena de la guarnición de la ciudad, pero en el horizonte se veía desplegado un ejército de varios miles de hombres.

— ¿Cuánto miembros de la milicia hay? –preguntó Andrés.

— Unos doscientos –contestó el conde.

— ¿Doscientos? –preguntó Andrés extrañado, la ciudad debía tener un par de miles de almas.

— Sí, muchos ciudadanos están exentos al pagar un impuesto especial –dijo el conde.

Aquello estaba prohibido, todos los ciudadanos debían servir en la milicia y tener sus propias armas. Magerit estaba en zona de frontera y un ataque musulmán era más que probable.

— Hoy tendrán que luchar todos. Que se reúnan los vecinos en el campo del rey y los distribuiremos por la muralla, junto a los jóvenes que han entrado en la ciudad –ordenó Andrés.

Uno de sus oficiales corrió a cumplir las órdenes. Toda la ciudad estaba expectante y el temor comenzaba a apoderarse de la gente.

— Que todos los refugiados se concentren en la plaza de la Iglesia de Santa María. Los ancianos, mujeres y niños deben recibir refugio en los monasterios e iglesias y también alimento –ordenó a otro de sus hombres.

El conde miró sorprendido a su sustituto e envidió su capacidad, para organizar a la ciudad, él nunca había tenido ningún don de mando.

Cuando Andrés volvió a mirar por la almena, observó horrorizado como los almorávides comenzaban a matar a todos los campesinos que no habían logrado entrar dentro de las murallas. Con sus lanzas atravesaban a una mujer con su hijo en brazos, a ancianos o niños que corrían desesperados hacia el río. Hasta los moros de los arrabales a los que no se les había permitido entrar en la ciudad huían despavoridos, mientras sus correligionarios los asaeteaban, degollaban o golpeaban con mazas y hachas.

— Dios mío –dijo Andrés. Intentando no imaginar la masacre que se avecinaba si no lograban detener a esos salvajes.

Cuando los almorávides estuvieron a tiro, Andrés ordenó a la docena de arqueros que dispararan. Aquella lluvia de flechas fue como enfrentar a un gran oso con una espada de madera. Desde la muralla los vecinos comenzaron a arrojar todo tipo de objetos sobre los asaltantes: aceite hirviendo, piedras, vasijas de barro, objetos de metal. Cualquier cosa era buena para descalabrar a algún enemigo.

Andrés observó como los almorávides acercaban a la puerta unos arietes para derivarla. Por eso mandó a sus mejores arqueros para matar a los asaltantes. La ciudad era un caos, cuando lograba parar algún intento de subir a la muralla, aparecía otro punto de la ciudad en peligro. Sus hombres corrían de un lado para el otro reforzando las zonas más vulnerables.

Cuando llegó la noche cerrada, los almorávides pararon el ataque y montaron un campamento cerca de la muralla. No detuvieron en toda la noche de torturar a sus prisioneros, violar a las mujeres y lanzar a los niños contra la muralla, para que se estallaran. Sabían que su gran arma era el miedo, si los vecinos lograban quedarse paralizados ante su ataque, su triunfo sería seguro.

Al amanecer, el espectáculo fue terrible. El suelo alrededor de la muralla estaba alfombrado de muertos, la mayoría víctima de los almorávides. Andrés había aprovechado la noche para preparar una estrategia. Para ello, había enviado un mensajero para que pidiera ayuda a Toledo, pero mientras esta llegaba, él había preparado la defensa del alcázar. Sabía que era solo cuestión de tiempo que los musulmanes entraran por alguna parte de la muralla, por eso tendrían que conformarse con proteger el alcázar y esperar la ayuda de la

reina.
Los soldados habían recogido durante la noche a todas las mujeres y niños de la ciudad y los habían llevado dentro del recinto amurallado del alcázar. Después había puesto a todos sus hombres defendiendo el castillo, apoyados por los vecinos. En la muralla de la ciudad habían quedado algunos soldados expertos para organizar la defensa, pero la mayor parte eran vecinos o jóvenes reclutados de entre los refugiados.
Cuando el ejército de Alí atacó, la gente comenzó a gritar de espanto. La pisada de miles de soldados, que se golpeaban las armaduras y gritaban a Alá, dejó sin respiración a los vecinos de Magerit. En aquel momento los ricos y los pobres, los castellanos y mozárabes, los francos y judíos, todos eran iguales, componían los brazos, las piernas y el cuerpo de aquella villa.
Después de dos horas de choques constantes, parte de la muralla se vino abajo y los almorávides entraron en la villa, asesinando a todo hombre o mujer que se encontraban a su paso. Incendiaron un par de iglesias y se dirigieron hacia el alcázar.
Andrés les había preparado un gran recibimiento. Por la noche había adiestrado a cincuenta hombre en el uso del arco, por eso cuando los musulmanes se acercaron, recibieron una lluvia de flechas inesperadas que hizo caer a decenas de ellos. Después las milicias les lanzaron piedras y aceite hirviendo, logrando tirar todas las escalas que los almorávides lograban colocar. Tras tres horas de choques ininterrumpidos, las flechas comenzaban a escasear, ya no había nada que arrojar y los moros lograban llegar a las almenas con cierta facilidad.
Las mujeres y los niños gritaban al ver algún moro atravesar las defensas y lanzarse hacia la gran explanada, pero los jóvenes que rodeaban a la multitud no tardaban en abatirlo.
La situación era desesperada. Su única esperanza era aguantar el ataque hasta la noche y esperar que al día siguiente llegara un ejército de Toledo. Al final, los vecinos lograron resistir. Las mujeres fabricaron flechas por la noche, los herreros trabajaron sin parar y se preparó la salida de un grupo de caballeros, para intentar dividir a las fuerzas musulmanas.
Cuando el sol salió aquella mañana, los defensores estaban absolutamente agotados. Llevaban dos días sin dormir, apenas habían comido, el calor comenzaba a pudrir los cuerpos que estaban desparramaos por toda la villa y los alrededores. Las plagas no tardarían en aparecer y terminarían con lo que los almorávides no habían conseguido.
Los musulmanes se acercaron a la ciudad, para realizar su último asalto. Todavía era una fuerza considerable, aunque comenzaban a pensar que aquella pequeña villa les estaba saliendo muy cara.

Atacaron con la misma bravura que los días anteriores, intentaron derrumbar la puerta y escalar la muralla, los vecinos defendieron el alcázar con todas sus fuerzas, de su valor dependía su propia supervivencia y la de sus familias.
Cuando el sol estaba en lo más alto y el calor era asfixiante, uno de los vigías observó algo que se movía a lo lejos, al principio creyó que era el reflejo del calor sobre las tierras cercanas, pero después pudo cerciorarse de que se trataba del ejército de Toledo que venía en su ayuda. Cuando el rumor de la llegada de los refuerzos se extendió entre los asaltantes, comenzaron a huir despavoridos. Entonces salieron los hombres a caballo y comenzaron a perseguirles, les siguieron los vecinos de la villa, que asqueados y horrorizados por los desmanes de los moros, querían darles caza para pagarles con creces lo que habían hecho a sus casas y familias. Los almorávides caían muertos cerca de la puerta de la Vega, los vecinos les siguieron hasta el río, después asaltaron su campamento y llevaron todo lo de valor que encontraron.
Cuando el día declinaba, Andrés se puso enfrente de los soldados y los vecinos y les dirigió unas palabras:

— Vecinos de Magerit, este día será recordado por todos los que habiten esta villa de generación en generación. Hoy defendisteis con honra vuestras vidas y las de vuestras familias. Como un solo hombre, con un solo corazón, con la espada y el arco en la mano, demostrasteis a Castilla, que no existe mayor valor que el de un pueblo en armas, que no hay más fuerza que la de los corazones humildes dispuestos a morir por su rey y su fe. Bebed esta noche el vino dulce de la victoria, del amor a la tierra y del deber cumplido.

La gente aplaudió las palabras de su nuevo gobernador. Despejaron las calles de cadáveres y encendieron grandes hogueras. Los próximos meses serían duros, debían reconstruir las murallas, las casas y conventos, antes de que llegara el invierno. Muchos vecinos no tenían nada y otros habían perdido a parte de su familia, pero los ciudadanos repartieron comida, mantas y organizaron lugares en los que cobijar a la gente aquellas noches de julio.
La venganza de Andrés tuvo que esperara unas semanas, cuando las aguas volvieron a su cauce, se rehizo el consistorio y fueron nombrados nuevos miembros del concejo, alcaldes, alguacil y juez. Entonces, se destaparon todos los secretos que habían sido guardados durante años.

Capítulo 33

Año del Señor, 15 de septiembre de 1109

Los secretarios del nuevo conde de Córdoba habían trabajado sin descanso todas aquellas semanas, para descubrir los engaños del anterior gobernador. Después del esfuerzo reunieron cientos de ardides, robos, apropiaciones e impuestos recaudados, que habían terminado en la bolsa del conde de Astorga y no en la bolsa del rey.

Andrés leyó con detenimientos las acusaciones, quería que el conde fuera condenado a muerte, perdiera su título y todo el dinero regresara a la villa y la corona. Aunque las primeras semanas de su mandato se dedicó plenamente a la reconstrucción de la ciudad, en parte destruida por los asaltantes almorávides.

La reina Urraca le envió una felicitación por su valor y dedicación al reino y los miembros del concejo apoyaban todas sus iniciativas.

Andrés salía cada mañana temprano para supervisar las obras de reconstrucción de la muralla, la reedificación de varios conventos e iglesias quemados y sobre todo, la reconstrucción de las casas afectadas. También ayudó a los habitantes de los arrabales y construyó algunas defensas básicas alrededor de sus casas. Por último se preocupó de alimentar a los huérfanos y viudas de la ciudad, pero todas sus buenas obras y su amor al prójimo no podían apagar su sed de venganza.

Isabel y él paseaban por la tarde por la ciudad, repartían monedas a los pobres y comían con la gente sencilla que sacaba las mesas de sus casas a las calles por el insoportable calor. Después salían de la muralla y caminaban por los senderos hasta el río, siempre protegidos por su escolta. Lo que más apreciaba de su hija eran las largas y agradables charlas.

— ¿Por qué no dejáis vivir al conde de Astorga? Es un anciano, sabéis que perderá su título y rentas, pero de nada sirve quitarle la vida. Eso ya lo hará la enfermedad o la vejez –dijo Isabel.

— Ese hombre mató o mandó matar a gente inocente, robó, violó e hizo todo tipo de desmanes, merece la horca –dijo Andrés.

— Puede que sea cierto, pero vos padre, lo queréis ajusticiar para vengar lo que os hizo.

Andrés no le había contado todos los detalles a su hija, tampoco le había mencionado su anterior matrimonio y su hijo perdido, pensaba que aquello era un asunto demasiado difícil de asimilar para Isabel.

— Yo no le condenaré a muerte, serán los jueces de la villa –comentó Andrés.

— Ellos simplemente dictarán sentencia, pero vos ya lo habéis condenado –dijo Isabel.

— Este mundo no es ecuánime, para una vez que se va a hacer justicia, no debemos parar su cauce. El conde podrá usar un abogado y nosotros no terminaremos asesinándole como él hizo con el que defendió la causa de Serafín –dijo Andrés.

— Por cierto, ¿habéis encontrado a Pablo, el hijo de vuestro amigo? –preguntó Isabel.

Lo cierto es que con todo lo sucedido en las últimas semanas no había tenido tiempo en pensar en la promesa que le había hecho a su viejo amigo.

— Mañana mismo ordenaré su búsqueda –dijo Andrés.

Isabel se mordió el labio inferior, era un gesto que solía hacer antes de proponer algo a su padre que no estaba segura que este aprobara totalmente.

— Había pensado en educar a algunas de las hijas de los nobles y comerciantes de la ciudad. Simplemente enseñarles a leer y escribir –dijo Isabel.

— Me parece bien, pero que primero consientan sus padres –dijo Andrés.

Disfrutaron del frescor del río, era la única parte de la villa, en la que el calor no era insoportable. Después ascendieron hasta la puerta de la Vega y subieron hasta el alcázar, para poder cenar un poco.

La cena fue frugal, les acompañaba el capitán Juan y el alguacil. Cuando Isabel se retiró, los tres hablaron del inminente juicio al conde.

— Mañana será un día muy largo y difícil. El juicio comenzará a media mañana, aunque me temo que durará varios días o semanas, quién sabe –dijo el alguacil.

— Procuraré meter prisa a los jueces, la villa necesita centrarse en otros asuntos más importantes –dijo Andrés.

— Eso es cierto, pero al menos este caso servirá como ejemplo, para aquellos que piensan que están por encima de la ley –dijo el alguacil.

El capitán se mantenía callado. Él había servido con el conde y conocía sus métodos, pero no era el único que merecía la horca. Otros que habían colaborado con él en sus abusos, ahora se sentaban en el concejo de la ciudad.

— Lo importante es que se haga justicia y el pueblo recupere su dinero. Piensen en todo lo que podemos hacer con lo que se devuelva de los impuestos: mejorar las tierras comunales, construir un hospicio y un hospital, mejorar los caminos y

construir alguna parroquia nueva –dijo Andrés.

— Seremos la villa más importante de la comarca –dijo el alguacil.

— Aunque ahora me he enterado que la ciudad de Toledo pide su jurisdicción sobre nosotros. Sin duda han visto la riqueza de esta tierra y el arzobispo, junto a los principales de la ciudad, desean nuestra bolsa –dijo Andrés.

— La reina Urraca tiene que respetar la voluntad de su padre –comentó el capitán.

— Los reyes pueden hacer lo que les plazca, pero ya he previsto ese asunto. Una parte del dinero que recuperemos estará destinado a comprar voluntades en la corte, incluidas la de la propia reina –dijo Andrés.

La reunión terminó bien avanzada la noche. Andrés se sentía cansado y al día siguiente debía tener todos sus sentidos atentos, el conde de Astorga era un zorro viejo e intentaría escapar de la tela de araña que él había creado para atraparle. Por eso tardó en dormirse y aquella noche no dejó de tener pesadillas. Soñó con su esposa Ana y la vez que fue violada en la sierra. Ella no dejaba de insultarle y reprocharle su cobardía. Cuando despuntó el alba se despertó con el rostro sudoroso y el corazón acelerado. Todo había sido un sueño, pero aquella mañana vería al fin su honor vengado, con el dulce elixir de la venganza.

Capítulo 34

Año del Señor, 16 de septiembre de 1109

El juicio levantó más expectación de lo que nadie hubiera pensado, pero tanta gente odiaba al conde de tal manera, que muchos no quisieron perderse su caída en desgracia. Cuando Andrés llegó a la sala ya no entraba más gente, pero muchos vecinos decidieron quedarse fuera, pegados a las ventanas enrejadas o en la calle. El abogado defensor era un hombre llamado Nicolás Herrero, un conocido abogado toledano, que había aceptado el caso con la promesa de recibir un buen pellizco del dinero que el conde tenía oculto en alguna parte. A pesar de haber recuperado cientos de maravedíes, mucho dinero seguía sin aparecer. Si el conde era condenado, antes de su muerte podría aplicársele el método de la tortura para sacarle esa información.

Andrés se sentó en una de las primeras filas, estaba solo, Isabel había preferido no acudir a la audiencia, el anciano le causaba lástima a pesar de su pasado turbulento.

El juez enumeró los cargos, sumaban más de veinticinco y la mayoría estaban ampliamente documentados. El fiscal salió delante del juez y comenzó a exponer el caso.

— El conde de Astorga, antiguo gobernador de esta villa y aquí presente, ha sido un mal servidor de su majestad, pero también de este honorable pueblo de Magerit. Desde el principio de su mandato, no tuvo reparo en robar, extorsionar o mandar a la horca a todos los vecinos que se oponían a su voluntad. El conde de Astorga actuó sin piedad sobre muchos de los hombres y mujeres que hoy abarrotan la sala, pero no estamos aquí para pedir venganza. Estamos aquí para pedir justicia. Las leyes del rey son las mismas para todos, ninguno de nosotros puede saltárselas sin sufrir las consecuencias, por eso en esta mañana se juzga más que a un hombre, se juzga a todos los hombres que explotan, violan o destruyen la vida de otros, para lucrarse. Por eso la fiscalía pide la condena máxima, la muerte.

El abogado defensor se puso en pie y se dirigió a la concurrencia. Era de pequeña estatura, estaba cojo y las arrugas de su rostro casi tapaban sus ojos pequeños y marrones.

— Vecinos de esta villa, señores magistrados, gobierno de la ciudad, estamos hoy frente a un caso de injusticia. Este

hombre, el conde de Astorga, ha servido durante veinte años a esta villa, a ella le ha dado toda su juventud y lo mejor de su vida. Cuando él llegó a esta ciudad, aquí únicamente había infieles y maleantes, que mal vivían en casas insalubres y sin protección, pero él dotó a la villa de defensas, echó a los malandrines, hizo que el comercio floreciera y arregló caminos. La ciudad ha crecido e incluso ha resistido un ataque que otras villas más fuertes no han logrado vencer –dijo el abogado.

Un murmullo se movió por la sala, como una corriente de aire. Andrés frunció los labios, él era el único que había salvado a esa ciudad de los almorávides, que aquel abogado le atribuyera parte de la victoria a aquel ser inmundo, le revolvió la tripa.

— Como decía –continuó el abogado hablando, intentado sobreponer su voz al murmullo-, el conde de Astorga ha sido un fiel servidor del rey y de Magerit, pero los intereses ocultos de este nuevo gobernador, han levantados sospechas sobre este gran hombre. Un caballero que la historia juzgará en su justa medida, cuando se escriba la crónica de esta villa.

El abogado se sentó junto al acusado, mientras el fiscal comenzó a sacar todas las pruebas contra el conde. Eran tantas y tan contundentes, que apenas nada podía aducir el conde. Numerosos testigos salieron a hablar en su contra y el pueblo aplaudió cada intervención como si se tratara de algún tipo de representación. Cuando llamaron a declarar al acusado, se hizo un silencio en la sala.

— Por favor, sentaos aquí. Únicamente tengo tres preguntas para vos –dijo el fiscal.

— Decidme, las responderé sin reparos, cuando la conciencia está tranquila, el hombre no tiene que temer nada más que ante de Dios –dijo el conde.

La gente bramó en la sala, pero el viejo noble levantó la babilla orgulloso. Se sentía superior a aquella plebe a la que había gobernado con mano de hierro más de veinte años.

— La primera es sobre el caso de enjuiciamiento y posterior ejecución de los miembros del concejo, un abogado y dos vecinos de esta villa en el año del Señor de 1090 –dijo el fiscal.

— Yo no intervine en aquel juicio, no era juez. Únicamente entregué al alguacil una orden de su majestad el rey Alfonso VI –dijo el conde.

— Pero fuisteis vos quién acusó a aquellos hombres de manera injusta, hablando al rey mentiras, para que él los condenara –dijo el fiscal.

— Simplemente le dije a su majestad, que aquellos hombres no

respetaban las leyes del reino ni los reglamentos de esta villa, por lo que el rey actuó en consecuencia, pero de eso nadie puede acusarme –dijo el conde.

El público estaba sorprendido de la entereza del conde y su forma descarada de mentir.

— Con respecto a la segunda cuestión, se han repasado las cuentas de los últimos diez años, tiempo en el que los impuestos pueden ser reclamados y se ha comprobado que falta una cantidad importante. ¿Dónde está ese dinero? –preguntó el fiscal.

— Ese dinero está en dos lugares –dijo el conde.

Todo el mundo se calló de repente, para escuchar la contestación del conde:

— Uno es en los edificios de esta hermosa villa, sus murallas y esta fortaleza. El concejo no tenía suficientes fondos para atender a todos los problemas de la villa y yo utilicé parte del impuesto real para ese menester. Sé que hice mal, pero fue por el bien de mis vecinos.

— Tendrá cara –se escuchó una voz entre la multitud.

— Por favor, mantengan silencio –dijo el juez.

— La tercera pregunta es sobre las tierras que ha reunido en estos veinte años. ¿Es cierto que dos terceras partes de las tierras próximas a esta villa son suyas? –preguntó el fiscal.

— No negaré que poseo muchas propiedades, aunque la proporción de la que habláis es desproporcionada –dijo el conde. Después dio un suspiro y continuó su discurso-. Precisamente en agradecimiento al amor y afecto que me tienen los vecinos, he dejado en mi testamento que la mitad de ella vuelvan a este pueblo de Magerit.

El fiscal se dio la vuelta y mirando a los vecinos dijo:

— El señor conde ha mentido descaradamente. Este documento prueba que fue él quien acusó a los vecinos que fueron condenados en 1090, los acusó al alegar que habían ofendido al rey, al perder él un pleito en el que quiso extorsionar a un vecino de esta villa Serafín del Pozo, quedándose con unas tierras de labranza que este poseía junto al río. El conde mintió al afirmar que el dinero enajenado al rey se utilizó para mejorar la vida de los vecinos de esta villa, ya que en las cuentas de la ciudad ese dinero no está incluido, al contrario, muchos de los impuestos de estos vecinos, pasaron al patrimonio del conde. Por último, el conde es el mayor propietario del condado, porque obligó a muchos vecinos a mal vender sus propiedades bajo amenaza y ocupó muchas de las tierras comunes. Por eso pido, la devolución de todos esos

> bienes a sus legítimos propietarios, la recuperación del dinero de los impuestos y el pago a las familias de los asesinados bajo el mandato del conde. Pido además que la reina Doña Urraca, quite el título de conde a este hombre y la muerte en la horca, para ejemplo de otros como él, que se creen libres para hacer el mal al resto de los hombres.

El pueblo aplaudió las propuestas, mientras el abogado protestaba enérgicamente. El juez se puso en pie y dijo:

— Mañana este tribunal dictará sentencia, se suspende la sesión.

Andrés se levantó del asiento con una sonrisa en los labios, todo había salido como tenía previsto. Después se dirigió a la salida acompañado de su escolta que trató de abrir paso. No notó, que muy cerca de él había una mujer que le observaba con atención, se sentía tan fuerte e invulnerable, que pensaba que nadie podía impedir ya su venganza.

Capítulo 35

Año del Señor, 16 de septiembre de 1109

Aquella tarde, después de la comida, Andrés recibió un mensaje misterioso. El mensajero únicamente le comunicó que una mujer, deseaba hablar con él de un asunto importante. Le citaba sin escoltas al anochecer cerca de la puerta de la Almudena. Al principio creyó que se trataba de una trampa, el último intento del conde de deshacerse de él, pero después hubo un detalle que le dejó intrigado. La mujer que le había mandado el mensaje, le decía que si acudía a la cita, le contaría cuál había sido la fatídica suerte de su esposa Ana. Nadie en la villa sabía que él era Santiago Buendía, ni que Ana había sido su esposa. Por tanto, aquella mujer le conocía. Seguramente quería extorsionarle y cobrar algo de dinero por su silencio.

Salió solo del alcázar, llevaba espada y puñal, la capa y el sombrero tapándole en parte el rostro, era demasiado conocido en la ciudad para andar a cara descubierta.

Caminó hasta la muralla. No había mucha gente en la calle, era un día de finales de verano lluvioso y desapacible. Aunque al menos el agua aliviaba el calor de los últimos meses. Andrés caminó con paso rápido, mezclando el afán a su curiosidad. Cuando llegó a la puerta, comprobó que había una mujer tapada con una capa en la parte alta de la muralla. Subió la escalera de piedra y se paró delante de ella. Apenas veía la barbilla de su cara, el resto quedaba velado por la capucha.

— Santiago Buendía, no esperaba volver a veros nunca más –dijo la mujer.

Andrés intentó identificar la voz, pero no pudo. Llevaba demasiados años sin oírla para identificarla.

— ¿Quién sois? y ¿qué queréis de mí? –preguntó Andrés impaciente.

— Soy un fantasma del pasado, alguien a la que seguramente has olvidado –dijo la mujer. Después se quitó la capucha y observó la cara del hombre.

Andrés abrió los ojos todo lo que pudo, no podía creer lo que veían sus ojos.

— María, ¿qué haces en Magerit?

— Esa es una larga historia. Yo te vi a ti, aquel día de la ejecución. Llegaba a la ciudad embarazada de un hombre al que conoces, el señor de las tierras que trabajabas antes de

venir aquí.

— ¿Don Fermín? ¿Tuviste un hijo suyo? –preguntó Andrés incrédulo.

— Sí, él me violó por tu culpa, en venganza por abandonar sus tierras –dijo la mujer.

— Yo no soy culpable de eso - contestó Andrés.

María se acercó a su cuñado y le miró de cerca. A pesar de la edad conservaba parte de su atractivo, siempre se había sentido atraída hacia él, aunque éste la ignorara.

— No he venido hasta aquí para hablar de mí, si no de Ana.

— ¿Cómo murió Ana? –preguntó Andrés.

— Ana murió hace unos meses, me imagino que le hubiera gustado verte, aunque tú seas también la causa de todos sus males y los de su hijo –dijo María.

— ¿Qué sabes de Marcos? –preguntó Andrés impaciente.

— Todo a su tiempo. Ana se casó con el conde de Astorga, no podía hacer otra cosa si quería proteger su vida y la de su hijo. El conde se portó bien con ella hasta la noche de bodas, luego su comportamiento cambió mucho. El conde la violaba sin piedad cada noche, y eso que la hubiera podido tener voluntariamente, pero parecía que únicamente disfrutaba con ella ultrajándola, pero no se conformó con eso. Pasadas unas semanas de la boda, obligó a Ana a yacer con dos oficiales del alcázar, mientras él la observaba. Podéis imaginar la repulsión y el odio que Ana sentía hacia aquel hombre. Pero, ¿qué podía hacer para defenderse? Nada, en este mundo las mujeres no valemos nada –dijo María.

— Ese maldito cerdo –dijo indignado Andrés.

— Al pasar de los años, las vejaciones se hicieron cada vez más fuertes. En sus cenas privadas, el conde ataba a Ana con una cadena por el cuello a su asiento, mi hermana estaba completamente desnuda ante el resto de los comensales y podían abusar de ella cuanto quisieran. Todo esto fue destruyendo su ánimo, apenas comía, nunca sonreía y terminó volviéndose loca –dijo María.

Andrés se sintió horrorizado. Nunca hubiera imaginado tan horrible final para su amada esposa. Sin duda aquel infame conde merecía morir de la manera más dolorosa posible.

— ¿Dónde está mi hijo? –preguntó Andrés.

— Como el chico molestaba al conde y además le preocupaba que cuando fuera mayor tomara venganza, le mandó a Valencia, como paje del Cid, ya has oído hablar de él –dijo María.

— Todo el mundo conocía al Cid –dijo Andrés.

— Desde hace diez años nadie sabe nada de él, algunos piensan

que el conde lo mandó matar, pero yo no lo creo –dijo María.

— Razón de más, para que mañana ejecuten a ese cerdo –dijo Andrés.

María se quedó quieta, después se acercó al muro y miró al horizonte. Las nubes negras se cernían sobre la villa y la lluvia ligera comenzaba a intensificarse.

— No quiero que lo maten –dijo María.

— ¿Cómo? ¿Te has vuelto loca? –preguntó Andrés.

— El culpable no es él, lo eres tú. Por tu culpa Ana dejó su tranquila vida en nuestra tierra y vino a esta odiosa ciudad, yo la seguí y también pague las consecuencias. El conde me caso con uno de sus amigos, al principio le controlé bien, pero cuando murió, el conde me convirtió en una de sus amantes, tuve que hacer cosas horribles y además, cuando mi hijo intentó salvarme de su mano, lo mandó matar. Todo eso es culpa tuya –dijo María.

La mujer estaba fuera de sí, comenzó a golpearle en el pecho con los puños, intentando desfogar toda su rabia.

— Tranquilizaos –dijo Andrés.

— Mañana diré a todo el mundo quien sois –dijo María.

— No lo haréis –dijo Andrés.

— Todo el mundo sabrá que sois un prófugo de la justicia, un impostor y un asesino. El resto de hombres que mató ese maldito conde eran inocentes, pero vos erais culpable. Matasteis a aquel mensajero movido por vuestra ambición –dijo María.

— No me quedaba otro remedio, el que me lo ordenó era demasiado poderoso para que le pudiera desobedecer –se justificó Andrés.

— Siempre podemos desobedecer, tenemos que servir a nuestra conciencia antes que al mismo rey –dijo María.

— Que sabrás tú de conciencia. Siempre odiaste a Ana, me deseabas y hubieras hecho cualquier cosa por tenerme –dijo Andrés.

La mujer sacó un puñal y se lanzó sobre Andrés. Este se apartó, pero la daga le rozó el brazo y comenzó a sangrar. Los dos forcejearon, pero ella no se resistía a tirar su arma, entonces Andrés logró derribarla, pero la mujer rodó por las escaleras y cayendo se golpeó en la nuca. Andrés bajó corriendo para ver como estaba, pero sus ojos abiertos y la inexpresividad de su rostro le hicieron ver que estaba muerta.

Capítulo 36

Año del Señor, 17 de septiembre de 1109

Andrés no pudo exorcizar aquella noche a los fantasmas del pasado. A su mente volvía, una y otra vez, el rostro de María. Sus ojos abiertos, la lluvia cayendo sobre su rostro inexpresivo y la sensación que en aquel último acto vil, había entregado al Diablo lo poco que le quedaba de bondad en su alma.

Se levantó con los huesos molidos y un fuerte dolor en el pecho, pero logró sobreponerse y acudir al juicio. Al menos, ya no tenía nada que temer, la última persona viva que conocía su verdadera identidad acababa de morir y muy pronto lo haría el conde, el verdadero culpable de todo lo ocurrido.

A veces los hombres se contentan con explicar que su vida fue el resultado del azar o simplemente se obligaron a obedecer lo que otros les imponían, pero Andrés no podía engañarse a si mismo, su corazón estaba repleto de ambición y odio. Aquella mañana vería satisfecha por fin su venganza.

Cuando llegó al tribunal, observó que la misma marea humana del día anterior, ocupaba las calles cercanas y todo el edificio. Se sentó en la primera fila. Por unos instantes, el conde se giró en ese momento y las miradas de los hombres se cruzaron. Los ojos gastados del anciano suplicaron una compasión que Andrés no estaba dispuesto a mostrar. Después llegó el juez y no tardó en dar la sentencia. El conde era culpable de todos los cargos y moriría en la horca aquella misma tarde. De hecho, el día anterior se había construido el patíbulo a toda prisa, sabiendo que la condena de muerte era inminente.

El conde apenas reaccionó al escuchar la sentencia, tal vez se sentía demasiado cansado para quejarse o echarse a llorar, posiblemente no pudiera asimilar que algo así le estuviera sucediendo a él.

Andrés comió con su hija, aunque apenas cruzaron palabra. Aquellas últimas horas le habían arrancado las ganas de vivir. Todos aquellos años, lejos de Magerit habían sido felices, placenteros, pero siempre anidando en su corazón el rencor hacia Ana, el conde y todos aquellos que le habían utilizado y traicionado. El regreso a Castilla y a aquella ciudad de Magerit había desatado todos sus demonios. Tal vez María tuviera razón, aquella villa era capaz de sacar lo mejor y lo peor de cada uno.

Isabel le miraba preocupada, nunca había visto a su padre tan cabizbajo, como si todo aquello le hubiera hecho envejecer de repente,

pero no se atrevió a preguntarle nada. Pensó que tal vez, tras la muerte del conde, las aguas volverían a su cauce. Su padre se concentraría en hacer de aquella villa un lugar del que sentirse orgulloso.

Andrés abandonó el alcázar a media tarde. La gente se concentraba en la plaza de la Iglesia de Santa María, mientras los vendedores ambulantes y algunos hortelanos vendían sus productos, aprovechando el gentío. La escolta abría paso, hasta que llegaron al palco de autoridades y el gobernador se sentó cansadamente sobre la tabla de madera.

El juez leyó la sentencia en alto, después él la firmó y acto seguido, el conde apareció con el verdugo. El anciano caminó torpe por la calle hasta llegar a la plataforma. Le tuvieron que ayudar a subir hasta la horca. Después le pusieron un capuchón negro y la soga alrededor del cuello.

El alguacil esperó la orden del gobernador. Andrés hizo un gesto leve, pero preciso. El alguacil bajó la mano y la rampa bajo el suelo del condenado se abrió, dejando que su cuerpo cayera. Se hizo un silencio y se escuchó el chasquido del cuello al partirse, después la multitud aplaudió.

Andrés se puso en pie. Notó como sus piernas flaqueaban, el dulce sabor de venganza se volvió amargo en sus labios. En ese momento comprendió que nadie debía ordenar la muerte de otro ser humano. La venganza era tan insípida y vacía, como el resto de las cosas que el hombre era capaz de alcanzar. Nada merecía la pena, pensó mientras se dirigía a su carroza, totalmente abatido.

Capítulo 37

Año del Señor, 21 de septiembre de 1109

Tras el juicio y la ejecución del conde de Astorga, Andrés cayó enfermo. Tenía fiebre alta, no paraba de vomitar y no pudo probar bocado en varios días. Su hija Isabel estaba constantemente a su lado. Le daba sopa a pequeños sorbos, le ponía paños de agua fría en la frente y se preocupaba de que bebiera mucha agua. Al tercer día, Andrés pudo levantarse y comenzar a caminar por la habitación, aunque aún se sentía muy débil. A su edad, la recuperación no era tan rápida ni tan sencilla.

Aquella mañana bajó al salón para desayunar y decidió caminar un poco por el alcázar. Desde que había consumado su venganza, lo único que tenía en mente era recuperar el dinero de Serafín y buscar a su hijo Pablo. Su amigo le había informado de la parte de la muralla en la que se encontraba su pequeño tesoro, aunque la dificultad radicaba en tomar las monedas a una hora en la que no hubiera mucha gente paseando por la ciudad. Por eso decidió que le acompañara Juan, el capitán de la guardia. Aquel joven era discreto y no le contaría nada a nadie.

Cuando anocheció se abrigó bien, a esas alturas del año las noches eran bastantes frescas, buscó al capitán y los dos salieron a caballo hasta acercarse a la puerta de la Vega. El guarda les detuvo, pero en cuanto se presentaron, les dejó pasar. Dejaron sus caballos junto a la puerta y subieron a la muralla. Andrés contó los diez pasos que Serafín le había indicado en la carta y llegó hasta una de las rocas.

— Debe estar debajo de esa roca –dijo Andrés.

Juan tomó su cuchillo y comenzó a rascar por la argamasa, hasta que la piedra plana cedió. Allí había un pequeño hueco, dentro una gran bolsa de dinero. Andrés abrió la bolsa y el oro destelló a la luz de la vela.

— Es esto –dijo Andrés.

Mientras bajaban se cruzaron con un joven, el gobernador se asustó. No quería testigos, pero el capitán le tranquilizó.

— Es Isidro, un joven agricultor muy devoto, sale a esta hora para orar –dijo Juan.

— Queda mucho para el amanecer –dijo Andrés.

— Muchos le consideran un hombre santo y le atribuyen algunos milagros –dijo Juan.

De repente, Isidro se detuvo y se giró. Les miró durante unos instantes

y después e acercó a ellos. Cuando estuvo a su altura, pudieron ver su amable sonrisa y su rostro afable. Una fina barba rubia le cubría en parte su rostro aún joven. La expresión de su cara transmitía paz y sencillez.

— A veces lo oculto, cuando se manifiesta, nos libera de la carga –dijo el joven.

Andrés le miró intrigado. Tuvo la impresión de que aquel hortelano sabía algo, tal vez le había visto peleándose con María aquella noche fatídica.

— No llevéis tan pesada carga, amigo. Pensad que Dios ya la llevó por vos en la cruz –añadió Isidro. Después se dio media vuelta y se marchó.

Los dos hombres se quedaron boquiabiertos, pero Andrés notó que esas palabras no habían sido soltadas al azar. Aquel hombre hablaba de boca de Dios. Él se consideraba un hombre indigno de presentarse ante Cristo, pero Isidro le había hecho ver, que nadie podía presentarse ante Él con sus propias cargas, que la mejor manera de recibir el perdón es pedirlo.

Caminaron en silencio hasta el alcázar. Aquella noche habían descubierto dos tesoros. Uno oculto entre las rocas más de veinte años, que podía ayudar al hijo de Serafín, el otro escondido en el corazón humano, el deseo de recibir el perdón y descargar las culpas ante Dios. Andrés tenía que decidir, cuál de los dos prefería quedarse.

Capítulo 38

Año del Señor, 22 de septiembre de 1109

Isabel fue a ver a su padre en el despachó y le sorprendió verle rezando. Nunca había sido un hombre muy religioso, durante su vida en Granada, ella nunca le vio entrar en una iglesia o en una mezquita, sin duda no se encontraba bien, pensó mientras se dirigía hasta él.

Andrés se dio la vuelta. Tenía la frente perlada de sudor y su rostro reflejaba una mezcla de temor y angustia. Después sonrió a su hija, en un esfuerzo de aparentar normalidad.

— ¿Estáis bien, padre? –preguntó Isabel.

— Sí, querida hija. Los problemas de la villa me absorben demasiado y mis hombres todavía no han encontrado a Pablo, el hijo de mi amigo.

— Lo encontrarán, Magerit no es tan grande –dijo Isabel.

— Me temo que ya no está en la ciudad. Incluso puede que haya muerto. Había pensado entregar el dinero al hospicio, si su legítimo dueño no aparece –dijo Andrés.

— Me parece una buena idea –contestó Isabel.

Andrés se asomó a la ventana de su despacho. Desde allí tenía una hermosa vista de la ciudad y de los campos cercanos. Las lluvias habían comenzado poco a poco y todo volvía a reverdecer.

— Que bello es el otoño en esta ciudad –comentó Andrés, con los ojos llenos de luz.

— Sí –dijo Isabel, acercándose a la ventana.

— Ya apenas me acuerdo de cuando era campesino y miraba al cielo con inquietud pidiendo la lluvia o suplicando que no llegara el granizo –dijo Andrés.

Su hija le abrazó, ella era realmente lo único que le ataba a la vida, para bien o para mal, ya no se veía capaz de hacer mucho más con los años que le quedaban.

— No lo pienses más, aquel hombre merecía la muerte, fue muy malo contigo y con otra gente. ¿Qué importa ya lo que has hecho? Tú no le condenaste, lo hizo el juez –dijo Isabel.

Las palabras de su hija no le consolaron, realmente a él no le importaba la muerte del conde, pero sí la vida tortuosa de Ana, la muerte de María y el no saber nada de su hijo Marcos, pero él no le podía contar nada a su hija, tenía que guardar todo eso para sí.

— Bueno, será mejor que yo mismo inicie la búsqueda. ¿Vienes conmigo? –preguntó Andrés.

A Isabel le alegró que su padre saliera de aquel ensimismamiento y se decidiera a hacer algo por si mismo. Se abrigaron con dos capas ligeras y caminaron por la ciudad empapada por la lluvia nocturna, los dos escoltas les seguían de cerca, pero no interferían en su paseo. Los vecinos se acercaban a Andrés, le exponían alguno de sus problemas o simplemente le felicitaban por su trabajo. El cariño de los vecinos fue animándole y cuando llegó enfrente de la vieja casa de Serafín se encontraba mucho mejor.
La casa estaba abandonada, como si nadie la habitara desde hacía años. Andrés llamó a la puerta de al lado y cuando una mujer muy anciana salió para atenderle, el gobernador la sonrió.

— Disculpad que os moleste, aquí antes vivía la familia de Serafín Magro, en concreto su hijo Pablo. ¿Sabéis algo de él? –preguntó Andrés.
— Ya han venido otros preguntando lo mismo y a todos les he contestado igual. No lo sé. Hace como catorce años que aquel joven se fue y no dejó dicha su nueva dirección –dijo la anciana.

Andrés la miró fijamente a los ojos. Las arrugas de la cara de la anciana se habían comido lo que en otro tiempo debió ser una mirada seductora y femenina. Él sabía leer en la mente de las personas y tratarlas de tal manera que se abrieran.

— No queremos hacerle ningún mal, conocí a su padre Serafín y le prometí que daría una cosa a su hijo. ¿Lo entiende? –dijo Andrés.
— No estoy sorda ni soy tonta, simplemente soy vieja. Claro que lo entiendo –dijo la mujer frunciendo el ceño.
— Pues, ¿podría darnos alguna pista? –preguntó Isabel, que hasta ese momento había estado en silencio.
— Lo único que sé, es que cuando se fue dijo algo de empezar una nueva vida en el monte, en la sierra. Hay un pueblo en el que se vendían unos campos y donde él quería criar vacas –dijo la mujer.
— Pero, si Pablo era albañil –dijo Andrés.
— La gente cambia –dijo la mujer.
— ¿Recodáis el nombre del pueblo? –preguntó Isabel.
— Era algo de día, amanecer…
— ¿Alba? –preguntó Andrés.
— Sí, eso es, la palabra era alba y algo más. Pueblo del alba, puede ser.

Uno de los miembros de la escolta se adelantó un paso y con cierto temor dijo:

— Señor Conde, si me permitís. Soy un vecino nacido en un pueblo de la serranía llamado Collado de Villalba, es algo más

que una aldea y la mayoría de sus habitantes se dedican a criar vacas.

— Gracias, soldado –dijo Andrés.

— Ese es el pueblo, Villalba –dijo la anciana, al escuchar las palabras del soldado.

Andrés y su hija se despidieron de la señora y regresaron al alcázar a pie, como habían venido.

— ¿Qué harás, padre? –preguntó Isabel.

— Podría hacer que lo trajeran, pero prefiero ir yo. Me vendrá bien salir un poco de Magerit, a veces esta villa es demasiado fatigosa –dijo Andrés.

— Si lo deseáis, puedo ir con usted –dijo la joven.

El gobernador se giró hacia el escolta y le pidió con un gesto que se acercara.

— ¿Qué distancia hay hasta tu pueblo? –preguntó.

— Es un día de camino –contestó el soldado.

— Mañana partiremos para allí, tú vendrás con nosotros. ¿Hay algún lugar cercano en el que hacer noche? –preguntó Andrés.

— El pueblo es muy pequeño y sus casas muy modestas, pero hay un pequeño cenobio cercano. Sin duda los monjes os atenderán bien. Tienen buen queso, pan y vino –dijo el soldado.

— No se hable más. Mañana al amanecer partiremos para allí –dijo Andrés.

El viaje y el posible encuentro con Pablo animaron al gobernador y pasó el resto de la jornada de muy buen humor. Hacía muchos años había tomado ese camino para llegar a Magerit. Había sido un viaje duro y lleno de sinsabores, en cambio ahora, disfrutaría del viaje con su hermosa hija.

Capítulo 39

Año del Señor, 23 de septiembre de 1109

El camino hasta Collado Villalba fue realmente hermoso. Las encinas y los bosques de madroños y pinares se sucedían casi ininterrumpidamente. Únicamente algunas tierras de cultivo en el camino y minúsculos pueblos rompían con la hermosa belleza vegetal que lo inundaba todo. Cuando llegaron a la altura de una hermosa torre fortificada, Andrés se giró en la carroza y contempló la vista. La gran llanura en la que se encontraba Magerit estaba completamente alfombrada por las verdes copas de los árboles. Un mar color esmeralda se mostraba a sus pies y contrastaba con el cielo azul de aquella hermosa jornada.

— Hace más de veinte años observé este mismo hermoso paisaje. Es una tierra fértil y productiva, generosa y salvaje. Espero que siga siéndolo para siempre –dijo Andrés.

Sabía que sus deseos eran muy difíciles de cumplir. Cada vez llegaban más colonos a la villa. La reina Doña Urraca había continuado la política de repoblación de su padre. Aunque el reinado de la monarca no estaba resultando sencillo. En el reino de Galicia, el obispo de Santiago y una facción de nobles descontentos, se habían opuesto al matrimonio de la reina con Alfonso de Aragón. Muchos temían que los aragoneses terminaran dominando Castilla, León y el resto de reinos que componían la corona. Una guerra civil se estaba gestando y Magerit se encontraba en el camino de acceso de la meseta castellana y el reino de Toledo. Andrés temía que ahora los cristianos divididos pelearan entre sí y los musulmanes aprovecharan sus luchas intestinas para regresar con sus ejércitos.

— ¿Qué pensáis padre? –preguntó Isabel.

— Me preguntaba, ¿cuánto dudará la paz? –dijo Andrés.

— Me temo que poco. Vivimos en una época difícil –contestó Isabel.

La joven había conocido muchos años de tranquilidad en Granada, aunque los rumores de guerras y razias contra Castilla y otros reinos eran constantes. Ahora que estaba en una zona que todavía se consideraba de frontera, era consciente de que el peligro de la guerra era aún mayor.

Cuando llegaron al repecho del camino, los caballos se relajaron y el grupo paró a beber en un arroyuelo cercano, después retornaron al camino y cuando comenzaba a llegar la tarde, cruzaron un pequeño

puente de madera, unos minutos más tarde vieron las primeras casas de Villalba. No había más de quince o veinte pequeños edificios de piedra, rodeando una iglesia pequeña sin campanario. Una plaza pequeña, en la que había una gran roca grabada, era el centro de reunión de los vecinos.

Cuando el alcalde se enteró de que un caballero tan ilustre llegaba a la aldea, salió a recibirlo con los hombres más importantes del pueblo. En aquella época Alpedrete y Villalba formaban un único municipio, pero entre ambos no sobrepasaban los cien vecinos.

— Señor Conde de Córdoba, es un honor tenerle en este humilde lugar –dijo el alcalde cuando Andrés bajó del carruaje.

— Gracias, señor alcalde. Este viaje es personal, no vengo de forma oficial. Lo cierto es que busco a un amigo llamado Pablo del Pozo –dijo Andrés.

El alcalde se quedó pensativo. No le sonaba aquel nombre y él conocía a toda la gente de la comarca.

— Es un hombre que vino aquí hará unos quince años y compró unas fincas para criar vacas, puede que esté casado –dijo Andrés

— No estoy seguro –dijo el alcalde rascándose la cabeza.

El soldado natural del pueblo se acercó hasta Andrés y le pidió que le dejara hablar a él.

— El conde sabe que este pueblo está bajo la autoridad de la ciudad de Segovia, no quiere interferir en vuestros quehaceres. El hombre del que habla es un amigo y viene a entregarle una cosa de parte de su difunto padre –dijo el soldado.

Los vecinos de Villalba asintieron y al saber que el conde venía con buenas intenciones, el ambiente se alivió y todos comenzaron a sonreír

— Pablo Magro era vecino de Magerit y vino hace años. Está en una dehesa cerca del río, allí vive con su mujer Sara y sus dos hijos varones. Aunque ahora se hace llamar de otra manera –dijo el alcalde.

— Es muy tarde para ir hasta allí –dijo Andrés-, esta noche descansaremos en el pequeño monasterio que hay cerca de aquí.

— No, por favor, pueden hacerlo en mi casa. Es modesta, pero está limpia y tengo dos habitaciones para invitados –dijo el alcalde.

Decidieron pasar la noche en el pueblo. El alcalde organizó una cena en la plaza del pueblo y acudieron a ella los vecinos más ilustres de la pequeña villa. Asaron un cordero y carne de ternera. El olor era tan agradable, que hasta Andrés, que últimamente se abstenía de comer carne, no pudo desaprovechar la oportunidad. Después de la cena se

retiraron a las habitaciones. Aquella casa recordó a Andrés, su tiempo de juventud. La vida en el campo se había convertido en un tiempo de felicidad para él, apenas recordaba la brutalidad con la que le trataba el señor de las tierras que trabajaba o lo duro de las faenas diarias. El hombre siempre recuerda los buenos momentos pasados y crea una neblina sobre todo lo malo, como si deseara balancear a la vida de su lado más amargo, a su lado más dulce.
Mientras Andrés se tapaba con las mantas, pensó en el día siguiente. Al fin podría pagar su deuda con Serafín, aquel hombre le había salvado la vida y, lo más importante, le había enseñado que el valor y el honor, no están reñidos con la inteligencia.

Capítulo 40

Año del Señor, 24 de septiembre de 1109

Corría un aire fresco que le hizo tiritar al salir de las mantas. Bajó al salón de la casa y tomó junto a su hija Isabel unas gachas frías y un poco de vino dulce. Después, se despidieron del alcalde, pero cuando salieron a la plaza, una multitud se agolpaba para saludarles. Había corrido la voz de que estaban en Villalba y gente de los alrededores había acudido al pueblo para ver al conde de Córdoba y su hermosa hija.

Cuando entraron en el carruaje, Andrés respiró aliviado. No era capaz de acostumbrarse a levantar tanta expectación. La comitiva salió del pueblo y cruzó varios campos, el camino era pedregoso y la carroza se zarandeaba, mientras que Isabel y su padre intentaban disfrutar del día sin marearse demasiado.

Cuando llegaron al prado junto al río, contemplaron una casa hermosa, grande, de dos plantas, con la parte inferior de piedra y la superior de adobe, con vigas de madera y un tejado de paja nueva. Al lado de la casa pastaba medio centenar de vacas grandes y lustrosas, las más hermosas que Andrés había visto en toda la comarca.

Cuando llegaron hasta la casa y pararon la carroza, dos chicos de trece y doce años salieron a la puerta. Era temprano y parecía que los jóvenes no habían comenzado las tareas cotidianas. Andrés y su hija se apearon del carruaje y los dos jóvenes les saludaron con una reverencia.

Una mujer muy bella a pesar de haber dejado su juventud, salió de la casa, se secó las manos en un hermoso mandil y se aproximó hasta ellos.

— ¿Qué se les ofrece a vuesas mercedes? –preguntó la mujer.

El soldado se adelantó un paso y contestó:

— El conde de Córdoba y su hija buscan a Pablo Magro.

— Es mi esposo, pero no está en casa. Se encuentra junto al río, recogiendo leña.

— ¿Seríais tan amable de llevarnos ante él? –dijo Andrés.

— Sí, señor conde. Mis hijos os acompañarán –contestó la mujer.

Isabel se quedó en la casa con la mujer, mientras un miembro de la escolta, los dos jóvenes y Andrés iban a buscar a Pablo. La hierba comenzaba a crecer entre la maleza seca del invierno, pero los jóvenes les llevaron por un sendero hasta la orilla del río. Aves de todas clases revoloteaban sobre ellos y muy cerca del agua vieron una pequeña

carretilla llena de leña.
Andrés se fatigaba con facilidad y enseguida notaba un molesto dolor en el pecho, como si se le fuera a salir el corazón por la boca. Cuando llegaron hasta la carretilla, los dos chicos salieron en busca de su padre. Un par de minutos más tarde llegaron con un hombre algo mayor que Andrés, pero más musculoso y fuerte. La vida en el campo le había mantenido en forma y si no hubiera sido por el pelo gris y las arrugas del cuello, Pablo hubiera parecido mucho más joven.

— ¿Pablo Magro? –preguntó el soldado.
— Sí, que desean. Estoy al día en mis impuestos y que yo sepa no he cometido ningún delito –dijo Pablo muy serio.
— No le buscamos por eso. Este hombre es el Señor conde de Córdoba y quiere hablar con vos –dijo el soldado.

Pablo se acercó hasta Andrés, se quitó el sombrero e hizo un gesto a sus hijos para que le imitaran.

— ¿Sois Pablo Magro, hijo de Serafín Magro, vecino de Magerit, de profesión albañil? –preguntó Andrés.
— Sí, señor.
— Yo conocí a vuestro padre, no sé si os acordáis de mí.

Pablo frunció los ojos y le miró más detenidamente. Su rostro le era familiar, pero no lograba reconocerlo.
Andrés pidió al guarda que se retirara a un lado, Pablo hizo lo mismo con sus hijos y los dos hombres caminaron hacia la orilla del río.

— Ahora me conocen con el nombre de Andrés, pero en otro tiempo todo el mundo me llamaba Santiago Buendía –dijo Andrés.
— ¿Santiago Buendía? No es posible, ese hombre se fue hace veinte años con mi padre a Granada y no regresaron ninguno de los dos –dijo Pablo.
— Es cierto, el emir de los almorávides nos tomó como prisioneros junto a Abu, el hombre al que acompañábamos. Vuestro padre y yo estuvimos varios años en la ciudad y luego él murió.

El rostro de Pablo se ensombreció. Cada día se acordaba de su padre, pero nunca había asumido su muerte, como si viviera en un eterno viaje del que ya no retornaría jamás.

— ¿Cómo murió mi padre? –preguntó Pablo con el semblante triste.
— Fue rápido, en plenas facultades y me entregó algo para vos –dijo Andrés.
— ¿Algo para mí? –preguntó Pablo.
— Sí, vuestro padre estaba preocupado, pensaba que el conde de Astorga os debió dejar sin nada –dijo Andrés.
— El conde me quitó casi todo, impidió que trabajara para el

concejo y al final decidí que era mejor marcharse y comenzar una nueva vida. Mi familia y yo hemos vivido durante generaciones en Magerit, pero ya no podía resistir más. Aunque si os digo la verdad, no echo de menos ese bullicio y la prisa -dijo sonriente Pablo.

— Os entiendo –dijo Andrés.

Se sentaron en una roca frente al río. Una brisa suave bajaba de las cercanas montañas y el mundo parecía completamente en armonía, como si todos aquellos años hubieran sido un sueño y aquellos dos hombres hablaran como amigos, despreocupadamente.

— Vuestro padre ocultó parte de vuestra fortuna en la muralla. Me dijo el lugar exacto en el que estaba, os he buscado durante semanas, pero no podía encontraros.

— No dije a dónde me dirigía. Simplemente quería comenzar de nuevo, además mi esposa…

— ¿Qué sucede con vuestra esposa? –preguntó Andrés.

— Ella es judía, por eso preferíamos vivir en un mundo apartado y tranquilo –dijo Pablo.

— Bueno, todos guardamos nuestros secretos –contestó Andrés.

Los dos hombres sonrieron y durante unos segundos permanecieron en silencio.

— Por cierto, quiero daros esto. Me quema en la mano si os soy sincero –dijo Andrés, mientras dejaba sobre la roca una pesada bolsa de monedas.

Pablo abrió la bolsa y al ver su contenido se quedó boquiabierto.

— Es mucho dinero.

— Sí, para comprar más tierras y hacer una casa más grande –comentó Andrés.

— No necesito ni lo uno ni lo otro –contestó Pablo.

— Pues vos veréis lo que hacéis con la bolsa, es vuestra –dijo Andrés levantándose de la roca y limpiando sus calzas.

El hombre se quedó pensativo, después tomo la bolsa y se la entregó a Andrés.

— Por favor, dé el dinero a los pobres de la ciudad, construya un hospital…No quiero tanto dinero en casa.

Andrés se quedó sorprendido, aquel no era un comportamiento normal.

— Piénselo bien, puede que sus hijos lo necesiten más adelante.

— No, el dinero lo único que hace es corromperlo todo. Lléveselo, por favor.

Pablo le pasó la bolsa y Andrés la tomó de nuevo. Caminaron juntos hasta la carretilla. Uno de los chicos la cogió y todos se dirigieron hacia la casa. Cuando llegaron, Isabel y Sara charlaban animadamente.

— Muchas gracias por todo –dijo Pablo.

— No, se lo había prometido a vuestro padre –dijo Andrés.

— Quédense a comer –propuso Sara.

Andrés negó con la cabeza, quería alejarse de la casa. De esa vida sencilla que denunciaba la vanidad de sus ambiciones y la fatuidad de la vida. Aquel encuentro le había atemorizado, porque había arrojado sus excusas al estercolero de las mentiras mil veces repetidas.

Cuando el carruaje se alejó de la dehesa, Isabel miró a su padre. Le vio de nuevo cabizbajo y se preguntó por la fuente de todo ese pesar. En el camino real, Andrés volvió a alegrase levemente, había sido fiel a un amigo y había cumplido su palabra. Cuando casi al anochecer llegaron a Magerit, se sintió de nuevo en casa. Podía asegurar que en hacer el bien había mayor satisfacción que en hacer el mal, aunque la mayoría de los hombres amaran más lo segundo.

Cuarta Parte:
Encadenada a la vida

"...populetis vicum Sancti Martini de Maidrit, secundum forum Burgi Sancti D(omi) nici vel Sancti Facundi …".

Carta de Población del Vicus Sancti Martini, concedida por Alfonso VII en 1126. Archivo Histórico Nacional

Capítulo 41

Año del Señor, 25 de octubre de 1111

La ciudad era un hervidero de gente, Urraca había reunido un formidable ejército contra su esposo Alfonso I de Aragón y gente de todo el reino había llegado a la ciudad para unirse al ejército, intentar hacer negocio o simplemente buscando un poco de aventura. El joven Marcos caminó entre la multitud y se aproximó a uno de los reclutadores. El hombre no levantó la vista, únicamente preguntó su nombre. Marcos mintió instintivamente, su padrastro había perdido su título nobiliario de conde de Astorga, también todos sus bienes, por lo que utilizar un nombre desprestigiado no era la mejor forma de ganar fama y fortuna.

— Alfredo de Miranda –dijo el joven.

— ¿Tenéis armas? –preguntó el reclutador.

— Sí tengo, también caballo y armadura.

El soldado levantó la vista y frunció el ceño. No era normal que un simple campesino o un comerciante estuvieran tan bien armados.

— ¿Cómo es que poséis armas de caballero?

— Fui paje del Cid campeador, hasta hace un tiempo, después serví a su esposa Jimena en Valencia.

Los soldados lanzaron una risotada. Aquel joven era un fanfarrón, pero necesitaban hombres de caballería. El rey aragonés le superaba en número y sobre todo en soldados a caballo.

— Está bien, vete con mi compañero él te dirá con quién lucharás –dijo el soldado.

Marcos caminó detrás del hombre. No debía olvidar, que a partir de ese momento su nombre era Alfredo. Cuando llegó a la explanada detrás del monasterio, un centenar de hombres con sus caballos, esperaban el aviso para partir a los campamentos al sur de la ciudad.

— ¿Sois burgalés? –preguntó un joven soldado que tenía al lado.

Marcos era de Magerit, al menos esa había sido su villa durante un tiempo, pero buena parte de su vida había pasado en Valencia.

— Soy de Valencia –dijo Alfredo.

— ¿Valencia? Creo que eres el único de ese reino entre nosotros. La mayor parte de los voluntarios somos asturianos, burgaleses, segovianos, vallisoletanos y leoneses.

— He venido desde lejos para luchar por la reina Urraca –dijo el joven.

Un caballero ordenó al grupo que montara, guardara la fila y saliera

de la ciudad ordenadamente. Cuando llegaron al campamento la tarde ya estaba entrada. El frío comenzaba a calar los huesos de los soldados y la lluvia, intermitente durante todo el día, comenzó a ser más intensa.

— Vosotros dormiréis en esas tiendas –dijo el oficial.

El joven burgalés, que antes le había hablado caminó a su lado hasta la gran tienda y pasó primero. Una vez dentro, pudieron quitarse la armadura, la cota de malla y descansar un poco.

— No me presenté antes, mi nombre es Rodrigo –dijo el joven.

— Yo soy Alfredo –contestó secamente. No le gustaba hacer amigos; los que no le habían traicionado cuando era más joven, habían muerto luchando contra los moros.

Fueron a por la cena y volvieron a empaparse por la intensa lluvia. La comida no era buena ni abundante, pero Alfredo llevaba tres semanas comiendo pan duro, vino avinagrado y algo de tocino, por eso no hizo ascos al plato caliente y el pan tierno.

En Valencia no tenía futuro. Ahora él era uno más de la plebe, no tenía ningún privilegio, ni siquiera utilizar su experiencia de oficial en el ejército. Las dos únicas cosas que le quedaban eran su espada y su caballo.

— ¿Has combatido antes? –preguntó Rodrigo.

— Sí, muchas veces –contestó Alfredo.

— ¿Dónde?

Lo cierto era que nunca se había enfrentado en batalla, había seguido a doña Jimena tras su huida de Valencia en 1102. Había viajado con ella por varios lugares y un año antes se habían asentado en una zona cercana. Él había regresado a Valencia para probar suerte, pero no se acostumbró a vender su espada a los moros. Por eso prefirió regresar a Castilla y probar suerte en el bando de Doña Urraca.

— En Valencia sobre todo –mintió Alfredo.

Su vida había sido una gran mentira desde que su madre se casó con el conde de Astorga. Lo único bueno que había recibido de él, había sido la oportunidad de hacerse caballero, el aprender a leer y escribir y un título, que había perdido antes de heredarlo.

Cuando se durmieron sus compañeros, él todavía se quedó un tiempo pensando en qué haría si sobrevivía. No tenía muchas opciones: convertirse en mercenario, regresar a Magerit e intentar encontrar a su tía María y su primo o quedarse en el ejército de la reina, si es que le aceptaban después de la batalla. No deseaba ninguna de las tres, pero la vida es siempre la elección de la opción menos mala.

Capítulo 42

Año del Señor, 26 de octubre de 1111

El campo de batalla estaba inundado. Los soldados se hundían en el fango a medida que avanzaban por la gran explanada de Fresno de Cantespino, pero al amanecer los dos ejércitos estaban frente a frente. El ejército de Alfonso I de Aragón se encontraba en orden de batalla. Sus uniformes relucían bajo la lluvia y los rostros fieros de los soldados expertos imponían temor al bando castellano. Los hombres de Doña Urraca no componían realmente un ejército. En su mayor parte eran campesinos, pequeños señores e hijos de comerciantes, gentes que nunca habían luchado en una batalla y que no aguatarían la sacudida de un ejército enemigo.

La división en el bando castellano era tan patente, que sus comandantes Pedro González de Lara y el conde de Candespina, Gómez González Salvadórez, discutieron antes de comenzar la lid. Don Pedro, el encargado de llevar la vanguardia, le gritaba a su compañero Don Gómez que era inútil presentar batalla y este le respondía a viva voz que era un cobarde.

Los hombres de Castilla y León temblaban por el frío que les calaba los huesos y el temor a enfrentarse a aquel ejército que había tomado Toledo y otras ciudades, victorioso en muchas batallas y que les superaba en número.

Cuando el ejército de Alfonso de Aragón avanzó, Don Pedro se puso al frente de sus hombres, pero cuando los fieros aragoneses se aproximaron a sus filas, el comandante y algunos de sus soldados huyeron a caballo.

El joven Alfredo observó como los aragoneses se lanzaban contra ellos. Era demasiado tarde para huir, pero sin comandante, el centenar de jinetes caería rápidamente frente al enemigo. Alfredo desenvaino la espada y la levantó en alto, después dio un alarido y se dirigió de frente contra la caballería aragonesa.

El choque fue brutal. Algunos caballos se encabritaban por el miedo, derrumbando a sus jinetes, las espadas chasqueaban, mientras las flechas de los arqueros pasaban sobre sus cabezas. Alfredo derrumbó a un aragonés, pero otros dos fueron a por él.

— Hagamos un círculo –gritó Alfredo.

Los caballeros le obedecieron y consiguieron resistir la envestida, aunque todo su esfuerzo fue inútil. El resto de la línea de defensa huía despavorida. Si no escapaban ellos, se verían atrapados dentro de

ejército enemigo.

— ¡Retirada! –gritó Alfredo.

Los sesenta jinetes que quedaban en pie le siguieron. Mientras escapaban hacia la seguridad de la ciudad de Burgos, Alfredo maldijo su suerte, aquella derrota le hacía perder dos de las opciones que había planeado. Ahora tendría que volver a Magerit e intentar que su tía María le ayudara. No estaba seguro si se acordaría de él después de tantos años, pero era lo único que quedaba de su familia. Su padre había muerto hacia años o al menos eso era lo que el creía. Cuando el ejército en retirada llegó a la ciudad, Alfredo ya había tomado una decisión. No pasaría de aquella noche sin que dirigiera sus pasos a Magerit. Era hora de regresar a casa.

Capítulo 43

Año del Señor, 30 de octubre de 1111

La ciudad de Magerit se erguía orgullosa sobre el alto, cuando Alfredo entró en el último tramo del camino. La villa parecía más grande que la última vez que estuvo en ella. El alcázar tenía unas altas torres de defensa, la muralla había sido reforzada y en los arrabales había unas rudimentarias defensas, que producían más tranquilidad que seguridad.

Alfredo tomó el camino principal, cuando atravesó la puerta de la Vega descubrió que era día de mercado y gente de toda la comarca se reunía para vender y comprar todo tipo de cosas. Cuando llegó enfrente de la casa de su tía le extrañaron dos cosas. La primera fue que todas las contraventanas estaban cerradas y la segunda que las flores de sus balcones colgaban secas. Alfredo se acercó hasta la puerta y golpeó con fuerza. Nadie le abrió, pero una de las vecinas se acercó a él y le preguntó a quién buscaba.

— ¿Doña María no está en casa? –preguntó el joven.

— No, hace más de un año que murió al caerse de la muralla. Nadie supo nunca que hacía allí, pero le encontraron un puñal en la mano. A lo mejor huía de algún ladrón –dijo la señora.

Andrés se quedó horrorizado, tenía la esperanza de que su tía le prestara algo de dinero, tal vez podía poner un pequeño negocio o comprar unas tierras de labranza, pero ahora no tenía nada que hacer y no podía revelar su verdadera identidad.

El joven caminó aturdido entre el gentío. Sin saberlo se dirigía al alcázar, seguramente de una manera instintiva, como si madre todavía estuviera allí. La entrada estaba vigilada por dos soldados, se quedó mirando hacia dentro y al final uno de los soldados se acercó a él.

— ¿Os encontráis bien? –preguntó el soldado, pero no obtuvo respuesta, el joven se desplomó antes de que pudiera sujetarlo.

Cuando Alfredo se despertó enseguida se dio cuenta de dos cosas. La primera, fue que se encontraba dentro del alcázar. Alguien le había llevado hasta una de las habitaciones de la guardia y ahora descansaba en una cómoda cama de sábanas blancas y limpias. La segunda, que una dama y la que parecía su criada, le observaban desde un lado de la cama.

— ¿Estáis mejor? –preguntó la dama.

— ¿Dónde me encuentro? –dijo Alfredo mirando a todas partes.

— Estáis en el alcázar, mi nombre es Isabel y está es mi dama de

compañía, Inés. Os desmayasteis delante de la puerta, el médico que os observó nos dijo que debíais llevar varios días comiendo muy poco y que tenéis una isla en el muslo mal curada –dijo Isabel.

— Muchas gracias por vuestro cuidados, pero debo irme –dijo Alfredo levantándose de la cama, aunque enseguida notó que apenas tenía fuerzas y volvió a derrumbarse en ella.

— No os mováis. Inés ha preparado un caldo para vos, después comeréis algo de carne. En un par de días estaréis repuesto del todo –dijo Isabel.

Alfredo observó detenidamente a la joven y se quedó sorprendido de su belleza. Su rostro algo moreno y sus grandes ojos negros contrastaban, con unos labios gruesos y carnosos, el pelo rizado estaba recogido en una larga coleta.

— Sois muy amable, pero no quiero ocasionaros más problemas –dijo el joven.

— Es deber de los buenos cristianos ayudar al que está en apuros –comentó Isabel.

Aquellas palabras no sentaron bien a Alfredo, no deseaba que nadie tuviera lástima por él. Inés se acercó a la cama, se sentó a un lado y empezó a darle cucharadas de sopa. Al principio el joven se resistió orgulloso, pero tenía tanta hambre que terminó cediendo.

— ¿Qué buscáis en Magerit? –preguntó Isabel.

— Trabajo, luché hace unos días en la batalla contra el rey Alfonso de Aragón, muy cerca de Burgos –dijo el joven.

— Escuchamos sobre esa batalla, últimamente hay demasiadas guerras –dijo Isabel.

— Mi oficio es luchar, por eso no puedo quejarme de que haya guerras, ¿no creéis?

— Los caballeros también pueden defender a los débiles, hacer justicia, rescatar a las damas y defender la ciudad –dijo Isabel. Después sonrió y dos hoyuelos aparecieron debajo de sus pómulos.

— Sin duda, pero en tiempos de paz se necesita a menos hombres –comentó Alfredo.

— Si os parece bien, puedo pedir al capitán de la guardia que hable con vos. Puede que necesiten hombres para la guardia de la muralla o el alcázar –dijo Isabel.

Alfredo frunció el ceño. Aquella joven era demasiado atrevida, a lo mejor pensaba que él no era suficiente hombre para ganarse el sustento. Inés acercó la carne, que previamente había partido y comenzó a darle de comer de nuevo.

— Ya lo hago yo –dijo el joven. Después tomó el plato y comió con las manos.

Inés se puso en pie, dijo algo al oído de su ama y las dos jóvenes se rieron. Alfredo dejó de comer y las miró muy serio.

— No nos reímos de vos, más bien lo hacemos de vuestro apetito voraz –dijo Isabel.

— No soy un bufón –dijo el joven.

— Sin duda no lo sois –contestó Isabel sonriente.

Cuando terminó de comer, las dos jóvenes se llevaron el plato y él se tumbó para descansar un poco más. Se iría antes de que anocheciera, por eso era mejor que recuperara fuerzas.

Cuando se despertó, un hombre algo mayor que él estaba enfrente suyo. Por sus ropas debía tratarse del capitán de la guardia.

— Me han comentado que estáis buscando algún lugar en el que servir como soldado –dijo el capitán.

— Si, pero no os preocupéis. Será mejor que vaya a Toledo, allí imagino que tendré más oportunidades –dijo Alfredo.

— Me han dicho que luchasteis a favor de la reina en la Batalla del Campo de la Espina, no creo que eso les guste mucho a los hombres del rey Alfonso de Aragón que ahora dominan la ciudad –dijo el capitán.

— Me da igual, lo intentaré en Sepúlveda o en otra ciudad –dijo el joven.

— No seáis orgulloso, ser pobre no es ningún crimen. Necesito a un hombre que me ayude en una de las puertas de la ciudad. a veces es sencillo encontrar brazos fuertes, pero no cabezas pensantes, ya me entendéis. Vos parecéis un caballero, ¿podríais servir al conde de Córdoba? –preguntó el capitán.

Aquellas palabras recodaron a Alfredo, que el culpable de todas sus desgracias era ese hombre. Tal vez si se quedaba en la ciudad, podría ajustar cuentas con él.

— Acepto, si lo deseáis hoy mismo puedo comenzar a custodiar la puerta –dijo el joven.

— No hace falta, es mejor que recuperéis fuerzas del viaje y vuestra pierna sane. Isabel, la hija del conde y su criada Inés os atenderán con gusto. No hay muchos entretenimientos en este alcázar.

— ¿Isabel es la hija del conde? –preguntó Alfredo.

— Sí, ella es su hija. ¿Por qué lo preguntáis?

— Simple curiosidad –dijo el joven.

El capitán cruzó los brazos y muy serio le dijo al joven:

— No os acerquéis a la joven. Su destino no es casarse con un caballero sin fortuna, será condesa cuando su padre muera y se casará con alguien de su alcurnia –dijo el capitán.

— No me interesa Doña Isabel ni ninguna mujer de este alcázar, no os preocupéis –dijo el joven.

Cuando se volvió a quedar a solas, una idea le rondaba la cabeza. Ya sabía como hacer daño a ese maldito conde, su venganza no se haría esperar. Le devolvería con creces, todo el daño que le había causado.

Capítulo 44

Año del Señor, 5 de noviembre del 1111

Aquellos primeros días se le habían pasado volando. Se levantaba temprano para hacer la guardia en la puerta de la Vega. Él era el oficial encargado de abrir la puerta, cobrar los impuestos de entrada de mercancías y controlar que los ladrones no camparan a sus anchas en la villa. Le gustaba el trabajo, cada día era totalmente distinto. Cuando había mercado, debía cerrar las cuentas de las tasas cobradas a los comerciantes y hortelanos, el resto de los días podía pasar algunos ratos en la sala de descanso, comer tranquilo y sacar algo de dinero extra al hacer la vista gorda de algunas mercancías de contrabando. Por la noche regresaba a su habitación en el alcázar y, cuando el capitán no cenaba con el conde, ambos comían juntos.
Isabel se mantenía distante de él, como si intuyera que algo terrible le pasaría si se acercaba demasiado. Él tampoco encontraba la forma de hablar con ella. Cuando regresaba de sus guardias, ella ya estaba cenando con su padre o acostada.
Una de las mañanas de mercado, Andrés observó que la carroza del conde se aproximaba. Únicamente le había visto de lejos, pero tenía su rostro grabado en la mente. El carruaje se detuvo frente a la puerta y el conde se impacientó, comenzando a golpear con la mano la portezuela de madera. Alfredo empujó a los transeúntes para que despejaran la salida. Después obligó a un carro con bueyes a que se echara a un lado. La carroza salió por la puerta, pero apenas había avanzado unos metros, cuando los caballos se asustaron, el cochero intentó calmarlos, pero comenzaron a galopar a toda velocidad. El cochero se puso en pie y tiró de las riendas con todas sus fuerzas, pero los caballos no se calmaron y el cochero se escurrió y cayó al suelo.
Alfredo reaccionó instintivamente, saltó sobre un caballo y persiguió a la carroza que comenzaba a dar tumbos y acercase al borde del camino. Cuando el joven alcanzó el carruaje intentó coger las rindas de los caballos, pero no pudo. Entonces dio un salto hasta el pescante de la carroza y tomó las riendas. Tiró primero con fuerza y después fue soltándolas poco a poco. Unos segundos después, los caballos se habían detenido.
El conde se asomó por la ventana. Estaba morado y sus ropas sucias, como si hubiera vomitado. Alfredo se bajó de la carroza y cuando llego hasta el hombre, se dio cuenta que se estaba asfixiando. Lo inclinó hacia delante y le dio en la espalda, hasta que el conde tosió y

comenzó a respirar mejor.
Alfredo le desató el cuello de la camisa y le tumbó dentro del carruaje. Unos minutos más tarde, varios soldados con el capitán llegaron hasta ellos.

— ¿Está bien el conde? –preguntó el capitán, mirando en el interior de la carroza.

— Sí, vomitó y casi se ahoga, pero ya se encuentra mejor –dijo Alfredo.

Uno de los soldados se subió al carruaje y lo llevó de nuevo a la villa. Alfredo tomó las riendas del caballo y comenzó a caminar hacia su puesto. El capitán se puso a su lado y le dijo:

— Habéis sido muy valiente arriesgando vuestra vida por la del conde, sin duda os recompensará.

— Únicamente he cumplido con mi deber –contestó Alfredo.

Cuando llegaron a la puerta contemplaron la multitud que se había reunido para ver lo que sucedía. Alfredo echó al gentío y entró en la sala a tomar un poco de vino. Se encontraba agotado, pero satisfecho. Aquello había sido un verdadero golpe de suerte.
Por la tarde, un soldado comunicó a Alfredo que el conde deseaba verlo cuanto antes. El joven se colocó la capa y caminó detrás del soldado hasta el alcázar. Después subió las escaleras hasta el salón principal. El joven no había estado en esa parte de la fortaleza desde que su padrastro lo envió a Valencia como paje del Cid. Algunas cosas habían cambiado, pero la mayoría de los muebles, alfombras y cortinajes eran los mismos de su infancia.
El conde le esperaba sentado en una silla de madera amplia, el trono que su antecesor se había hecho construir por sus delirios de grandeza.

— Adelante –dijo el conde, cuando el joven se quedó en la puerta de la sala.

Alfredo caminó con paso firme hasta el trono. Después se paró y miró directamente al conde.

— Hoy me habéis salvado la vida. Ya soy un hombre viejo, pero todavía no puedo morir. No he tenido varones y mi hija todavía no esta casada. Por eso os lo agradezco de corazón. Pero el agradecimiento se demuestra con hechos, por eso a partir de este momento os nombro capitán de mi guardia personal y ordeno que cumpláis la primera de las misiones –dijo el conde.

Alfredo intentó disimular el profundo desprecio que sentía por aquel hombre, sonrió y le contestó:

— Es un honor servir al Señor conde como jefe de su guardia personal. Decidme en qué consiste la misión.

— Mi hija Isabel tiene que partir mañana para Segovia. Al fin he conseguido un pretendiente para ella, el hijo del conde de

Pedraza. Quiero que la acompañéis, yo me reuniré en un par de días con vosotros, tengo que resolver unos asuntos en la ciudad de Segovia antes de ir para Pedraza –dijo el conde.

— Será un honor.

— No se hable más. Descansad, pues mañana os espera un largo viaje.

— Gracias, Señor conde –dijo Alfredo.

Cuando el joven abandonó la sala y se dirigió a las dependencias de la guardia, se encontraba exultante. Aquel golpe de suerte le facilitaba mucho las cosas. Aquella noche lo celebró con el resto de sus compañeros, bebió más vino de la cuenta y se fue a la cama con la sensación de que su venganza comenzaba a tomar forma. Aquel maldito conde sufriría, por todo lo que le había hecho. Se fue con ese pensamiento a la cama, pero el vino le hizo recordar a sus padres. Su madre era una mujer sencilla, amorosa, que siempre le había protegido y había sufrido al verle marchar. De su padre apenas se acordaba, pero el último recuerdo que tenía de él era imborrable. Aquel último día en el arrabal donde vivían los moros. Apenas le había visto unos segundos, pero jamás le olvidaría, si estuviera cerca, seguro que estaría orgulloso de que vengara el honor de su familia.

Capítulo 45

Año del Señor, 6 de noviembre del 1111

Isabel miraba por la ventana del carruaje, mientras una lluvia fina inundaba los campos. Ya había hecho parte de ese camino en otra ocasión, pero con la diferencia de que aquel viaje podía determinar el resto de su vida. No es que no deseara casarse, pensaba muchas veces en ello, pero lo que no terminaba de convencerla era vivir el resto de su vida con un desconocido. El hijo del conde de Pedraza era conocido por su belleza, pero ella temía que su nuevo prometido no entendiera algunas de sus costumbres. Hacía unas semanas, con el apoyo de su padre, había abierto una escuela en el alcázar en la que los hijos de nobles y comerciantes aprendieran a leer y escribir, algo no muy normal en aquel tiempo. En aquella escuela, niños y niñas aprendían sin ningún tipo de limitaciones. ¿Respetaría su nuevo marido su deseo de enseñar? ¿Qué sucedería si se enterase que su madre era musulmana y ella había sido educada según sus costumbres?

En muchas ocasiones, Isabel había hablado con sus damas de compañía de todas sus inquietudes, pero por mucho que intentara imaginar como sería su vida con su prometido, no lo sabría hasta que se conocieran. También se preguntaba a veces, ¿cómo reaccionaría su padre si ella rechazaba a su prometido?

Intentó pensar en otra cosa mientras el carruaje cruzaba la parte más alta de las montañas. La dama de compañía que iba junto a ella, al verla tan pensativa le preguntó:

— ¿Os encontráis bien, mi señora?

— Sí, Inés.

— Parecéis melancólica esta mañana –comentó la dama.

— ¿Cómo estaríais si fuerais a conocer a vuestro esposo?

Inés creía que su señora era una mujer caprichosa, que no sabía apreciar los dones que le había concedido la vida.

— Imagino que como vos –contestó Inés.

— No me importa mucho que sea guapo, lo que realmente quiero es que me respete y entienda –dijo Isabel.

— Vuestro padre es un hombre considerado, por lo que me habéis contado, el siempre cuidó a vuestra madre y la dejó hacer las cosas que quería –dijo Inés.

— Es cierto, pero en Castilla las cosas son diferentes. Los hombres dominan a sus mujeres y está muy mal visto que estas tomen decisiones o simplemente hagan algo que supuestamente no le

corresponde hacer a una mujer –dijo Isabel.

Mientras hablaban, el caballo de Alfredo se puso a su altura e Isabel observó por unos segundos al joven. Era muy guapo, algo orgulloso y por lo poco que le había oído hablar, muy inteligente. Le había gustado desde el primer momento, pero Isabel sabía que eran los padres los que decidían qué hombre convenía a sus hijas. Al fin y al cabo, aquel soldado era poco más que un vagabundo, sin recursos, familia ni posibilidades de ofrecer una buena dote a su padre.

Inés miró detenidamente al joven y pensó que su ama veía en él mucho más que un simple soldado. Aunque si era sincera, ella también se sentía atraída hacia su gallarda figura.

— ¿Queda mucho? –preguntó Isabel.
— Sí, señora. Tendremos que hacer noche en alguna venta –dijo Alfredo.
— Bueno, al menos no está nevando –comentó la joven.
— Puede que al otro lado de las montañas sí encontremos nieve –dijo Alfredo.

Continuaron el camino sin percances. No era corriente que ladrones y pequeños grupo de moros atacaran a los viajeros, como veinte años antes, pero el camino seguía siendo difícil y en algunos tramos, peligroso.

Cuando llegaron a Cercedilla, Alfredo se acercó a la fonda y pidió al encargado que les preparase dos de las mejores habitaciones. Isabel e Inés estaban muy cansadas, por lo que subieron a la habitación para descansar un poco antes de la cena.

Cuando Alfredo observó a las dos jóvenes bajando por la escalera, mientras él esperaba, no pudo dejar de admirar su belleza; Isabel era morena, con el pelo rizado y largo, pero en ese momento recogido en una redecilla dorada. Su cuerpo era voluptuoso, aunque el vestido verde únicamente resaltaba sus pechos. Inés era rubia, de piel muy blanca y ojos azules, pero a pesar de su belleza, Alfredo no podía dejar de pensar en Isabel.

A pesar de sus deseos de venganza, el joven no podía negar que se sentía atraído por aquella mujer. Cuando se sentaron en la mesa y comenzaron a servirle la comida. Isabel hizo un gesto a Alfredo para que se acercase.

— Sentaros con nosotras. No podremos con tanta comida –dijo Isabel señalando la carne de cordero asado.

Alfredo dudó unos segundos, pero al final accedió a la invitación. Las dos damas le preguntaron sobre su vida, cómo era la guerra y en qué ciudades había estado. El joven disfrutó contando sus aventuras a las dos mujeres, aunque exagerara algunas de sus hazañas. Tomaron algo de vino y cuando fue muy tarde, se fueron a dormir.

Inés e Isabel no estaban acostumbradas y subieron las escaleras

tambaleándose un poco. Mientras la señora se quedaba dormida rápidamente, Inés aprovechó que nadie podía verla, para ir hasta la habitación de Alfredo. Llamó a la puerta y espero a que el joven la abriese. Cuando el hombre vio a Inés en la puerta, tuvo temor de que se enterara su ama, pero la joven, como si leyera sus pensamientos dijo:

— No os preocupéis, nuestra señora duerme.

Alfredo dejó entrar a la joven. Pensó que sería una buena aliada para conquistar a Isabel y que llevaba mucho tiempo sin yacer con ninguna mujer. Aquel era el primer paso de su traición y venganza, un paso dulce comparado con el resto de cosas que tendría que hacer para atraer a su víctima.

Cuando Inés regresó a su habitación, él se quedó pensativo sobre la cama, sintió como si hubiera traicionado a Isabel, a pesar de que ésta no fuera su prometida y planeara hacer daño a su padre. Después se acordó de nuevo de sus padres, de lo solo que se sentía y de lo poco que le separaba de la desesperación, pero cuando uno es joven, los pensamientos turbulentos suelen dejar pasó espontáneamente a otros mucho más superficiales. Intentó imaginar cómo sería su vida de conde, gobernando una ciudad y sin tener que preocuparse nunca más de su sustento. Gozando de los placeres a los que le había predestinado la vida.

Capítulo 46

Año del Señor, 7 de noviembre del 1111

Cuando partieron por la mañana, Isabel notó un comportamiento extraño en su dama de compañía. Le parecía que estaba como ausente, taciturna y algo melancólica. Al principio Isabel lo achacó al paisaje invernal y el frío de la montaña. A aquella altura la nieve cubría parte del camino y el frío les hacía acurrucarse debajo de una gran piel de oso. La escolta sufría más que ellas los rigores del invierno, pero Alfredo quería pasar las montañas antes de que se hiciera de noche y descansar en la villa de Segovia.

El camino de descenso fue más peligroso de lo que imaginaban. Muchas partes de la montaña estaban en sombra y la nieve se había helado. Los caballos se escurrían al bajar por el camino, pero lo más peligroso era la carroza.

En un recodo del camino, en el que la nieve helada ocupaba una importante parte del suelo, Alfredo le dijo al cochero que saliera un poco del sendero, pero con tan mala fortuna que el carruaje comenzó a escurrirse y los caballos asustados tiraron con fuerza, acercando el carruaje al abismo.

— ¡Cuidado! –gritó Alfredo.

Cuando Isabel miró por la ventana, observó que una de las ruedas giraba al borde del precipicio. Alfredo tomó las riendas de los caballos de tiro e intentó que avanzaran, pero sus cascos se escurrían en el hielo. Al final consiguió, que avanzaran un poco, pero eso no impidió que el cochero perdiera el equilibrio e hiciera al caer que la carroza se balanceara más hacia el abismo.

— ¡Salten del carruaje! –ordenó Alfredo.

Inés comenzó a gritar asustada y no lograba abrir la portezuela, Isabel la apartó e intentó abrir el pequeño enganche, pero no lo conseguía. La carroza se inclinó un poco más. Uno de los soldados se puso detrás e intentó empujar, pero el carruaje pesaba demasiado.

Isabel logró abrir la puerta y empujar a la dama de compañía, esta cayó sobre la nieve, pero aquello inclinó más el carruaje y cuando Isabel intentó salir, su vestido se enganchó.

Alfredo dejó las riendas y extendió la mano, para que la joven se ferrara a ella. Isabel alargó el brazo y rozó con sus dedos los del joven, entonces Alfredo en un último esfuerzo se agachó un poco más en el mismo momento en el que sus dedos se cerraron alrededor de la suave mano de la dama. El carruaje se terminó de balancear. El soldado se

apartó a un lado, pero las riendas de su caballo se enredaron en el hierro y cuando la carroza se precipitó al vacío, el cochero y el soldado con su cabalgadura, siguieron su misma suerte.
Cuando Isabel se levantó del suelo, se sentía magullada y asustada. El corazón le latía con fuerza y apenas notaba el frío de sus piernas sobre la nieve. Alfredo la subió a lomos de su caballo y el otro soldado hizo lo mismo con la dama de compañía. Ya no había nada que hacer con los otros dos hombres. Cuando llegaran a la siguiente curva, buscarían las cosas de valor que pudieran encontrar.
Mientras Isabel cabalgaba agarrada al pecho de Alfredo, sintió que en ese momento se había roto toda resistencia hacia él. Aquel joven le había salvado la vida arriesgando la suya, como unos días antes había hecho con la de su padre. Sin duda era un hombre valiente, un verdadero caballero aunque no poseyera un título. Desde ese momento decidió amarle hasta la muerte.
Mientras descendían por la montaña, el frío calaba los huesos de la joven. Alfredo le había prestado su capa hasta que lograron rescatar del carruaje un pesado abrigo de pieles. Al pie de las montañas y, a dos o tres horas de viaje de Segovia, pararon para comer algo e intentar recuperar la calma.
El soldado se acercó hasta una granja cercana y compró un queso, pan y salchichas. Mientras tanto, Alfredo había logrado encender una hoguera y las dos mujeres se acercaron para calentarse un poco.
Mientras el soldado calentaba la comida, Alfredo ofreció un poco de vino a las mujeres para que entrasen en calor.

— Gracias por salvarnos –dijo Isabel y después se echó a llorar.

Inés se acercó a ella y la abrazó. Alfredo observó las dos bellísimas caras de aquellas doncellas y por unos instantes creyó que se encontraba en el paraíso. Inés podría convertirse en una buena esposa. Él podría ascender y convertirse con el tiempo en el capitán del alcázar, tener hijos y envejecer feliz, pero le atraía más Isabel y el sabor de la venganza. Por alguna misteriosa razón, el ser humano busca siempre por caminos tortuosos su propia felicidad. Alfredo miró a los ojos de Isabel y pudo ver algo en ellos que no había contemplado hasta ese momento. Sin duda, aquella mujer le amaba perdidamente.

Capítulo 47

Año del Señor, 7 de noviembre del 1111

Isabel se quedó sorprendida de la belleza de la villa de Segovia. Aquella hermosa ciudad era de origen romano y todavía podían verse algunas ruinas y el imponente acueducto que atravesaba las afueras de la ciudad. En los últimos años, la ciudad había sido repoblada y embellecida por Raimundo de Borgoña, esposo de Doña Urraca. Ascendieron con sus caballos hasta el alcázar, que se había construido en la parte más alta de la ciudad, y observaron los campos de cultivo y los pequeños bosquecillos que les rodeaban. Después pidieron al señor del alcázar que les diera cobijo por aquella noche.

Cuando Isabel e Inés entraron en sus aposentos, se aproximaron a la chimenea encendida, para entrar en calor. El último tramo del viaje había sido muy duro; sin mucho abrigo, cabalgando y asustadas por lo que había sucedido.

El señor del castillo, Don Pedro de Guzmán, les recibió en el comedor a la hora de la cena. El anciano caballero vivía solo y aquella visita inesperada le había alegrado el día. En la villa había otros caballeros con los que entablar una conversación, pero aquella joven noble y el capitán Alfredo, parecían una excelente compañía.

Mientras los criados servían la cena, Don Pedro les explicó que en el último año, tras el enfrentamiento entre la reina Urraca y el rey de Aragón, las cosas no marchaban muy bien. Los impuestos habían aumentado y algunos campesinos habían perdido casi todo lo que tenían, al requisarles el ejército de uno y otro bando sus cosechas.

— Los campesinos son siempre los que sufren las consecuencias –dijo Alfredo.

— Pero, aunque no lo queramos creer, son la parte principal de nuestro reino. Sin cosechas y animales, no tardaríamos en perecer –dijo Don Pedro.

— Es cierto –comentó Isabel.

— Por eso debemos protegerlos, pero cuando los cobradores de impuestos llegan a la villa y sus alrededores. ¿Qué podemos hacer para que no arruinen a los campesinos? Nada –dijo Don Pedro.

— Vivimos en un mundo injusto –dijo Isabel.

Alfredo comenzó a comer el muslo de pavo con verdadera ansia. Aquella comida estaba muy apetitosa y en los últimos días habían realizado un viaje muy largo. El último tramo hasta Pedraza era

apenas de unas horas.

— Aunque pueda sonar a traición, el rey Alfonso es el único que se está preocupando por los comerciantes y campesinos. En Aragón hace tiempo que comprendieron que la labor de los que trabajan es muy importante –dijo Don Pedro.

— Pero debemos nuestra fidelidad a Doña Urraca, la legítima reina de Castilla –comentó Alfredo.

— Sí, pero ¿acaso no es su esposo Alfonso? Los nobles que no quieren al rey, no son servidores de Castilla. Quieren separar de esta corona el reino de Galicia y debilitar la unión que con tantos sacrificios hizo nuestro amado rey Alfonso VI –dijo Don Pedro.

Isabel no sabía mucho de política, pero había visto en Al-Ándalus el apoyo que el emir daba a los campesinos, artesanos y comerciantes. Aquellas personas generaban riqueza, la mayoría de los nobles lo único que hacían era esquilmar al reino y derrochar su riqueza.

— En eso tenéis razón. El rey debe favorecer a aquellos que crean la riqueza –dijo Isabel.

— Aunque sin caballeros, esos comerciantes no podrían desarrollar su labor. Cada uno forma parte del reino y todos son necesarios –comentó Alfredo.

Tras la cena, Don Pedro les pidió que le disculpasen, a su edad el sueño era algo muy importante y se retiraba a descansar. A pesar de la fatiga acumulada, Isabel y Alfredo prefirieron dar un paseo por las almenas del castillo y contemplar aquella preciosa noche estrellada.

— Hace una noche fresca, pero despejada –dijo Alfredo.

— Sí, hoy pueden verse todas las estrellas. Mi madre era una apasionada del firmamento –dijo Isabel.

— Son muy bellas, como vos –dijo Alfredo, tomando la mano de la joven.

Isabel se ruborizó y apartó la mano de las de Alfredo.

— ¿Habéis olvidado que estoy prometida? –preguntó la joven.

— Perdonad señora, sé que vuestro corazón es de otro, pero nunca conocí a una mujer más bella y virtuosa que vos –dijo Alfredo.

— Será mejor que regresemos adentro –dijo Isabel, pero antes de que se diera la vuelta, Alfredo la abrazó y le dio un beso.

La joven se quedó sin aliento, era la primera vez que un hombre la besaba. Notó como el estómago le daba un vuelco y apenas pudo resistirse.

— ¿Estáis loco? –preguntó cuando los labios de los dos amantes se separaron.

— Decidí robaros un beso, tal vez el único que obtenga de vos. Si es vuestro deseo, pediré a vuestro padre que me exima de

vuestra protección cuando llegue a Pedraza –dijo Alfredo.

Isabel observó su bello rostro iluminado por las antorchas. Alfredo no parecía un hombre desleal, ella creía que el joven oficial sentía algo genuino, pero su amor era imposible.

— Debo obedecer los deseos de mi padre –comentó Isabel.

— Lo entiendo.

— No puedo besar a cualquier hombre –dijo Isabel.

— Os pido que me disculpéis –dijo Alfredo, pero ante su sorpresa, ahora fue ella la que se abalanzó hacia él.

Los dos amantes estuvieron unos momentos abrazados. El simple contacto con el cuerpo del otro les hacía estremecer. Cuando regresaron adentro, Isabel estaba totalmente emocionada. Volvieron a besarse justo antes de que ella entrara en su cuarto, por unos segundos estuvo a punto de invitar al joven, pero aquel paso era demasiado serio. Intentaría hablar con su padre cuando llegara a Pedraza. Tal vez él la entendiera.

En el cuarto se encontraba Inés. La dama de compañía miraba el fuego de la chimenea mientras intentaba quitar de su mente, lo que su ama y el capitán pudieran estar haciendo, por eso cuando la vio entrar con una sonrisa en los labios, no pudo evitar odiarla. Ella lo tenía todo, pero también quería a su hombre.

— Inés, si os contara lo que me ha sucedido –dijo Isabel exultante de felicidad.

— ¿Qué os sucedió ama? –preguntó la joven mientras preparaba la ropa de cama.

— Me han besado, ha sido una sensación extraña, pero me ha gustado –dijo la joven.

Inés intentó disimular su enfado, por eso la sonrió y le dijo:

— Me alegro mucho por vos, pero debéis tener cuidado. Sois una mujer prometida.

— Todavía no, vamos a Pedraza para concretar los términos del compromiso –se justificó Isabel.

— De todas formas, si alguien lo supiera, podría ser la ruina del capitán y de vos –dijo Inés

La dama de compañía quitó la ropa a su ama. Contempló su hermoso cuerpo a la luz de las velas. Sus formas prefectas, su cuerpo torneado y voluptuoso, sería el deleite de cualquier caballero.

— Estoy muy emocionada –dijo Isabel.

— Será mejor que descanséis, mañana será una jornada dura –dijo Inés.

Isabel se metió en la cama y se quedó dormida rápidamente. Había sido un día emocionante y difícil. Inés dejó la habitación con cautela y se dirigió hacia la de Alfredo. Este la esperaba impaciente. En cuanto atravesó la puerta, la aferró los brazos y la besó con rudeza. En el

fondo imaginaba que aquella mujer era Isabel, por eso deseaba ultrajarla, hacer que pagara todo el odio y la rabia que sentía por su padre. Inés no se resistió. Disfrutaba con Alfredo, su violencia le hacía sentir menos culpable y no iba más allá del juego y la excitación.

Mientras los dos hacían el amor salvajemente, Inés estuvo tentada de decirle, que ella era mejor amante que su señora, que aquella inocente y mojigata dama, nunca le haría las cosas que ella podía hacerle, pero se limitó a morderse los labios y de disfrutar de su hombre, como nunca lo había hecho antes.

Capítulo 48

Año del Señor, 8 de noviembre del 1111

El viaje hasta Pedraza fue mucho más tranquilo. La pequeña villa amurallada se erguía sobre una pequeña ladera que dominaba aquel valle. Los campos de cultivo ocupaban las zonas más cercanas, pero el resto del paisaje estaba compuesto por extensos bosques. El camino estaba en mal estado, pero al viajar por una amplia llanura, Isabel y sus acompañantes tuvieron que sufrir las incomodidades de la nieve, que volvía a caer con abundancia, después de un par de días de sol.

Ascendieron hasta la puerta principal. El señor de Segovia les había cedido su carruaje, para que las damas no tuvieran que ir a caballo, pero sin duda la comitiva no debió impresionar el conde de Pedraza. Isabel y sus amigos parecían más un pequeño grupo de comerciantes, que la escolta de una noble castellana.

Atravesaron el pueblo, el medio millar de vecinos apenas salió a recibirles, muchos estaban realizando las faenas del campo y otros no vieron nada especial en aquella comitiva. Cuando llegaron hasta el castillo, Isabel e Inés se alegraron de apearse, estaban mareadas y les dolía todo el cuerpo.

En el patio de armas esperaban el conde de Pedraza, su esposa e hijo. El joven hacía gala de su fama, realmente era muy guapo y seguramente algo menor de edad que Isabel.

— Estimados viajeros, nos alegra que hayan llegado con bien a nuestra villa. El camino en estas fechas es peligroso, sobre todo al atravesar las montañas, pero veo que Dios os ha favorecido –dijo el conde de Pedraza.

— Señor conde, soy Isabel, hija del conde de Córdoba, estos son mi dama de compañía, Inés y el capitán de mi guardia personal, Alfredo. Por desgracia en el camino perdimos a dos hombres y nuestro carruaje, pero gracias a Dios estamos bien – dijo la joven.

— Pobre niña –dijo la señora del castillo adelantándose y abrazando a Isabel-. Estaréis agotados y hambrientos. La comida está preparada y vuestras habitaciones son las más cálidas del castillo. Seguramente tendréis más comodidades en el alcázar de Magerit, pero aquí os trataremos como una hija – dijo la mujer.

— Muchas gracias –contestó Isabel, sorprendida de los agasajos de su futura suegra.

— Les presento a mi hijo Daniel –dijo la señora.
El joven se ruborizó al escuchar las palabras de su madre, era evidente que no tenía mucho trato con mujeres y menos de la belleza de Isabel.
— Os saludo, señora –dijo el joven.
— Lo mismo digo, caballero –contestó Isabel, con una sonrisa.
El grupo se dirigió al interior del edificio principal. El frío comenzaba a entumecerles, por eso cuando entraron en el comedor, con una amplia chimenea y con la mesa preparada, Isabel y sus amigos se sentaron de inmediato. La mesa del señor de Segovia no era tan rica y apetitosa como aquella. Isabel no conocía muchos de los platos, pero estaba dispuesta a probarlo todo.
La comida fue muy familiar. A la mesa estaban Alfredo, Inés, Isabel, con los señores del castillo y su hijo. A la joven le extraño que no hubieran invitado a familiares o a otras casas nobles de la villa, pero posiblemente el conde esperaba la llegada de su padre y la confirmación definitiva del enlace.
— Vuestro padre llega mañana, ¿verdad? –preguntó el conde de Pedraza.
— Si el tiempo no lo impide –dijo Isabel.
— Es cierto, espero que la tormenta que se les avecina no caiga sobre ellos en las montañas –dijo el conde.
— Si llega la tormenta, imagino que esperarán en Cercedilla hasta que pare –dijo Alfredo.
— Estamos tan cerca y tan lejos al mismo tiempo. Esa montaña es una barrera casi infranqueable en invierno –comentó la mujer.
Isabel intentó recordar el nombre de la condesa, pero no pudo.
— Madre, será mejor que dejéis comer tranquilos a los invitados –comentó el joven.
Isabel observó con detenimiento sus facciones infantiles, su pelo rizado y rubio, los ojos verdes y su piel muy blanca. Parecía un ángel, aunque cuando se enfadaba, su rostro se transformaba de repente. Era alto y espigado, con buen porte y vestía con cierta elegancia. Al menos, el candidato a ser su esposo no era un viejo noble, viudo en los últimos días de su vida. Aunque Isabel no podía dejar de pensar en Alfredo. En el beso que le había robado la noche anterior. En su cuerpo caliente pegado a ella, todos aquellos pensamientos la turbaban. Nunca había sentido nada así por nadie, pero debía obedecer a su padre. Ella sabía que en la vida no siempre se puede hacer lo que se desea, eso es lo que ella enseñaba a sus pupilos en la escuela.
Después de la comida, la condesa propuso que dieran un breve paseo por la villa. El sol se había impuesto por unos instantes y su calor les ayudaría a superar el frío reinante. El joven Daniel e Isabel caminaban solos, mientras que el resto caminaba unos pasos por delante.

— Me alegro de conoceros, me habían hablado mucho de vos –dijo Isabel.
— Sois muy… -dijo el joven tímidamente.
— ¿Muy qué? –preguntó divertida Isabel.
— Muy bella, la mujer más bella que he conocido –dijo el joven en un arranque de valentía.
— Muchas gracias –dijo Isabel. Al menos el joven era más complaciente de lo que había imaginado.

Mientras paseaban por la villa, muchos de los vecinos salieron a observarles. Ya había corrido el rumor de que la prometida del hijo del conde había llegado y todos querían conocerla. Isabel iba con un elegante vestido azul, su pelo recogido y sus grandes ojos, impresionaron a todos. A la mayoría le parecía que hacían una gran pareja, aunque el joven era algo menor que su futura esposa.

Salieron de la villa y caminaron por el sendero hasta el río. El joven se atrevió a dar la mano a Isabel y esta sintió un escalofrío por la espalda. Caminaron en silencio unos instantes, hasta que la joven comenzó a interrogarlo.

— ¿Qué hacéis? ¿Vuestro padre deja que le ayudéis? –preguntó Isabel.
— Sí, le acompaño a ver las tierras, también cuando hace las cuentas, en varias ocasiones hemos viajado a Burgos y otras ciudades, pero sobre todo sigo aprendiendo el manejo de las armas.
— Muy interesante. ¿Sabéis leer y escribir? –preguntó Isabel.
— Sí, no sé mucho, pero uno de mis maestros es un sacerdote, me ha enseñado a leer, firmar y algo de números.

Al menos sabía leer, pensó Isabel mientras se paraban frente al río.

— ¿Os paree bien que una mujer sepa leer? –preguntó la joven.
— No veo mal en ello –dijo el joven.
— ¿Y qué se dedique a enseñar a niños? –preguntó Isabel.
— Mientras no descuide sus obligaciones familiares –dijo el joven.

Lo cierto era que no lograba ver ningún defecto en aquel pretendiente. ¿Cómo le diría a su padre que no se casaría con él?

Cuando el sol comenzó a declinar regresaron al castillo. Mientras se retiraban a las habitaciones a descansar, Isabel e Inés iniciaron una larga conversación sobre las impresiones del día.

— ¿Qué os parece vuestro prometido? –preguntó Inés.
— Lo cierto es que no encuentro ningún defecto en él –dijo Isabel, mientras se tumbaba sobre la cama.
— Tenéis razón, es un joven bello, atento y gentil –dijo Inés, mientras en su mente no dejaba de maquinar como convencer a su ama para que lo aceptara.

— Pero no siento nada por él –dijo Isabel.

— A veces el amor viene más tarde –comentó la dama de compañía. Sus palabras intentaban parecer convincentes, pero por dentro ardía en ansiedad y celos.

Las dos jóvenes se cambiaron el vestido y después, Inés peinó a su señora.

— Tengo que ser valiente y decirle a mi padre lo que siento –dijo Isabel.

— Vuestro padre es comprensivo, pero le daréis un disgusto. Esperad unos días, de esa manera conoceréis más a vuestro prometido, después tomad una decisión –dijo Inés.

— Son palabras sabias, seguiré vuestro consejo, pues sé que apreciáis y buscáis mi felicidad –dijo Isabel.

Inés miró a su ama con odio mientras ella sonría delante del pequeño espejo. La dama de compañía nunca pensó que el amor y los celos fueran capaces de crear en ella sentimientos de odio hacia su amiga. El corazón humano es un misterio que únicamente puede desvelar el tiempo.

Capítulo 49

Año del Señor, 9 de noviembre del 1111

El conde de Córdoba llegó el día que tenía previsto. La nieve no había logrado demorar su viaje, había decido ir cabalgando, a pesar de que cada vez se sentía más viejo y cansado. Cuando llegaron a las afueras de Pedraza, respiró aliviado. El frío le hacía mucho daño a los huesos y tenía el cuerpo molido por el viaje. El conde de Pedraza le recibió con los brazos abiertos, únicamente se habían visto en dos ocasiones. La primera en la corte de Toledo, durante la batalla contra el hijo de Yusuf, y la segunda unos meses antes para determinar los términos de la boda. Si todo marchaba como estaba previsto, Isabel estaría casada en un par de días. De esa manera Andrés se aseguraba que su título no se perdiera, los hijos de ambos podrían llevar los dos títulos.

— Estimado conde de Córdoba, os esperábamos con impaciencia. Vuestra hija, además de bella, es muy educada y complaciente –dijo el conde de Pedraza.

— Muchas gracias por vuestra bienvenida y por vuestras amables palabras –contestó Andrés.

— Hemos preparado todo para el enlace, pero de eso ya hablaremos más tarde, imagino que estaréis agotado por el largo viaje –dijo el conde de Pedraza poniendo su mano sobre el hombre de Andrés.

— Ya no estoy en forma para cabalgar durante tantos días, pero era la única manera de llegar a tiempo y evitar los peligros del viaje –dijo Andrés, mientras ambos hombres entraban en el edificio.

Una boda en otoño, casi a las puertas del invierno, no era nunca tan hermosa como las que se celebraban en la primavera, pero Andrés se sentía enfermo en los últimos meses, los dolores en el pecho no cesaban y notaba como su fuerza poco a poco comenzaba a desaparecer.

Cuando bajó al salón, tras descansar un poco, su hija le esperaba. Andrés enseguida se dio cuenta de que le sucedía algo, sus ojos parecían tristes y apagados.

— Padre, os he echado mucho de menos. Estuvimos en peligro, nuestro carruaje se precipitó por un acantilado, pero Andrés no salvó la vida –dijo la joven, mientras abrazaba a Andrés.

— Hija mía, yo también os he echado de menos. Temía por vuestra vida, sobre todo cuando atravesamos las montañas.

Hace mucho tiempo que no nevaba tanto –dijo el hombre, mientras ambos caminaban hasta la chimenea.

Los dos estaban solos, por lo que Isabel aprovechó para sincerarse con su padre, nunca le había ocultado nada y no podía estar a su lado con aquellos sentimientos en el corazón.

— Padre debo deciros, que el hijo del conde de Pedraza es tan gentil y bello como me comentasteis. Me ha tratado con mucha delicadeza y amistad –dijo Isabel, intentando suavizar sus palabras.

— Me hacéis muy feliz. Sabéis que he tardado mucho en desposaros, porque buscaba un buen hombre para vos. No es sencillo que un joven reúna todas las virtudes de un caballero, pero tampoco quería desposaras con un anciano –dijo Andrés tomando asiento.

Su hija se sentó sobre sus piernas. Ya no era una niña, pero seguía siendo muy cariñosa.

— Pero, debo confesaros que…

— No os preocupéis, os estáis conociendo. El amor es algo que vendrá en cuanto conviváis. He logrado convencer al conde de Pedraza, de que su hijo se traslade a Magerit, al fin y al cabo, nuestro condado es mucho más rico y el título más noble. Él será conde de Córdoba cuando yo muera y su hijo heredará toda nuestra fortuna –dijo Andrés sin escuchar a su hija. Sabía cuales eran las objeciones que iba a poner y prefería que simplemente obedeciera. El tiempo ya conseguiría unirlos de verdad.

Isabel se quedó callada, nunca hubiera imaginado que le costara tanto hablar de ese tema con su padre, pero no quería decepcionarle. Esperaría al día siguiente, cuando estuviera más tranquilo y descansado, para hablar con él.

El resto de la jornada discurrió con normalidad. Presentaciones, comida y cena de celebración, baile y después largas conversaciones de los dos condes sobre el estado del reino y las guerras de los dos esposos.

— ¿No os parece una villanía lo que ha hecho Pedro Froilaz, el conde de Traba?; no solo se ha rebelado contra los reyes, además ha puesto al joven príncipe Alfonso, con siete años de edad, contra su madre proclamándole rey de Galicia –dijo el conde de Pedraza.

— Aunque antes de llegar aquí, he escuchado noticias de la victoria del rey Alfonso de Aragón; finalmente se ha impuesto a los partidarios de Alfonso Raimúndez, derrotándolos en Villadangos –dijo Andrés.

El conde de Pedraza se quedó sorprendido de las nuevas noticias y

pidió vino para celebrarlo.

— Por fin terminará la guerra y podremos centrarnos en expulsar a los moros de la Península –dijo el conde de Pedraza.

— No será tan fácil, los almorávides siguen manteniendo todo su poder y nuestros reinos están debilitados por las guerras civiles y la sangría de impuestos –dijo Andrés, después dio un trago largo al vino y tuvo el disgusto de comprobar, que los vinos de su futuro consuegro eran mejores que los que él tenía en Magerit.

— Eso es cierto, pero la bravura de los castellanos es suficiente para derrotar a esos moros –dijo el conde de Pedraza.

— La bravura siempre ayuda, pero no es suficiente. Se necesitan buenos hombres y armas, pero la victoria la da siempre una buena estrategia –dijo Andrés.

El conde de Pedraza frunció el ceño. Sabía que su consuegro había sido uno de los héroes que había salvado a Toledo de los moros y había organizado la defensa de Magerit, pero por eso no dejaba de ser un advenedizo. El rey le había concedido un título antes de morir, pero los condes de Pedraza, se remontaban a casi ochenta años. Lo único que había decidido al conde a dar a su hijo en matrimonio con aquella media mestiza, había sido la fortuna de su padre. El conde de Córdoba era uno de los hombres más ricos del reino, aunque muchos no sabían de donde provenía su fortuna. Al fin y al cabo, hasta hace unos pocos años, el conde de Córdoba vivía entre infieles y nadie sabía que había hecho para progresar entre ellos. Algunos hasta dudaban de su fe en Cristo y decían que era un mahometano encubierto. El conde de Pedraza prefería ignorar esos comentarios, la hija del conde de Córdoba era mejor partido para su hijo, que la hija de un comerciante o un judío.

— Bueno, ya se han conocido nuestros hijos. Si os parece bien, en dos días celebraremos el desposorio –dijo el conde de Pedraza, mientras ya imaginaba los maravedíes que conseguiría de aquella unión.

— Mi hija está conforme, los dos hacen una buena pareja, pero ya sabéis mis dos condiciones. La primera que vuestro hijo venga con nosotros y la segunda que no se pierda mi título –dijo Andrés, mientras su consuegro sonreía.

— Naturalmente, será como pedís. La celebración se hará en la capilla del castillo, será algo íntimo oficiado por el obispo de Segovia y medio centenar de invitados –dijo el conde de Pedraza.

— Me parece bien, no soy muy dado al dispendio ni la ostentación –comentó Andrés.

Los dos hombres sonrieron. El acuerdo estaba cerrado, en dos días

unirían las dos sagas familiares, convirtiendo a sus familias en las más poderosas del sur de Castilla.

Alfredo escuchó parte de la conversación escondido tras una de las paredes. Aquello precipitaba su plan, en dos días no tendría nada que hacer con Isabel, era demasiado íntegra para traicionar a su esposo, por lo menos al principio. Salió de la sala con sigilo y buscó a Inés. Necesitaba su ayuda para poner esa misma noche en práctica su plan. Cuando la encontró cosiendo con otras doncellas la llamó aparte. Inés acudió con rapidez. Los dos se besaron y Alfredo aprovechó para apretarla entre sus brazos. Aquella mujer era muy ardiente, de las más ardientes que había conocido nunca.

— Me tenéis que ayudar. Si queréis seguir siendo mi amante, debéis facilitar que yo acceda esta noche a los aposentos de vuestra ama –dijo Alfredo.
— Pero eso es imposible –dijo celosa Inés.
— No os preocupéis, puede que me case con vuestra ama, pero todas las noches acudiré a vuestro cuarto, no hay nada que me guste más que el tesoro que guardáis entre las piernas –dijo el joven.

Inés se excitó de nuevo y apartó al joven a un lado. Después miró a un lado y al otro, el castillo estaba lleno de testigos incómodos.

— Os ayudaré, pero con una condición, que antes de acostaros con ella esta noche, lo hagáis primero conmigo –dijo la joven.

Alfredo sonrió, aquello era un halago más que una exigencia. Tener la misma noche a dos de las mujeres más bellas del reino, era el sueño de cualquier caballero joven.

— No os preocupéis, soy suficiente hombre para las dos –dijo Alfredo sonriente.
— Pues venid a media noche y tendréis el tesoro de mi ama –dijo Inés, mientras se alejaba por el pasillo.
— Allí estaré –dijo Alfredo.

Si lograba deshonrar a la doncella, nadie querría casarse con ella, él se convertiría en su esposo, destrozando los deseos del conde. Después se encargaría de que muriera lentamente, rodeado de sufrimiento, mientras su hija le despreciaba y se convertía en una lujuriosa dama.

Capítulo 50

Año del Señor, 9 de noviembre del 1111

Antes de media noche, la joven doncella había preparado todo su macabro plan. Primero había conseguido que Isabel bebiera algo de vino, algo a lo que no estaba acostumbrada. De esa manera, la joven hija del conde estaría más dispuesta a perder su virginidad con alguien que no era su esposo. Después de preparar un vaporoso camisón de lino para la joven, Inés se disculpó con su ama y le comunicó que aquella noche no se encontraba bien y se retiraría antes a su cama. En cuanto la doncella abandonó la habitación de su señora, corrió hasta la de Alfredo. El joven la esperaba inquieto, desnudo de medio cuerpo para arriba y con la sensación placentera de que su venganza estaba a punto de comenzar.

Inés estaba vestida con un ligero camisón a pesar del frío que hacia en el castillo, por eso cuando entró en la habitación, Alfredo pudo ver todo su hermoso cuerpo al trasluz.

— Querido mío, ya estoy aquí para complacerte y prepararte para esta noche especial –dijo Inés, dejando que su ligero vestido cayera al suelo.

— Sois una diosa –dijo Alfredo mientras se sentaba en la cama.

— Vos sois un dios –dijo la joven agachándose delante de él.

Mientras ambos amantes gozaban de los placeres de la carne, Alfonso se movía inquieto en su cama envuelto en pesadillas. Se levantó, se puso la ropa y caminó por el pasillo para despejarse un poco. En ocasiones le venía a la mente el rostro del conde de Astorga mientras subía al patíbulo. No había nadie que mereciera la muerte más que él, pero Andrés reconocía que no había disfrutado con su desdicha. Su conciencia no le dejaba tranquilo. La muerte de su esposa Ana, el abandono de su hijo Marcos, el accidente de su cuñada, el asesinato del mensajero del rey. Todo aquello le sacudía por dentro, rompía su frágil felicidad y le impedía disfrutar de todo lo que había conseguido en aquellos años.

Cuando pasó por delante de las habitaciones de Alfredo le pareció ver una joven que entraba precipitadamente en ellos. Andrés se quedó con la inquietud de que la joven fuera su hija. Desde que había llegado se había mostrado taciturna y poco ilusionada en su inminente boda. Él lo había achacado a los nervios, pero temía que se hubiera enamorado de Alfredo. Se dirigió a las habitaciones de su hija y comprobó que esta dormía plácidamente. Cuando regresó a la cama, notó que un

sueño pesado le invadía, unos minutos más tarde estaba profundamente dormido.
Alfredo dejó en su lecho a Inés. La joven estaba agotada y complacida, aunque seguía furiosa ante la sola idea de que su amado yaciera aquella noche con Isabel.
Cuando el joven entró en la habitación, apenas la tenue luz de las velas iluminaba el cuarto. Caminó sigiloso hasta el lecho, después quitó las mantas y contempló por unos segundos el cuerpo de Isabel. El pecho de la joven subía y bajaba debajo de la fina tela, sus piernas torneadas descansaban ladeadas, mientras que su bello rostro dormido, hizo que Alfredo dudara por unos segundos violentarla. A veces la belleza provoca hacia el bien al alma más inmunda.
Alfredo levantó el camisón con las manos hasta la cintura de la joven. Después se quitó su ropa y se tumbó junto a ella. Isabel seguía adormilada por el vino y el sueño, cuando él comenzó a acariciarla. Ella reaccionó girándose un poco y dejándose hacer. Mientras el exploraba todo su cuerpo, la joven seguía soñando, ignorante de que su amado estuviera junto a ella.
Cuando al fin las caricias de Alfredo la despertaron, su primera reacción fue apartarse de él, pero el joven la tenía atrapada. Se tumbó sobre ella y la poseyó con fuerza, mientras Isabel lloraba, gemía y le golpeaba con los puños cerrados en la espalda. Después de unos minutos de forcejeo, la joven se abandonó.
Cuando Alfredo dejó el lecho, Isabel se tapó con la sábana y comenzó a llorar. Las anchas espaldas del joven fue lo único que vio de él mientras abandonaba la habitación, después intentó dormir, pero se sentía avergonzada. Aunque no había consentido aquel asalto nocturno, le había dado esperanzas al joven capitán y se había dejado besar por él. Incluso, le había pedido a su padre que no le casara con el hijo del conde de Pedraza.
En ese momento, Isabel decidió que se casaría con el hijo del conde, aunque no podía ofrecerle su virginidad, al menos le daría su respeto y cuidado. Mientras su mente seguía dando vueltas a todo aquello, escuchó los pasos de Inés. La joven entró en la habitación y la destapó. Las sábanas y el camisón estaban envueltos en sangre. Inés limpió a su señora, después le cambió las ropas y las sábanas. No hablaron, pero todo estaba dicho. Isabel ya no volvería a ver a Alfredo y pediría a su padre que lo destinara a un trabajo que le alejara de ella. Tenía que sacrificarse por la felicidad de su familia y lo haría aunque eso supusiera perder la suya.

Capítulo 51

Año del Señor, 11 de noviembre del 1111

El desposorio fue sencillo. La ceremonia en la capilla del castillo consistió en una breve misa y las promesas que el sacerdote pidió que repitieran los novios. El hijo del conde de Pedraza, Daniel, estaba pálido e Isabel no disimulaba su tristeza. Tras la ceremonia los condes invitaron a todos al salón principal. Además de la comida habían contratado a unas bailarinas musulmanas y algunos acróbatas.

En la mesa nupcial no se veían caras muy alegres, Andrés se inclinó hacia su hija y le dijo en el oído:

— ¿Os encontráis bien?

— Sí, padre. Únicamente estoy algo indispuesta, llevo dos días revuelta y con nauseas –dijo la joven. Sus bellos ojos negros brillaron hasta casi humedecerse. Después levantó la vista y vio a Alfredo muy cerca de su mesa, mientras charlaba a risotadas con otros oficiales.

El novio apenas había cruzado una palabra con la joven. Se sentía intimidado por ella, pero intentó animarla un poco y sacarla a bailar.

La boda fue animándose gracias al buen vino de la zona y en uno de los bailes, Alfredo le pidió al novio que le dejara bailar con su esposa. Isabel intentó negarse, pero al final accedió.

— ¿Os casáis por amor? –susurró Alfredo al oído de la joven.

— Sabéis que no, pero os aseguro que seré fiel a mi esposo hasta la muerte –dijo la joven al punto del llanto.

— Promesas eternas, ¿esta noche daréis vuestra virginidad a vuestro esposo? –preguntó Alfonso, para después observar la reacción de la joven.

Isabel se apartó un poco, pero cuando observó que las miradas de todos estaban posados sobre ellos, sonrió al joven y le dijo al oído:

— Me robasteis mi virginidad, pero no lograréis robarme nunca mi corazón.

Cuando la música cesó, Isabel se dirigió a la mesa nupcial y le dijo a su esposo:

— Creo que es hora de que nos retiremos.

Daniel la miró temeroso, tenía miedo de no poder yacer con ella aquella noche. El vino y los nervios le tenían totalmente agotado, pero Isabel le tomó de la mano y se lo llevó a sus habitaciones. En la alcoba le hizo que se sentara y se desnudó para él, después se acostaron y a pesar de los nervios del joven, pudo consumar el acto matrimonial.

Mientras, en el salón, Alfredo se removía en su asiento como una serpiente. Deseo levantarse, ir al cuarto y atravesar a los amantes con su espada en el mismo acto conyugal, pero se contuvo. No había esperado tanto tiempo para perder ahora el sentido. Se negaba a reconocerlo, pero en el fondo la amaba. Ella había sido dulce y dispuesta, le había cuidado sus heridas y pedido a su padre que le tomara como soldado, pero había decidido vengarse del conde de Córdoba y ya no podía volverse atrás. Además ella era ya de otro, nunca más podría ser suya y aquella idea le torturaba.
Ahora que su primer plan había fracasado, debía poner en marcha otro. Lograría seducirla de nuevo, enfrentarse a su esposo en duelo y tras matarle, conseguir el título de su padre desposándose con ella. Esta vez no fallaría y conseguiría que la ciudad de Magerit volviera a las manos de los que eran sus legítimos dueños.

Capítulo 52

Año del Señor, 2 de febrero del 1112

La guerra había llegado de nuevo a Castilla, cuando el rey Alfonso I de Aragón había intentado de nuevo usurpar el lugar de su esposa y unir los reinos de ésta a los suyos. De nuevo los nobles se dividieron en dos bandos, aunque la mayoría de los castellanos permanecieron fieles a Doña Urraca y su hijo Alfonso. Desde el principio, Andrés se puso del lado de la reina y ante la petición de hombres y armas, envió a medio centenar de soldados capitaneados por Juan, su hombre de confianza. Aquel nuevo golpe del destino favoreció a Alfredo, que estaba esperando esa oportunidad para matar al esposo de Isabel y hacerse con el control de la ciudad. Cuando el conde muriera y él se casara con su hija, nadie podría discutir su señorío sobre la villa, ni el bueno del capitán Juan.

Alfredo observó desde la torre del alcázar como se alejaban sus hombres. Isabel estaba a su lado, con un abrigo de piel de oso sobre los hombros. Estaba embarazada de más de dos meses y eso la torturaba. No sabía si su hijo era de su esposo o de aquel infame que la había violentado. Para más despecho, su dama de compañía Inés, también estaba en cinta, aunque no había querido revelar a nadie quién era el padre. La joven sabía que si no se casaba antes de dar a luz, su hijo debería ser entregado a las monjas, por eso Inés no dejaba de pasear como alma en pena por el castillo.

Isabel miró al horizonte y cuando los soldados desaparecieron entre los bosques se abrazó a su padre.

— Para el verano vendrá ese niño, mi primer nieto –dijo Andrés.
— Sí, vuestro primer nieto –dijo la joven.
— Se os ve felices juntos –dijo Andrés mientras sonreía a su hija.
— Daniel es un buen hombre. Me cuida y respeta, no hace nada que me desagrade y desde que sabe que estoy encinta, no para de traerme regalos –dijo la joven, mientras ambos entraban de nuevo en el castillo.
— Ya os lo aseguré. La felicidad es un caballo difícil de domar, pero una vez domado es el más fiel de los animales –dijo Andrés.

Cuando llegaron al salón, Daniel estaba entretenido jugando una partida de ajedrez con Alfredo.

— Una vez más me ganáis, amigo –dijo Daniel mientras el soldado se ponía de pie al ver al conde entrar.

— Sentaros y continuad –dijo Andrés.

— Conde –contestó Alfredo, después de obedecer las órdenes.

— Dentro de poco regresarán nuestros hombres –dijo Andrés.

— Lamento no haber podido partir yo también –comentó Alfredo.

— Yo también estoy deseoso de combatir –comentó Daniel.

Isabel se acercó a él y le acarició su pelo rubio y rizado.

— Vos estáis recién casado y tenéis otras obligaciones.

Inés entró en la sala con una bandeja de plata. Llevaba una jarra de vino y unas copas. Las dejó sobre la mesa y sirvió a los hombres. Las dos mujeres se miraron unos instantes, pero no cruzaron palabra. Cuando la dama de compañía se hubo retirado, Andrés le dijo a su hija:

— Sois muy estricta con ella. Antes era una de las damas de confianza que teníais, pero ahora no la habláis. Seguramente algún soldado del conde de Pedraza la mancilló, pero ella prefiere guardar silencio. Cuando dé su hijo a las monjas, podrá buscar un marido y formar una familia.

— No es por eso, padre. Son cosas de mujeres –dijo la joven intentando cambiar de conversación.

Alfredo la miró divertido. Inés le había suplicado que reconociera al niño y se casara con ella, pero él le había respondido que no creía que fuera suyo. Una mujer como ella seguramente se acostaba con varios hombres a la vez. Inés había pensado quitarse la vida, pero le faltaba valor y en el fondo seguía manteniendo la esperanza de que él se casara algún día con ella.

— Estas criadas son muy inocentes –dijo Alfredo.

— Tenéis razón –comentó Daniel, que veía en Alfredo el hermano mayor que nunca había tenido.

— Será mejor que entrenemos un poco, ¿os parece bien, Don Daniel?

— Sí, tengo los músculos entumecidos de tanto descanso –dijo el joven.

Isabel se fue a sus habitaciones, desde allí podía observar tranquilamente el patio de armas. Se asomó al balcón discretamente. Los dos hombres ya habían comenzado su combate. Alfredo era más corpulento y su pelo castaño la caía por los hombros. Daniel parecía un adolescente, con brazos y piernas larguiruchas pero poco musculosas.

Daniel atacó al capitán con fuerza, en aquellos meses había aprendido mucho con Alfredo, pero éste le rechazó con el escudo de madera y le atacó. Las armas falsas evitaban todo peligro, pero Isabel temía que el capitán intentará hacerle algo a su esposo.

Ella seguía sintiéndose atraída por él. A pesar de su mezquindad, de haberla violentado y haber dejado preñada a Inés, ella no podía

ignorar sus sentimientos.
Los dos hombres comenzaron a sudar, mientras un corro de soldados les animaba. Tras un buen par de golpes, Alfredo logró derribar a Daniel y ponerle la espada en el cuello. Mientras el joven hijo del conde estaba bajo su rodilla y con aquella espada de madera en el cuello, Alfredo no pudo dejar de imaginar cómo sería matarlo de verdad, pero aún tendría que esperar un poco más para realizar su venganza, aun tenía que resolver un pequeño asunto que le perturbaba.

Capítulo 53

Año del Señor, 5 de febrero del 1112

La joven le había convocado en mitad de la noche y fuera del alcázar, porque prefería que no les vieran juntos. Ya no estaba dispuesta a soportar más humillaciones, estaba dispuesta a contarle todo al conde, si Alfredo no reconocía al niño. Cuando el capitán entró en la posada en el arrabal nadie le prestó mucha atención. No llevaba puesta la armadura ni nada que indicara que pertenecía al ejército del conde. Inés estaba en un lugar apartado, al margen de miradas indiscretas. Si no hubiera sido por el frío que hacía en la calle, le hubiera visto en otro lugar, pero aún quedaban varios meses para que el asfixiante calor de Magerit les hiciera olvidar que aquella tierra de osos y ciervos, podía ser algo parecido al desierto que había al otro lado del mar.

Alfredo se sentó en la mesa, su rostro reflejaba enfado. Ya no sabía cómo decirle a Inés, que si persistía en su empeño de que se casaran terminaría con ella o la obligaría a salir de la villa.

— ¿Qué deseáis de mí? Hace tiempo que dejamos nuestros encuentros amorosos, pero seguís insistiendo en verme –dijo Alfredo.

— Sabéis muy bien lo que quiero de vos. Esto que llevo en mi vientre es vuestro y debéis haceros responsable –dijo Inés subiendo el tono de voz.

— ¿Debo? Vos sois una criada encinta, una campesina que se ha dejado embaucar por un soldado de mala muerte. Cuando deis a luz a vuestro bastardo, entregadlo a las monjas y tal vez luego, si no estáis oronda, puede que vuelva a vuestro lecho –dijo Alfredo.

— Sois un bastardo, el niño es vuestro hijo y ni soñéis que vuelva a acostarme con vos. Primero reconoced al niño y casaros, eso es lo que haría cualquier hombre de bien –dijo Inés fuera de sí.

Alfredo miró alrededor, lo último que quería era una escena en público. Después agarró a la mujer por la muñeca y comenzó a retorcerla hasta que se calló.

— Esta noche os marcharéis de la villa. No quiero volver a veros por aquí, tampoco a ese pequeño bastardo. Yo seré el conde de Córdoba, me desharé del viejo, de ese muchacho impertinente e Isabel será mía. Entonces reconoceré a mi hijo, pues el verdadero heredero de Marcos, hijo del conde Astorga, es el

niño que tendrá Isabel.

La joven comenzó a llorar de dolor, rabia e impotencia. El hombre la soltó y ella se frotó la muñeca durante un rato.

— No lo permitiré. Habéis destrozado mi vida, habéis intentado hacer lo mismo con la de mi ama, me habéis utilizado, pero vuestras maldades han terminado. Les contaré todo y vos seréis encarcelado y juzgado por vuestros crímenes –dijo Inés poniéndose en pie y saliendo de la posada.

Alfredo la siguió totalmente rabioso. Debajo de su capa empuñaba su espada, deseando desenvainarla, pero debía hacerlo cuando no hubiera testigos delante.

La joven caminó deprisa, entró en la villa amurallada y él la siguió de cerca. Inés se dirigía al alcázar y esta vez nadie la detendría. Alfredo la alcanzó poco antes de llegar al castillo y la agarró por el brazo.

— Detente, haré lo que me pides –dijo el hombre intentado que la mujer parara.

— No os creo, sois vil y mentiroso –contestó la joven, mientras intentaba zafarse de la mano.

— Os doy mi palabra. Hace frío, estáis preñada y si os enfriáis podréis en peligro a vuestro hijo. Refugiémonos, mañana hablaré con el conde y reconoceré mi paternidad –dijo Alfredo.

Inés miró a los ojos del hombre. Su rostro estaba velado por las sombras, pero la luna llena de aquella noche iluminaba la calle.

— ¿Lo prometéis? –dijo la joven.

— Lo prometo –comentó Alfredo, después la tomó del brazo y la introdujo en uno de los callejones.

Se pararon en mitad de la oscuridad, ella pensó que le daría un beso, pero Alfredo sacó la espada y en dos cortes rápidos le seccionó las venas de las muñecas. La joven le miró incrédula, mientras él frunció el ceño.

— ¿Qué hacéis? –preguntó la mujer, mientras de sus muñecas manaba una gran cantidad de sangre caliente y viscosa.

— Hace tiempo que aprendí que en este mundo no valen sentimentalismos, es vuestra vida o la mía –dijo Alfredo.

La joven empezó a notar como se mareaba, cayó de rodillas y se aferró a la capa del hombre. Este la empujó con una patada y quedó tendida en el suelo. Sintió frío, después sueño y tuvo la sensación de que estaba tumbada en un campo de flores. Podía ver sus colores, incluso olfatear el perfume. Aquel jardín era la muerte, la muerte que ronda cada noche inquieta buscando a sus víctimas y que siempre las encuentra vagando sin rumbo, perdidas en la inmensidad de su inocencia.

Alfredo limpió la espada con la capa de la joven, después salió del

callejón e intentó pensar en otra cosa. Ya tendría tiempo de ponerse a cuentas con su conciencia cuando fuera conde. ¿A caso alguien había hecho algo en el mundo sin que un inocente muriese? Pensó mientras entraba en el alcázar, después se dirigió a sus habitaciones y durmió como un niño, sin la preocupación de tener que pensar más en Inés y su hijo bastardo.

Capítulo 54

Año del Señor, 6 de febrero del 1112

Cuando Isabel supo que su amiga había muerto notó como su corazón se desgarraba. No había sabido cuidarla, desde que se enteró de que estaba embarazada la odió con toda su alma, pero ahora que estaba muerta, supo que a las dos las había utilizado el mismo hombre. Aquel monstruo era capaz de cualquier cosa e Isabel temía cuál podía ser su próximo paso. Ella estaba segura de que él la había matado, aunque todos comentaban que se trataba de un suicidio. La joven había aparecido con las venas cortadas en un callejón al lado del alcázar. Pero aquello no tenía ni pies ni cabeza, ¿por qué se iba a suicidar? Inés deseaba tener a su hijo. En el caso de que la desesperación le hubiera llevado hasta el deseo de suicidarse, ¿qué sentido tenía hacerlo en mitad de la noche y en un callejón, como un perro?
Aquella misma mañana fue el entierro y, aunque su padre le recomendó que no fuera, no deseaba despedirse de su amiga de aquella manera. Andrés y su hija siguieron al féretro con su carruaje, muchos vecinos de la villa se unieron a la comitiva, horrorizados y conmovidos por la historia de la doncella y su hijo.
Cuando llegaron al campo santo, aun los enterradores se afanaban con abrir la fosa. La tierra estaba helada por el frío y se resistía a los esfuerzos de aquellos cuatro hombres. El sacerdote recitó unas oraciones mientras enterraban a la joven. Isabel lloraba desconsoladamente, su amiga del alma ya no existía, se había convertido en poco más que polvo. Por unos momentos, Isabel tuvo miedo de su propia muerte. ¿Qué sucedería si Alfredo intentaba matarla a ella? ¿Dónde iría su alma? Se consideraba una mujer buena, nunca había hecho mal alguno, pero sin duda no era del todo inocente y no practicaba mucho su fe cristiana. Si existía un cielo y un infierno, ella no estaba preparada para ir a ninguno de los dos. En muchas ocasiones había hablado de ese tema con su padre, él tenía su idea particular sobre Dios y su forma de actuar. Aunque en los últimos años había comenzado a asistir a los oficios religiosos y practicar la oración. Ella también creía a su manera. Dios tenía que ser bondadoso y justo. De otra manera el mundo sería un lugar terrible. Su idea de justicia se lo impedía. ¿Cómo podría existir un Dios ausente, alejado de los sufrimientos de los hombres? ¿Qué tipo de mundo era aquel en el que las injusticias quedaban impunes?
Cuando comenzaron a arrojar tierra sobre le ataúd, Isabel notó que las

piernas le fallaban y la cabeza le daba vueltas. Su esposo la agarró del brazo antes de que perdiera la consciencia. Alfredo miró la escena desde el otro lado de la fosa, se preocupó al ver que Isabel se desmayaba. Al fin y al cabo, la hija del conde llevaba en su seno a su hijo. Se aproximó hasta el esposo y entre los dos llevaron a Isabel a la carroza.

— Gracias, capitán –dijo Daniel, mientras subía al carruaje con su esposa.

— De nada, señor. Será mejor que lleve a la señora al alcázar, mandaré al médico que vaya a visitarla –dijo Alfredo al joven.

Cuando el carruaje se alejó, Alfredo miró por última vez la tumba abierta. Aquel cuerpo joven y caliente ya no daría más placer a otro hombre, pensó. Se sentía como un niño que corta una hermosa flor y sabe que se marchitará, pero por unos momentos quiso sentir que la belleza de Inés se quedaría perenne en su mente. Ella nunca envejecería, sería para siempre, eternamente joven.

Capítulo 55

Año del Señor, 9 de febrero del 1112

Isabel estuvo dos días en cama. El medico comunicó al conde que únicamente la joven debía recuperarse de la impresión tras la muerte de su dama de compañía. Daniel pasó junto al lecho de su esposa la mayor parte del tiempo, pero cuando al tercer día vio que se encontraba mejor, continuó con su rutina de entrenamientos.

Andrés se acercó cada mañana y cada tarde, para charlar con su hija, pero esta no se atrevió a revelarle cuál era la causa de sus temores y preocupaciones. Aunque aquella mañana, estuvo a punto de abrir su corazón a su padre.

— Padre, quiero pediros una merced –dijo la joven, mientras su padre le acariciaba el rostro.

— Decidme, hija. En vuestro estado no puedo negaros nada –dijo Andrés sonriente.

— Os ruego que alejéis a Alfredo de este alcázar y si es posible de esta villa. Mandadle con vuestros hombres a la batalla y que Dios se apiade de su alma –dijo Isabel con lágrimas en los ojos.

— ¿Por qué decís eso? Alfredo es un buen soldado y un amigo –dijo Andrés.

— No es lo que parece, creo que era el padre del hijo de Inés. Me temo que él la hizo algo horrible, puede que incluso la matara –dijo Isabel, sin poder evitar que la voz le temblara por el miedo.

Andrés se quedó pensativo. Sin duda la fiebre y la debilidad estaban haciendo mella en su hija, pero no quería soliviantarla más, por lo que le dio la razón.

— Estad tranquila, ya hablaremos con más calma cuando estéis mejor –dijo Andrés.

Isabel se giró en la cama y comenzó a llorar, cuando su padre abandonó la habitación, la mujer no podía imaginar que en el patio de armas, Alfredo ya estaba tejiendo su tela de araña mortal.

Capítulo 56

Año del Señor, 10 de febrero del 1112

Los dos caballeros salieron solos de buena mañana. Alfredo no había tardado mucho en convencer a Daniel de que salieran a cazar. En aquella época muchos de los animales permanecían ocultos, pero en los días soleados, algunos ciervos iban a abrevar al río, sobre todo al amanecer. Era noche cerrada cuando atravesaron la muralla, no llevaban criados ni perros, si mataban a un animal grande, dejarían la pieza cerca del río y mandarían a alguien a buscarla.

Mientras bajaban la pendiente, el sol comenzaba a iluminar su espalda. Cuando Alfredo se giró, pudo contemplar Magerit bajo los primeros rayos del sol. Parecía una ciudad de oro, como la nueva Jerusalén del libro de Apocalipsis. Bella y resplandeciente, la villa se presentaba ante él como una joya pidiendo que la poseyera.

— ¿Qué miráis, capitán? –preguntó Daniel. Se había percatado que Alfredo llevaba unos segundos mirando a su espalda.

— ¿No es bella? –preguntó al joven.

— He visto ciudades más bellas en Castilla, si os soy sincero –dijo el joven sonriente.

Alfredo pensó que aquello confirmaba que aquel estúpido hijo del conde de Pedraza no merecía heredar aquella villa. Cuando se internaron en el bosque, el capitán ya tenía planeado dónde y cómo matar al joven. Lo único que hacía falta era un poco más de luz.

Capítulo 57

Año del Señor, 10 de febrero del 1112

Isabel se despertó sobresaltada y al ver que su esposo no estaba junto a ella, se puso una bata y salió al pasillo gritando su nombre. Varias criadas acudieron a ella, pero Isabel no dejó de gritar hasta que su padre salió a ver lo que sucedía.

— ¿Qué pasa? ¿Por qué gritáis así de buena mañana? –preguntó Andrés.

— ¿Dónde esta mi esposo? – dijo Isabel con la cara descompuesta.

— Está de caza, no os preocupéis –dijo el conde.

— ¿De caza? No habrá ido con Alfredo. Tenéis que enviar a buscarlo, su vida corre peligro –dijo la joven con lágrimas en los ojos.

— Descansad, es muy temprano. Sin duda el embarazo os está desquiciando –dijo Andrés.

Isabel bajó las escaleras hasta el salón principal y estuvo a punto de caer, pero en el último momento guardó el equilibrio. Su padre le agarró la mano y le pidió que volviera a la cama.

— No, padre. Mandad a alguien a por ellos. Si no me hacéis caso, hoy mismo quedaré viuda.

Andrés se asustó por el empeño de su hija y le prometió que iría él personalmente a buscar a su esposo.

— No vayáis vos, mandad a vuestros hombres –le suplicó su hija.

— No tengo miedo a nada, yo mismo saldré en su busca –dijo Andrés mientras regresaba a sus aposentos y se vestía.

Media hora más tarde, el conde salía a caballo con dos de sus escoltas. Cabalgaron hasta el río, Andrés sabía perfectamente cual era el lugar de caza preferido por Alfredo, en una ocasión habían estado juntos cazando.

Cuando se aproximaron al río, Andrés escuchó gritos y azuzó al caballo para que fuera más rápido, esperaba que su hija no estuviera en lo cierto.

Capítulo 58

Año del Señor, 10 de febrero del 1112

Cuando desmontaron y se acercaron al río, Alfredo se quedó a la espalda del joven. Daniel estaba tan absorto, apuntando con su arco al ciervo que bebía plácidamente a la orilla del río, que no se percató de que el capitán le apuntaba a él.

— Don Daniel –dijo Alfredo para que el joven se volviera.

— ¿Qué sucede? Espantaréis la caza –dijo el joven hablando en susurros y dándose la vuelta.

Alfredo no dejó de apuntar a Daniel, pero este se lo tomó a broma y le dijo:

— Quitad eso de mi cara. Las armas no son para bromear, eso es algo que vos mismo me enseñasteis.

— Ha llegado vuestra hora. Sois un crío mal criado, estúpido, que tiene una mujer que no merece y que nunca heredará una villa que no sabe apreciar –dijo Alfredo.

— Ya no me hace gracia vuestra broma. ¡Bajad el arco!

Los gritos asustaron a un oso, que se había acercado al río, animado por el calor inusual para aquella época del año. El animal se acercó hasta el lugar del que provenía el ruido y al ver a los hombres armados se abalanzó sobre Daniel. El joven notó el zarpazo en la espalda, después otro en la cabeza y la sangre comenzó a nublarle los ojos. Un tercer zarpazo le rasgó el cuello y cayó al suelo.

Alfredo disparó al animal y le acertó en un ojo, el oso cayó al suelo agonizante en el momento en el que Andrés y sus hombre llegaban al claro.

Capítulo 59

Año del Señor, 10 de febrero del 1112

Cuando los soldados llegaron con el cuerpo de Daniel en el carruaje, Andrés intentó impedir que su hija bajara a recibirle, pero le fue imposible. La joven lloraba desconsoladamente, apretaba los puños y maldecía sin parar su mala suerte. La damas intentaban consolarla, pero era tal su desesperación que se tiraba de los pelos, gemía y se arrojaba al suelo.

Dos de los soldados bajaron el cuerpo e intentaron introducirlo en el edificio, pero Isabel se aferró a aquel cadáver sanguinolento, lo abrazó y besó entre gritos de desesperación.

— ¡Esposo mío! ¿por qué me dejas sola? ¡Maldito sea el que te llevó hasta la muerte! –gritaba la mujer, mientras los soldados intentaban meter al difunto en el edificio.

Andrés abrazo a su hija y le pidió que le soltara. Tenían que limpiar y preparar el cadáver para el entierro del día siguiente.

Las damas llevaron a Isabel a sus habitaciones. Su estado físico era deplorable y temían que perdiera al bebé. Después, Andrés se dirigió a su despacho y con la cara entre las manos lloró como un niño. Lamentaba la muerte de su yerno, un joven admirable y respetuoso, pero sobre todo lamentaba el dolor que esto producía a su hija en un momento tan delicado para ella.

Andrés escuchó que alguien llamaba a la puerta, pero no hizo caso. Entonces Alfredo apareció por el umbral y miró a su amo. No podía negar que disfrutaba viéndole sufrir, pero debía disimular un poco más.

— Lamento lo ocurrido, ojala hubiera matado a ese oso a tiempo –dijo Alfredo.

— No es vuestra culpa, la muerte nos alcanza a todos, únicamente Dios sabe nuestro destino –dijo el conde.

— ¿Qué puedo hacer para ayudaros a vos o a su hija? –preguntó Alfredo.

— Nada, todo esto pasará. Ya lo he vivido antes. La muerte siempre nos deja un gran vacío, pero al final el tiempo lo tapona en parte, para que podamos seguir adelante –dijo Andrés.

Alfredo representó muy bien su papel, llegó hasta Andrés y posó su mano sobre el hombro.

— Ojala hubiera sido yo el muerto. No tengo hijos ni esposa, y

nadie me echará de menos cuando muera –dijo Alfredo.

— No digáis eso. Sois joven y tenéis toda una vida por delante. Algún día formaréis una familia y seréis dueño de vuestro destino –dijo Andrés.

— Será mejor que os deje tranquilo –comentó Alfredo retirándose del cuarto.

A veces Andrés pensaba que las desgracias eran el castigo por sus malas acciones, como si la vida se cobrara por su propia cuenta, todos los desaciertos y equivocaciones del pasado. Ahora tendría que buscar un nuevo marido para su hija. Una mujer sola no estaba segura en aquel reino, ni siquiera la reina se encontraba segura, porque otros querían poseer sus propiedades.

Capítulo 60

Año del Señor, 11 de febrero del 1112

Aquel día toda la villa rindió honores al hijo del conde de Pedraza. Mientras el cuerpo era trasladado a la iglesia de Santa María, la multitud hizo un pasillo humano. El joven Daniel se había ganado en poco tiempo la admiración y cariño de los vecinos de Magerit. Isabel y su padre decidieron acompañar a pie la carroza ricamente adornada que llevaba el ataúd. Mientras pasaban por las calles, muchos les lanzaban flores o les animaban con sus palabras. La joven vestía de negro de los pies a la cabeza y un velo cubría su rostro. No había dormido nada y llevaba casi veinticuatro horas sin parar de llorar. Isabel sentía que Dios la había castigado por sus muchos pecados. Ella había engañado a su esposo y no había sabido advertirle de los peligros de mantener una amistad con Alfredo, pero ya era demasiado tarde. Si no hubiera sido por el bebé que tenía en su seno, se hubiera quitado la vida sin dudar, pero a pesar de estar convencida que el padre de aquella criatura era del hombre que más odiaba en el mundo, no podía hacer aquella villanía.

La iglesia estaba tan abarrotada, que la gente tuvo que escuchar el oficio fuera del recinto y en las calles cercanas. Cuando concluyó, dos de los enterradores prepararon la fosa en el suelo de la iglesia, después bajaron el féretro y luego lo cubrieron con una gran losa de granito sin tallar. Cuando la piedra cubrió la tumba, Isabel comenzó a llorar y a gritar de nuevo. Los vecinos se conmovieron al ver el dolor de su señora, aquel día era de los más tristes de los últimos años.

Las damas de compañía levantaron a Isabel del suelo y lograron separarla de la losa, después la comitiva salió de la iglesia y regresó al alcázar.

Mientras regresaban, Alfredo pensó en cuándo daría su próximo paso. Tenía que ser cauto, pero aquel era un buen momento. La ciudad estaba conmocionada por la muerte del joven Daniel, si el viejo fallecía, todos buscarían en él la salvación de la villa.

Capítulo 61

Año del Señor, 11 de febrero del 1112

Aquella noche Isabel no cenó y se fue a la cama pronto. El conde tomó una frugal comida a solas y después se dirigió al otro salón, para permanecer unos instantes frente a la chimenea. Le gustaba entrar en calor antes de dirigirse a la cama. A los pocos minutos se acercó Alfredo, su rostro reflejaba tensión, pero la semioscuridad de la estancia disimulaba sus rasgos.

— Alfredo, estáis despierto. Pensaba que estaríais en la cama –dijo Andrés mirando al capitán.

— No puedo dormir, la jornada ha sido muy difícil –dijo Alfredo.

— Todo pasará, dentro de unos meses apenas nos acordaremos de este día –comentó Andrés.

— A veces valoramos tan poco la vida de los que nos rodean. ¿No lo creéis así? –preguntó Alfredo.

Andrés no entendió completamente sus palabras, pero estaba demasiado cansado para hablar. Se puso en pie para retirarse a sus aposentos, pero el capitán le paró.

— Esperad, por favor. Tengo algo que contaros.

El conde miró sorprendido al oficial. Las palabras de Alfredo sonaban secas, como latigazos, pero Andrés lo achacó al dolor del joven.

— ¿Os acordáis cuando llegue aquí? Estaba famélico, sin fortuna, pero en esta ciudad tenía las esperanzas puestas en un familiar, una tía que acababa de morir. Cuando llegue me enteré de que ya no podría ayudarme, entonces decidí venir al alcázar para buscar trabajo –dijo el joven.

— Lo recuerdo, aunque desconocía que tuvierais familia en la villa. Pensaba que erais huérfano –dijo Andrés.

— Soy huérfano, pero mis padres vivieron en esta villa –comentó el joven.

— ¿Vuestros padres? –preguntó intrigado Andrés.

— Sí, vinieron hace años buscando un futuro mejor, dejando sus tierras en el norte y esperando que esta villa les diera una oportunidad –dijo Alfredo.

El conde le miró con ojos compasivos. Aquel joven excepcional había sufrido mucho en la vida, en ocasiones le recordaba a él mismo cuando era joven.

— No lo sabía –dijo Andrés.

— Mi padre desapareció y mi madre se volvió a casar con un

noble…

Mientras escuchaba las palabras del joven, Andrés notó que el corazón comenzaba a latirle con fuerza y regresó el fuerte dolor en el pecho.

— No os entiendo –dijo Andrés.

— Yo fui criado por ese padrastro, no era una gran persona, pero al menos cuidó a mi madre y me facilitó un futuro, que mi padre no podía ni soñar, pero cuando regresé me encontré que mi madre había muerto y que mi padrastro fue juzgado injustamente por un malvado noble que quería quedarse con su fortuna y fama –dijo Alfredo.

— Lo que me contáis es terrible, si me decís de quién se trata, yo mismo lo llevaré ante los tribunales –dijo el conde.

Andrés se sentó de nuevo, mientras el joven relataba su historia. Alfredo miraba al anciano con odio, deseando que cada una de aquellas palabras le atravesara el corazón como puñales.

— No os preocupéis por eso, yo ya me he tomado mi venganza –dijo el joven.

— ¿Vuestra venganza? –preguntó inquieto el conde.

— Sí. Busqué trabajar para ese hombre vil con el plan de destruir su vida y la de su familia, como él había hecho con la mía. Seduje a su hija y la dejé embarazada antes de que su esposo yaciera con ella…

Andrés se puso pálido y con una mano comenzó a aferrarse el pecho, notaba que le costaba respirar.

— ¿Su hija?

— Sí, la forcé y después busqué matar a su marido, pero lo irónico es que en eso me ayudó el destino. Un oso acabó con su vida –dijo el joven.

— Vos sois… -dijo el conde sin terminar la frase. Tenía la lengua seca y el dolor en el pecho no le dejaba hablar.

— Sí, señor conde. Soy el hijo de Ana y mi padrastro es el conde de Astorga y el hijo de Isabel es mío –dijo el joven, esperando la reacción del hombre.

Andrés se echó a llorar, las lágrimas ahogaban su voz. Los cielos habían castigado sus muchos pecados, devolviéndole a su hijo convertido en un monstruo sediento de venganza.

— Sois Marcos –logro decir el anciano.

— Sí, Marcos, hijo de Santiago Buendía –dijo el joven con orgullo, sabiendo que el mejor puñal de su venganza en aquel momento era la verdad.

El anciano se derrumbó hacia un lado, pero el joven le sujetó por los hombros.

— Os odio, sois de la peor calaña y cuando muráis, me desposaré con vuestra hija y me convertiré en vuestro heredero –dijo el

joven con rabia. Había deseado aquel momento tantas veces, que apenas podía contener su furia.

Andrés levantó la cara. Su rostro estaba cubierto de lágrimas. Entonces vio en los rasgos de aquel joven los suyos, era sangre de su sangre.

— Hijo mío –dijo, mientras el dolor del corazón le desgarraba por dentro. Intentó abrazarle, pero Marcos retrocedió.

— ¿Estáis loco? –dijo el joven con un gesto de desprecio.

— Soy vuestro padre, Santiago Buendía…

El joven miró al anciano con los ojos muy abiertos. No era posible, aquel viejo inmundo al que tanto odiaba, no podía ser su padre. Desenvaino la espada y la puso sobre el pecho del hombre.

— Mentís, maldito bastardo…

— No, tuve que escapar a Al-Ándalus para huir del conde de Astorga, allí viví prisionero casi veinte años, cuando regresé cambié mi nombre por el de Andrés, no quería que nadie me reconociese, todavía tenía cuentas pendientes con la justicia –dijo el anciano, sin dejar de llorar.

El joven comenzó a temblar, pero no bajó el arma. Estaba dispuesto a atravesarle con tal de que dejara de hablar.

— No es posible –comentó el joven.

— En Granada me casé y tuve una hija, Isabel es vuestra hermana…

— ¡No, callad! –gritó el joven comenzando a llorar.

— Os busqué, pero nadie sabía nada de vos. Entonces me vengué del conde de Astorga, el me lo había robado todo, pero él es el que ganó la última partida –terminó de hablar y se desplomó al suelo.

Marcos soltó la espada y le dio la vuelta, le desató la ropa para que pudiera respirar mejor.

— Lo siento, padre –dijo mientras no dejaba de llorar.

En ese momento entró Isabel, a la que le habían despertado los gritos y llantos. Cuando llegó al salón vio a su padre en el suelo y sobre él al maldito capitán. Tomó una espada y se dirigió hacia él.

Marcos aferró la mano de su padre, mientras los dos lloraban desconsolados.

— Hijo mío –dijo Santiago acariciando el rostro lleno de lágrimas.

— Padre, lo siento…

El anciano sintió un dolor insoportable en el pecho, aguantó la respiración, pero su corazón dejó de latir. Su rostro se quedó con los ojos abiertos, mirando el rostro de su hijo, el deseado hijo que buscó toda la vida.

Isabel levantó la espada y un segundo antes observó el rostro del joven. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Marcos la miró sin temor,

esperando que le matara. La joven se sintió confusa por unos instantes, pero después pensó que aquello era otra estratagema de aquel hombre malvado.

— ¡Morid! –gritó bajando la espada con todas sus fuerzas.

El golpe le partió el cráneo y le derribó al suelo. Su cuerpo tendido junto al de su padre se llevó los secretos que ambos habían ocultado durante años. Padre e hijo, tendidos sobre el frío suelo de aquella sala, cosecharon los frutos amargos de la venganza. Donde no triunfa el amor, siempre termina haciéndolo el odio.

FIN

Año del Señor, 14 de julio del 1126

Cuando el rey Alfonso VII entró en la villa de Magerit, la multitud se apretó para recibirle. Aquel era su nuevo rey, el hijo de Alfonso VI, que tanto había hecho por aquella ciudad. La comitiva entró por la puerta de la Vega y desfiló por las calles principales hasta el alcázar. Allí, la condesa de Córdoba le esperaba. Aún conservaba su hermoso porte, pero su mirada era fría y sombría, como si dentro de su belleza lo único que escondiera fuera un corazón de hierro.

La comitiva entró en el alcázar e Isabel hizo un gesto para que su hijo se acercara. A sus catorce años era un niño obediente y noble. Su pelo rubio y rizado le caía por los hombros y sus ojos claros reflejaban en parte su inocencia y bondad.

El rey bajó del carruaje y se acercó hasta la condesa. Esta hizo una reverencia y el rey le pidió que se levantara. Era mucho más joven que ella, su porte era elegante y sus formas delicadas.

— Señora condesa de Córdoba, vuestra familia ha dado siempre un gran servicio a mi familia y mi reino. Gracias por recibirnos con tantos honores –dijo el rey sonriente.

— Esta es vuestra casa y nosotros sus humildes servidores –contestó Isabel.

La canas comenzaban a cubrir su pelo moreno y rizado, sus ojos ya no tenían el brillo de la primera vez que vio la hermosa villa de Magerit, pero el destino de la ciudad y la mujer estaban entretejidos, como si ambas no pudieran vivir la una sin la otra.

— Este es mi hijo Daniel –dijo Isabel presentando al joven.

— Espero que algún día sirvas al rey como hizo tu abuelo –dijo Alfonso VII.

La comitiva entró en el edificio, mientras el rey y la condesa se dirigían al salón. Los vecinos de la villa comenzaban a disolverse y volver a sus quehaceres. La bulliciosa Magerit se apercibía para un día más de laborioso trabajo, cuando una familia de colonos atravesaba en ese mismo instante la puerta de la Almudena. La carreta tirada por bueyes estaba vieja y sucia, pero en los rostros de aquellos forasteros brillaba el mismo fuego de otros muchos que les habían precedido. Magerit, como una joya resplandeciente, centelleó bajo el cielo caluroso de julio, mientras aquellos colonos quedaban para siempre atrapados en su mágico hechizo.

Apéndice I.
Origen del nombre de la ciudad de Madrid.

Aunque no se conoce con exactitud el origen del nombre de Madrid, han surgido varias teorías para explicarlo. Una de ellas defiende que la ciudad es de origen visigodo, aunque otra culturas, entre ellas la romana, ya se asentaron cerca de la actual ciudad. A pesar de todo, no existe ningún documento o resto arqueológico que permita saber con certeza cual fue el nombre de la supuesta aldea visigoda que posiblemente existió durante el siglo VII cerca del arroyo de San Pedro.

Algunos expertos creen que la evolución posterior del topónimo, permite pensar que el nombre podría haber sido la voz latina y protorromance de Matríce. Con esta palabra se hacía referencia al manantial y cauce principal de agua. Según esta teoría, el nombre romance Matríce fue evolucionando hasta convertirse en Magrit/ Mayrit

Algunos expertos como Ramiro de Maeztu, estaban convencidos que el nombre era de origen musulmán y provenía del vocablo Mayrit. Jaime Oliver Asin dedujo que la palabra era el resultado de dos vocablos musulmanes: Mayra (viaje del agua en árabe) y "it" (vocablo latino que significa abundante). Aunque podía dar también nombre a la ciudad, el uso de mayras, una especie de cisternas utilizadas para extraer agua del subsuelo.

Tras la conquista de la villa por Alfonso VI en el año 1086 el viejo topónimo comenzó a transformarse. Pasando a Maydrit/Maidrit. En el siglo XII, en el documento fundacional del Vicus Sancti Martini, otorgado por Alfonso VII en 1126, ya se usa esta forma de Maydrit. Fue, seguramente, el más utilizado hasta comienzos del siglo XIII, para llegar al final al termino Madrid.

Aunque el nombre tuvo todas estas formas y usos en los diferentes documentos y referencias que se han conservado:

- **Magerit** : Crónica de Sampiro (principios s. XI), Fuero de Alfonso VII (1118), Crónica de Pelayo Ovetense (1130), carta de Alfonso VII (1138), Fuero viejo de Madrid (1202).
- **Mageriti:** Concesión de Alfonso VI. (1095)
- **Maierit:** Privilegio de Alfonso VII (1123).
- **Maiarid:** Documento de Segovia (1154).
- **Magderit**: Crónica Najerense (1160).
- **Maiedrit:** Carta madrileña (1201).
- **Magirit:** Fuero viejo de Madrid (1202), Carta del Otorgamiento (1214).

— **Madride:** Fuero viejo de Madrid (1202).
— **Macherito:** Bula de Gregorio IX (1236).
— **Madryt:** Privilegio de Alfonso X (1263).
— **Madriz:** Carta del Infante Don Sancho (1282).

En esta novela hemos usado el término cristiano Magerit y el término musulmán Mayrit.

[i] “Al frente, un precipicio, los lobos a la espalda”.

[ii] “Por sus frutos conocemos el árbol”.